

1
73

P

3238

B.P. de Soria



61096834
D-1 173



TITO LIVIO

DÉCADAS DE LA HISTORIA ROMANA



11
237

~~No 937~~

No 1685

BIBLIOTECA CLASICA
TOMO CXXII

DÉCADAS
DE LA
HISTORIA ROMANA

POR
TITO LIVIO

TRADUCIDAS DEL LATÍN AL CASTELLANO

POR
D. FRANCISCO NAVARRO Y CALVO
CANÓNIGO DE LA METROPOLITANA DE GRANADA

TOMO VII



MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^A
calle del Arenal, núm. 11

1889



1879-02

ES PROPIEDAD

LIBRO XL.

SUMARIO.

Filipo manda buscar y matar á los hijos de los nobles que tenía prisioneros.—Heroísmo de Theoxena.—Odio y debates entre los hijos de Filipo, Perseo y Demetrio. Acusado Demetrio, es envenenado como amigo de los romanos.—Victorias de los romanos en Liguria, España y sobre los celtíberos.—Encuéntranse en el Janículo los libros de Numa Pompilio.—El pretor declara que no pueden leerse ni conservarse sin peligro del Estado. Quémanlos en la plaza de los comicios.—Colonia llevada á Aquilea.—Dolor de Filipo, que reconoce la inocencia de Demetrio; sus proyectos para la sucesión al trono; su muerte.

Al comenzar el año siguiente, los cónsules y los pretores sortearon sus provincias. La Liguria era la única que podían asignar á los cónsules. M. Ogulnio Galo obtuvo la jurisdicción urbana, M. Valerio la de los extranjeros, Q. Fulvio Flaco la España citerior, P. Manlio la ulterior, L. Cecilio Denter la Sicilia y C. Terencio Istra la Cerdeña. Mandóse á los cónsules que hiciesen levas. Q. Fabio había escrito desde la Liguria que los apuanos pensaban sublevarse y que podía temerse invadiran el territorio de Pisa. Habíase sabido también que la España citerior se había levantado en armas y que los celtíberos habían comenzado la guerra; que en la ulterior, la larga enfermedad del pretor, dejando á los



soldados en la inacción y la molicie, había relajado la disciplina militar. Estas noticias hicieron decidir que se levantasen nuevos ejércitos. Cuatro legiones, de cinco mil doscientos infantes y trescientos caballos cada una, reforzadas con quince mil infantes y ochocientos caballos latinos, debían formar los dos ejércitos consulares que marcharían á la Liguria. Además debían alistarse siete mil hombres de infantería latina y cuatrocientos jinetes para enviarlos á la Galia, á las órdenes de M. Marcelo, á quien se prorrogaba el mando como prócónsul. Para reforzar los ejércitos de las Españas alistáronse cuatro mil infantes y doscientos caballeros romanos y siete mil hombres de infantería y trescientos de caballería latina. También se prorrogó por un año á Q. Fabio Labeón el mando del ejército que tenía en la Liguria.

La primavera fué muy tempestuosa aquel año. La víspera de la fiesta de Palas (1) levantóse á mediodía furioso huracán que ocasionó graves daños en muchos edificios sagrados y profanos. Derribió estatuas de bronce en el Capitolio, arrancó la puerta del templo de la Luna (2) en el monte Aventino, y la lanzó contra la parte posterior del templo de Ceres; derribió otras muchas estatuas con las columnas que las sustentaban en el

(1) Estas fiestas, establecidas en honor de Palas, diosa de los pastores, se celebraban el 12 de las kalendas de Abril, aniversario de la fundación de Roma. Los sacrificios que se ofrecían á la diosa tenían por objeto conseguir la fecundidad de los ganados. Las fiestas se celebraban con grandes hogueras, formadas con ramas de olivo y laurel, en derredor de las cuales bailaban los campesinos y hacían dar vueltas á los rebaños, creyendo que de este modo alejaban los lobos de los apriscos. Las ofrendas á la diosa consistían en vino, miel, leche y otros frutos.

(2) Este templo lo fundó Servio Tulio. La diosa Luna tuvo uno de los doce altares que levantó Tacio á otras tantas divinidades.

circo máximo, arrancó el techo de algunos templos y dispersó los restos por todos lados. Consideróse como prodigio aquel huracán y los arúspices mandaron expiar sus efectos. También se hicieron expiaciones por el nacimiento de un mulo con tres pies en la ciudad de Reata y la caída del rayo en Formio sobre el templo de Apolo y Cayeta. Con motivo de estos prodigios se inmolaron veinte víctimas mayores y hubo un día de rogativas. Por el mismo tiempo el propretor A. Terencio escribió que había muerto P. Sempronio, después de un año de enfermedad, en la España ulterior. Esta noticia aceleró la marcha de los pretores destinados á aquella provincia. El Senado dió audiencia en seguida á los legados transmarinos, comenzando por los de los reyes Eumeno y Farnaces, y los de los rodios que se presentaban para quejarse del desastre de los sinopenses. Después entraron los de Filipo, de los aqueos y de los lacedemonios, á quienes no se contestó hasta haber oído á Marcio, enviado para examinar el estado de los asuntos en Grecia y Macedonia. A los reyes del Asia y á los rodios se dijo que el Senado enviaría legados para que se informasen sobre el terreno.

El temor que se tenía relativamente á Filipo había aumentado con el informe de Marcio. De tal manera se había sometido aquel rey á las órdenes del Senado, que se veía claramente no había de durar aquella sumisión más tiempo del que le conviniese. De sus disposiciones hostiles no podía dudarse; revelando próxima ruptura todas sus acciones y palabras. En primer lugar trasladó á la Eunacia, llamada antes Peonia, á todos los habitantes de las ciudades marítimas con sus familias, y entregó las ciudades á los tracios y otros bárbaros, persuadido de que podría contar mejor con la fidelidad de aquellos pueblos en caso de guerra con los romanos. Esta medida dió lugar á grave disgusto en toda la Ma-

cedonia: solamente algunos de los que abandonaron sus hogares con sus esposas é hijos guardaban silencio; los demás lanzaban imprecaciones contra el rey, pudiendo más en ellos el odio que el temor. Disgustado Filipo por aquellas manifestaciones, todo lo encontraba sospechoso, hombres, parajes y circunstancias, llegando á decir claramente que no se creería seguro si no mandaba coger y encerrar en prisiones á los hijos de los que había mandado matar y no los hacía desaparecer sucesivamente.

Esta crueldad era tremenda, pero la extinción de una familia entera la hizo más horrible aún. Heródico, uno de los tesalios principales, había sido degollado muchos años antes por orden de Filipo, que en seguida mandó matar á sus dos yernos. Cada una de las dos hijas que quedaron viudas, llamadas Theoxena y Archo, tenía un niño de corta edad. Theoxena no quiso volver á casarse, á pesar de los numerosos pretendientes que tuvo; pero Archo casó con un tal Poris, que era sin duda el ciudadano más importante de Enia, y después de darle muchos hijos, murió dejándolos á todos en la infancia.

Entonces, para atender Theoxena á la educación de sus sobrinos, casó con Poris, cuidando con igual cariño á su hijo y á los de su hermana, como si fuese su verdadera madre. En cuanto se enteró de la orden del rey para que se apoderasen de los hijos de sus víctimas, convencida de que servirían de pasto á sus brutales pasiones y hasta á las de sus guardias, concibió un proyecto horrible, y se atrevió á decir que los mataría á todos con su propia mano antes que dejarles caer en las de Filipo. Estremecióse Poris ante la idea de tan terrible destrucción, y le dijo que los llevaría á Athenas á casa de huéspedes fieles, y que él mismo les acompañaría en el destierro. Partieron, pues, de Tesalónica para Enia, so pretexto de asistir á un sacrificio solemne que

la ciudad ofrece todos los años con gran pompa á su fundador Eneo; y después de haber tomado parte durante el día en el festín sagrado, embarcarónse por la noche, cerca de la tercera vigilia, cuando todos dormían, en una nave que Poris había mandado preparar, y se hicieron al mar como para volver á Tesalónica, aunque con el propósito de pasar á Eubea. Pero el viento era contrario, y á pesar de todos sus esfuerzos, se encontraban todavía muy cerca de la costa cuando amaneció. Los guardias del rey, encargados de la custodia del puerto, enviaron en seguida una barca armada para capturar aquella nave, con orden terminante de no regresar sin ella. Viendo Poris que se acercaba el enemigo, excitaba más y más á los remeros y marineros, levantando algunas veces las manos al cielo pidiendo el auxilio de los dioses; pero Theoxena, recobrando toda su energía, volvió al proyecto que había formado, preparó veneno, sacó un puñal, y presentando ambas cosas á su familia, dijo: «Nuestro único recurso es la muerte. Aquí hay medios para recibirla; elegid el que más os cuadre y salvaos de los ultrajes del tirano. ¡Animo, hijos míos: que los mayores den ejemplo; tomad el hierro, ó bebed el veneno si preferís muerte más lenta!» El enemigo estaba ya muy cerca y la madre continuaba excitándoles á la muerte. Todos pusieron fin á su vida de diferentes maneras; después su madre, habiéndoles arrojado moribundos al mar, abrazó á su esposo y se lanzó con él á las olas. Los agentes del rey se apoderaron de una nave vacía.

Esta tremenda catástrofe avivó el fuego del odio público contra el rey, maldiciéndole á él y á sus hijos. Los dioses escucharon aquellas imprecaciones y le infundieron ciego furor contra su propia sangre. En efecto, viendo Perseo que diariamente crecían la influencia y consideración que su hermano Demetrio había alcanza-

do en Macedonia y el favor de que gozaba en Roma, comprendió que solamente el crimen podía abrirle el camino del trono, y reconcentró todos sus pensamientos en este objeto. Pero viéndose demasiado débil para realizar por sí mismo su proyecto, procuró sondear sucesivamente á todos los amigos de su padre empleando lenguaje equívoco. Al principio rechazaron muchos con desprecio sus insinuaciones porque contaban más con Demetrio; pero después, cuando vieron que el odio de Filipo contra los romanos aumentaba diariamente, que Perseo procuraba alentarlo y Demetrio extinguirlo; cuando comprendieron que aquel joven perecería por su lealtad, víctima de las infames tramas de su hermano, creyeron que ellos mismos debían impulsar aquel desenlace inevitable y unirse á la fortuna del más fuerte. Coadyuvaron, pues, á Perseo, aplazaron la ejecución de cada cosa para su tiempo, y decidieron solamente trabajar desde luego para animar al rey contra los romanos é impulsarle á la guerra, á la que él mismo se inclinaba fuertemente. Al mismo tiempo, para hacer á Demetrio cada vez más sospechoso, procuraban hablar con desprecio de los romanos, ridiculizando sus leyes y sus costumbres, sus hazañas y hasta el aspecto mismo de Roma, que no estaba embellecida por monumentos ni casas bastante notables; llegando algunos hasta lanzar sarcasmos contra los ciudadanos más eminentes. El joven príncipe, no atendiendo más que á su adhesión á los romanos y su odio á su hermano, procuraba contestar á todo y no hacía más que aumentar las sospechas de su padre y proporcionar pretexto á la calumnia. Por esta razón no le comunicaba su padre ningún proyecto suyo contra los romanos, poniendo toda su confianza en Perseo y concertando día y noche sus planes con él. Por esta época regresaron á Macedonia los emisarios que había enviado á los bastarnos para pedirles soco-

rros, trayendo con ellos algunos jóvenes de las familias principales y hasta de estirpe real. Uno de ellos prometía su hermana al hijo de Filipo, y la alianza de aquella nación belicosa había reanimado el valor del rey. Perseo aprovechó entonces la ocasión, y exclamó: «¿De qué sirve todo esto? El apoyo que recibimos de los extranjeros no es tan grande como los peligros con que nos amenaza una traición doméstica. Entre nosotros tenemos, no diré un traidor, pero sí un espía; desde que estuvo en Roma, entregó su alma á los romanos y no tenemos aquí más que su cuerpo. Casi todos los macedonios tienen las miradas fijas en él y esperan no tener otro rey que el que le den los romanos.» Estas palabras impresionaron al anciano rey, que ya estaba prevenido, y el resentimiento penetraba tanto más en su corazón, cuanto más procuraba ocultarlo.

Acercábase la época de la purificación del ejército, solemnidad que se celebraba dividiendo una perra en dos partes, colocando á la derecha del camino la mitad anterior con la cabeza, y á la izquierda la mitad posterior con los intestinos: las tropas pasaban con armas entre las dos partes de la víctima. A la cabeza de la columna llevaban las brillantes armaduras de todos los reyes de Macedonia desde los tiempos más remotos; en seguida marchaba el rey en persona con sus hijos, y después el cuerpo de cortesanos y guardias del rey; el resto del ejército macedonio cerraba la marcha. Filipo se presentó, pues, llevando á sus dos hijos á los lados: Perseo tenía treinta años y Demetrio veinticinco; encontrándose el uno en todo el vigor de la juventud, y el otro en la flor de la edad, habiendo llegado por consiguiente los dos á la madurez que debía formar la felicidad de su padre, á no encontrarse obcecado. Después de la ceremonia religiosa de la purificación, ordinariamente el ejército hacía algunas evoluciones, dividién-

dose en dos cuerpos y realizando un simulacro de guerra. En esta ocasión mandaron la maniobra los dos príncipes; pero no fué aquella batalla fingida, sino que se atacaron con tanta energía como si se disputase el trono; y aunque solamente empleaban palos, por una y otra parte resultaron muchos heridos, no faltando á los combatientes más que armas verdaderas para que la batalla fuese real. El cuerpo que mandaba Demetrio obtuvo la ventaja. Perseo quedó muy despechado, pero sus amigos le dijeron que aquel triunfo le proporcionaba ocasión para atacar á Demetrio.

Aquel día ofreció un banquete cada hermano á sus partidarios; porque Perseo, invitado por Demetrio, se negó á aceptar. La alegría de la fiesta, la amabilidad y regocijo de la juventud excitaron á todos á beber. Hablóse de la batalla y se bromeó acerca de los adversarios sin eximir á los jefes. Perseo había enviado á uno de los suyos á casa de su hermano para que se enterase de las conversaciones; fué torpe el espía, y, sorprendiéndole algunos jóvenes que casualmente habían salido de la sala del festín, le maltrataron. Demetrio, que ignoraba esta circunstancia, dijo á sus amigos: «¿Por qué no vamos á beber á casa de mi hermano y á disipar con nuestra franqueza y alegría el mal humor que le haya producido el combate?» Todos aceptaron la proposición, exceptuando los que habían apaleado al espía, porque temían les tratasen de igual manera. Pero instándoles Demetrio, ocultaron armas debajo de las ropas para defenderse si les atacaban. Nada puede haber oculto cuando entra la discordia en las familias; las casas de los dos príncipes estaban llenas de espías y de traidores. Adelantóse uno de estos y corrió á advertir á Perseo que venía Demetrio con cuatro jóvenes armados. No ignoraba Perseo el motivo de esta precaución, sabiendo que eran los que habían maltratado á su espía.

Pero para dar carácter odioso á su conducta, mandó cerrar la puerta, y desde una ventana alta de las que daban á la calle dijo que no abriría á aquel alegre grupo, indicando sus sospechas de que quisiesen asesinarle. Excitado Demetrio por la embriaguez, se quejaba en voz alta de aquella negativa, y en seguida volvió al festín, ignorando completamente lo ocurrido.

Al día siguiente Perseo acudió á palacio en cuanto pudo ver al rey, presentándose delante de su padre con el rostro alterado y permaneciendo de pie á cierta distancia y sin hablar. Filipo le preguntó en seguida si estaba bueno y cuál era la causa de su tristeza. Perseo contestó: «Ten entendido que solamente la casualidad te ha conservado á tu hijo. Ya no es un secreto que mi hermano me tiende asechanzas. Esta noche pasada se ha presentado con gentes armadas para asesinarme en mi casa, y solamente he escapado á su furor cerrando las puertas y quedando guarecido por las paredes.» Viendo á su padre agitado á la vez por la sorpresa y el temor, añadió: «Si puedes escucharme un momento, te daré la prueba evidente de lo que te digo.» Contestó Filipo que estaba dispuesto á escucharle, y mandó llamar en el acto á Demetrio; al mismo tiempo quiso consultar á dos ancianos amigos suyos, llamados Lisimaco y Onomasto, que no habían tomado parte en los disgustos de los dos hermanos y que rara vez se presentaban en la corte; á éstos les mandó llamar también. Mientras llegaban paseó solo, revolviendo mil pensamientos en su ánimo y manteniéndose apartado Demetrio. Cuando le avisaron su llegada, pasó á una habitación retirada con aquellos dos confidentes, que debían servirle de guardias; permitió á sus hijos que se hiciese acompañar cada uno por tres familiares suyos sin armas, y ocupó su asiento. «Heme aquí, dijo, padre desgraciado, obligado á desempeñar papel de

juez entre mis dos hijos, de los que uno es acusador y el otro se encuentra acusado de fratricidio; heme aquí en la dolorosa alternativa de encontrar en mi familia un culpable ó un calumniador. Mucho tiempo hace que presentía esta tempestad que acaba de estallar; vuestras miradas, que nada tenían de fraternales, y las palabras que se os escapaban, me habían prevenido. Sin embargo, me lisonjeaba algunas veces con la idea de que podrían extinguirse vuestros odios y desvanecerse vuestras sospechas. Pensaba que hasta los mismos enemigos depònen las armas y hacen la paz; que muchas veces desaparecen los resentimientos particulares, y esperaba que algún día recordaríais los lazos que os unen, de la franca y pura amistad de vuestra infancia, y de mis preceptos que, por desgracia, temo haber dado á oídos sordos. ¿Cuántas veces, execrando delante de vosotros las discordias entre hermanos, os representé las deplorables catástrofes á que dan lugar? ¿Cuántas veces os he dicho que habían producido la completa ruina de los hermanos enemigos, de sus familias, de sus palacios, de sus estados? A estos ejemplos he opuesto otros saludables. Os he citado la estrecha unión de los reyes de Lacedemonia, que tan dichosa fué durante mucho tiempo para ellos y para su patria; mientras que Lacedemonia sucumbió en cuanto cada uno de ellos se hizo tirano y quiso poner al otro bajo su autoridad. Os he citado á Eumeno y á Atalo, esos dos hermanos, tan poco poderosos al principio que casi degradaban el título de rey, y á quienes solamente su unión ha hecho iguales á Antioco y á mí y á cualquier rey de nuestro tiempo. Os he citado también á romanos y recordado hechos que yo he visto ó de los que me habían hablado; los dos Quinecio, Tito y Lucio, que me hicieron la guerra; Publio y Lucio Escipión, que vencieron á Antioco; su padre y su tío, que unidos constantemente en su

vida, la muerte misma les unió. Pero ni el crimen de los unos y su justo castigo han podido curaros de vuestros insensatos furores, ni la prudencia y prosperidad de los otros os han hecho alentar mejores sentimientos. Vuestra culpable ambición os ha lanzado á que disputéis mi herencia, cuando me encuentro vivo aún. No queréis verme vivir sino hasta el momento en que, sobreviviendo á uno de vosotros, deje al otro con mi muerte un trono que nadie disputè. Ninguno de vosotros puede soportar á su padre ni á su hermano. Nada es para vosotros querido y sagrado; el insaciable deseo de reinar ha ahogado en vosotros todos los demás sentimientos. Comenzad, pues; destrozad los oídos de vuestro padre con debates horribles; emplead las calumnias á porfía mientras llega el momento de esgrimir la espada. Revelad cuanto sepáis de verdadero y decidme todo lo que queráis de imaginario. Abiertos están mis oídos para acostumbrarse en lo sucesivo á las delaciones secretas de un hermano contra otro.» Al escuchar estas palabras, pronunciadas con el acento de la cólera, todos los ojos se llenaron de lágrimas y sombrío silencio reinó por largo rato entre los espectadores.

Perseo dijo á su vez: «Sin duda debí abrir mi puerta de noche, recibir en mi casa á los asesinos embriagados y presentar la garganta al hierro, puesto que no se quiere creer en el crimen si no está consumado; y después de haber visto amenazada mi vida por inicua traición, se me dirigen las mismas reconvenciones que al enemigo de mi tranquilidad, á mi asesino. Bien hacen en decir que tu hijo es Demetrio y en llamarme á mí advenedizo y bastardo. Si á tus ojos tuviese la consideración de hijo, si en tu pecho gozase del amor paterno, descargarías tu indignación, no sobre mí, que vengo á denunciarte una trama que he descubierto, sino sobre su autor, y no atenderías tan poco á mi vida, que

no hicieses caso ni de los peligros que he corrido, ni de los que me amenazan si queda impune el delito. Si, pues, es necesario morir sin quejarse, callaré, me limitaré á rogar á los dioses que el atentado dirigido contra mi persona no vaya más lejos, y que no hayan comenzado por mí para llegar hasta ti. Pero si puedo yo obedecer al impulso natural que lleva al hombre atacado entre extraños á invocar el socorro de aquellos que no ha visto jamás; si ante el puñal levantado contra mí puedo lanzar un grito de angustia, yo te ruego por el sagrado nombre de padre, y bien sabes cuál de los dos lo respeta más desde muy antiguo, que te dignes escucharme con el mismo interés que me hubieses mostrado si despertado á media noche por mis gemidos hubieses acudido á socorrerme y hubieras sorprendido á Demetrio en mi puerta con hombres armados. Los gritos de terror que me arrancaba la presencia del peligro los repito ahora delante de ti. Mucho tiempo hace, ¡oh hermano! que no tenemos placeres comunes. Sé que quieres reinar; pero mi edad, el derecho de gentes, la antigua costumbre de Macedonia y la voluntad de un padre son otros tantos obstáculos para tu ambición; para salvarlos es necesario que pases sobre mi cuerpo, y este es el objeto de todos tus esfuerzos, de todas tus maquinaciones. Hasta ahora, por precaución ó por fortuna, he escapado de tus parricidios. Ayer, después de una fiesta religiosa y de las evoluciones militares, trocaste un simulacro militar casi en batalla sangrienta, y no evité la muerte más que dejándome vencer con los míos. Al terminar esta verdadera pelea quisiste, como después de un juego entre hermanos, llevarme á tu mesa. ¿Crees, padre mío, que habría encontrado comensales desarmados, cuando se presentaron en mi casa con armas para continuar el desorden? ¿Crees que no hubiese tenido nada que temer de noche de sus espadas, cuando ante

tus ojos casi me mataron á palos? ¿Qué querías hacer de noche? ¿por qué venías con odio en el pecho á casa de un rival irritado? ¿por qué traías contigo gentes armadas? No me atreví á aceptar tu convite ¿y te recibiría en mi mesa al salir de un festín con tus satélites? Sí, padre mío; si yo hubiese abierto mi puerta, en este momento en que oyes mis quejas dispondrías mis funerales. No hablo aquí como acusador que busca agravios y presenta como pruebas sus sospechas; porque, si él pretende que no llegó á mi puerta con numerosos compañeros, ó que éstos no estaban armados, manda llamar á los que yo te nombraré; sin duda son capaces de todo los miserables culpables de tal atentado, pero no se atreverán á negar el hecho. Si les hubiese preso con el hierro en la mano en el interior de mi casa y te los trajese aquí, no te negarías á creerme: que su confesión supla las pruebas.

»Execra ahora la sed de reinar; evoca las furias que castigan á los fratricidas. Pero ¡oh padre! que no sean ciegas tus execraciones; distingue y separa al traidor de su víctima; que tus imprecaciones caigan solamente sobre la cabeza del culpable. ¡Ojalá que el que quiso matar á su hermano incurra en la cólera de los dioses vengadores del padre ofendido! ¡Ojalá que el que estuvo á punto de perecer bajo los golpes de un hermano criminal, encuentre auxilio y protección en la justicia y cariño en su padre! ¿Qué otro asilo puedo tener cuando no se ha respetado mi vida, ni en la solemne purificación de tu ejército, ni en las evoluciones militares, ni en mi casa, ni en la mesa, ni durante la noche que la próspera naturaleza concede al descanso de los mortales? Acudir á la invitación de mi hermano es correr á la muerte; abrirle una puerta y recibirle en mi mesa es exponerme á morir; acudiendo ó negándome, no puedo evitar la asechanza. ¿A quién, pues, recurro? Yo no he

aprendido á respetar más que á los dioses y á ti, padre mío. No cuentó con el auxilio de los romanos, que desean mi muerte porque me intereso mucho en tus agravios, porque no he podido dominar mi indignación al verte despojado de tantas ciudades, de tantos países, y recientemente también del litoral de la Tracia. Mientras vivamos tú y yo no esperan que sea suya la Macedonia. Pero si sucumbimos, yo á manos de mi hermano y tú de vejez, suponiendo que esperen este momento, saben que pueden disponer del reino y del rey de Macedonia. Si te hubiesen dejado algún rincón de tierra fuera de la Macedonia, esperaríá encontrar auxilio allí. ¿Se dirá que puedo contar con los macedonios? Ayer viste con cuánto encarnizamiento me atacaron los soldados. ¿Qué les faltó sino las armas? Y si les faltaron de día, los comensales de mi hermano las encontraron de noche. ¿Hablaré de la mayor parte de los nobles de Macedonia? Todos esperan su elevación y fortuna de los romanos y de aquel que es influyente con ellos. Abiertamente le prefieren ya, no solo á mí, que soy su hermano mayor, sino á ti mismo que eres su padre y su rey. En efecto; él es quien consiguió tu perdón del Senado, él quien en este momento te preserva de las armas de Roma, él cuya juventud se cree con derecho para sujetar tu vejez á su voluntad y someterla á humillante dependencia. Tiene en su favor los romanos, todas las ciudades separadas de tu mando y los macedonios regocijados de vivir en paz con Roma. Y yo, padre mío, exceptuando tú, ¿qué esperanza ni qué recurso tengo?

»¿Qué intención puede ocultar la última carta de T. Quinceio cuando te dice que has obrado en conformidad con tus intereses enviando á Demetrio á Roma, é invitándote á enviarle de nuevo con una legación más numerosa y de los varones más principales de Macedo-

nia? T. Quinccio es hoy el consejero y maestro de mi hermano en todo; Demetrio te ha renegado por padre y rinde á aquél todo su cariño; con él ha tramado todas esas conspiraciones tenebrosas. Para conseguir cómplices, te invitan á que acompañe á Demetrio á Roma una legación más numerosa de los principales de la nación. De aquí salen íntegros y fieles convencidos de que Filipo es su rey, y regresan con otras ideas, extraviados y seducidos por los romanos. Solamente Demetrio es todo para ellos, y ya le llaman rey, viviendo todavía su padre. Y si todo esto me indigna, oigo en seguida á todo el mundo y á ti mismo, padre mío, censurarme mi criminal ambición. No recibo por mi parte esta censura, porque ¿de quién me deshago yo para colocarme en su puesto? Sobre mí no tengo más que á mi padre, y ruego á los dioses que le mantengan mucho tiempo; si le sobrevivo (y solamente lo deseo en el caso de merecer que lo desee él también) recibiré el reino si él me lo lega. El ambicioso, y ambicioso verdaderamente criminal, es el que quiere invertir el orden del nacimiento y de la naturaleza, hollar las costumbres de Macedonia y el derecho de gentes. Mi hermano mayor es obstáculo para mi elevación; sus derechos y la voluntad paterna le llaman al trono; ¡pues que perezca! No seré el primero que llegue al trono por un fratricidio. Mi padre, abrumado por la edad, solo, privado de su hijo, temerá por sí mismo y no pensará en vengarlo. Los romanos aplaudirán el asesinato, lo aprobarán y me protegerán. Inciertas son, sin duda, estas esperanzas, pero no carecen de fundamento. Porque el caso es este: puedes alejar de mí todo peligro castigando á los que han tomado las armas para matarme; si se consuma el crimen, no podrás ya castigar á los delincuentes.»

Cuando acabó de hablar Perseo, todos los presentes miraron á Demetrio como si esperasen inmediata con-

testación. Pero hubo un momento de silencio. Indudablemente no podía hablar el joven ahogado por las lágrimas. Al fin dominó su dolor, porque le instaban para que hablase, y lo hizo de esta manera: «Padre mío, mi acusador se ha apoderado de todo lo que de ordinario es recurso de los acusados. Las fingidas lágrimas que ha derramado para perderme te han hecho sospechosas mis lágrimas verdaderas. Desde mi regreso de Roma, noche y día trama con sus partidarios conspiraciones contra mi vida. ¡Y es él quien viene á delatarme ante tus ojos como traidor; más aún, como bandido y público asesino! Te asusta con sus peligros imaginarios, para apresurar con tus manos la pérdida de un hermano inocente. Se queja de no tener asilo en el mundo, para quitarme toda esperanza contigo. Yo soy autor de maquinaciones, encontrándome aislado y sin apoyo, y me imputa como un crimen una protección extranjera, que me es más perjudicial que útil, para hacerme caer bajo el peso de la animadversión. ¡Con cuánta perfidia ha enlazado el calumniador el suceso de la última noche con los ataques dirigidos contra toda mi conducta anterior! Y todo esto para hacerte sospechoso, con el cuadro de toda mi vida, un hecho que te explicaré muy pronto, y para corroborar, con el falso relato de una maquinación nocturna, la vana acusación de esperanzas y ambiciosos proyectos que me imputa. Ha cuidado al mismo tiempo de que no pareciese premeditada su acusación, y que pudieran creerla inspirada por los terrores de la noche y la alarma que había experimentado. Pero ¡oh Perseo! si yo hiciese traición á mi padre y al Estado, si conspirase con los romanos y otros enemigos de mi padre, no debías haber esperado la pretendida asechanza de esta noche para acusarme. ¿Por qué no revelabas de antemano mi traición? Y si tu acusación, privada de todo fundamento, no tenía valor ninguno y

solamente podía servir para manifestar tu odio contra mí, más bien que mi culpabilidad, era necesario hoy también callarla ó aplazarla. Este era el medio de demostrar cuál de nosotros dos, en esta rivalidad, tan nueva y especial, atentaba á la vida del otro. Voy, sin embargo, en cuanto lo permita la turbación que me causa una denuncia tan inesperada, á separar lo que has confundido y á revelar qué lazos hemos tendido esta noche tú y yo. Quiere hacer creer que había formado yo el proyecto de asesinarle, y que mi objeto era asegurarme por medio de este fratricidio, siendo el más joven, la sucesión que conceden á mi hermano su título de primogénito, el derecho de gentes, las costumbres de Macedonia y hasta, según pretendes, la voluntad de un padre. ¿Qué significa, pues, la segunda parte de su discurso, donde dice que he cultivado la amistad de los romanos y que cuento con su apoyo para elevarme al trono? Si he creído que podían imponer á Macedonia el rey que eligiesen; si tanto confío en mi favor con ellos, ¿para qué recurrir al fratricidio? ¿Acaso por el placer de ceñir una diadema teñida por la sangre de un hermano? ¿Acaso para convertirme en objeto de horror y aversión á los ojos de aquellos mismos cuya protección me he captado mediante lealtad probada ó por lo menos fingida? ¿O tal vez supones que T. Quincio, cuyos consejos y prudente influencia me acusas seguir, me ha propuesto la muerte de un hermano cuando en tan estrecha unión vive con el suyo? ¡Perseo pretende también que á la amistad de los romanos reúna los deseos de los macedonios y casi el voto unánime de los hombres y de los dioses, y no admitiría que todas las ventajas me asegurasen la superioridad de esta lucha! Por el contrario, aparenta creerme en todo muy inferior á él, puesto que me acusa de no tener otro recurso que el crimen. ¿Quieres que se plantee así la cuestión?

Que aquel de nosotros dos que tema parecer menos digno de reinar, se le declare culpable de haber querido matar á su hermano.

»Pero sigamos, en cuanto sea posible, el plan de esta pretendida conspiración. Me acusa de haber atentado contra su vida de muchas maneras, y asegura que todas estas tentativas han tenido lugar en el mismo día. He querido asesinarle en plena luz después de la purificación, en medio de un simulacro, es decir, ¡oh dioses!, en una fiesta religiosa. He querido, invitándole á mi mesa, deshacerme de él sin duda por el veneno. He intentado, yendo á su casa para sentarme á su mesa con gentes armadas, matarle á puñaladas. Ya ves qué momentos elegía para realizar el fratricidio: el espectáculo, el festín, el de los placeres. ¡Y qué día!; el mismo en que se ha purificado el ejército; aquel en que, después de pasar entre las dos partes de la víctima, precedidos por las armaduras de todos los reyes de Macedonia antecesores tuyos, y colocados los dos á tu lado, padre mío, hemos tomado el mando y hecho maniobrar á los soldados macedonios. ¡Y en medio de este sacrificio expiatorio que debía lavar todas mis manchas, en el caso de que hubiese tenido anteriormente la desgracia de cometer algún delito; cuando tenía á la vista la víctima colocada á nuestro paso, habré meditado proyectos de fratricidio y envenenamiento y habré pensado en preparar armas para ensangrentar un festín! ¿Qué otro sacrificio habría purificado después esta alma tan cargada de crímenes? Pero al querer presentar como sospechosos todos mis pasos, en el deseo de acusarme, tu ánimo se ciega y revuelve hechos contradictorios. Si trataba de envenenarte en mi mesa, ¿podía haber nada más torpe que irritarte con una lucha seria y obstinada é impulsarte así á rehusar, como rehusaste, mi invitación? Después de esta negativa dictada por la cólera,

¿debía yo procurar calmarte, buscando otra ocasión, puesto que tenía preparado el veneno, ó cambiar bruscamente de proyecto y decidirme á asesinarte en el mismo día, fingiendo que iba á sentarme á tu mesa? Si suponía que el temor de la muerte te había impedido venir á mi casa, ¿cómo no suponía que el mismo temor te impediría admitirme, abrirme la tuya?

»No me avergüenzo, padre mío, de haber abusado del vino, en un día festivo, con otros jóvenes de mi edad. Te ruego averigües qué loca alegría animaba ayer á mis comensales, y el regocijo (tal vez imprudente) que nos inspiraba no haber sido vencidos en los juegos militares, tan á propósito para excitar el valor de la juventud. Nuestra desgracia y nuestros temores han disipado en seguida los vapores del vino; y sin este golpe que nos ha herido, nosotros los asesinos aún estaríamos sumidos en profundo sueño. Si me hubiese propuesto forzar tu casa, si quería asesinarte después de entrar en ella, ¿no habría podido abstenerme de beber un día siquiera? ¿No habría evitado que bebiesen mis compañeros? Pero no me defiende solamente mi leal franqueza; escuchemos á mi hermano, á ese hermano tan bueno y que nada tiene de suspicaz. «Todo lo que sé, dice, de todo lo que me quejo es de que vinieron á mi casa armados so pretexto de placeres.» Y pregunto: ¿cómo lo sabes? Necesario es que confieses que mi casa está llena de espías que tú has enviado ó que nos hemos armado tan públicamente que todos lo han visto. Pero con objeto de ocultar que hace espíar mis pasos ó que viene aquí con acusaciones apasionadas, te excito, ¡oh padre mío!, á que tú interrogues á los que él te designe si llevaban armas, como si el hecho fuese dudoso y su confesión envolviese el convencimiento del crimen. ¿Por qué no les preguntas si llevaban armas con objeto de asesinarte? ¿si yo se lo había mandado? ¿si yo lo sabía? Porque



esto es lo que quieres hacer creer, y no que confiesen lo que es evidente. Ellos pretenden, por el contrario, que sólo se armaron con el propósito de defenderse. ¿Hicieron bien ó mal? Ellos darán razones de su conducta. Mis hechos y sus precauciones nada tienen común; no procures confundirlos, ó di más bien: ¿debíamos atacarte abiertamente en tu casa ó sorprenderte? En el primer caso, ¿por qué no íbamos armados todos? ¿Por qué no llevaban armas más que los que habían apaleado á tu espía? ¿En el segundo, ¿cuál era el plan de la conspiración? ¿Acaso que después de la comida, cuando hubiese abandonado yo el festín, que quedasen cuatro amigos míos en tu casa para sorprenderte dormido? ¿Cómo burlarían la vigilancia de los tuyos aquellos extraños, aquellos amigos míos, que tan sospechosos debían ser, especialmente después de la riña que acababan de trabar? ¿Cuatro espadas bastaban para atacar y forzar tu casa?

»¿Por qué no prescindes de esa fábula nocturna é insistes en el verdadero motivo de tu queja, en la envidia que te devora? Di francamente, Demetrio, ¿por qué hablan algunas veces de elevarte al trono? ¿Por qué hay personas que te consideran más digno que yo de suceder á nuestro padre? ¿Por qué haces dudosa una esperanza que sin ti sería cierta? Esto es lo que piensa Perseo aunque no lo dice; por esto me odia y me acusa: esto es, padre mío, lo que llena tu palacio y tu reino de sospechas y calumnias. Por mi parte, que no espero el trono ahora, y que tal vez no deberé aspirar nunca á él, puesto que soy el menor y quieres que ceda al mayor, tampoco he debido jamás ni debo ahora exponerme á tu enojo y hacerme indigno del favor de todos los macedonios. Y lo sería por mi culpa si tuviese la arrogancia de no someterme á derechos evidentes. Me acusas por mi amistad con los romanos y consideras como de-

lito aquello con que debía honrarme. No pedí yo que se me entregase en rehenes á los romanos, ni que se me enviase á Roma como legado. Me mandaste partir, y obedecí; y en estas dos circunstancias me conduje de modo que no avergonzase á mi padre, ni fuese desdoro de su corona y de la nación macedonia. Tú fuiste, para mí, el autor de mi amistad con los romanos. Mientras permanezcas en paz con ellos, cultivaré su amistad; si se enciende la guerra, verás á este hijo, que en rehenes y como legado prestó algunos servicios á su padre, convertirse en implacable enemigo de los romanos. No pretendo hoy apoyarme en su favor; solamente pido que no lo aprovechen contra mí; no nació esta amistad en medio de la guerra, ni tampoco quiero servirme de ella en la guerra. He sido prenda de paz y mi legación tuvo por objeto conservarla: que no se consideran como delito ni como mérito estas dos misiones. Dispuesto estoy á soportar todos los suplicios si he faltado á los deberes de la piedad filial, si he preparado asechanzas criminales contra mi hermano. Si soy inocente, no me dejes sucumbir bajo el peso de la envidia, cuando no han podido encontrar crímenes para perderme. No es hoy la primera vez que mi hermano me acusa, pero sí es la primera que lo hace abiertamente sin que yo lo merezca. Si mi padre estuviese enojado conmigo, ¿no te correspondería á ti, Perseo, interceder en tu calidad de primogénito por tu hermano menor, achacarlo á la ligereza de la edad é implorar su perdón? Pero al contrario, quien debía ser mi apoyo quiere mi pérdida. Al dejar el regocijo y el festín, vienen á arrancarme del sueño, para que responda á una acusación de fratricidio. No se me concede abogado, y yo mismo tengo que defender mi causa. Si hubiese tenido que hablar por otro, habríanme dado tiempo para meditar y preparar mi discurso, cuando solamente comprometería mi reputa-

ción de elocuente. Llamado sin saber para qué, encuentro un padre irritado que me manda que me defienda y un hermano que me acusa. Este hermano pronuncia contra mí una oración preparada y meditada desde mucho antes, y yo solamente por la acusación misma he podido conocer el asunto de que se trataba. ¿Debería yo en este momento escuchar al acusador ó preparar mi justificación? Aturdido por este golpe inesperado, apenas he comprendido de qué crimen se me acusa y menos puedo saber cómo justificarme. ¿Qué esperanza podría alentar de no tener por juez á mi padre? Y si mi hermano mayor goza de todo su cariño, al menos mi posición de acusado me da algunos derechos á su compasión. Sí, padre mío, por ti, tanto como por mí, te ruego que me salves la vida; mi hermano pide mi muerte por su seguridad. ¿Cómo crees que me tratará cuando le hayas dejado el trono, puesto que ya pretende que derrames mi sangre para complacerle?»

Al decir estas palabras, las lágrimas y sollozos apagaron su voz. Filipo, después de mandar salir á sus dos hijos y conferenciado brevemente con sus amigos, declaró que no tomaría resolución, ni por palabras, ni por discusión tan rápida, sino después de detenido examen de la conducta y carácter de los dos príncipes; que estudiaría, pues, sus palabras y acciones en las cosas pequeñas como en las grandes. Evidente fué para todos que Demetrio había destruído fácilmente la acusación de la trama de la noche anterior, pero que le querían mal por su influencia con los romanos. De esta manera, viviendo todavía Filipo, se sembraron las primeras semillas de la guerra de Macedonia, que debía estallar bajo el reinado de Perseo. Los dos cónsules partieron para la Liguria, que era entonces la única provincia consular. Con motivo de los triunfos que consiguieron, decretaron un día de acciones de gracias. Cerca de dos

mil ligurios avanzaron hasta la frontera de la provincia de Galia, donde acampaba Marcelo en aquel momento, para rogarle que recibiese su sumisión. El general romano les mandó que permaneciesen en el puesto que ocupaban y escribió al Senado. Contestáronle por medio del pretor M. Ogulnio que hubiese sido más conveniente preguntar á los cónsules, encargados del mando de la provincia, lo que consideraba útil á los intereses del estado; pero que en todo caso, si Marcelo recibía la sumisión de los ligurios, no opinaban que los desarmase y que le invitaban á que los enviase al cónsul. Por el mismo tiempo llegaron P. Manlio y Q. Fulvio Flaco, uno á la España ulterior, que ya había gobernado en su primera pretura, y el otro á la citerior, donde le entregó Terencio su ejército. La ulterior estaba sin mando desde la muerte de P. Sempronio. Fulvio Flaco marchó á poner sitio á una ciudad llamada Urbicua: atacáronle los celtíberos bajo las murallas de aquella plaza, y sostuvieron muchos combates, en los que quedaron muertos ó heridos considerable número de soldados romanos; pero la constancia de Fulvio triunfó de aquellos obstáculos; nada pudo obligarle á levantar el sitio, y los celtíberos, extenuados por tantos ataques, se retiraron; decidiendo su alejamiento la suerte de la ciudad, que sucumbió á los pocos días, quedando entregada al pillaje. El pretor abandonó el botín á los soldados. Todas las operaciones de Fulvio se limitaron á esta conquista. P. Manlio no hizo más que reunir en cuerpos de ejército las tropas que había encontrado diseminadas; y después de esto, los dos llevaron los ejércitos á invernar. Tales fueron los acontecimientos de este año en España. Terencio, que había dejado esta provincia, obtuvo á su regreso la ovación, haciendo llevar delante de él nueve mil trescientas veinte libras de plata, ochenta de oro, y dos coronas de este metal, que pesaban sesenta y siete libras.

Aquel mismo año decidieron los romanos sobre el terreno una cuestión surgida entre los cartagineses y Massinissa; tratábase de una provincia que Gala, el padre de aquel príncipe, había arrebatado á Cartago. Sifax expulsó á Gala y dió la provincia á los cartagineses en consideración á su yerno Asdrúbal. Massinissa acababa de recobrarla á su vez de los cartagineses. Debatíose el asunto delante de los enviados romanos, con tanta animosidad como el rey Númida y sus adversarios habían mostrado en el campo de batalla para disputarse aquella posesión. Fundaban sus pretensiones los cartagineses en que la provincia perteneció primeramente á sus antepasados, y que después se la restituyó Sifax. Massinissa sostenía que no había hecho más que recobrar una antigua dependencia de su corona, que la poseía en virtud del derecho de gentes, y que en su favor tenía el título de posesión. «Todo lo que temía en aquella discusión, añadía, era que los romanos sacrificasen sus intereses por delicadeza y por temor de que pudiesen censurarle de parcialidad por un rey aliado suyo y amigo contra sus enemigos comunes.» Los legados le dejaron en posesión de la provincia, sin decidir nada en cuanto al fondo de la cuestión, cuya resolución reservaron al Senado. En la Liguria no pasó nada importante. Los enemigos se retiraron primeramente á desfiladeros inaccesibles; en seguida disolvieron su ejército y se dispersaron en los pueblos y castillos. Los cónsules quisieron licenciar también sus ejércitos y consultaron acerca de ello al Senado, que mandó á uno de ellos licenciar sus tropas y regresar á Roma para la elección de magistrados para el año siguiente, y al otro que invernase con sus legiones en la ciudad de Pisa. Corría el rumor de que los galos transalpinos armaban á sus jóvenes; pero se ignoraba sobre qué punto de Italia caería aquella multitud. Los cónsules se pu-

sieron de acuerdo, y Cn. Bebio marchó á presidir los comicios, porque su hermano M. Bebio se presentaba candidato.

Comenzóse por los comicios consulares, siendo nombrados P. Cornelio Cethego y M. Bebio Tamfilo. En seguida se eligió pretores á los dos Q. Fabio, Máximo y Buteo, Ti. Claudio Nerón, Q. Petelio Spurino, M. Pinarrio Posca y L. Duronio. En cuanto tomaron posesión de sus cargos estos magistrados, sortearon sus provincias, tocando la Liguria á los cónsules, y de los pretores Q. Petelio obtuvo la jurisdiccion urbana, Q. Fabio Máximo la de los extranjeros, Q. Fabio Cuteo la Galia, T. Claudio Nerón la Sicilia, M. Pinario la Cerdeña, y L. Duronio la Apulia. A esta última provincia se añadió la Istria, porque los habitantes de Tarento y de Brindis se habrían quejado de las depredaciones que realizaban en sus costas los piratas transmarinos. Los masilienses se quejaban también de las correrías marítimas de los ligurios. En seguida se procedió á la distribución de los ejércitos, asignándose á los cónsules cuatro legiones, compuesta cada una de cinco mil doscientos infantes y trescientos jinetes romanos y quince mil infantes con ochocientos caballos tomados de los aliados del nombre latino. Prorrogóse el mando de sus provincias y ejércitos á los antiguos pretores de España, enviándoles como refuerzo tres mil infantes y doscientos jinetes romanos y seis mil hombres de infantería latina con trescientos caballos. Ocupáronse también de la marina, recibiendo los cónsules orden de nombrar, con este objeto, duunvíros encargados de poner en el mar veinte naves cuyas tripulaciones formarían con ciudadanos romanos que se encontrasen en servidumbre; solamente los jefes debían ser de condición libre. Repartieron la costa entre los duunvíros, de manera que les sirviese de centro común el promontorio

de Minerva, llevando cada uno á sus órdenes diez naves, y habiendo de defender uno la derecha hasta Masilia, y el otro la izquierda hasta Bari.

Muchos prodigios funestos ocurrieron aquel año, tanto en Roma como en las provincias. Llovió sangre en las plazas de Vulcano y de la Concordia. Aseguraron los pontífices que se habían movido por sí solas las lanzas, y que en Lanuvio había llorado la estatua de Juno Sospita. Una enfermedad contagiosa hacía tales estragos en el campo, en los pueblos, en los caseríos y hasta en la misma ciudad, que apenas podían bastar á los enterramientos. Alarmados los senadores con aquellos prodigios y calamidades, decidieron que los cónsules inmolasen víctimas mayores á aquellos dioses que quisiesen honrar y que los decenviros consultasen los libros sibilinos. Por informe de éstos, se decretó un día de rogativas en todos los altares. Además, por su informe también, mandó el Senado que proclamasen los cónsules que se celebrarían en toda Italia tres días de rogativas y de ferias. Tan grande había sido la mortandad, que no pudieron los cónsules alistar los ocho mil hombres de infantería latina y los trescientos caballos destinados á combatir á los corsos sublevados y á los ilienos (1) que habían tomado las armas en Cerdeña: tan considerable era el número de muertos y de enfermos. Para completar sus fuerzas, recibió orden el pretor de tomar gente del ejército del procónsul Cn. Bebio, que internaba en Pisa y que pasase en seguida á Cerdeña. L. Dumnio, que tenía la provincia de la Apulia, recibió el encargo de la información acerca de las baecanales; desórdenes que no habían desaparecido por completo y cuyos gérmenes se habían visto brotar de

(1) Según una tradición, debían ser éstos troyanos venidos con Eneas á Occidente y separados de él por una tempestad.

nuevo en el año anterior, habiendo comenzado el pretor L. Pupio una información que no pudo concluir. Su sucesor recibió orden de extirpar el mal hasta en sus raíces, para cortar sus progresos. Por acuerdo del Senado, también los cónsules propusieron al pueblo la ley contra el soborno.

En seguida presentaron al Senado algunas legaciones, empezando por las de Eumeno, de Ariarato rey de Capadocia, y de Farnaces rey del Ponto; limitándose á contestarles que enviarían comisarios para enterarse de sus diferencias y decidir de ellas. Después recibieron á los enviados de los desterrados de Lacedemonia y los de la liga aquea; haciendo esperar á los desterrados que el Senado escribiría á los aqueos en favor suyo. Anunciaron los aqueos que habían recobrado á Messena y que habían restablecido el orden allí, y aprobaron su conducta. Filipo, rey de Macedonia, había enviado también dos legados, Filocles y Apeles, con objeto, no de presentar petición alguna en el Senado, sino para que examinasen y se asegurasen de si Demetrio, como le acusaba Perseo, había celebrado realmente conferencias con los romanos, y en particular con T. Quincio, para arrebatarse la corona á su hermano. Filipo les había elegido porque les creía imparciales; pero en realidad eran agentes de Perseo y cómplices de sus pérfidos designios contra Demetrio. El príncipe lo ignoraba todo, exceptuando los criminales intentos de su hermano, revelados abiertamente poco tiempo antes, por lo que no desesperaba al principio de ablandar á su padre, aunque sin confiar completamente en ello. Pero viéndole después asediado sin descanso por su hermano, perdió poco á poco la esperanza. Por esta razón obraba y hablaba con cuidado extraordinario, procuraba no aumentar las sospechas y atendía á no pronunciar palabra acerca de los romanos, ni á tener relaciones con ellos;

llegando hasta á suspender toda correspondencia escrita, porque sabía que era el arma más poderosa que esgrimían sus enemigos para exasperar el ánimo de su padre.

Queriendo Filipo que sus soldados no estuviesen ociosos y alejar al mismo tiempo toda sospecha de sus preparativos hostiles contra los romanos, reunió su ejército en Stobos, en la Peonia, y marchó contra la Medica. Tenía empeño en subir á la cumbre del monte Hemo, porque era creencia general que desde aquella altura podía abarcarse de una mirada el Ponto Euxino, el Adriático, el Danubio y los Alpes; y pensaba que aquella vista podría servirle para organizar su plan de campaña. Consultó acerca de la subida á las gentes que conocían el terreno, y todos estuvieron conformes en que el camino era impracticable para su ejército y muy difícil hasta para corto número de hombres con poco equipaje. Teniendo ya estos datos, dirigióse á su hijo Demetrio, á quien no quería llevar consigo, y procurando halagarle con muestras de íntima confianza, preguntóle primeramente si ante tan grandes dificultades debía insistir en su empresa ó abandonarla. «En el caso de perseverar, añadió, no podía echar en olvido lo que en parecidas circunstancias dijo Antígono. Combatido por una tempestad, teniendo á toda su familia reunida en la nave, dícese que recomendó á sus hijos que cuidasen atentamente de sí mismos y que encargasen á sus descendientes que no comprometiesen jamás á la vez en una situación peligrosa la salvación de toda su familia. En conformidad con este encargo, no debía exponer al mismo tiempo á sus dos hijos á los riesgos de una empresa tan peligrosa; y como llevaba al mayor, enviaría al más joven á Macedonia para reservarse un recurso y custodiase el reino.» No se engañó Demetrio y comprendió que se temía su presencia en el momento en que se

eligiese sobre el terreno el camino más corto para llegar al Adriático y á Italia y se decidiese el plan de la futura guerra. Pero al mismo tiempo comprendió la necesidad de obedecer, y hasta de aplaudir la determinación de su padre, por temor de que se sospechase que cedía á disgusto. Para proteger su regreso á Macedonia, mandaron que le acompañase Didas, pretor del rey y gobernador de la Peonia, con escasa escolta. Didas era partidario de Perseo, como lo eran la mayor parte de los cortesanos de Filipo, habiendo entrado todos en la conspiración contra Demetrio, en cuanto vieron que la predilección del rey no dejaba duda alguna acerca de quién sería su sucesor. Didas llevaba orden de intimar todo lo posible con Demetrio con objeto de sorprender todos sus secretos y hasta penetrar en sus pensamientos más ocultos. De esta manera se alejó Demetrio, más en peligro con aquellos pérfidos guardianes que si hubiese caminado solo.

Habiendo atravesado Filipo primeramente la Medica y después los desiertos que separan aquella comarca del monte Hemo, llegó al fin, después de siete días de marcha, al pie de la montaña. Detúvose allí un día entero para elegir los que quería llevar consigo, y á la mañana siguiente volvió á ponerse en camino. Al principio subieron sin grandes dificultades las primeras colinas, pero á medida que avanzaban, el terreno tenía más vegetación y frecuentemente era más impracticable. Después llegaron á tal espesura, que apenas podían ver el cielo entre el apretado follaje de los árboles y sus entrelazadas ramas. Al acercarse á la cumbre presenciaron un fenómeno muy raro en cualquier otro paraje; envolvía á la montaña niebla tan densa, que caminaban con temor como en medio de la obscuridad de la noche; al fin al tercer día llegaron á la cumbre. No desmintieron los viajeros al regresar la opinión acepta-

da, pero creo que quisieron librarse, por amor propio, del ridículo de vana empresa; porque es poco probable viesen desde el mismo punto mares, montañas y ríos que tanto distan entre sí. Todos padecieron por el cansancio del camino, el rey más que los otros, porque su edad era más avanzada. Después de erigir dos altares, uno á Júpiter y otro al Sol, y de haber inmolado víctimas, Filipo bajó de la montaña, empleando dos días en vez de los tres que le costó subir, porque temía especialmente el fresco de las noches, que al comenzar la canícula son tan frías como en invierno. Después de los obstáculos con que había tenido que luchar, no pudo quedar satisfecho del estado en que encontró su campamento, en el que reinaba grandísima escasez, como podía esperarse en un país rodeado de grandes desiertos. No dedicó por lo mismo más que un día al descanso de sus compañeros y pasó al territorio de los denthetos con precipitación muy parecida á la fuga. Aquellos pueblos eran aliados suyos, pero en la escasez en que se encontraba, mandó talar sus campos como en país enemigo. Los macedonios saquearon primeramente las alquerías aisladas y en seguida atacaron algunos caseríos, con vergüenza eterna para el rey, que oía á sus aliados implorar en vano á los dioses protectores de los tratados y el nombre del mismo Filipo. Después de recoger la cosecha de aquel país, regresó á la Medica y emprendió el sitio de la ciudad de Petra, situándose en el lado de la llanura y encargando á su hijo Perseo que rodease la ciudad con fuerzas poco numerosas para ocupar las alturas. Amenazados los habitantes por todas partes, entregaron rehenes y se rindieron por el momento. Pero en cuanto se alejó el ejército macedonio, abandonaron la ciudad, sin cuidarse de los rehenes y se refugiaron en parajes fortificados ó en las montañas. Viendo Filipo que tantos trabajos infructuosos

habían extenuado á sus soldados y prevenido cada vez más contra su hijo por las pérfidas comunicaciones de Didas, emprendió de nuevo el camino de Macedonia.

Encargado Didas, como antes se dijo, de acompañar á Demetrio, había abusado de la franqueza del joven, que justamente indignado no hacía mérito de la prudencia. A fuerza de adularle, de mostrar él también profunda indignación y de ofrecerle sus servicios para todo, ganó su confianza y le arrancó la confesión de sus secretos, prometiéndole silencio. Demetrio proyectaba huir á Roma; consideraba al pretor de la Peonia como un protector que le enviaban los dioses para asegurar el éxito de su evasión, y esperaba poder escapar con seguridad por su provincia. Apresuróse Didas á comunicar este proyecto á Perseo, y por orden suya informó á Filipo. El rey recibió la primera noticia por medio de un mensajero, al pie de las murallas de Petra, y mandó en seguida prender á Herodoro, el principal confidente de Demetrio, y vigilar secretamente al príncipe. Estas circunstancias, más que todas las otras, hicieron muy triste el regreso del rey á Macedonia. No dejaban de inquietarle las denuncias que acababan de hacerle, pero creyó deber esperar el regreso de los legados que había enviado á Roma para recoger informes. Pasó algunos meses en medio de cruel ansiedad, y al fin llegaron los legados que anticipadamente habían convenido en Macedonia los informes que habían de dar. Estos colmaron la medida de aquellas maniobras infames, entregando al rey una carta supuesta de T. Quincio sellada con falso sello. En esta carta pedía perdón T. Quincio por la inteligencia que el joven había tenido con él en favor de sus ambiciones. «Demetrio, decía, jamás se atrevería á emprender nada contra ninguno de los suyos; y en cuanto á él, sabíase que era incapaz de dar ningún consejo criminal.» Esta lectura confirmó

las acusaciones de Perseo. Sujetóse inmediatamente al tormento á Herodoro y murió en medio de espantosos dolores sin hacer ninguna revelación.

Perseo acusó por segunda vez á Demetrio ante Filipo. Denunció sus preparativos de evasión por la Peonia y sus tentativas para ganarse compañeros de fuga; insistiendo especialmente en la carta supuesta de T. Quinccio. Pero no se atrevieron á pronunciar abiertamente sentencia capital contra el joven, considerando mejor deshacerse de él en secreto, no por consideraciones á él, sino para no dar la voz de alarma á los romanos por medio de aquel suplicio. Filipo regresaba de Tesalónica á Demetriades; envió á Demetrio á Astrea, en Peonia, continuando bajo la vigilancia de Didas, y á Perseo á Amtópolis, para recibir los rehenes de los tracios. Cuando Didas se despidió de él, dícese que le dió orden de matar á su hermano. Didas decidió ó fingió ofrecer un sacrificio, al que invitó á Demetrio. El joven marchó para esto de Astrea á Heraclea, y se asegura que allí, en el festín sagrado, fué envenenado. En cuanto bebió la ponzoña lo comprendió. Agudos dolores le obligaron en seguida á abandonar la mesa; retiróse á su habitación, y en medio de los sufrimientos que experimentaba, se le oía quejarse de la crueldad de su padre, acusar á Perseo de fratricida y á Didas de asesino. Mandóse entonces entrar á un tal Thyrsis de Stubera y á otro llamado Alejandro de Berea que lo asfixiaron con mantas. Así pereció Demetrio, víctima inocente de un encarnizamiento que no se contentó con un solo género de muerte.

Mientras ocurrían estas cosas en Macedonia, L. Emilio Paulo, á quien se había prorrogado el mando como procónsul en los primeros días de la primavera, entró con su ejército por tierras de los ligurios ingaunos. En cuanto estableció su campamento en las fronteras, se

le presentaron legados so pretexto de pedir la paz, pero en realidad para examinar sus fuerzas. Paulo Emilio contestó que no trataría con ellos si antes no se sometían, mostrándose los ligurios muy dispuestos á obedecer, pero pidiendo tiempo para hacer comprender la necesidad á sus agrestes compatriotas. Habiendo concedido diez días de tregua, le rogaron además que no enviase sus soldados á recoger leña ni forraje más allá de las montañas inmediatas, so pretexto de que aquella parte del territorio estaba en pleno cultivo. También les concedió esto; y entonces reunieron todas sus fuerzas detrás de las montañas, de las que habían sabido separar á los romanos, cayeron repentinamente en masa sobre el campamento, atacando á la vez todas las puertas. En aquel asalto, que duró un día entero, desplegaron extraordinario vigor, no teniendo tiempo los romanos para salir de sus líneas, ni espacio para formarse en batalla; agolpándose desordenadamente en las puertas y defendiendo su campamento, más bien haciendo muralla con sus cuerpos que peleando. Al ponerse el sol se retiraron los enemigos. P. Emilio envió en seguida dos jinetes con un mensaje al cónsul Cn. Bebio, que se encontraba en Pisa, diciéndole que, sitiado en su campamento, merced á una tregua, necesitaba con urgencia socorros. Bebio había entregado su ejército al pretor M. Pinario que marchaba á Cerdeña; pero escribió al Senado para enterarle de la crítica posición de Emilio, y al mismo tiempo dirigió una carta á M. Claudio Marcelo, cuya provincia era la más cercana, invitándole á que pasase con su ejército de la Galia á la Liguria y libertase á Emilio, sitiado por el enemigo. Estos socorros tenían que llegar muy tarde. A la mañana siguiente comenzaron otra vez el ataque los ligurios: Emilio, que lo había previsto y que pudo formarse en batalla fuera de sus empalizadas, se mantuvo ence-

rrado en el campamento, para ganar tiempo y dejar que Bebio llegase de Pisa con su ejército.

Mucha alarma produjo en Roma la carta de Bebio, redoblando pocos días después de la llegada de Marcelo, que había dejado su ejército á Fabio. Este regreso hizo perder la esperanza de que las fuerzas de la Galia pasasen á Liguria, porque se mantenía guerra con los istrius, que se oponían al establecimiento de la colonia de Aquilea. Fabio había marchado contra ellos; no podía renunciar á la expedición comenzada, y no quedaba más que un recurso, y éste sería muy tardío: que los cónsules partiesen apresuradamente para su provincia. Estrechábanles los senadores á porfía para que tomasen esta resolución, pero los cónsules declararon que no marcharían hasta haber terminado las levas, atribuyendo la lentitud de las operaciones, no á su falta de celo, sino á la fuerza de la epidemia. Sin embargo, cedieron á las unánimes instancias del Senado y salieron con los mantos militares mandando á los soldados que ya habían alistado que se reuniesen en Pisa; permitiéndoseles también que alistasen en marcha voluntarios y les llevasen consigo. Los pretores Q. Petilio y Q. Fabio recibieron orden, el primero para levantar apresuradamente dos legiones de ciudadanos romanos y exigir el servicio militar á todos aquellos que no hubiesen cumplido cincuenta años; el segundo, de pedir á los aliados del nombre latino quince mil hombres de infantería y ochocientos caballos. Creáronse duunviros navales (1) á C. Macieno y C. Lucrecio y equiparon naves. Macieno, cuya provincia se extendía hasta el golfo de Galia, recibió orden de poner rumbo todo lo más pronto posible hacia

(1) Los duunviros navales no estaban encargados solamente de la construcción y recomposición de naves, sino que algunas veces se les confiaba mando de flotas.

la costa de la Liguria para poder socorrer en caso necesario á L. Emilio y su ejército.

No viendo Emilio que llegaba socorro alguno y pensando que sus mensajeros habían sido detenidos, creyó que no debía esperar más tiempo para arriesgar un combate con sus solas fuerzas. Antes del regreso de los enemigos, cuyo ardor comenzaba á resfriar, formó su ejército en batalla, en las cuatro puertas del campamento, para que estuviese pronto á realizar una salida general á la primera señal. A las cuatro cohortes extraordinarias añadió otras dos y las puso á las órdenes de su legado M. Valerio, que debía salir por la puerta extraordinaria (1); colocó los hastatos de la primera legión en la puerta principal de la derecha, y detrás de ellos, como reserva, los príncipes de la misma legión, á las órdenes de los tribunos militares M. Servilio y L. Sulpicio. La tercera legión quedó enfrente de la puerta principal de la izquierda, con la sola diferencia de que los príncipes formaban la primera fila y los hastatos la reserva. Los tribunos militares Sexto Julio César y L. Aurelio Cotta mandaban aquella legión. El legado Q. Fulvio Flaco se situó con el ala derecha, delante de la puerta cuestoria. Dos cohortes y los triarios de las dos legiones quedaron para guardar el campamento. El general recorrió todas las puertas, arengando á los soldados y empleando, para inflamar su ardor, todos los medios que creía á propósito para excitar su cólera. En tanto acusaba á los ligurios de perfidia y les censuraba no haber pedido la paz más que para venir, á favor de la tregua que habían conseguido y con desprecio del derecho de gentes, á asaltar el campamento romano; en tanto les representaba cuán vergonzoso era

(1) Esta es la que ordinariamente se denomina puerta pretoria y que estaba en el lado opuesto á la puerta cuestoria. Las otras eran principal derecha y principal izquierda.

que un ejército romano se dejase sitiado por ligurios, que antes eran verdaderos bandidos que enemigos ordinarios. «¿Cómo os presentaréis, les decía, si no escapáis de este peligro más que por socorro extraño y no por vuestro valor, no diré á los soldados que vencieron á Anníbal, á Filipo y Antioco, los generales más grandes y monarcas más poderosos de nuestro tiempo, sino á los que tantas veces derrotaron á estos mismos ligurios y los persiguieron por desfiladeros casi impracticables, cuando huían delante de ellos como tímidos rebaños? ¡Cómo! ¡Ni los españoles, ni los galos, ni los macedonios, ni los cartagineses se atrevieron jamás á acercarse á un campamento romano, y los ligurios pretendían sitiado y procurarían tomarlo, cuando son tan cobardes que antes se ocultaron en bosques impenetrables, donde no pudimos encontrarles á pesar de todas nuestras pesquisas!» Los soldados contestaron con unánime clamor «que nada podían censurarles, puesto que nadie les había dado la señal para hacer una salida. Que les mandasen salir y se vería que los romanos y los ligurios continuaban siendo lo que antes eran.»

Los ligurios tenían dos campamentos á este lado de las montañas. En los primeros días salían, al aparecer el sol, todos juntos y en buen orden; pero ahora no tomaban las armas hasta después de saciarse de carne y de vino, saliendo por bandas y en desorden, persuadidos de que los romanos no se presentarían delante de sus parapetos. Los soldados de P. Emilio les dejaron avanzar en aquel desorden, y lanzando de pronto terrible grito, al que se unió el de los criados y servidores del ejército, cayeron sobre ellos por todas las puertas del campamento. No esperaban los ligurios aquella salida, y quedaron tan espantados como si hubiesen caído en una emboscada. Durante algunos momentos sostuvieron una apariencia de combate, pero muy pronto

fué general la derrota, y los fugitivos quedaron destruidos. Entonces se mandó montar á la caballería romana y que no dejase escapar á ningún vencido, persiguiéndoles temblorosos y consternados hasta sus campamentos, de los que se apoderó. Los ligurios perdieron aquel día más de quince mil hombres y les hicieron dos mil quinientos prisioneros. Tres días después, toda la nación de los ingaunos entregó rehenes y se sometió. Buscóse á los pilotos y marineros que habían tripulado las naves piratas y los aprisionaron. El duunviro C. Macieno se apoderó en la costa de la Liguria de treinta y dos naves piratas. L. Aurelio Cotta y C. Sulpicio Galo quedaron encargados de llevar estas noticias y una carta al Senado; debiendo pedir permiso al mismo tiempo para que L. Emilio dejase su provincia, donde había terminado la guerra, trayendo con él su ejército, que sería licenciado. A las dos peticiones acudió el Senado y decretó tres días de acciones de gracias en todos los altares. El pretor Petilio licenció las legiones urbanas; Fabio envió su contingente á los aliados del nombre latino, y el pretor de Roma escribió á los cónsules que el Senado les invitaba á licenciar en seguida los soldados alistados apresuradamente en el momento del peligro.

En este año se estableció una colonia en Gravisca, de Etruria, en un territorio arrebatado en otro tiempo á los tarquinios. Cada colono recibió cinco yugadas. Los triunviros encargados del establecimiento fueron C. Calpurnio Pisón, P. Claudio Pulquer y C. Terencio Istra. El año fué notable por la sequía y escasez. Dícese que pasaron seis meses completos sin llover. En este mismo año, ahondando mucho los cultivadores al pie del Janículo, en un campo que pertenecía al escriba L. Petilio, encontraron dos arcos de piedra, de cerca de ocho pies de largas por cuatro de anchas y cuyas tapas

estaban selladas con plomo. En las dos arcaas había inscripciones griegas y latinas, indicando que contenían, la una el cuerpo de Numa Pompilio, hijo de Pompo, rey de los romanos, y la otra los libros de Numa Pompilio. El propietario del campo mandó abrirlas después de consultar á sus amigos; la que, según la inscripción, debía contener el cuerpo de Numa, estaba vacía, sin señal alguna de restos humanos ni de ninguna otra sustancia, habiendo quedado destruído sin duda todo lo que contenía, por el considerable tiempo transcurrido. En la otra había dos paquetes atados y revestidos con pez, conteniendo cada uno siete volúmenes, que no solamente estaban bien conservados, sino que hasta parecían completamente nuevos. Siete volúmenes estaban en latín y trataban del derecho de los pontífices; los otros siete, escritos en griego, tenían por objeto la filosofía, tal como podía encontrarse entonces. Añade Valerio Ancias que eran libros de la doctrina pitagórica; aserción que es probablemente una falsedad fundada en la general creencia de que Numa era discípulo de Pitágoras. Leyeron primeramente aquellos libros los amigos del propietario del campo que se encontraban presentes en el momento del hallazgo, pero en seguida tuvieron muchos más lectores y adquirieron cierta publicidad. Q. Petilio, pretor urbano, tuvo entonces curiosidad de leerlos, y los pidió á L. Petilio, con quien tenía íntimas relaciones, porque él era quien, durante su cuestura, le hizo ingresar en una curia de escribas. Cuando hubo examinado el conjunto de las materias, observó que la mayor parte de las prescripciones eran contrarias al culto establecido, y dijo á L. Petilio que quemaría sus libros, pero que antes de hacerlo, le permitiría emplear para reclamarlos todos los medios legales y todos los recursos que pudiese emplear, añadiendo que no se ofendería por ello. El escriba se diri-

gió á los tribunos del pueblo, y éstos enviaron el asunto al Senado. El pretor declaró que estaba dispuesto á jurar que no debían leerse ni conservarse aquellos libros, y el Senado declaró que bastaba lo ofrecido por el tribuno y que se quemarían cuanto antes aquellos libros en la plaza de los comicios, y que á título de indemnización se pagaría al propietario la cantidad que señalase el pretor Q. Petilio y la mayoría del colegio de los tribunos. El escriba no quiso aceptar la cantidad y los libros se quemaron en la plaza de los comicios, en presencia del pueblo, en una hoguera que encendieron los victimarios.

En aquel año estalló una guerra muy grave en la España citerior. Los celtíberos habían levantado cerca de treinta y cinco mil hombres, número á que no habían llegado hasta entonces. Q. Fulvio Flaco, que mandaba aquel año la provincia, habiendo sabido que los celtíberos armaban á sus jóvenes, había levantado por su parte entre sus aliados cuantas tropas auxiliares pudo procurarse, pero su ejército estaba lejos de igualar en número al de sus enemigos. Al comenzar la primavera entró en la Carpetania y acampó bajo las murallas de Eburá, después de dejar escasa guarnición en la ciudad. Pocos días después, marcharon los celtíberos á apostarse al pie de una colina, á unas dos millas de los romanos. En cuanto se enteró de su llegada el pretor, envió á su hermano M. Fulvio al frente de dos turmas de caballería para que reconociese las posiciones enemigas y se enterase del número de combatientes, acercándose todo lo posible á las empalizadas. Recomendóle al mismo tiempo que evitase todo combate y que se retirara si veía salir la caballería española. Las órdenes quedaron puntualmente ejecutadas. Durante muchos días los romanos se limitaron, por todo movimiento, á hacer avanzar sus dos turmas, que se retiraban en

cuanto comenzaba á moverse la caballería enemiga. Al fin los celtíberos salieron de sus parapetos con todas sus fuerzas de caballería é infantería y se formaron en batalla á igual distancia de los dos campamentos. El espacio que los separaba era una llanura despejada, á propósito para batallas. Los españoles se detuvieron esperando á sus enemigos, pero los romanos se mantuvieron durante cuatro días seguidos encerrados en su campamento, y á pesar de la constancia de los españoles, que permanecieron formados en batalla en el mismo sitio, no hicieron ningún movimiento. Al fin volvieron á sus parapetos los celtíberos, porque no habían podido hacer aceptar la batalla á los romanos; manobrando solamente su caballería delante de las empalizadas, para estar pronta ante cualquier movimiento del enemigo. Los soldados de ambos ejércitos salían por detrás de los campamentos para recoger leña y forraje, sin cuidarse unos de otros.

Creviendo el pretor romano que su larga inacción habría convencido á los celtíberos de que no sería el primero en atacarles, mandó á L. Acilio que, al frente del ala izquierda y de seis mil auxiliares que había suministrado la provincia, rodease la colina en que se apoyaba el enemigo y que cayese sobre su campamento en cuanto oyese el grito de guerra. Estas fuerzas partieron de noche con objeto de ocultar su marcha. Al amanecer mandó Flaco al prefecto de los aliados C. Scribonio que avanzase hacia los parapetos enemigos con la caballería extraordinaria del ala izquierda. Al ver los celtíberos aquellas fuerzas, más numerosas y atrevidas de lo que ordinariamente se mostraban los romanos, enviaron á su encuentro toda su caballería, mandando al mismo tiempo que se pusiese en movimiento su infantería. Fiel á sus instrucciones Scribonio, en cuanto oyó el ruido de los caballos, volvió grupas y se replegó

al campamento, persiguiéndole los españoles con mucho ahinco. Habíase adelantado su caballería y la infantería avanzaba detrás, no dudando que aquel mismo día se apoderaban del campamento del pretor. Apenas distaban quinientos pasos de las empalizadas romanas, cuando considerando Flaco que estaban bastante lejos de los suyos para poder socorrerles, formó sus huestes en batalla detrás de los parapetos, y salió por tres puntos á la vez, haciendo gritar enérgicamente á los soldados, no tanto para excitar su ardor, como para dar la señal á los romanos emboscados en la montaña. No se hicieron esperar éstos, sino que cayeron, según se les había mandado, sobre el campamento enemigo, en el que solamente habían quedado para defenderle cinco mil hombres á lo sumo. Asustados los españoles por su corto número, ante la multitud de los que atacaban y de la repentina acometida, entregaron el campamento casi sin combate; mandando Acilio incendiar aquella parte que era más visible desde el campo de batalla.

Los celtíberos que se encontraban detrás en la batalla fueron los primeros que vieron la llama. En seguida corrió por todo el ejército la noticia de que habían perdido el campamento y que ardía en aquel instante. Esta noticia aumentó el espanto del enemigo y el ardor de los romanos, que oían ya los gritos de sus compañeros victoriosos y veían los resplandores del incendio. Los celtíberos tuvieron un momento de vacilación é incertidumbre; pero cuando vieron que no tenían retirada si retrocedían, y que su único recurso era combatir, volvieron al ataque con mayor encarnizamiento. Estrechábalos fuertemente en el centro la quinta legión, por lo que atacaron con más confianza el ala izquierda de los romanos, donde había colocado Flaco los auxiliares de la provincia, compatriotas de los celtíberos. Ya iba á retroceder esta ala, cuando ocupó su puesto la legión

séptima, y al mismo tiempo salieron las fuerzas que formaban la guarnición de Ebury, lanzándose á lo más recio de la pelea. Por su parte Acilio había atacado á los españoles por la espalda. Los celtíberos resistieron mucho tiempo y se dejaron exterminar sobre el terreno, huyendó en todas direcciones los que escaparon. La caballería, dividida en dos cuerpos, se puso en su persecución é hizo considerable matanza, resultando en aquella batalla cerca de veintitrés mil hombres muertos y cuatro mil setecientos prisioneros, cayendo en poder de los romanos más de quinientos caballos y ochenta y ocho enseñas militares. Cara se pagó aquella importante victoria: el pretor perdió más de doscientos soldados de las dos legiones, ochocientos treinta aliados del nombre latino y cerca de dos mil cuatrocientos auxiliares extranjeros. Ganada la batalla, regresó al campamento con sus tropas victoriosas. Acilio recibió orden para permanecer en el que había conquistado, y al día siguiente recogieron los despojos de las víctimas, distribuyendo el general delante de todo el ejército las recompensas que habían merecido los que se distinguieron por su valor.

Después de trasladar sus heridos á Ebury, atravesó la Carpetania y marchó contra Contrebia, poniéndola sitio. Esta ciudad imploró el socorro de los celtíberos, pero no los recibió á tiempo, no porque los celtíberos tardasen en ponerse en marcha, sino porque encontraron caminos impracticables y crecidos los ríos por continuas lluvias; y perdiendo la esperanza, capituló. El mal tiempo obligó también á Flaco á que alojase sus tropas en la ciudad. En cuanto cesaron las lluvias, los celtíberos, que habían dejado sus hogares, cruzaron los ríos y llegaron á la vista de Contrebia, cuya rendición ignoraban. No viendo ejército acampado delante de las murallas, creyeron que los romanos se habían situado

al lado opuesto, ó habían levantado el sitio, y se acercaron desordenadamente y sin precaución. Aprovecharon los romanos aquella negligencia, salieron bruscamente por dos puertas, los atacaron y derrotaron; pero la misma confusión que impedía á los celtíberos defenderse y trabar el combate, fué también lo que más facilitó su fuga. Encontrándose diseminados, pudieron extenderse por todas partes en la llanura, no encontrándoles los romanos en ningún lado formados en masa compacta. Sin embargo, mataron hasta doce mil, hicieron más de cinco mil prisioneros y se apoderaron de cuatrocientos caballos y de sesenta y dos enseñas militares. Los que se diseminaron para huir, y que, al llegar á sus hogares encontraron otro ejército de celtíberos en marcha hacia Contrebia, le enteraron de la rendición de aquella ciudad y también de su propia derrota, haciéndole retroceder, dispersándose todos en los caseríos y puntos fortificados. Flaco salió de Contrebia y marchó con sus legiones á talar la Celtiberia, apoderándose de muchos castillos, y al fin obligó á la mayor parte de los celtíberos á que se sometiesen.

Tales fueron las cosas ocurridas este año en la España citerior. En la ulterior, el pretor Manlio consiguió muchas ventajas sobre los lusitanos. En aquel mismo año se estableció una colonia latina en Aquilea, en territorio de los galos. Los tres mil peones que la componían recibieron á razón de cincuenta yugadas, los centuriones ciento y los caballeros ciento cuarenta. Fueron triunviros encargados de su establecimiento P. Cornelio Escipión Nasica, C. Flaminio y L. Manlio Acidino. También tuvo lugar en este año la dedicación de dos templos, el de Venus Ericina, cerca de la puerta Colina, haciendo la dedicación el decenviro L. Porcio Licino, hijo de Licino, habiendo votado el templo el cónsul L. Porcio en la guerra de Liguria; y el otro á la Piedad en

el Foro olitorio (mercado de legumbres); haciendo la dedicación el decenviro M. Acilio Glabrión, quien al mismo tiempo erigió á su padre Glabrión la primera estatua dorada que se vió en Italia. Era este el mismo Glabrión que votó el templo el día en que venció á Antioco en las Termópilas, habiendo hecho comenzar la construcción en virtud de un senatus-consulta. Por la misma época el procónsul Paulo Emilio triunfó de los ligurios ingaunos, haciendo llevar delante de él veinticinco coronas de oro, únicos objetos tomados que aparecieron en el triunfo. Multitud de prisioneros distinguidos precedían la carroza del triunfador. Realzó la brillantez de aquel triunfo la presencia de una legación de ligurios que venía á pedir paz perpetua, declarando que los ligurios habían decidido no volver á empuñar las armas sino por mandato del pueblo romano. El pretor Q. Fabio contestó á nombre del Senado «que no era nuevo aquel lenguaje en boca de los ligurios, pero que les interesaba más que á nadie poner sus acciones en armonía con sus palabras; que no tenían otra cosa que hacer sino presentarse á los cónsules y ejecutar lo que les mandasen; que el Senado atendería á sus magistrados y no á otros acerca de la sinceridad de las disposiciones pacíficas de los ligurios.» Consiguióse, pues, la paz con la Liguria. En Córcega tuvieron que combatir con los habitantes de la isla, matando el pretor M. Pinaro cerca de dos mil en una batalla. Esta derrota les obligó á entregar rehenes y cien mil libras de cera. El ejército pasó de Córcega á Cerdeña y derrotó en varios encuentros á las gentes ilienas, cuya sumisión no está completamente terminada hoy. En este año se devolvieron á los cartagineses cien rehenes, y Roma les aseguró la paz, no solamente en nombre suyo, sino que también con Massinissa, que se había apoderado por armas de la provincia controvertida.

Nada tuvieron que hacer los cónsules en su provincia. M. Bebio, llamado á Roma para presidir los comicios, proclamó cónsules á A. Postumio Albino Lusco y C. Calpurnio Pisón. En seguida crearon pretores á Ti. Sempronio Graco, L. Postumio Albino, P. Cornelio Mammula. Ti. Minucio Molículo, A. Hostilio Mancino y C. Menio. Estos magistrados entraron en funciones en los idus de Marzo. Al comenzar este año, señalado por el consulado de A. Postumio Albino y C. Calpurnio Pisón, el cónsul A. Postumio presentó al Senado los emisarios que Q. Fulvio Flaco había enviado de la España citerior; eran éstos su legado L. Minucio y dos tribunos militares, T. Menio y L. Terencio Masiliota, quienes, después de dar cuenta de las dos victorias que había conseguido el pretor, de la sumisión de la Celtiberia y pacificación de la provincia; después de anunciar que aquel año no necesitaban ni el sueldo destinado ordinariamente á las tropas, ni los víveres que habían enviado, pidieron primeramente al Senado que se tributasen acciones de gracias á los dioses por aquellas victorias, y en segundo lugar que se autorizase á L. Fulvio para traer consigo, al dejar su provincia, aquel valeroso ejército que había servido con tanta gloria á sus órdenes y bajo las de muchos antecesores suyos. «Esta medida, añadieron, que en el fondo no era más que un acto de justicia, había llegado á ser casi una necesidad; porque los soldados estaban decididos y parecía imposible detenerles más tiempo en la provincia. Si se les negaba la licencia, marcharían sin ella, y si se trataba de detenerles por la fuerza, podrían entregarse á peligrosa sublevación.»

El Senado designó la Liguria por provincia á los dos cónsules; sorteando en seguida las suyas los pretores. A. Hostilio obtuvo la jurisdicción urbana, Ti. Minucio la de los extranjeros, C. Cornelio la Sicilia, y C. Munio

la Cerdeña. Comprendiéronse las Españas en el sorteo; L. Postumio obtuvo la ulterior y Ti. Sempronio la citerior. Este último debía suceder á Q. Fulvio Flaco y temía que su provincia quedase privada de su antiguo ejército. Dirigióse, pues, á L. Minucio, diciendo: «Puesto que anuncias la pacificación de la provincia, ¿crees que los celtíberos permanecerán fielmente sometidos y que no se necesitarán tropas para contenerles? Si no te atreves á garantizar la fidelidad de los bárbaros, si no puedes asegurarnos nada relativamente á ellos, y por consiguiente consideras necesario mantener un ejército en la provincia, ¿aconsejarías al Senado que enviase refuerzos á España para poder licenciar los soldados cumplidos y mezclar los bisoños con los veteranos; ó bien llamar á las legiones antiguas, alistar nuevas y enviarlas, cuando es cosa cierta que el desprecio que inspiran los bisoños es capaz de sublevar á los bárbaros menos indomables? Si mis informes son exactos, solamente algunas ciudades, en especial las amenazadas por nuestros cuarteles de invierno, son las que se han sometido; las más lejanas continúan en armas. Siendo así, Padres conscriptos, declaro que emplearé para defender mi provincia el ejército que se encuentra en ella actualmente. Si Flaco trae sus legiones, buscaré un territorio amigo para invernar, y no expondré soldados nuevos contra enemigos aguerridos.»

El legado contestó á aquellas preguntas, diciendo que «ni él ni nadie podía adivinar las disposiciones presentes ó venideras de los celtíberos; por cuya razón no podía menos de reconocer la prudencia de enviar un ejército á una comarca que si estaba pacificada, no tenía aún costumbre de obedecer. En cuanto á decir si se necesitaba un ejército de veteranos ó de bisoños, era necesario para ello saber hasta qué punto podía contarse con las disposiciones pacíficas de los celtíberos y po-

der responder de la docilidad de los soldados, si se les retenía más tiempo en la provincia. Juzgando de sus propósitos por las conversaciones que tenían unos con otros, ó por los gritos con que se recibían las arengas del general, podía temerse, como francamente había declarado, ó que retendrían con ellos al pretor en la provincia, ó que regresarían con él á Italia.» Una proposición de los cónsules pidiendo al Senado arreglase los asuntos de las provincias, antes de ocuparse de los ejércitos del pretor, cortó la discusión entre Sempronio y el legado de Fulvio; decretándose para ellos la formación de un ejército completamente nuevo, compuesto de dos legiones romanas con su caballería y del contingente ordinario de quince mil infantes y ochocientos caballos suministrados por los aliados del nombre latino, y se les ordenó marchar con aquel ejército contra los ligurios apuanos. Prorrogóse el mando á P. Cornelio y M. Bebio, con orden de permanecer en sus provincias hasta la llegada de los cónsules, época en que debían licenciar sus tropas y regresar á Roma. Ocupáronse en seguida del ejército de Ti. Sempronio; encargando á los cónsules alistasen para él una legión nueva, compuesta de cinco mil doscientos infantes y cuatrocientos caballos, de añadir mil infantes y cincuenta caballos tomados entre los ciudadanos romanos y de exigir á los aliados latinos siete mil hombres de infantería y trescientos caballos. Este fué el ejército que dieron á Ti. Sempronio para que marchase á hacerse cargo de la España citerior. A Q. Fulvio se permitió solamente traer con él, si lo consideraba necesario, todos los soldados romanos ó aliados, enviados á España antes del consulado de Sp. Postumio y Q. Marcio; pudiendo unirles, cuando llegasen los refuerzos, todos los que excediesen en las dos legiones romanas del número de diez mil cuatrocientos hombres de infantería y seiscientos caballos; y en el contingente

de los aliados, de doce mil infantes y seiscientos caballos. Esta era la recompensa del valor que mostraron en los dos combates librados por Fulvio á los celtíberos. Decretáronse también acciones de gracias por aquellos triunfos. Los otros pretores recibieron orden de partir para su destino. Prorrogóse á Q. Fabio Buteo el mando de la Galia, y se dispuso que aquel año hubiese ocho legiones además del ejército veterano que servía en Liguria esperando su próximo licenciamiento; pero costó mucho trabajo reemplazarle, á causa de la epidemia que tres años ya estaba haciendo estragos en Roma y en Italia.

Aquella enfermedad arrebató al pretor Ti. Minucio, y poco después al cónsul C. Calpurnio, así como también á considerable número de varones ilustres de todos los órdenes. Por esta razón se decidieron á considerarla como prodigio, y encargaron al pontífice máximo C. Servilio que buscarse las expiaciones más á propósito para aplacar la cólera de los dioses, á los decenviros que consultasen los libros sibilinos y al cónsul que ofreciese dones y erigiese estatuas doradas á Apolo, Esculapio y la diosa Salud; órdenes que se apresuró á ejecutar. Los decenviros dispusieron, para detener los progresos de la enfermedad, dos días de rogativas en la ciudad, en los foros y en los templos. Todos los ciudadanos mayores de doce años asistieron á aquellas rogativas con coronas en la cabeza y ramas de laurel en la mano. Sospechóse también que los malhechores no eran extraños á aquella calamidad, abriéndose una información en virtud de un senatus-consulta para averiguar si había habido algunos envenenamientos. Encargóse esta información dentro de Roma y en diez millas alrededor al pretor C. Claudio, que había reemplado á Ti. Minucio; más allá de este límite, en los pueblos y caseríos, á C. Menio, que no había partido aún para su

provincia de Cerdeña. Lo que parecía más sospechoso era el fallecimiento del cónsul; diciéndose que había sucumbido á manos de su esposa Quarta Hostilia; adquiriendo mayor gravedad las sospechas cuando se vió á su hijo Q. Fulvio Flaco nombrado cónsul en el puesto de su suegro Pisón. Algunos testigos aseguraron que después de la elección de los cónsules Albino y Pisón, en los mismos comicios en que acababa de fracasar Flaco su madre le había afeado que tres veces ya hubiese sido rechazada su candidatura, añadiendo que estuviese preparado para presentarla, porque antes de dos meses ella aseguraría su elección. Renúñanse contra Hostilia otros muchos testimonios; pero decidieron muy especialmente su condenación aquellas palabras que desgraciadamente confirmaron los acontecimientos. En los primeros días de la primavera, mientras los nuevos cónsules se ocupaban en Roma de los alistamientos, y que la muerte de uno de ellos y la necesidad de reemplazarle dilataron las operaciones, C. Cornelio y M. Bebio, que no pudieron señalar su consulado con ninguna hazaña, llevaron el ejército contra los ligurios apuanos.

No esperaban los ligurios ningún ataque antes de la llegada de los cónsules; y desconcertados por aquella imprevista agresión, se rindieron doce mil hombres de los suyos. Cornelio y Bebio, después de consultar por cartas el parecer del Senado, se dedicaron á trasladarlos de sus montañas á país llano, lejos de sus hogares, para quitarles toda esperanza de regreso. En su opinión, este era el único medio de poner término á la guerra de Liguria. La república poseía en el Samnio un territorio que había pertenecido á los taurasinos, y decidieron llevar allí á los apuanos; por lo que mandaron á aquellos pueblos «que bajasen de sus montañas con sus mujeres é hijos y que llevasen consigo todo lo que les per-

tenecía. » Muchas veces enviaron mensajeros los ligurios para que rogasen á los cónsules que no les separasen de sus penates, de los parajes donde habían nacido, de los sepulcros de sus mayores; ofrecieron entregar las armas y rehenes, pero no pudieron conseguir nada, y como no se encontraban con fuerzas para comenzar de nuevo la guerra, tuvieron que obedecer. La traslación se verificó á expensas de la república, siendo los trasladados más de cuarenta mil de condición libre, contando las mujeres y los niños. Dióseles ciento cincuenta mil monedas de plata para que atendiesen á los gastos de su nuevo establecimiento; y Cornelio y Bebio, que condujeron aquella emigración, presidieron también á la distribución de terrenos; pero, á petición suya, el Senado les dió como consejo quinqueviros. Terminada esta operación llevaron su ejército á Roma, donde el Senado les otorgó el triunfo; siendo los primeros generales que consiguieron aquel honor sin haber combatido. A su carro solamente precedieron algunos ligurios, no teniendo ni despojos que ostentar, ni prisioneros que llevar delante de ellos, ni dinero que distribuir á los soldados.

En aquel mismo año el procónsul de España Fulvio Flaco (1), viendo que su sucesor tardaba en llegar para hacerse cargo de la provincia, salió de la internada y llevó la devastación hasta los últimos confines de la Celtiberia, á los terrenos cuyos habitantes no se habían sometido aún. Estas hostilidades irritaron á los bárbaros en vez de espantarles; reunieron secretamente sus fuerzas y se trasladaron al desfiladero de Manlio, por donde sabían que habían de pasar los romanos. Graco había encargado á su legado L. Postumio Albino, que

(1) En realidad era propretor; pero cuando se prorrogaba el mando á los pretores para el año siguiente, se les daba el título de procónsules.

marchaba á la España ulterior, que invitase en su nombre á Q. Fulvio para que llevase su ejército hasta Tarragona, diciendo «que se proponía licenciar allí á sus veteranos, incorporar los bisoños y reorganizar el ejército.» Prevínose al mismo tiempo á Flaco del día de la llegada de su sucesor, estando muy cercano ya aquel día. Estas noticias le obligaron á renunciar á su expedición y á salir apresuradamente con su ejército de la Celtiberia. Ignorando los bárbaros el motivo de su retirada, creyeron que se había enterado de su defección y armamento secreto y que estaba asustado, por cuya razón se establecieron con mayor confianza en su emboscada. Al amanecer, en cuanto el procónsul penetró en el desfiladero, aparecieron de pronto por ambos lados y cayeron sobre el ejército romano. En cuanto lo observó Flaco mandó por medio de los centuriones que suspendiesen la marcha los soldados, que conservasen las filas y preparasen las armas, poniendo término así al primer momento de confusión; en seguida reuniendo en el centro los bagajes y las bestias de carga, formó sus tropas en batalla por sí mismo, ó por el intermedio de sus legados y de los tribunos militares, mostrando admirable serenidad, y tomando todas las disposiciones que permitían las circunstancias y la naturaleza del terreno. Recordóles «que iban á medirse con enemigos obligados dos veces por ellos á someterse, y que, por haber puesto el colmo á su maldad y perfidia, no tenían más valor ni más resolución. En vez de volver sin gloria á su patria, añadió, deberían á aquellos bárbaros glorioso é ilustre regreso, y llevarían á Roma, para ostentarlas en su triunfo, sus espadas humeantes aún con la sangre de los rebeldes y sus ensangrentados despojos.» No tuvo tiempo para decir más: el enemigo comenzaba á atacar, y el combate que se había trabado en los dos extremos, generalizóse en seguida.

Peleábase en todos los puntos con igual encarnizamiento, pero el éxito quedó equilibrado. Las legiones desplegaron admirable valor, secundándolas animosamente las dos alas; pero los auxiliares españoles, fuertemente apretados por sus compatriotas más aguerridos, no pudieron defender su posición. Viéndose los celtíberos demasiado débiles para hacer frente á las legiones combatiendo de frente y en la misma línea, atacaron en cuña. Ordinariamente tienen tanta ventaja en esta clase de ataque, que es imposible sostener su choque, cualquiera que sea el punto del ejército enemigo que reciba el empuje. Fueron por consiguiente quebrantadas las legiones romanas y casi desordenadas sus filas. Al ver aquel desorden, corrió Flaco á toda brida hacia la caballería legionaria, diciendo: «¿Puedo confiar en vosotros? Sin vosotros parece este ejército.» Todos gritaron á la vez que diese órdenes y prontamente le obedecerían. «Doblad las filas, jinetes de las dos legiones, y lanzad vuestros caballos sobre ese triángulo amenazador que hace retroceder á los nuestros. Para que el ataque sea más irresistible, quitad el freno á los caballos; dícese que el éxito de esta operación ha honrado muchas veces á la caballería romana.» Ejecutóse en el acto esta orden; los jinetes quitaron los frenos á los caballos y se precipitaron sobre el enemigo; en seguida, volviendo atrás, atravesaron dos veces las filas, rompieron todas las lanzas é hicieron horrible matanza. Cuando vieron los celtíberos destruído su triángulo, perdieron la esperanza, se desordenaron y renunciando ó poco menos al combate, miraron en derredor buscando por dónde huir. La caballería de las alas, por su parte, inflamada de noble emulación en vista del brillante ataque de la romana, cayó sin esperar órdenes sobre los desordenados enemigos. La derrota se hizo general entonces, y el procónsul, mirando

regocijado á los celtíberos que huían, votó un templo á la Fortuna Ecuestre (1), y juegos á Júpiter Óptimo Máximo. Diseminados los vencidos en toda la longitud del desfiladero, fueron muertos sin resistencia. Dícese que perecieron diez y siete mil en aquella batalla: hiciéronse más de cuatro mil prisioneros y se apoderaron de doscientas setenta y siete enseñas y de cerca de mil cien caballos. El ejército del procónsul no acampó aquel día: había pagado cara la victoria, dejando sobre el terreno cuatrocientos setenta y dos soldados romanos, mil diez y nueve aliados del nombre latino y tres mil auxiliares. Después de renovar sus antiguas glorias, volvió triunfante á Tarragona. El pretor Ti. Sempronio, que había llegado dos días antes, salió al encuentro de Fulvio y le felicitó por su victoria. Los dos magistrados dispusieron con perfecto acuerdo qué soldados querían licenciar ó retener: y en seguida Fulvio, habiendo embarcado los licenciados, partió para Roma, Sempronio llevando sus legiones á la Celtiberia.

Los dos cónsules entraron en Liguria por diferentes lados. Postumio, al frente de las legiones primera y tercera, se apoderó de los montes Balista y Suismoncio, cuyos desfiladeros cerró con cuerpos de tropas, interceptó de esta manera todos los convoyes, y redujo á los ligurios por medio de todo género de privaciones. Fulvio partió para Pisa con las legiones segunda y cuarta, atacó á los apuanos, recibió la sumisión de aquellos ligurios que habitaban en las orillas del Macra y mandó embarcarlos en número de siete mil y trasladarlos á Nápoles, siguiendo las costas del mar Tirreno. Desde allí les llevaron al Samnio y les distribuyeron tierras en medio de sus compatriotas. En cuanto á los ligurios de las montañas, A. Postumio mandó talar sus viñedos

(1) Porque el ejército debía su salvación á la caballería.

y quemar sus cosechas hasta que todos aquellos desastres les obligaron á rendirse y entregar las armas. Postumio se embarcó en seguida para visitar la costa de los ingaunos y de los intemelianos. Antes de que estos cónsules se incorporasen al ejército reunido en Pisa, encontrábase bajo las órdenes de A. Postumio y de M. Fulvio Nobílior, hermano de Q. Fulvio. Nobílior era tribuno militar de la segunda legión, y durante aquellos dos meses de mando licenció la legión, después de hacer jurar á los centuriones que restituirían su sueldo al Tesoro por medio de los cuestores. Habiendo recibido Aulo esta noticia en Placencia, adonde le había llevado la casualidad, acudió con un grupo de caballería ligera sobre las huellas de los licenciados, castigó á cuantos pudo alcanzar y los llevó de nuevo á Pisa. En cuanto á los demás, limitóse á notificar al cónsul lo sucedido. A propuesta de este magistrado, un senatus-consulta relegó á M. Fulvio á España, más allá de Cartagena, encargándole el cónsul una carta para Manlio, que mandaba en la ulterior. Los soldados recibieron orden para incorporarse á sus enseñas, y para castigarles se decretó que solamente cobrarían aquel año seis meses de sueldo. El cónsul quedó autorizado para vender todos los refractarios y confiscar sus bienes.

Aquel mismo año, L. Duronio, uno de los pretores del anterior, que había regresado de Iliria á Brindis con diez naves, dejó su flota en aquel puerto y regresó á Roma. En el relato que hizo de su conducta, acusó terminantemente á Gencio, rey de Iliria, de todas las depredaciones realizadas. «De su reino, dijo, habían partido las naves que habían talado las costas del mar superior. Háblele enviado una legación para quejarse, y aquel rey se negó á recibirla.» Por otra parte habían llegado á Roma legados de Gencio para declarar «que en el momento en que los romanos habían llega-

do á su corte, pidiendo audiencia, su señor se encontraba enfermo en los confines de su reino, y rogaba al Senado no diese crédito á las falsas acusaciones de sus enemigos.» Replicó Duronio que muchos ciudadanos romanos y aliados del nombre latino habían sido maltratados en Iliria, y que se decía estaban retenidos como prisioneros en Corcira algunos ciudadanos romanos. Decidióse que todos serían devueltos á Roma, que el pretor C. Claudio tomaría informes y que se esperarían los resultados para contestar al rey Gencio y á sus legados. Entre los que aquel año arrebató la epidemia, deben contarse muchos individuos del colegio de sacerdotes, entre ellos al pontífice L. Valerio Flaco, á quien reemplazó Q. Fabio Labeón y el triunviro epulón P. Manlio, recién llegado de la España ulterior, dándole por sucesor á Q. Fulvio, hijo de Marco, que todavía llevaba la pretexta. El reemplazo de Cn. Cornelio Dolabela, rey de los sacrificios, dió ocasión á debates entre el pontífice máximo C. Servilio y el decenviro naval L. Cornelio Dolabela. Exigía el pontífice, antes de investirle que renunciase su magistratura, y como el decenviro se negaba á ello, Servilio le castigó con una multa; apeló éste al pueblo y comenzaron de nuevo los debates. Habían entrado ya en el recinto la mayor parte de los tribunos, y habían declarado que el duunviro se sometería á las órdenes del pontífice, levantándose la multa, si renunciaba á su magistratura, cuando interrumpió un trueno la sesión. Escrúpulos religiosos impidieron entonces al pontífice investir á Dolabela y lo sustituyeron con P. Clelio Sículo. A fines del año murió también el pontífice máximo C. Servilio Gemino, que era al mismo tiempo decenviro de los sacrificios. El colegio de sacerdotes concedió, por vía de cooptación, la dignidad de pontífice á Q. Fulvio Flaco, y la de pontífice máximo á M. Emilio Lépido, que triunfó de

muchos competidores ilustres. Q. Marcio Filipo fué nombrado decenviro de los sacrificios. El augur Sp. Postumio Albino, que también murió, en virtud de elección de sus colegas, fué remplazado por P. Escipión, hijo del Africano. Los habitantes de Cumas pidieron aquel año y obtuvieron permiso para emplear el lenguaje latino en sus actos públicos y en las ventas en subasta.

Los pisanos ofrecieron tierras para establecer una colonia latina y el Senado les dió las gracias. Para este efecto se nombraron triunviros á Q. Fabio Buteo y Marco y Publio Popilio Lenas. Recibióse una carta del pretor C. Menio, que, además de su gobierno de Cerdeña, había sido encargado de informar contra los envenenadores más allá del radio de diez millas alrededor de Roma. Decía el pretor que había condenado ya á tres mil personas y que, por revelaciones, estaba sobre la huella de mayor número de culpables, por lo que se veía en la necesidad de suspender la investigación ó de renunciar á su provincia. Q. Fulvio Flaco regresó de España á Roma cubierto de gloria; y aunque permaneció fuera de la ciudad esperando el día de su triunfo, no por esto dejó de ser nombrado cónsul con L. Manlio Acidino. Poco después realizó su entrada triunfal en Roma con los soldados que había traído. Llevaron delante de él ciento veinticuatro coronas de oro, treinta y una libras del mismo metal y ciento setenta y tres mil doscientas piezas de moneda osca. Tomó del botín y distribuyó á los soldados cincuenta dineros á cada uno, doble á los centurioaes y triple á los caballeros: igual gratificación recibieron los aliados del nombre latino y todo el ejército doble estipendio.

El tribuno del pueblo L. Vilio hizo adoptar aquel año por primera vez la ley que marcaba la edad en que podía aspirarse á las diferentes magistraturas y tomar po-

sesión de ellas. Por esto se dió á los individuos de su familia el nombre de *Annales*. En contra de lo observado por espacio de muchos años, solamente se nombraron cuatro pretores en virtud de la ley *Bebia*, que decidía para lo sucesivo que este número alternase con el de seis. Los pretores nombrados fueron *Cn. Cornelio Escipión*, *C. Valerio Levino*, y *Quinto y Mucio Scévola*, hijos de *Quinto*. Los cónsules *Q. Fulvio* y *L. Manlio* tuvieron la misma provincia que sus antecesores é igual número de tropas de infantería y caballería romanas y aliadas. Conservóse al frente de los ejércitos que mandaban en las dos Españas á *Ti. Sempronio* y *L. Postumio*. Los cónsules recibieron orden de alistar un suplemento de cerca de tres mil infantes y trescientos caballeros romanos y cinco mil hombres de infantería latina y cuatrocientos caballos. La suerte designó á *P. Mucio Scévola* para la jurisdicción urbana, con encargo de continuar la investigación acerca de los envenenamientos en Roma y en diez millas alrededor; *Cn. Cornelio Escipión* recibió la jurisdicción de los extranjeros, *Q. Mucio Scévola* la *Sicilia* y *C. Valerio Levino* la *Cerdeña*. El cónsul *Q. Fulvio* declaró «que antes de ocuparse de asuntos políticos, quería cumplir, tanto en su nombre como en el de la república, los compromisos contraídos, y realizar el voto que había hecho el día de su última batalla con los celtíberos de celebrar juegos en honor de *Júpiter Optimo Máximo* y erigir un templo á la *Fortuna Ecuestre*; que los españoles le habían suministrado el dinero necesario para ambas cosas.» El Senado decidió que se celebrarían los juegos y que se nombrarían *duunviros* para que se ocupasen de la construcción del templo; cuyo coste limitó disponiendo «que la cantidad empleada para los juegos no podría superar á la que *Fulvio Nobilior* había autorizado á gastar en los juegos celebrados después de la guerra de *Etolia*.

Prohibía además añadir, exigir ó recibir nada, con ocasión de aquella ceremonia, en contra del *senatus-consulto* dado bajo el consulado de L. Emilio y de Cn. Bibio.» Este decreto le dió el Senado por la exageración de los gastos hechos en los juegos del edil Ti. Sempronio, que había tenido que levantar enormes impuestos (1), no solamente en Italia y países aliados del nombre latino, sino que también en las provincias extranjeras.»

El invierno fué glacial aquel año, nevando mucho y presentándose malo el tiempo constantemente; todos los árboles sensibles al frío se helaron y las escarchas se prolongaron más allá de la época ordinaria. Furioso huracán que estalló sobre el monte Albano interrumpió las ferias latinas, que volvieron á comenzar por orden de los pontífices. El huracán derribó también muchas estatuas en el Capitolio; cayeron rayos en algunos edificios, entre otros, en el templo de Júpiter, en Terracina, la casa Blanca y la puerta Romana, en Capua, destruyendo en varios puntos la parte superior de la muralla. En medio de estos prodigios, anunciaron de Reata que había nacido una mula con tres patas. Con este motivo consultaron los decenviros los libros sibílinos y dieron á conocer los dioses que era necesario aplacar y el número de víctimas que debían sacrificarse. Además, por los daños que los rayos habían causado, dispusieron un día de rogativas en el templo de Júpiter. En seguida se celebraron durante diez días con extraordinaria magnificencia los juegos votados por el cónsul Q. Fulvio, á los que siguieron los comicios censorios. Fueron nombrados censores el pontífice máximo

(1) Los magistrados romanos en las provincias cometían odiosas exacciones para celebrar los juegos en Roma con extraordinaria pompa; estas exacciones entraban en el número de los *vectigalia*.

M. Emilio Lépido y M. Fulvio Nobílior, que había triunfado de los etolios. Estos dos ilustres varones eran enemigos y su enemistad había dado ocasión más de una vez á violentos debates en el Senado y ante el pueblo. Al terminar los comicios, marcharon los censores al campo de Marte. y siguiendo la antigua costumbre, ocuparon las sillas curules al lado del altar de Marte. En seguida se les reunieron los principales miembros del Senado con gran concurso de ciudadanos, y Q. Cecilio Metelo habló de este modo:

«No hemos olvidado, ¡oh censores!, que el pueblo romano entero acaba de colocar bajo vuestra tutela las costumbres públicas, que vosotros debéis dirigir nuestra conducta con prudentes consejos, y no somos nosotros quienes ha de aconsejaros. Sin embargo, necesario es señalaros lo que todos los buenos ciudadanos ven con disgusto en vosotros, ó al menos el cambio que ardientemente desean. Considerando á cada uno de vosotros en particular, M. Emilio y M. Fulvio, no podríamos encontrar hoy en Roma nadie que os fuese superior, si tuviésemos que comenzar de nuevo la elección; pero al contemplaros á los dos juntos, no podemos menos de temer que os encontréis mal unidos, que la enemistad que os separa sea funesta á la república y que las cualidades personales por las que habéis merecido nuestros votos vengan á serla inútiles. Hace muchos años que os profesáis recíprocamente cruel é implacable odio, y podemos temer que hoy haga más daño al estado y á nosotros que á vosotros mismos. Podríamos detallar los motivos que nos inspiran este temor; pero no nos atrevemos á hacerlo por miedo de exacerbar vuestra enemistad, cuando tal vez se encuentra á punto de extinguirse. Todos venimos, pues, á suplicaros que la depongáis hoy mismo en este sagrado recinto y que nos permitáis reunir vuestros ánimos por

medio de sincera reconciliación, como los votos del pueblo romano han reunido vuestras personas. Que os dirijan las mismas ideas, los mismos sentimientos al redactar la lista de los senadores, al hacer la revista de caballeros, al proceder al censo y al cerrar el lustro. Que francamente y desde el fondo de vuestro pecho pronunciéis las palabras solemnes en casi todos los actos de vuestra magistratura: «Que esta empresa redunde en ventaja y gloria de mi colega y mía.» Obrad de modo que queden convencidos vuestros conciudadanos de que deseáis realmente lo que pedís á los dioses. T. Tacio y Rómulo reinaron antiguamente en buena armonía en esta misma ciudad en medio de la cual habían formado sus ejércitos en batalla y combatido como enemigos. Los odios, las mismas guerras suelen tener término; muchas veces encarnizados enemigos se convierten en fieles aliados y hasta conciudadanos. Los albanos, después de la destrucción de Alba, fueron trasladados á Roma; los latinos y sabinos recibieron el derecho de ciudadanía. Conocida es la máxima que ha pasado á ser proverbio á causa de su verdad, que las amistades deben ser inmortales y los odios pasajeros.» Oyóse murmullo de aprobación, y muy pronto mil voces que se confundían en una sola interrumpieron al orador y repitieron el mismo ruego. Emilio habló de sus quejas contra Fulvio, diciendo, entre otras cosas, que dos veces le quitó el consulado cuando iba á conseguirlo. Fulvio replicó que su colega había sido constantemente el agresor y que había ofrecido caución por las calumnias con que había empeñado su honra. Sin embargo, los dos manifestaron que estaban prontos á acceder á los ruegos de tantos ilustres varones con tal de que el otro estuviese dispuesto á hacer lo mismo. Entonces, á instancias de los presentes, se dieron la mano, se comprometieron á deponer y abjurar franca-

mente su enemistad y fueron llevados al Capitolio en medio de unánimes aplausos. El Senado aprobó con gusto la honrosa intervención de los ciudadanos principales y la deferencia de los censores, tributando elogios á unos y á otros. Habiendo pedido en seguida los censores que se les concediese una cantidad para los gastos de los trabajos públicos, se les entregó el impuesto ordinario del año.

Aquel mismo año, los propretos de España S. Postumio y Ti. Sempronio convinieron que Albino marchase por la Lusitania contra los vacenses, para regresar á la Celtiberia, si tomaba allí incremento la guerra, y que Graco penetrase en el fondo de la Celtiberia. Comenzó éste por tomar por asalto la ciudad de Manda á favor de una sorpresa nocturna; y después de recibir rehenes y poner guarnición en la ciudad, marchó á sitiar otras fortalezas y á quemar los campos hasta llegar á otra plaza fuerte que los celtíberos llaman Certima. Ya había comenzado los trabajos de sitio, cuando los habitantes le enviaron una legación, declarándole los bárbaros, con franqueza digna de los tiempos antiguos, que estaban decididos á defenderse, si contaban con fuerzas suficientes, pidiendo permiso para marchar al campamento de los celtíberos con objeto de obtener recursos, ofreciendo separar sus intereses de los del resto de la nación si se los negaban. Graco consintió en ello; partieron, pues, y pocos días después regresaron con otros diez legados. Era mediodía y lo primero que pidieron al pretor fué que mandase les diesen de beber. Después de vaciar las primeras copas, renovaron su petición entre las carcajadas de los romanos, que presenciaban aquella ruda ignorancia de todas las costumbres. Entonces tomó la palabra el más anciano, diciendo: «Venimos de parte de nuestros conciudadanos á preguntaros qué motivo os ha inspirado la audacia de atacarnos.» A esta

pregunta contestó Graco que había contado con el valor de su ejército, y que si querían examinarlo para dar á sus compatriotas datos más positivos, estaba dispuesto á satisfacerles. En seguida mandó á los tribunos militares que formasen todas las fuerzas de caballería é infantería, y que ejecutasen algunas maniobras. Después de las evoluciones despidió á los legados, que marcharon á disuadir á sus compatriotas de socorrer la ciudad sitiada. Inútil fué por tanto que los habitantes encendiesen por la noche en las torres las hogueras que habían convenido como señales: viéndose privados de toda esperanza de socorro, capitularon. Graco les exigió como contribución dos millones cuatrocientos mil sextercios y cuarenta caballeros de las familias principales, que no recibió á título de rehene, puesto que los incorporó al ejército, pero que en realidad eran prendas de la fidelidad de sus conciudadanos.

Desde allí marchó sobre la ciudad de Alcea, cerca de la cual estaban acampados los celtíberos, que recientemente le habían enviado la legación. Después de haber hecho atacar durante algunos días sus parapetos por sus tropas ligeras y haberles hostigado con escaramuzas, aumentó poco á poco la fuerza del destacamento, con objeto de atraer todo el ejército enemigo fuera de sus empalizadas. Cuando vió que su plan había tenido éxito, mandó á los prefectos de los auxiliares que volviesen bruscamente la espalda en medio del combate, como si les abrumase el número, y que huyesen en desorden hacia el campamento. Entretanto se ocupaba él detrás de las empalizadas en disponer sus tropas en todas las puertas. Pronto vió que sus auxiliares se batían en retitada, según sus órdenes, y que detrás venían los bárbaros, impulsados por el ardor de la persecución. Allí les esperaba con su ejército formado en batalla; así fué que en cuanto dió á los suyos

tiempo suficiente para que entrasen en el campamento, lanzando los romanos un grito terrible, salieron por todas las puertas á la vez. Los enemigos no pudieron sostener aquel terrible ataque; habían venido para apoderarse del campamento romano, y ni siquiera pudieron defender el suyo. Al primer choque quedaron arrollados, puestos en derrota, rechazados hasta sus parapetos y en seguida obligados á abandonarlos. En aquel combate perdieron nueve mil hombres muertos, les hicieron trescientos veinte prisioneros y se apoderaron de ciento doce caballos y de treinta y siete enseñas. Los romanos solamente perdieron ciento nueve soldados.

Después de esta victoria llevó Graco las legiones á devastar la Celtiberia. La mayor parte de los pueblos se sometieron voluntariamente ó por terror, y en pocos días capitularon ciento tres plazas fuertes. El botín que recogió fué inmenso. En seguida retrocedió, presentóse de nuevo ante las murallas de Alcea y se decidió á sitiárla. Los habitantes rechazaron su primer ataque; pero viéndose amenazados por los asaltos y por los trabajos que hacían los romanos, desesperaron de resistir en la ciudad y se encerraron en la fortaleza. Poco después enviaron su sumisión y se entregaron con todos sus bienes á merced del vencedor. Sacóse de la ciudad rico botín é hicieronse muchos prisioneros distinguidos, entre ellos los dos hijos y la hija de Thurro, rey de aquella comarca y sin duda el más poderoso de todos los príncipes españoles. A la noticia de aquella desgracia, pidió un salvoconducto á Graco y se presentó en el campamento romano; donde comenzó por informarse si le concederían la vida y también á sus hijos, y habiéndoselo asegurado el pretor, añadió: «¿Se me permitirá servir en el ejército romano?» Y habiendo contestado Graco afirmativamente, dijo: «Me uniré con vosotros contra mis antiguos aliados, puesto que se han

negado á socorrerme.» Desde aquel día abrazó la causa de Roma y la sirvió en muchas circunstancias con tanto valor como fidelidad.

La noble y poderosa ciudad de Ergavica, asustada por las desgracias de todas las inmediatas, abrió en seguida sus puertas á los romanos. Según algunos historiadores, no eran sinceras todas aquellas sumisiones; en cuanto las legiones se retiraban de alguna comarca, estallaba en seguida la revuelta, y Graco tuvo que sostener con los celtíberos, cerca del monte Chauno, empuñado combate, que duró desde el amanecer hasta la hora sexta, resultando por una y otra parte considerable número de muertos. La única circunstancia que puede hacer creer que los romanos consiguieron la ventaja, es que á la mañana siguiente atacaron á los enemigos encerrados en sus empalizadas y emplearon todo el día en recoger despojos. Al tercero tuvo lugar una batalla mucho más sangrienta, y en ella quedaron completamente vencidos los celtíberos, siendo tomado y saqueado su campamento, muriendo veintidós mil de ellos; les hicieron más de trescientos prisioneros, se apoderaron de un número casi igual de caballos y de setenta y dos enseñas. Esta victoria fué decisiva, y los celtíberos ajustaron una paz verdadera y más sincera que antes. Según los mismos historiadores, en aquel verano consiguió en la España ulterior dos victorias L. Postumio sobre los vacenses, á los que mató cerca de treinta y cinco mil hombres y cuyo campamento forzó; pero es más verosímil que llegó tarde á su provincia para entrar en campaña aquel año.

Los censores hicieron con perfecto acuerdo la lista de senadores. Eligióse príncipe del Senado al mismo censor, y pontífice máximo á M. Emilio Lépidio, siendo excluidos solamente tres senadores pero Lépidio restableció en la lista algunos de los que había omitido su cole-

ga (1). Con el dinero que les habían concedido, y que se habían repartido, terminaron algunos trabajos. Lépi-do construyó un dique cerca de Terracina, obra que se contempló con cierto disgusto, porque poseía tierras en las inmediaciones, y parecía que había empleado en provecho propio el dinero del Estado. Mandó blanquear el teatro inmediato al templo de Apolo y también su prosenio, el templo de Júpiter en el Capitolio y el peristilo que lo rodeaba. Hizo desaparecer del peristilo las estatuas que lo cubrían de un modo desagradable y quitar los escudos y enseñas militares de toda clase colgados allí. A M. Fulvio se debieron muchas más obras de verdadera utilidad; como el puerto del Tíber y las pilas de un puente, cuyas bóvedas construyeron algunos años después los censores Escipión el Africano y L. Minucio; una basílica construída detrás de las Platerías nuevas y el mercado de pescados, rodeándola de tiendas que vendió en provecho del Tesoro; un foro y un pórtico fuera de la puerta Trigemina, otro detrás del arsenal, y en fin, un templo á Apolo Médico, cerca del santuario de Hércules, detrás del de la Esperanza, en las orillas del Tíber. Tenían además los dos censores algún dinero que gastar en común, y lo emplearon en hacer construir acuedutos y canales, pero M. Licinio Crasso interrumpió los trabajos negándose á permitir que se abriesen los conductos subterráneos en una propiedad suya. Establecieron varios impuestos y peajes, devolvieron al público y á las ceremonias del culto algunos santuarios que se habían apropiado particulares; cambiaron la forma de los sufragios y llamaron las tribus á votar por barrios según su rango, su profesión y la importancia de negocios de cada ciudadano.

(1) La sentencia de un censor solo no bastaba para expulsar del Senado á un senador ni para tachar á ningún ciudadano de los otros órdenes.

El censor M. Emilio pidió al Senado que le asignase también una cantidad para celebrar los juegos que debían acompañar á la dedicación de los templos de Juno Reina y de Diana, que ocho años antes votó durante la guerra de Liguria. Concediéronle veinte mil ases; y aquella doble dedicación se celebró en el circo de Flaminio: Emilio celebró también en aquel recinto los juegos escénicos durante tres días, después de la dedicación del templo de Juno, y durante dos días, después de la del de Diana. También hizo él en el Campo de Marte la dedicación de los dioses lares del mar, que once años antes había votado L. Emilio Regilo, en la batalla naval que libró con los legados de Antioco. Sobre las puertas del templo se había colocado una tabla con esta inscripción: «Para dirimir grave cuestión, someter los reyes, conquistar la paz, envió á L. Emilio, hijo de M. Emilio... Bajo sus auspicios, su mando, su fortuna, su dirección, entre Efeso, Samos y Chio, en presencia del mismo Antioco, de todo su ejército, de su caballería, de sus elefantes, el día once antes de las kalendas de Enero, la flota del rey Antioco quedó vencida, dispersada, abrumada, destruída: el mismo día y en el mismo lugar fueron capturadas trece naves largas con todos los aliados. Después de este combate, el rey Antioco y su reino... En memoria de este acontecimiento él (el general romano) votó este templo á los dioses lares del mar.» Igual inscripción colocaron sobre las puertas del templo de Júpiter en el Capitolio.

Durante los dos días que emplearon los censores en redactar la lista de los senadores, el cónsul Q. Fulvio, que había partido para la Liguria, atravesando con su ejército montañas, valles y desfiladeros casi impracticables, libró batalla al enemigo, alcanzó completa victoria, y en el mismo día se apoderó de su campamento. Tres mil doscientos ligurios y toda aquella parte de la

comarca se sometieron. El cónsul después de recibirla, mandó bajar á los vencidos á la llanura y colocó tropas en la montaña para guardar aquellas posiciones. La carta en que daba cuenta de estos sucesos llegó en breve á Roma, y el Senado decretó tres días de acciones de gracias. Durante la ceremonia, los pretores inmolaron á los dioses cuarenta víctimas mayores. El otro cónsul L. Manlio no se distinguió por ninguna hazaña en la Liguria. Tres mil galos transalpinos acababan de pasar á Italia; no habían cometido ninguna hostilidad, y pedían á los cónsules y al Senado tierras para vivir en paz bajo la independencia del pueblo romano. El Senado les mandó salir de Italia y encargó al cónsul Q. Fulvio buscar y castigar á los que les habían aconsejado cruzar los Alpes y les habían servido de jefes.

Aquel mismo año Filipo, rey de Macedonia, murió consumido por la edad y la tristeza que le dominaba desde la muerte de su hijo. Había ido á pasar el invierno en Demetriades devorado por tedio y remordimientos, aumentando sus pesares ver que su hijo Perseo, considerándose ya como rey y siéndolo á los ojos de todos, recibía los homenajes, mientras que su anciano padre estaba reducido al abandono más triste, entre gentes que esperaban con impaciencia su muerte y que ni siquiera se dignaban atenderle. Por esta razón eran cada vez más intensas sus angustias, compartiéndolas solamente Antígono, hijo de Echeocrates, sobrino de aquel Antígono que fué tutor de Filipo y que tan digno se mostró de la corona. Distinguióse también por la famosa batalla que ganó á Cleomano, rey de Lacedemonia; los griegos le han dado el nombre de el Tutor para distinguirlo de los demás príncipes del mismo nombre. Su sobrino Antígono era el único cortesano de Filipo, permaneciéndole fiel, y esta circunstancia le había atraído el odio de Perseo, que nunca le quiso bien. Pre-

sentía Antígono los peligros que correría si Perseo llegaba á ser rey, y así fué que cuando observó el cambio que se había verificado en Filipo y le vió llorar de tiempo en tiempo por la muerte de Demetrio, se mostró presuroso, bien para oír sus tristes confidencias, bien para despertar el recuerdo de una sentencia dictada con demasiada ligereza, uniendo muchas veces á las del rey sus propias lamentaciones; y como de ordinario deja la verdad más de un rastro que la hace descubrir, intentaba todos los medios oportunos para hacerla brillar prontamente. Sospechaba, como así era en efecto, que los principales agentes del crimen habían sido Apeles y Filocles, enviados en embajada á Roma, porque ellos fueron quienes trajeron, en nombre de Flaminio, aquella carta tan fatal á Demetrio.

En la corte se decía públicamente que aquella carta era falsa; que la había supuesto un escriba y que la había sellado con sello falso. Pero no se tenían aún más que sospechas, que la casualidad trocó muy pronto en certidumbre. Habiendo encontrado Antígono á Xyco, lo detuvo, llevó al palacio y después de dejarle en manos de los guardias, se presentó á Filipo, diciéndole: «Creo haber entendido por palabras tuyas que tendrías inmensa satisfacción en conocer por completo la verdad acerca de la conducta de tus hijos, y cuál de los dos atentó á la vida del otro. El único hombre que puede revelarla está en tu poder; es Xyco; le he encontrado por casualidad y le he traído á tu palacio: llámale.» Llevado á presencia del rey, todo lo negó, pero con tan poca energía, que era evidente conseguirían revelaciones aterrándole. En efecto; no pudo resistir la vista del verdugo y de los instrumentos de tortura, y dió detalles acerca de la repugnante trama de los legados y de la parte que había tomado en ella. El rey mandó en el acto que prendiesen á los dos culpables; Filocles, que

se encontraba en su casa, fué detenido; Apeles, enviado en persecución de un tal Querea, se apresuró á pasar á Italia en cuanto se enteró de la denuncia de Xyco. Nada terminante se sabe acerca de la suerte de Filocles: dicen unos que al principio lo negó todo descaradamente, pero cuando lo confrontaron con Xyco, renunció á sus negativas; otros aseguran que, hasta en medio de los tormentos, insistió en asegurar su inocencia. Este asunto avivó el dolor de Filipo, aumentando su amargura la consideración de que había perdido el hijo que más merecía su cariño.

Perseo supo en seguida que todo estaba descubierto; pero se creía bastante fuerte para verse obligado á huir; cuidando solamente de sustraerse por la ausencia al enojo de su padre y de evitar su venganza, mientras viviese Filipo. Desesperando el rey de apoderarse de él para castigarle, solamente pensó en impedir que gozase del fruto de su crimen, único recurso que le quedaba. Llamó á Antígono, que tenía derecho á su gratitud por haberle revelado el parricidio y á quien creía bastante recomendado por la reciente gloria de su tío Antígono, para que los macedonios no se avergonzasen ni arrepintiesen de verle en el trono, y le dijo: «Antígono, puesto que la fortuna me pone en el caso de considerar como beneficio una pérdida, ordinariamente tan cruel para todos los padres, he decidido dejarte el trono que tu tío me conservó con su valor y fidelidad y que me entregó en floreciente estado. Eres el único á quien considero digno de sucederme; y si no tuviese á nadie á quien dejarlo, preferiría que se perdiera y destruyese á que fuese el fruto para Perseo de su execrable delito. Creería que Demetrio había resucitado, que era devuelto á mi cariño, si en su lugar puedo legar la corona al amigo único que ha derramado lágrimas por la muerte de mi infortunado hijo y por mi deplorable error.» Des-

de aquella conversación le dispensó toda clase de consideraciones. Como Perseo se encontraba en la Tracia, recorrió las ciudades de la Macedonia y recomendó Antígono al cariño de los varones más importantes, y de vivir más tiempo, indudable es que le habría dejado en posesión del reino. Abandonando á Demetriades, detúvose bastante tiempo en Tesalónica, y desde allí marchó á Amfípolis, donde le atacó grave enfermedad. Era evidente, sin embargo, que estaba más enfermo de ánimo que de cuerpo, y que perseguido incesantemente por la ensangrentada sombra de su desgraciado hijo, murió de pena y de insomnio, invocando la venganza de los dioses sobre la cabeza del asesino. Antígono hubiera podido ser prevenido á tiempo, si no se hubiese propagado en seguida la noticia de la muerte. El médico Calígenes, que cuidaba al rey, no esperó á que exhalase el último suspiro; y en cuanto consideró desesperado su estado, cumpliendo lo convenido con Perseo, le envió mensajeros preparados de antemano, y hasta la llegada del príncipe ocultó la muerte de Filipo á todos los que estaban fuera del palacio.

Perseo se presentó, por consiguiente, de improviso, antes de que el secreto se hubiese divulgado, y se apoderó del trono, cuyo camino se había abierto con un crimen. La muerte de Filipo sobrevino muy á propósito para los romanos, haciendo que suspendiese sus preparativos y permitiéndoles reunir sus fuerzas. Pocos días después, los bastarnos, á quienes solicitaba Filipo desde mucho tiempo antes, abandonaron sus hogares, y reunidos en numeroso cuerpo de infantería y caballería, atravesaron el Danubio. Antígono y Cottón se adelantaron para anunciar al rey su llegada. Era éste un noble bastarno, y Antígono fué enviado con él, á pesar de su repugnancia, para sublevar á los bastarnos. Cerca de Amfípolis supieron, por rumores primero, y después

por mensajeros que vinieron á su encuentro, que Filipo había muerto; noticia que desconcertó su plan. Habíase convenido que el rey concedería libre paso á los bastarnos para la Tracia y les daría víveres. Para conseguir este objeto había ganado con regalos á los principales del país y les había prometido que los bastarnos no cometerían ningún acto hostil. Su propósito era exterminar á los dardanos y establecer á los bastarnos en su territorio; en lo que tenía doble ventaja; en primer lugar se libertaba de un pueblo que siempre había sido enemigo de los lacedemonios y que había procurado aprovechar en toda ocasión los reveses de sus reyes; y por otra parte, podría comprometer á los bastarnos para que dejasen á sus mujeres é hijos en Dardania y marchasen á devastar la Italia. «Por el país de los scordiscos llegarían al mar Adriático y á Italia; aquel era el único camino practicable para un ejército. Los scordiscos otorgarían fácilmente paso á los bastarnos, que casi tenían el mismo lenguaje y las mismas costumbres, y hasta se les reunirían voluntariamente cuando les vieran dirigirse al saqueo de rica comarca.» Filipo se procuraba probabilidades favorables para todo evento. Si los romanos aniquilaban á los bastarnos, siempre habría conseguido la ventaja de deshacerse de los dardanos, de enriquecerse con los despojos de los bastarnos y quedar tranquilo poseedor de la Dardania; si, por el contrario, triunfaban, aprovecharía el éxito de sus armas para recobrar en Grecia todo lo que había perdido. Tales eran los proyectos de Filipo.

Entraron, pues, pacíficamente los bastarnos en la Tracia y avanzaron bajo la fe de Antígono y Cottón. Pero en cuanto se conoció la muerte de Filipo, se mostraron los tracios exigentes en su comercio; los bastarnos, por su parte, no quedaron contentos de sus compras, y fué cosa difícil hacerles guardar las filas, é im-

pedir que se separasen. De esto nacieron recíprocas reconvenções, que diariamente aumentaron y ocasionaron al fin abierta ruptura. No pudiendo resistir los tracios el considerable número y pujanza del enemigo, abandonaron los pueblos de la llanura y se refugiaron en una montaña muy alta, llamada Donuca. Los bastarnos quisieron forzarles allí, pero cuando se acercaban á la cumbre, una tempestad parecida á la que, según decían, destruyó á los galos cerca del templo de Delfos, hizo fracasar su empresa. La lluvia cayó á torrentes, espesa granizada les azotó el rostro, deslumbrándoles los relámpagos, que no cesaban de brillar, acompañados de terribles truenos. Por todos lados se vieron amenazados por el rayo, que parecía adherido á sus cuerpos, y tanto jefes como soldados cayeron heridos de muerte. Lanzáronse, pues, huyendo entre rocas escarpadas, aturdidos, ciegos, perseguidos por los tracios y atribuyendo su derrota á los mismos dioses, creyendo que el cielo iba á caer sobre ellos. Dispersos por la tempestad, regresaron á su campamento, la mayor parte sin armas y como si acabasen de escapar de un naufragio. Allí deliberaron acerca del partido que debían tomar, dividiéndose las opiniones; unos querían retroceder, otros que se penetrase en Dardania. Cerca de treinta mil partieron bajo el mando de Cloudico y llegaron á aquella comarca; los demás repasaron el Danubio y volvieron á sus hogares primitivos. En cuanto Perseo se apoderó del trono, mandó matar á Antígono, y con objeto de tener tiempo para afirmar su poder, envió una legación á Roma para que renovase la alianza ajustada con su padre y pedir al Senado que le concediese el título de rey. Estas cosas ocurrieron durante aquel año en Macedonia.

El cónsul Q. Fulvio triunfó de los ligurios, apareciendo demostrado que debió aquel honor más á la com-

placencia que á la importancia de sus hazañas. Hizo llevar delante de su carro considerable cantidad de armas cogidas al enemigo, pero no ostentó cantidad alguna de dinero, aunque distribuyó treinta ases á cada soldado, doble á los centuriones y triple á los caballeros. La circunstancia más notable de aquel triunfo, fué que se celebró el mismo día en que tuvo lugar el año anterior el de Fulvio, al dejar la pretura. Inmediatamente después de la ceremonia celebró los comicios, siendo creados cónsules M. Junio Bruto y A. Manlio Vulso. Los comicios pretorios, que se celebraron en seguida, quedaron interrumpidos por una tempestad después del nombramiento de tres pretores. Al día siguiente, que era el cuatro de los idus de Marzo, se nombraron los otros tres; fueron estos M. Tifino Curvo, Ti. Claudio Nerón y Pompeyo Capiton. Los ediles curules Cn. Servilio Capiton y Ap. Claudio Centhón renovaron los juegos romanos con motivo de los prodigios que habían sobrevenido. Había ocurrido un terremoto; en las plazas públicas donde se celebraba el lectisternio, los dioses colocados en los lechos sagrados habían movido la cabeza; los velos de lana que cubrían la estatua de Júpiter habían caído, y las ratas habían roído las aceitunas servidas en la mesa sagrada, creyéndose que, para conjurar aquellos prodigios, se debían renovar los juegos romanos.

LIBRO XLI.

SUMARIO.

Extinción del fuego sagrado en el templo de Vesta.—Ti. Sempronio Graco vence á los celtíberos.—Fundada en España la ciudad de Graccuris.—El procónsul Albino reduce á los vecenos y lusitanos.—Triunfo de éstos.—Antiocho, hijo de Antiocho el Grande, regresa á Siria para ocupar el trono.—Templos que construye este príncipe.—Clausura del lustro.—Ley que prohíbe instituir heredera á la mujer.—Apóyala M. Catón.—Ventajas conseguidas sobre los ligurios, instrios, sardos y celtíberos.—Principio de la guerra de Macedonia.—Intrigas de Perseo.

Había paseado ya el pueblo romano sus victoriosas armas por todo el orbe de la tierra y abarcado en vasto círculo de conquistas lejanas comarcas separadas por algunos mares. Cuando todo marchaba á medida de sus deseos, supo conservar en medio de tanta felicidad la gloria de ser reverenciado; y más aún, antes dominaba por la grandeza de su nombre que por la fuerza, y se gloriaba de mandar en las naciones extranjeras más bien por la razón que por la violencia y el terror. Evitando severas medidas con los pueblos y reyes vencidos, liberal con sus aliados, no queriendo para él más que el honor de la victoria, dejó á los reyes su majestad, y á los pueblos, ya hubiese tratado con ellos como igual ó como soberano, sus leyes, sus derechos y su li-

bertad. Y aunque abarcó por medio de sus armas todas las costas del Mediterráneo, desde el litoral de Cádiz hasta la Siria, y que innumerables comarcas reverenciaban el nombre romano, solamente tenía como súbditos los pueblos de la Sicilia, las islas vecinas de Italia y la mayor parte de España, y ésta bajando al yugo indómita cerviz. Menos fué su propia ambición que la imprudente perversidad de sus enemigos y rivales la que suministró á Roma objeto y pretexto de nuevas conquistas. Al frente de éstos figuraba Perseo, elevado al trono de Macedonia por dolo y asesinato: Perseo, á quien su odiosa crueldad para con sus súbditos, su exagerada avaricia en el seno de inmensas riquezas, su inconsiderada ligereza en la concepción y ejecución de sus designios, perdieron juntamente con todo aquello que podía mantenerle mientras subsistiera su poder, siendo quien más que cualquier otro mantenía en alarma el poder romano. Su caída tuvo consecuencias en otras partes, arrastrando en su ruina no solamente á los pueblos inmediatos, sino hasta á los estados más lejanos. Derruida Macedonia, pronto cayeron Cartago y la Acaya; su doble catástrofe hizo vacilar otros imperios que, después de dependencia más ó menos larga, concluyeron por derumbarse y confundirse con el romano. Como á pesar de la diferencia de tiempos y lugares, estos acontecimientos se relacionan por la identidad de hechos, ha parecido conveniente reunirlos bajo el mismo punto de vista, considerando que la guerra á que Perseo arrastraba entonces á Roma fué el verdadero punto de partida para el desenvolvimiento del poder romano. Esta guerra estaba latente en los consejos de Perseo; y las armas romanas más bien estaban en acecho que seriamente ocupadas por los ligurios y los galos.

Siendo cónsules M. Junio Bruto y A. Manlio Vulso,

dióse como provincias la Galia y la Liguria á Junio y á Manlio respectivamente. En cuanto á los pretores, M. Titinio Curvo obtuvo la jurisdicción urbana, Ti. Claudio Nerón la de los extranjeros, P. Elio Liguro la Sicilia, T. Ebuicio Caro la Cerdeña, M. Titinio (en este año hubo dos pretores llamados M. Titinio) la España citerior y T. Fonteyo Capiton la ulterior. En el Foro se declaró un incendio, quemáronse muchos edificios, desapareciendo hasta los cimientos el templo de Venus. Apagóse el fuego sagrado del santuario de Vesta, y el pontífice máximo M. Emilio condenó á la virgen encargada de su conservación al suplicio del azote, celebrándose rogativas según los ritos. Los censores M. Emilio Lépidio y M. Fulvio Nobilior cerraron el lustrum aquel año, arrojando el censo ciento setenta y tres mil doscientos cuarenta y cuatro ciudadanos. Recibióse una legación de Perseo, rey de Macedonia, que venía á solicitar del Senado para aquel príncipe el título de aliado y amigo y la renovación del tratado ajustado con su padre Filipo. Habíase atraído Perseo las sospechas y el odio de los romanos, y la mayor parte estaban convencidos de que aquella guerra preparada por Filipo desde tantos años en el secreto de su política, estallaría á la primera ocasión en cuanto Perseo se encontrase bastante fuerte para hacerla. Sin embargo, para que no se dijese que le habían hostigado en su reposo y rechazado en sus disposiciones pacíficas, que ellos mismos le habían ofrecido el pretexto de la guerra, accedieron á su petición. Fortalecido Perseo con esta respuesta y considerándose completamente asegurado en el trono, cuidó de poder disponer de los recursos que le ofrecían los griegos. Comprendiendo la necesidad de ganar su afecto, llamó á Macedonia á todos aquellos que por deudas ó por sentencias se habían visto obligados á expatriarse, ó que, acusados de delito de lesa majestad, se

habían desterrado de Macedonia: y por medio de edictos públicamente fijados en la isla de Delos, en Delfos y en el templo de Minerva Itoniana, no solamente les aseguró la impunidad, sino también la restitución de sus bienes á su regreso, con el goce de los arrendamientos vencidos desde la época del destierro. Perdonó también á los que vivían en Macedonia todas sus deudas al fisco, y puso en libertad á los presos por lesa majestad. Estas disposiciones levantaron mucho los ánimos, le atraieron toda la Grecia é infundieron grandes esperanzas. Su aspecto era muy á propósito para realzar la dignidad real. Tenía buena presencia, su cuerpo ágil y robusto se prestaba á todo género de trabajos, y la madurez de la edad daba á su persona extraordinaria majestad. No imitaba la disolución de su padre ni su desenfrenada pasión por las mujeres y el vino. Estas eran las buenas cualidades con que Perseo subió al trono, á las que no había de corresponder su fin.

Antes de que los pretores á quienes habían tocado en suerte las Españas llegasen á sus provincias, Postumio y Graco habían realizado en ellas cosas notables; especialmente Graco, quien, en la flor de la edad, superior en todo á los de su generación por su energía y prudencia, gozaba ya de inmensa fama y ofrecía grandes esperanzas para lo venidero. Veinte mil celtíberos sitiaban á Carabia, ciudad aliada de los romanos, y Graco se apresuró á socorrer á sus aliados. Atormentábale la idea de enterar á los sitiados de su proyecto, porque era tan riguroso el bloqueo, que ofrecía graves dificultades el paso de un mensajero, dificultades que desaparecieron ante la audacia de Cominio. Era éste prefecto de una turma de caballería, y después de madurar en silencio su proyecto y enterado á Graco de lo que pensaba hacer, vistió traje español y se mezcló con los merodeadores enemigos, con los que entró en su campa-

mento, se acercó á las murallas de la ciudad y anunció la llegada de Tiberio Graco. La noticia hizo que los habitantes pasasen del terror más profundo á la alegría y valor más decididos, confirmándose en su resolución de resistir vigorosamente, y al tercer día, la llegada de Graco hizo levantar el sitio. Más adelante el mismo Graco tuvo que burlar una estratagema de aquellos bárbaros, y con la fuerza y la destreza consiguió tan perfectamente desvanecer el peligro, que la astucia cayó sobre sus autores. Era Complega una ciudad recientemente fundada, pero tenía excelentes fortificaciones, y su desarrollo había sido rápido, merced á haberse refugiado en ella muchos españoles, que, privados del territorio que antes les pertenecía, estaban reducidos á vagar á la aventura. De aquella ciudad habían salido cerca de veinte mil hombres, con trajes de suplicantes, llevando en las manos ramos de olivo, llegando así á las inmediaciones del campamento para implorar la paz; pero arrojando en seguida la máscara, atacaron repentinamente á los romanos, produciendo desorden y espanto por todas partes. Ocurrióse á Graco la sabia idea de fingir que huía y abandonaba el campamento, y mientras lo saqueaban los bárbaros con su habitual avidez y se cargaban con el botín, regresó, y con un ataque que no esperaban, les mató mucha gente y hasta se apoderó de la ciudad. Refiérese también este hecho: Enterado Graco de que el enemigo carecía de recursos, amontonó en su campamento cantidad de viveres y en seguida lo abandonó. El enemigo se arrojó sobre él, devorando desordenadamente cuanto encontró; entonces retrocedió el ejército romano, lo sorprendió y destrozó.

Cualquiera de estos relatos que se admita, y aunque se suponga otra cosa que una victoria, lo cierto es que Graco sometió muchos pueblos y especialmente toda la

nación de los celtíberos. Les tomó y destruyó trescientos pueblos, según refiere Polibio, el más grave de los historiadores; pero no me atrevería sin embargo á asegurarlo, á no ser que se entienda por pueblos las torres y castillos: estas exageraciones suelen emplearlas los mismos generales de los ejércitos y los historiadores para embellecer sus relatos, porque el suelo árido é inculto de las Españas no puede alimentar tan considerable número de pueblos. Las costumbres agrestes y salvajes de los españoles, exceptuando los que habitan las costas de nuestro mar, se oponen también, atendiendo á que la reunión de los hombres en las ciudades produce ordinariamente el efecto de civilizarlos. Por lo demás, cualquiera opinión que se adopte relativamente al número de ciudades tomadas por Sempronio ó á su importancia (porque los historiadores no concuerdan en el número, diciendo algunos ciento cincuenta y otros ciento tres), está demostrado que hizo grandes cosas. Y no se celebran únicamente sus hazañas de guerra; fué también administrador excelente, que supo hacer reinar entre los vencidos la paz y las leyes. Porque distribuyó las tierras á los pobres, les designó parajes para habitar é impuso á todos los pueblos de la comarca leyes terminantes y claras que les unían al pueblo romano con lazos de alianza y amistad cimentados con recíprocos juramentos. En las guerras que se originaron después, frecuentemente invocó la autoridad de estos tratados la generación siguiente. Graco quiso perpetuar el recuerdo de su valor y trabajos dando el nombre de Graccuris á una ciudad llamada anteriormente Ilurcis. No se conocen tan bien los hechos de Postumio. Sin embargo, sometió á los vacenses y á los lusitanos, que perdieron en aquella lucha cuarenta mil hombres. Después de estas victorias, los dos entregaron sus ejércitos á los sucesores que les habían enviado y regresaron á

Roma para recibir los honores del triunfo. En la Galia, el cónsul Manlio, á quien había tocado aquella provincia, no encontrando pretexto para conseguir el triunfo, asió ávidamente la ocasión que le presentaba la fortuna de la guerra para llevar sus armas contra los istriotas, pueblos que anteriormente habían ayudado á los etolios en su guerra contra los romanos y que recientemente se habían sublevado. Tenían entonces á su frente un rey de carácter ardiente, llamado Epulón, cuyo padre había mantenido á sus pueblos en paz; pero él les llamó á las armas, por lo que, según dicen, le adoraba su ejército, ávido de pillaje.

En un consejo que tuvo el cónsul relativamente á la guerra de Istria opinaron unos hacerla en el acto, antes de que el enemigo pudiese reunir sus tropas, otros que se consultase previamente al Senado (1); prevaleciendo el parecer de los que no admitían aplazamiento. El cónsul partió de Aquilea (2) y fué á acampar en la orilla del lago Timavo, que dista muy poco del mar; allí acudió también con dos naves C. Furio, decenviro naval. Estos decenviros navales habían sido creados contra la flota de los ilirios, para defender con veinte naves las costas del mar superior apoyándose en Ancona; partiendo de este punto, á la derecha hasta Tarento, la vigilancia pertenecía á C. Cornelio; á la izquierda, hasta Aquilea, á C. Furio. Las naves fueron expedidas al puerto de Istria, el más cercano, con otras de carga y abundante con-

(1) Ciertamente es que las guerras que habían de hacerse las decretaba primeramente el Senado, que autorizaba en seguida la presentación de una ley para conseguir el asentimiento del pueblo. Créese, sin embargo que el Senado podía sin orden ni concurso del pueblo permitir á los que mandaban en las provincias hacer incursiones en tierras de pueblos enemigos de los que podía temer algo la provincia.

(2) Cinco años hacía que se envió una colonia latina á Aquileya.

voy; y el cónsul, siguiéndolas con las legiones, acampó á cinco millas del mar. Pronto quedó transformado el puerto en populoso mercado, desde el que llevaban todas las provisiones al campamento. Aseguraron las comunicaciones por medio de guardias colocadas alrededor del campamento; por el lado de Istria se situó en observación una cohorte levantada apresuradamente en Placencia para guardar el espacio entre el campamento y el mar; y para que pudiese defender á los que fuesen por agua al río, M. Ebucio, tribuno de los soldados de la segunda legión, recibió orden de llevar dos manípulos de refuerzo. Los tribunos T. y C. Elio habían llevado la tercera legión por el camino de Aquilea para proteger á los que fuesen por leña y forraje al bosque. Por este lado, á una milla de distancia, encontrábase el campamento de los galos, en el que Catmelo reemplazaba al rey, teniendo solamente á sus órdenes tres mil combatientes.

En cuanto se enteraron los istriotas de que los romanos habían trasladado su campamento al lago Timavo, se apostaron detrás de una montaña, sin que éstos lo supiesen, y siguiendo su marcha por caminos extraviados, nada se les escapaba de cuanto ocurría por mar y por tierra. Observando la debilidad de las guardias que custodiaban el campamento, la multitud de traficantes que llenaban desarmados el mercado y el camino del puerto al mar, sin ningún trabajo de fortificación terrestre ó marítima, atacaron á la vez los dos cuerpos, la cohorte de Placencia y el manípulo de la segunda legión. La niebla matinal encubría su empresa, y cuando la disiparon los primeros rayos del sol, la luz que le penetraba, incierta aún y que multiplicaba los objetos, de tal manera engañó á los romanos, que les hizo ver al ejército enemigo mucho más numeroso de lo que era en realidad. Espantados los soldados de los dos cuer-

pos huyeron con extraordinaria precipitación hacia el campamento, donde produjeron alarma más grande aún de la que ellos habían experimentado, porque les era imposible decir por qué habían huído y contestar á todas las preguntas que les hacían; oíanse gritos en las puertas como de gentes que no ven delante guardias que les defiendan, y en la confusión de hombres que se agitaban entre la niebla, chocaban unos con otros y no se sabía si el enemigo se encontraba en los parapetos. Solamente se oía una voz: «¡A la mar!» Esta palabra pronunciada al acaso por uno solo, la repitieron en seguida todos los ecos del campamento; y como si hubiesen recibido orden de hacerlo, corrieron, unos armados y otros sin armas, hacia el mar; inmediatamente les siguió mayor número y al fin todos, y el mismo cónsul, después de muchos esfuerzos para contener la fuga de sus tropas, y cuando vió que voces de mando, autoridad y hasta los ruegos eran inútiles. Solamente quedó M. Licinio Strabón, tribuno de la legión tercera, que permaneció detrás de su legión con tres enseñas. Al arrojarse los istriotas sobre aquel campamento que abandonaban, sin haber encontrado combatientes que les disputasen el paso, le vieron en el pretorio, formando y arengando sus escasas fuerzas. La pelea fué muy encarnizada, con relación al corto número que la sostenía, no terminando hasta que quedaron muertos el tribuno y todos los suyos. El enemigo derribó el pretorio, se apoderó de cuanto encontró, y llegó al foro cuestorio y á la quintana. Los bárbaros encontraron allí preparadas y dispuestas provisiones de toda clase y lechos aderezados en el cuestorio; el rey se acostó y mandó le sirviesen comida. En seguida le imitaron todos los demás, sin ocuparse para nada de armas ni de enemigos, y como gentes poco acostumbradas al lujo de buena mesa se rellenaron el estómago de comida y bebida.

Distintas eran las cosas por parte de los romanos: la alarma era general por tierra y por mar; los marineros recogen sus tiendas y reembarcan apresuradamente las provisiones bajadas á tierra; los soldados, en su espanto, se precipitan en las barcas y en el agua; temiendo los marineros que sus naves quedasen sobrecargadas de gente, rechazan aquella multitud ó se separan de la orilla ganando la alta mar. Trábase lucha, y pronto se convierte en combate entre soldados y marineros; corre sangre y algunos sucumben, hasta que, por orden del cónsul, la flota se aleja de tierra. En seguida separó á los que tenían armas de los que no las tenían; y apenas entre tan considerable número encontró mil doscientos armados; eran muy pocos los jinetes que habían llevado sus caballos. El resto no era más que miserable multitud, que parecía agrupación de criados, á propósito para ser presa del enemigo, si hubiese cuidado de combatir. Al fin envió un mensajero á la tercera legión y á las fuerzas galas para llamarlas, y por todas partes se ocuparon en marchar á la reconquista del campamento y lavar la mancha con que se habían deshonrado. Los tribunos de los soldados de la tercera legión mandan arrojar el forraje y la leña; mandan á los centuriones que monten dos á dos en los mulos descargados los soldados de más edad, y á los jinetes que tomen á la grupa á los más jóvenes. «¡Qué honor para la legión, si por su valor reconquistaba el campamento perdido por el terror pánico de la segunda, y la empresa es fácil si se cae prontamente sobre los bárbaros cuando solamente piensan en saquear; de la misma manera que lo han conquistado, pueden perderlo.» Esta exhortación enardece á los soldados. Levántanse las enseñas en el acto y no se hacen esperar los combatientes; pero el cónsul y las fuerzas que venían del lado del mar llegaron primero al pie de las empalizadas. L. Acio, primer tribuno

de la segunda legión, no se limitaba á exhortar á los soldados, sino que les hacía comprender además «que si los istriotas vencedores hubiesen querido conservar el campamento con las mismas armas que se apoderaron de él, habrían perseguido hasta el mar al enemigo que ya no tenía campamento, y que en seguida habrían colocado avanzadas delante de las empalizadas y que probablemente estaban entregados al sueño y á la embriaguez.»

Después de estas breves palabras, mandó á su signífero predilecto A. Beculonio, conocido por su valor, que entrase con la enseña alzada. El signífero gritó que si estaban dispuestos á seguirle, iba á acelerar la maniobra; y en seguida, haciendo un esfuerzo, lanzó la enseña por encima de la empalizada y atravesó el primero la puerta. Por otro lado, T. y C. Elio, tribunos militares de la tercera legión, llegaron con la caballería; detrás los que habían montado dos á dos en las bestias de carga, y además el cónsul con todas sus fuerzas. Corto número de istriotas que no habían bebido mucho vino, intentaron huir; los otros pasaron del sueño á la muerte, y los romanos encontraron todo lo que habían dejado, exceptuando lo que habían consumido en vino y víveres. Hasta los enfermos que habían abandonado en el campamento, al ver de regreso á sus compañeros, tomaron las armas é hicieron terrible matanza. Cítase especialmente al caballero C. Popilio, conocido con el nombre de Sabelo, por su notable conducta. Retenido en el campamento por una herida en el pie, él fué quien mató mayor número de enemigos con notabilísima diferencia. Peciéron cerca de ocho mil istriotas, no haciéndose prisioneros; tales eran el enojo y la cólera, que no se pensaba en recoger botín. Los istriotas montaron apresuradamente á caballo á su rey, que se había embriagado en la mesa, y huyó. Los vencedores perdie-

ron doscientos treinta y siete hombres, pero más en la derrota de la mañana que en la reconquista del campamento.

Quiso la casualidad que Cn. y L. Gavilio, nuevos colonos de Aquilea que llegaban con provisiones, cayesen casi sin sospecharlo, en medio de los istriotas, dueños del campamento. Abandonando los bagajes, huyeron á Aquilea, donde sembraron tal espanto y consternación que á los pocos días se extendió hasta Roma. Allí no se dijo solamente que el enemigo se había apoderado del campamento, sino que se anunció la fuga, la derrota completa, la total extinción de un ejército entero. Como de costumbre en caso de tumulto, proclamaron una leva extraordinaria, no solamente en la ciudad, sino en toda Italia. Alistáronse dos legiones de ciudadanos romanos, y á los aliados del nombre latino se pidió diez mil hombres de infantería y quinientos caballos. El cónsul M. Junio recibió orden de pasar á la Galia y exigir á las ciudades de aquella provincia tantos soldados como pudiese proporcionar cada una. Decretóse al mismo tiempo que el pretor Ti. Claudio señalaría Pisa como punto de reunión á los soldados de la cuarta legión, á cinco mil hombres de infantería y doscientos cincuenta de caballería de los aliados del nombre latino y que custodiase aquella provincia en ausencia del cónsul: el pretor M. Titinio debía señalar Ariminio como punto de reunión de la primera legión y á igual número de auxiliares latinos de infantería y caballería. Nerón partió para Pisa y su provincia, llevando ya el manto militar. Titinio envió al tribuno de los soldados C. Cassio á Ariminio para que tomase el mando de la legión, y permaneció en Roma con objeto de proceder á la leva. Habiendo pasado el cónsul M. Junio de la Liguria á la Galia, se apresuró á enviar refuerzos á las ciudades de la comarca y á las colonias militares y marchó á Aquilea.

Enterado allí de que el ejército se había salvado, escribió á Roma prohibiendo que se aceleraran las cosas, y por su parte licenció los refuerzos que había pedido á los galos, marchando á avistarse con su colega. Aquella inesperada felicidad produjo inmenso regocijo en Roma; libertóse de su juramento á los soldados que lo habían prestado, y el ejército, invadido por una epidemia en Ariminio, fué enviado á sus hogares. Los istriotas que, con fuerzas numerosas ocupaban una posición cercana al campamento del cónsul, enterados de la llegada de otro cónsul con nuevo ejército, se dispersaron en sus respectivas ciudades, y los cónsules llevaron sus legiones á invernar en Aquilea.

Pacificada la Istria, dióse un *senatus-consulto* mandando á los cónsules que se pusiesen de acuerdo para que uno de ellos regresase á Roma con objeto de celebrar los comicios. Durante la ausencia de Manlio, desgarrábanle con sus oraciones A. Licinio Nerva y C. Papirio Turbo, quienes llegaron á proponer que Manlio no conservase el mando más allá de los idus de Marzo (porque se había prorrogado á los cónsules por un año (1) el mando de sus provincias), para que pudiese, una vez fuera del cargo, presentarse á defenderse. Su colega Q. Elio se opuso á la proposición, y con gran trabajo consiguió que no se llevase adelante. Al mismo tiempo, Ti. Sempronio Graco y L. Postumio Albino regresaron de España á Roma, y el Senado, presidido por el pretor M. Titinio, les recibió en el templo de Belona para que diesen cuenta del cumplimiento de su misión, pidiesen los honores que habían merecido y solicitasen acciones de gracias para los dioses inmortales. Por esta época también una carta del pretor P. Ebucio, que llevó

(1) Por año no debe entenderse aquí todo el espacio natural que significa la palabra, sino la parte que transcurría hasta que los nuevos magistrados entraban en funciones.

su hijo al Senado, dió cuenta de la profunda alarma que reinaba en Cerdeña. Los ilienos, ayudados por los balears, habían invadido, en plena paz, la provincia, y encontrándose el ejército débil y diezmado por una epidemia, no podía resistirles. Igual relato hicieron los legados de los sardos, rogando al Senado que socorriese al menos las ciudades, porque los campos se encontraban ya devastados. Este asunto y la legación de Cerdeña quedaron para los nuevos magistrados. Igual atención se debía á los licios, cuyos legados se quejaban también de la crueldad de los rodios que L. Cornelio Escipión les había dado por señores. «Habían sido súbditos de Antioco, y el despotismo de aquel rey, comparado con su situación actual, era noble independencia. No era solamente la nación en general la que sufría bajo aquellos tiranos verdadera esclavitud, sino también los individuos. Sus esposas é hijos recibían igual tratamiento que ellos, imponiéndoles penas corporales, el azote, y para colmo de iniquidad, manchábase y se vilipendiaba su buena fama; realizábanse descaradamente los actos más abominables para establecer el derecho, y para no dejarles ni sombra de duda de que no existía diferencia entre ellos y los esclavos comprados con dinero.» Impresionado por aquellas quejas, el Senado dió á los licios una carta para los rodios: «Roma no quería hacer á los licios esclavos de los rodios, ni poner en servidumbre de nadie á hombres nacidos libres; porque los licios hubiesen sido colocados á la vez bajo la autoridad y tutela de los rodios, no dejaban de ser dos pueblos aliados, sometidos á la dominación del pueblo romano.»

Las victorias conseguidas en España dieron lugar á dos triunfos consecutivos, siendo el primero el de Sempronio Graco sobre los celtíberos y sus aliados, y el segundo, al día siguiente, el de L. Postumio sobre

los lusitanos y otros españoles de la misma comarca. Ti. Graco entregó al tesoro cuarenta mil libras de plata y Albino veinte mil. Cada uno de ellos entregó veinticinco dineros á cada soldado, doble á los centuriones y triple á los caballeros, tratando á los aliados lo mismo que á los romanos. Quiso la casualidad que, por la misma época, el cónsul M. Junio viniese de la Istria á Roma para presidir los comicios; los tribunos del pueblo Papirio y Licinio le abrumaron con preguntas en el Senado acerca de los acontecimientos de Istria y después le citaron ante el pueblo. El cónsul contestó que solamente había estado once días en la provincia: que de la misma manera que ellos, había sabido por la fama lo ocurrido durante su ausencia. Insistían entonces preguntando: «¿Por qué no había venido más bien A. Manlio á Roma para dar cuenta al pueblo de los motivos que le habían hecho pasar de la provincia de la Galia, que le designó la suerte, á la Istria? ¿Cuándo había decretado el Senado y ordenado el pueblo aquella guerra? ;Y á fe que si el general la había decidido por su propia iniciativa, la había llevado con prudencia y valor! Imposible era decir si había sido más torpe la decisión que la dirección de aquella guerra. Dos puestos sorprendidos por los istriotas, dos campamentos romanos perdidos, y con el campamento, cuantos soldados de á caballo y de á pie se encontraban en él; los demás, desarmados, en desorden, con el cónsul á la cabeza, habían huído hacia el mar y las naves. Como particular, daría de aquellos hechos la cuenta que negó siendo cónsul.»

Celebráronse en seguida los comicios y resultaron nombrados cónsules C. Claudio Pulquer y Ti. Sempronio Graco; y al siguiente día fueron proclamados pretores P. Elio Tuberón, por segunda vez, C. Quincio Flaminio, C. Numisio, L. Mummio, Cn. Cornelio Esci-

pión y C. Valerio Levino. Á A. Tuberón tocó la jurisdicción urbana y á Quinceio la de los extranjeros; á Numisio la Sicilia; á Mummio la Cerdeña; pero esta última, á causa de la importancia de la guerra, fué elevada á la categoría de provincia consular y otorgada per sorteo á Graco; Claudio recibió la Istria; Escipión y Levino se repartieron la Galia, que formó dos provincias. El día en que entraron en funciones Sempronio y Claudio, solamente se trató de las provincias de Cerdeña y de Istria y de los dos enemigos que habían encendido la guerra en aquellas provincias. Al día siguiente, los legados de los sardos, cuyo asunto se había aplazado hasta la renovación de los magistrados y L. Minucio Thermo, que había sido legado del cónsul Manlio en Istria, fueron recibidos por el Senado. Su relato reveló á la asamblea la importancia de las guerras de aquellas comarcas. El Senado se conmovió también con las quejas formuladas por los legados de los aliados latinos, quienes después de insistir mucho con los censores y cónsules anteriores, habían obtenido audiencia del Senado. Quejábanse, en suma, de que sus conciudadanos, incluidos en el censo de Roma, trasladasen su domicilio á esta ciudad. Si se toleraba este abuso, en pocos lustros se verían desiertos sus campos y ciudades y no podrían suministrar ni un soldado. Los samnitas y peliños se quejaban también de que les habían abandonado cuatro mil familias para marchar á establecerse en Fregelas, y que no por esto suministraban menor contingente unos y otros á los ejércitos. Habíanse puesto en práctica dos clases de fraudes para pasar individualmente de una ciudad á otra. La ley había permitido á aquellos aliados latinos que dejaban familia en su patria primitiva pasasen á ser ciudadanos romanos. Pero falseando la ley, perjudicaban á sus compatriotas y al pueblo romano; porque eludían la

obligación de dejar hijos en su país, los daban en servidumbre á cualquier ciudadano romano, con la condición de que los manumitirían haciéndoles libertos; y como hombres que no tenían hijos que dejar, pasaban á ser ciudadanos romanos. Más adelante hasta se despreciaron estas apariencias de legalidad y se adquirió la ciudadanía romana á pesar de la ley, sin tener hijos, por la simple emigración é inclusión en el censo. Pedían los legados que no continuase este abuso; que se mandase á los aliados regresar á sus ciudades, y que en seguida se hiciese una ley prohibiendo que ninguno recibiese á otro en su poder ó que se vendiese la propiedad para facilitar un cambio de ciudad, y que todo aquel que cometiese este fraude para conseguir la ciudadanía romana, no fuese reconocido como tal ciudadano. El Senado accedió á estas peticiones.

En seguida se decretaron socorros para las provincias que estaban en guerra, Cerdeña, é Istria. Para la Cerdeña se dispuso el levantamiento de dos legiones de cinco mil doscientos hombres de á pie y trescientos de á caballo cada una (1); además, pediríase á los aliados latinos doce mil hombres de infantería y seiscientos de caballería, y además diez quinquerremes si el cónsul quería tomar las de los astilleros. Iguales fuerzas de infantería y caballería se decretaron para la Istria que para la Cerdeña. Los cónsules recibieron también orden para enviar á Titinio, en España, una legión con trescientos jinetes y cinco mil hombres de infantería aliada, con doscientos cincuenta de á caballo. Antes del sorteo de las provincias consulares, dióse cuenta de algunos prodigios. Habían caído piedras del cielo, en el territorio de Crustumino, en el bosque de Marte; en la campiña romana había nacido un niño con el cuerpo

(1) Este era el número ordinario de jinetes en cada legión.

incompleto y se había visto una serpiente con cuatro pies; en el Foro de Capua habían caído rayos sobre muchos edificios, y en Puteolos el mismo fuego había consumido dos naves. Cuando se hablaba de todos estos prodigios, un lobo perseguido en Roma en pleno día, después de entrar por la puerta Colina, escapó por la Esquilina, seguido de todo el pueblo alborotado. Con ocasión de estos prodigios, los cónsules inmolaron víctimas mayores y hubo un día de rogativas en todos los templos. Celebrados los sacrificios, se sortearon las provincias, obteniendo Claudio la Istria y Sempronio la Cerdeña. En seguida presentó C. Claudio, en virtud de un senatus-consulta, la ley relativa á los aliados y promulgó la orden en cuanto á todos los aliados latinos que, ellos ó sus padres, durante la censura de M. Claudio y T. Quincio, y después de ésta, hubiesen sido recibidos entre los aliados del nombre latino, regresasen á sus ciudades respectivas antes de las kalendas de Noviembre. Un decreto encargó al pretor L. Mummio la información contra aquellos que no se sometiesen; á la ley y disposición del cónsul se añadió un senatus-consulta mandando que el dictador, el cónsul, el interrey, el censor, y el pretor del año, en cada caso de manumisión que se presentase, exigiesen al dueño manumisor juramento de que aquella manumisión no tenía por objeto cambio de ciudad; sin prestar este juramento, no podía realizarse la manumisión. Por un decreto se concedió para lo sucesivo á C. Claudio jurisdicción para decidir estos casos.

Mientras ocurrían estas cosas en Roma, M. Junio y A. Manlio, que habían sido cónsules en el año anterior, después de invernar en Aquilea, al comenzar la primavera, hicieron entrar sus tropas en el territorio de Istria, en el que realizaron tantos estragos y desórdenes, que los istriotas, más por ira y por la indignación que

les causaban las depredaciones cometidas en su presencia y en su daño, que con segura esperanza de hacer frente á dos ejércitos, se pusieron en campaña. Reunida la juventud de todas sus tribus, fuerza improvisada y sin disciplina, mostró más vigor en el primer choque, que perseverancia para sostener el combate. Cuatro mil hombres de los suyos quedaron sobre el campo, y los demás, renunciando á la guerra, huyeron por todas partes y regresaron á sus ciudades. Desde ellas enviaron primeramente legados al campamento romano para pedir la paz y después los rehenes que les pidieron. Cuando se enteraron en Roma, por carta de los procónsules, temiendo el cónsul C. Claudio perder la provincia y el ejército, por consecuencia de estos acontecimientos, partió por la noche sin formular los votos, sin clámide, sin lictores, sin advertir á nadie más que á su colega, y se trasladó precipitadamente á su provincia. Allí reunió el consejo, y reconviniendo á A. Manlio por su huída del campamento, delante de los soldados que habían de oírle con disgusto, porque ellos habían huído primero, avergonzando á M. Junio por haberse asociado á la deshonra de su colega, terminó por mandar á los dos que saliesen de la provincia. Los soldados dijeron que se someterían á las órdenes del cónsul, cuando, según la costumbre antigua, hubiese formulado los votos en el Capitolio y saliese de Roma con la clámide y precedido por los lictores: frenético entonces de ira, llamó al que servía de cuestor á A. Manlio, le pidió cadenas y amenazó con ponerlas á Junio y á Manlio para enviarlos de aquella manera á Roma. El cuestor no escuchó las órdenes del cónsul, y los soldados que le rodeaban, adictos á la causa de sus jefes y animados contra el cónsul, le alentaban á la desobediencia. Abrumado al fin por las injurias y burlas de la muchedumbre, que unía la risa al ultraje, tomó el

rumbo de Aquilea con la misma nave que le había traído. Desde allí escribió á su colega para que mandase á la parte de las nuevas levas que destinaban á la Istria que se reuniese en Aquilea; no queriendo encontrar en Roma nada que le impidiese, una vez pronunciados los votos, salir con la clámide. Prestóse voluntariamente á esto su colega y se dispuso la reunión para corto plazo. Claudio llegó casi á la vez que su carta. Al llegar reunió al pueblo para hablarle de Manlio y de Junio; no pasó más que tres días en Roma, y después de formular los votos en el Capitolio, tomó el manto, hizo marchar delante á los lictores y regresó á su provincia con igual celeridad que la primera vez.

Pocos días antes Junio y Manlio dieron tremendo asalto á la ciudad de Nesaccio, donde se habían retirado los istriotas principales y el rey Epulón. Claudio llevó allá sus dos legiones nuevas, licenció al ejército veterano con sus jefes, rodeó él mismo la ciudad y se preparó para atacarla con máquinas. Un río bañaba el pie de las murallas, estorbando las maniobras de los sitiadores al mismo tiempo que suministraba agua á los sitiados, y se emplearon muchos días en abrir cauce nuevo para separar las aguas. Esta operación, que privaba de agua á los bárbaros, les aterró de igual manera que un prodigio; pero sin inspirarles la idea de capitular, sino que por el contrario, comenzaron á matar á sus esposas é hijos, y para que el enemigo presenciase aquellos horribles crímenes, los degollaban en la misma muralla y los precipitaban abajo. En medio de los gritos de las mujeres y los niños, en medio de aquella abominable matanza, escalaron la muralla los soldados y penetraron en la plaza. Cuando el rey, por los gritos de terror de los fugitivos, reconoció el tumulto de una ciudad tomada por asalto, se atravesó con su espada para que no le cogiesen vivo: los demás cayeron prisioneros

ó murieron. Otras dos ciudades, Mutila y Faveria, fueron tomadas por asalto y destruidas. El botín fué más considerable de lo que podía esperarse, en vista de la pobreza de aquel pueblo, y todo lo abandonaron á los soldados. Vendiéronse en subasta cinco mil seiscientos treinta y dos prisioneros, y á los instigadores de la sublevación les azotaron y decapitaron. Por consecuencia de la ruina de tres ciudades y de la muerte del rey, quedó pacificada toda la Istria, y las tribus de las cercanías entregaron rehenes y se sometieron. Terminaba la guerra de Istria, cuando los ligurios comenzaron á celebrar reuniones cuyo objeto era la guerra.

El procónsul T. Claudio, que había sido pretor el año precedente, mandaba en Pisa, teniendo una sola legión. Habiendo informado de estos hechos por medio de carta, el Senado decidió enviarla á C. Claudio (porque el otro cónsul había pasado ya á Cerdeña), añadiendo un decreto que le autorizaba, si nada tenía que hacer ya en su provincia, á pasar con el ejército á Liguria, en el caso de considerarlo conveniente. Al mismo tiempo y á consecuencia de la carta en que notificaba el cónsul su campaña de Istria, se decretaron dos días de acciones de gracias. El otro cónsul Ti. Sempronio consiguió también victorias en Cerdeña. Llevó sus fuerzas al territorio de los sardos ilienos, que habían recibido grandes refuerzos de los baleares, y peleó con los dos pueblos en batalla campal. Los enemigos quedaron derrotados y huyeron, perdiendo el campamento y doce mil combatientes que quedaron en el campo de batalla. Al día siguiente el cónsul eligió determinadas armas, las amontonó y quemó en honor de Vulcano. En seguida llevó á invernar su ejército victorioso á las ciudades aliadas, y C. Claudio, al recibir la carta de T. Claudio y el senatus-consulto, hizo pasar sus legiones de Istria á Liguria. Los enemigos, que habían bajado á la llanura,

tenían el campamento en las orillas del río Scultenna. Allí se dió la batalla, en la que perdieron quince mil hombres muertos y más de setecientos prisioneros que les hicieron en el combate ó en el campamento, de que también se apoderaron; además de esto cogieron cincuenta y una enseñas. Los ligurios que escaparon de la matanza se dispersaron por las montañas, y en vano recorrió el cónsul la llanura, porque en ninguna parte encontró armas. Vencedor Claudio de dos naciones en un año, después de haber, por raro caso, pacificado dos provincias bajo su consulado, regresó á Roma.

Dióse cuenta de prodigios aquel año. En el Crustuminió un ave sangual (*avem sangualem* (1)), según la llaman, había roto de un picotazo una piedra sagrada; en Campania había hablado un buey; en Siracusa un toro salvaje, separado de su torada, había cubierto á una vaca de bronce *et semine aspersit*. En el Crustuminió se celebró en el paraje mismo un día de rogativas: en Campania se incluyó la alimentación del buey en los gastos públicos, y el prodigio de Siracusa se expió con sacrificios ofrecidos á los dioses que designaron los arúspices. En este año murió el pontífice M. Claudio Marcelo, que había sido cónsul y censor, sucediéndole en el pontificado su hijo M. Marcelo. Llevóse también á Luca una colonia de dos mil ciudadanos romanos, en-

(1) No puede determinarse con exactitud qué ave era ésta, si bien Plinio refiere la opinión de un tal Manerio, que decía era *Ossifraga* (que quebranta los huesos), conocida vulgarmente en nuestro país con el mismo nombre *Quebrantahuesos*. Esta ave estaba consagrada á *Sangus* ó *Sancus*.

En cuanto á la piedra que el ave rompió con el pico, creen unos que era la que cayó del cielo, de la que ya se ha hablado, y cuyas dimensiones y dureza no se determinan: otros creen era alguna de las que servían de límites, consideradas sagradas, á las que se ungía y coronaba de flores, no pudiéndose remover de su sitio sin cometer grave crimen.

cargando de esta misión á los triunviros P. Elio, L. Egilio y Cn. Sicinio, quienes dieron á cada colono cincuenta y una y media yugadas del territorio tomado á los ligurios, territorio que fué de los etruscos antes de pertenecer á éstos. El cónsul C. Claudio llegó á las puertas de la ciudad, y el relato que hizo al Senado de sus victorias en la Istria y sobre los ligurios le mereció, á petición propia, un decreto de triunfo. Siendo cónsul aún, triunfó de dos naciones á la vez. Ascendía la cantidad que se ostentó en aquel triunfo á trescientos siete mil dineros y ochenta y cinco mil setecientos dos victoria-tos (1). De cuya cantidad se dió á cada soldado quince dineros, doble á los centuriones y triple á los caballeros. Los aliados recibieron la mitad menos que los ciudadanos, demostrando su desagrado con el silencio que guardaron al seguir al carro triunfal.

Durante la celebración de aquel triunfo sobre los ligurios, enterados éstos de que el ejército consular había regresado á Roma y que Ti. Claudio hasta había licenciado su legión en Pisa. Libres de todo temor, pusieron-se secretamente de acuerdo para reunir un ejército, cruzaron los montes por senderos de travesía, bajaron á la llanura, devastaron el territorio de Módena, y gracias á la rapidez de su ataque, hasta se apoderaron de la colonia. Cuando llegó la noticia á Roma, el Senado ordenó al cónsul C. Claudio que celebrase los comicios cuanto antes, y una vez elegidos los magistrades para el año siguiente, que regresase á su provincia y recobrase la colonia. En conformidad con lo dispuesto por el Senado, se celebraron los comicios, siendo nombrados cónsules C. Cornelio Escipión Hispalo y Q. Petilio Spurino. En seguida fueron nombrados pretores M. Popilio Lena, P. Licinio Crasso, M. Cornelio Escipión,

(1) Monedas con la efigie de la victoria.

L. Papirio Maso, M. Aburio y L. Aquileyo Galo. Al cónsul C. Claudio se prorrogó por un año en su mando y provincia de la Galia; y para impedir á los istrius que incitasen á los ligurios, tuvo que enviar á Istria los aliados latinos que había retirado de la provincia con ocasión de su triunfo. Cuando el día en que tomaron posesión de su cargo los cónsules C. Cornelio y Q. Petilio, sacrificaron á Júpiter, según costumbre, un buey cada uno, la víctima que inmoló Petilio presentó el hígado sin cabeza, de lo que dió cuenta al Senado, mandándole éste que completase el sacrificio. Consultado en seguida acerca de la distribución de provincias, el Senado asignó por decreto Pisa y los ligurios á los dos cónsules. Aquel á quien la suerte concediese Pisa, cuando llegase la época de la renovación de los magistrados debería regresar para los comicios. Disponía también el decreto que alistasen dos legiones nuevas y trescientos jinetes y que pidiesen á los aliados latinos diez mil hombres de infantería y seiscientos de caballería. A T. Claudio se prorrogó el mando hasta el momento en que el cónsul llegase á su provincia.

Mientras se trataban estos asuntos en el Senado, C. Cornelio había salido del templo para recibir á un mensajero, entrando de nuevo un momento después con el semblante descompuesto, diciendo á los Padres conscriptos que el buey de seiscientas libras que había inmolado no tenía hígado. No dando crédito al testimonio del victimario, añadió, había mandado quitar toda el agua de la caldera donde cocían las entrañas y había visto que todas las demás entrañas estaban enteras, y por caso inexplicable, solamente el hígado había quedado destruído. Asustados estaban ya los senadores con aquel prodigio, cuando el otro cónsul aumentó sus temores manifestando que, después de haber encontrado un hígado sin cabeza, habiendo querido

completar el sacrificio con otros tres bueyes, no había podido conseguirlo. El Senado dispuso el sacrificio de víctimas mayores hasta la completa expiación. Dícese que todos los dioses aceptaron aquellas ofrendas, menos la diosa Salud, acerca de la cual no consiguió éxito Petilio. En seguida sortearon las provincias los cónsules y pretores, tocando Pisa á Cornelio y los ligurios á Petilio. El pretor L. Papirio Maso obtuvo la jurisdicción urbana y M. Aburio la de los extranjeros. M. Cornelio Escipión Maluginense recibió la España ulterior y L. Aquilio Galo la Silia. Dos pretores pidieron no tener provincia. M. Popilio rechazaba también la Cerdeña, diciendo que «Graco pacificaba aquella provincia y el Senado le había dado para que le ayudase el pretor T. Ebucio. En una operación en que la unidad de plan é invariable conjunto de disposiciones eran esenciales, no convenía interrumpir su continuación. La entrega del mando y la inexperiencia del sucesor, que debe dedicarse á conocer antes de obrar, frecuentemente hacen perder las mejores ocasiones de realizar el plan.» Admitióse la excusa de Popilio. P. Licinio Crasso alegó ciertos sacrificios solemnes para no ir á su provincia, que era la España citerior, obtenida por la suerte; pero se le obligó á marchar ó que jurase ante la asamblea del pueblo que se lo impedía un sacrificio solemne. Arreglado este punto en cuanto á P. Licinio, M. Cornelio pidió que se le recibiera igual juramento que le dispensase de ir á España, prestándoles los dos pretores con las mismas palabras. M. Titinio y T. Fonteyo recibieron orden de permanecer en la España ulterior con el mismo título y el mismo mando, y se decretó que se les enviase de refuerzo tres mil ciudadanos romanos con doscientos de á caballo y cinco mil hombres de infantería latina con trescientos de caballería.

Tres días antes de las nonas de Mayo se celebraron

las ferias latinas, y como el magistrado de Lanuvio inmoló una de las víctimas (1) sin hacer súplicas por «el pueblo romano de los caballeros», surgió escrúpulo religioso. Escuchado por el Senado el relato de lo sucedido, remitió el asunto al colegio de los pontífices, y éstos, atendiendo á que quedaban frustradas las ferias latinas, mandaron renovarlas, pero disponiendo que suministrase las víctimas Lanuvio, que era causa de la renovación. El escrúpulo había aumentado con el accidente ocurrido al cónsul Cn. Cornelio, que, al regresar del monte Albano, cayó con todo un lado paralizado, y como el mal progresaba, marchó á las aguas de Cumas, donde murió. Trajeron su cadáver á Roma, donde le hicieron magníficos funerales y sepulcro. El cónsul Petilio, á quien al fin se lo permitían los auspicios, quedó encargado de celebrar las ferias latinas. Para la celebración de los comicios fijó el día tercero antes de las nonas de Junio, y para las ferias latinas el tres antes de los idus. En medio de las preocupaciones religiosas, llegaron noticias de nuevos prodigios: en Túsculo habíase visto una antorcha en el cielo: en Gabias el templo de Apolo y muchos edificios particulares y una muralla en Grabino habían sido heridos por el rayo. Los senadores dispusieron se celebrasen las expiaciones según el parecer de los pontífices. Mientras ocupaban á los cónsules las irregularidades religiosas, después á uno de ellos la muerte del otro, los comicios y la repetición de las ferias latinas, C. Claudio acercaba su ejército á Módena, que los ligurios habían tomado el año anterior, bastándole tres días de ataque para recobrarla y devolverla á los colonos; quedando muertos en el interior ocho mil ligurios. Inmediatamente escribió á

(1) El toro que se inmolaba á Júpiter Laciál, en sacrificio común por los cuarenta y siete pueblos del Lacio: cada pueblo de éstos inmolaba en particular víctimas menores.

Roma, no limitándose á dar cuenta del hecho, sino glorificándose de que, gracias á su valor y á su fortuna, el pueblo romano no tenía ya ni un enemigo á este lado de los Alpes, y alabándose de haber conquistado un territorio bastante grande para satisfacer la ambición de muchos millares de hombres.

Por la misma época conseguía también Ti. Sempronio muchas victorias sobre los sardos, que dieron por resultado su completa sumisión. Matóles quince mil hombres, y todos los pueblos de la Cerdeña que se habían sublevado quedaron sometidos. A los antiguos tributarios impusieron doble contribución y la cobraron; los demás suministraron cantidades de trigo. La provincia quedaba pacificada; de toda la isla se habían sacado doscientos treinta rehenes, y se enviaron legados á Roma para llevar la noticia y pedir al Senado que, en recompensa de las victorias conseguidas bajo el mando y los auspicios de Ti. Sempronio, se celebrase una fiesta en honor de los dioses inmortales y se le permitiese llevar consigo su ejército al dejar la provincia. Después de recibir á los legados en el templo de Apolo, el Senado decretó dos días de acciones de gracias y mandó á los cónsules que inmolasen cuarenta víctimas mayores y al procónsul Ti. Sempronio que permaneciese con su ejército aquel año también en su provincia. Los comicios para el reemplazo de un cónsul, que se habían fijado para el día tres antes de las nonas de Julio, se celebraron en el día designado. Nombrando Q. Petilio á C. Valerio Levino, tuvo un colega que pudo entrar inmediatamente en funciones. Este, que desde muy antiguo deseaba una provincia, aprovechó la ocasión que le ofrecía una carta anunciando una sublevación de los ligurios. El día de las nonas de Julio revisió el traje de guerra, y después de oír la carta, por razón de la revuelta, mandó á la tercera legión que mar-

chase á la Galia á reunirse con el procónsul C. Claudio y á los duunviro navales que se dirigiesen á Pisa con una flota, siguiendo las costas de los ligurios para asustarles también por el lado del mar. El cónsul Petilio había fijado el mismo paraje para punto de reunión de su ejército. Por su parte, el procónsul C. Claudio, á la noticia de la sublevación de los ligurios, independientemente de las tropas que mandaba en Parma, había organizado en el acto una leva nueva y se acercó á las fronteras de los ligurios con su ejército.

A la llegada de Claudio, el enemigo, que recordaba haber sido derrotado por él en las orillas del Scultenna, creyó después de la desgraciada prueba que hizo del brío de sus ataques, que debía confiar menos en sus armas que en sus fortalezas naturales; por lo que se situó sobre los montes Leto y Balista y hasta se rodeó de una muralla. Los retrasados, sorprendidos antes de que evacuasen los campos, perecieron en número de quinientos. Los demás permanecieron en las montañas, donde el miedo no les hizo olvidar su natural barbarie. El botín que habían recogido en Módena vino á ser objeto de sus iras; mataron á los prisioneros haciéndoles pedazos; degollaron á los animales en los templos, sin realizar sacrificios regulares; después, hartos de sangre de seres vivientes, la emprendieron con las cosas inanimadas y lanzaron contra las murallas vasos de toda clase, objetos de utilidad, más bien que de adorno y de lujo. No queriendo el cónsul Petilio que terminase la guerra sin su intervención, escribió á C. Claudio que fuese á la Galia con su ejército; que él le esperaría en los campos Macros. En cuanto recibió la carta, levantó Claudio el campamento, partió de la Liguria y entregó su ejército al cónsul en los campos Macros. Allí marchó también á los pocos días el otro cónsul C. Valerio: repartiéronse en aquel punto las tropas, pero antes de

separarse hicieron juntos la purificación de los ejércitos. En seguida, como habían decidido no atacar los dos al enemigo por el mismo lado, sortearon las regiones que debían ocupar. Es cosa cierta que Valerio procedió con regularidad, habiendo permanecido en el templo. Más adelante declararon los augures que Petilio había cometido una irregularidad, atendiendo á que no se encontraba personalmente en aquel recinto cuando depositó la suerte en la urna llevada al efecto. En seguida se dirigieron á dos puntos diferentes. Petilio estableció su campamento enfrente de las escabrosidades cuyas elevadas cumbres forman la cadena que une al Balista y al Leto. Dícese que en una arenga á sus tropas, predijo, sin parar mientes en la ambigüedad de la frase, que «aquel mismo día ocuparía el Leto.» En seguida comenzó á escalar la montaña por dos puntos á la vez. Las fuerzas que él mandaba subían animosamente; á las otras las rechazó el enemigo. El cónsul corrió al galope para restablecer el combate y contener á los fugitivos; pero cuando cabalgaba sin precaución al frente de las tropas, un venablo le atravesó el pecho y le mató. No observaron los enemigos su muerte, y los pocos romanos que la presenciaron atendieron cuidadosamente á ocultar su cuerpo, sabiendo que dependía de ello la victoria. El resto de las fuerzas de infantería y caballería desalojaron al enemigo, y sin jefe, tomaron las alturas; resultando cerca de cinco mil ligurios muertos y no perdiendo el ejército romano más que cincuenta y dos hombres. Este evidente resultado de un presagio funesto provocó por parte del pulario la revelación de una irregularidad en los auspicios que el cónsul no ignoraba. Enterado C. Valerio de la muerte de Petilio, reunió á sus tropas el ejército que acababa de perder su jefe, libró nuevo combate y derramó bastante sangre enemiga para aplacar los manes de su colega.

C. Valerio triunfó de los ligurios. La legión á cuyo frente cayó muerto el cónsul recibió severo castigo del Senado, decidiendo que á ninguno de sus individuos se contase para nada aquella campaña y que no se les pagaría el sueldo por no haberse lanzado ante los venablos enemigos para salvar al general. Por esta época llegó á Roma una legación de dárdanos, que, como antes se dijo, tenían que habérselas con un ejército considerable de bastarnos, mandado por Clondico. Después de hablar de los bastarnos, de su multitud, de su gigantesca estatura, de su audacia ante el peligro, añadieron que habían hecho alianza con Perseo, y que éste, más aún que los bastarnos, infundía temores á los dárdanos; por cuya razón pedían al Senado que les auxiliase. Los Padres decidieron enviar comisionados para que examinasen el estado de los negocios en Macedonia, é inmediatamente nombraron á A. Postumio para que marchase allá, dándole compañeros más jóvenes que él, para que con su influencia y autoridad presidiese la legación. En seguida se ocuparon de la celebración de los comicios para el nombramiento de magistrados del año siguiente; operación que dió margen á grave altercado, diciendo las personas expertas en materias religiosas y derecho público que, en vista de la muerte de los dos cónsules ordinarios de aquel año, víctima de enfermedad el uno y el otro arrebatado por la guerra, el cónsul nombrado en reemplazo no tenía condiciones para presidir los comicios, por lo que se recurrió al medio de un interregno. Los cónsules creados por el interrey fueron Mucio Scévola y M. Emilio Lépidio por segunda vez. En seguida nombraron pretores á C. Popilio Lena, T. Annio Lusco, C. Memmio Galo, C. Cluvio Sáxula, Ser. Cornelio Sula y Ap. Claudio Centho. Los cónsules recibieron por provincia la Galia y los ligurios. El pretor Cornelio Sula obtuvo la Cerdeña y Claudio Centho la

España citerior. Ningún documento refiere quiénes obtuvieron las otras provincias pretorianas. Aquel año se propagó un contagio que no atacó más que á las bestias. Los ligurios, siempre sometidos y siempre sublevados habían devastado Luna y Pisa, estallando al mismo tiempo una sublevación en la Galia. Después de dominar Lépedo, sin gran trabajo, el movimiento de la Galia, pasó al territorio de los ligurios, donde se pusieron á sus órdenes algunos pueblos; y con la idea de que los hombres son como los parajes en que habitan, y que aquellos pueblos tomarían su agreste carácter de las ásperas montañas de que hacían su morada, imitando á predecesores suyos, les hizo bajar á la llanura.

Al lado acá del Apenino habitaban en lo antiguo los garulos, los lapicinos y los hercatos, y al otro lado los briniatos. Sin pasar el río Andena, Mucio hizo la guerra á los que habían devastado Luna y Pisa, sometiéndoles y despojándoles de sus armas. Por razón de aquellas hazañas realizadas en la Galia y la Liguria, bajo la dirección y auspicios de dos cónsules, el Senado dispuso tres días de acciones de gracias y un sacrificio de cuarenta víctimas. El levantamiento de los galos y ligurios que había estallado á principios de aquel año, quedó aplacado en poco tiempo y sin muchos esfuerzos. Comenzaban á preocuparse con la guerra de Macedonia, á causa de las luchas con que Perseo mantenía la animosidad entre dárdanos y bastarnos: los comisionados delegados para enterarse de los hechos sobre el terreno, habían regresado á Roma y anunciado que había estallado la guerra en Dardania. Al mismo tiempo habían llegado legados del rey Perseo encargados de decir, para justificar á su señor, que no había llamado él á los bastarnos y que no tenía parte alguna en sus empresas. El Senado no dedidió nada acerca de la culpabilidad ó inocencia del rey, pero le rogó que se tuviese por adverti-

do y que atendiese cuidadosamente á la religiosa observancia del tratado que le ligaba con relación á los romanos. Viendo los dárđanos que los bastarnos, lejos de abandonar su territorio, como habían esperado, cada día les hacían más daño, con el auxilio de sus vecinos los tracios y de los scordiscos intentaron una sorpresa, aunque temeraria, y se reunieron de todas partes armados cerca de una ciudad próxima al campamento de los bastarnos. Era invierno y habían elegido esta época del año porque entonces los tracios y scordiscos permanecían en sus hogares. Hecho esto, y cuando se enteraron de que los bastarnos estaban solos, dividieron sus fuerzas en dos cuerpos, de los que el uno debía marchar al descubierto y atacarles de frente, y el otro describir un rodeo y atacarles por la espalda. Pero se trabó el combate antes de que pudiesen rodear el campamento enemigo, y vencidos los dárđanos, corrieron perseguidos hasta la ciudad, que distaba doce millas. Los vencedores rodearon en seguida aquella ciudad, seguros de que al día siguiente, aterrados los enemigos, capitularían ó se apoderarían de la plaza por asalto. El segundo cuerpo de los dárđanos, que no se había enterado de la derrota, se apoderó sin resistencia del campamento de los bastarnos, que había quedado sin defensa. Despojados los bastarnos de todos los víveres y de todos los aprestos de guerra amontonados en el campamento, no teniendo, por otra parte, medio alguno de reparar aquella pérdida en terreno enemigo y en la época más desfavorable del año, decidieron regresar á su país. De regreso en las orillas del Ister vieron con satisfacción que el río estaba helado hasta el punto que parecía poder resistir mucho peso. Pero cuando aquella multitud de hombres y animales que se empujaban y amontonaban precipitadamente en su marcha cargó sobre el hielo, abrióse bajo aquel enorme peso, y después de haber sos-

tenido bastante tiempo aquel ejército, cedió y lo sepultó en sus profundos abismos, en los que desapareció inmediatamente la mayor parte. Muchos quisieron salvarse á nado y perecieron bajo los témpanos que pasaban por encima de ellos; siendo muy pocos los de aquella muchedumbre que pudieron, con gran trabajo y destrozado el cuerpo, llegar á la otra orilla.

Por aquel tiempo, Antioco, hijo de Antioco Magno, que había permanecido mucho tiempo en Roma en rehenes por muerte de su hermano Seleuco, subió al trono de Siria. Seleuco, á quien llaman los griegos Filopator, después de recibir de su padre una corona debilitada por frecuentes y terribles descalabros, y de haber permanecido doce años en la inacción, sin realizar ni una sola acción brillante, envió á Roma á su hijo Demetrio para reemplazar á su hermano menor Antioco, á quien reclamaba en virtud de la cláusula del tratado que obligaba á cambiar de tiempo en tiempo los rehenes. En cuanto llegó el joven á Atenas, pereció Seleuco asesinado por un cortesano suyo llamado Heliodoro. Quería el asesino usurpar el trono; pero Eumeno y Atalo le arrojaron para colocar en él á Antioco, que querían tener á sus órdenes por aquel beneficio, porque tenían ya algunas quejas de los romanos y contaban poco con ellos. Subiendo al trono Antioco, gracias á su auxilio, le recibieron los pueblos con tanto entusiasmo, que le dieron el nombre de Epifanio, porque derribando á un usurpador extraño á la familia real de Siria, habíase ceñido la corona de sus padres. Aunque no carecía de ingenio y disposiciones para la guerra, adoptó, sin embargo, tan extraño género de vida y tan caprichosos modales, que muy pronto cambiaron su sobrenombre de Epifanio por el de Epimano, que quiere decir loco. En efecto; muchas veces salía de su palacio sin conocimiento de lá servidumbre, acompañándole una ó dos

personas, y paseaba por la ciudad con una corona de rosas y dorado ropaje; otras veces arrojaba á los transeuntes piedras que llevaba debajo de los brazos; en ocasiones lanzaba monedas, diciendo: «Cójalas el que tenga buena fortuna.» Solía recorrer las tiendas de los plateros, cinceladores y otros artistas, y hablaba pretenciosamente á cada trabajador de su arte, ó bien trababa públicamente conversación con cualquier individuo del pueblo, recorriendo también las tabernas, sentándose y bebiendo con los viajeros y extranjeros de baja ralea. Si se enteraba de que algunos jóvenes se reunían en banquete, presentábase repentinamente sin que le esperasen, con la copa en la mano, llevando músicos detrás, sentándose á la mesa, y haciendo mil locuras: lo raro del caso era que ahuyentaba á la mayor parte de los comensales, y los demás guardaban silencio por temor. Sábese también que acostumbraba ir á los baños públicos con la muchedumbre. Empleaba los perfumes más exquisitos, por lo que le dijo un día un hombre del pueblo: «Feliz eres, ¡oh rey!, exhalas olor de los perfumes más caros»; y agradándole al rey aquellas palabras, le contestó: «Voy á darte tanta felicidad que has de confesarte harto.» E inmediatamente mandó que le derramasen sobre la cabeza un vaso de los perfumes más raros: el suelo quedó empapado, todos resbalaban en aquel pavimento oloroso, y especialmente el rey, que cayó lanzando grandes carcajadas.

En fin, vistiendo la toga en vez del manto real, é imitando lo que había visto hacer en Roma á los candidatos, circulaba por el Foro, cogiendo y apretando las manos á los hombres del pueblo y pidiendo unas veces la edilidad, otras el tribunado; y cuando los votos populares le habían conferido la magistratura, según la costumbre de los romanos, sentábase en silla de marfil y pronunciaba discursos sobre asuntos de poca monta,

y en todo lo que hacía mostraba tan poca fijeza, que ni él ni los demás podían definirla bien. A sus amigos no dirigía la palabra; apenas alguna sonrisa á sus conocidos: inconsecuente por extremo en sus liberalidades, tanto le ridiculizaban á él como á los demás; regalos pueriles, como juguetes y golosinas, á hombres respetables que creían tener derecho á graves consideraciones; á otros un don inesperado que les enriquecía: estas cosas hacían pensar á todos que ignoraba lo que quería; viendo unos juego inocente en su conducta, y otros declarada demencia. Había, sin embargo, dos grandes y nobles cosas en que mostraba ánimo verdaderamente regio, sus regalos á las ciudades y el culto de los dioses. Prometió á los habitantes de Megalópolis, en la Arcadia, rodear su ciudad con una muralla y atendió á la mayor parte del gasto. Empezó en Tegeo la construcción de un teatro magnífico de mármol. Al Bitanco de Cycico (paraje reverenciado en el centro de la ciudad, donde son alimentados por cuenta del Estado los considerados dignos de este honor) regaló una vajilla de oro. A los rodios no hizo ningún regalo notable; pero les hizo muchos de todas clases, según sus diferentes necesidades. La magnificencia para con los dioses quedaría demostrada aunque no fuese más que con el templo de Júpiter Olímpico, que mandó comenzar en Atenas, único en el mundo que corresponde á la grandeza del dios. Delos le debe los ricos altares y la multitud de estatuas con que la adornó; Antioquía, un templo magnífico á Júpiter Capitolino, en el que no solamente los techos eran dorados, sino que hasta las paredes estaban cubiertas de placas de oro; pero la brevedad de su reinado no le permitió terminarlo, así como también otros muchos trabajos que había ofrecido á otras ciudades. Los espectáculos de toda clase que celebró eclipsaron la magnificencia de todos los reyes anteriores, tanto por

las diversiones conformes á sus gustos y á propósito para el país, como por la presencia de multitud de artífices griegos. Copió de las costumbres de Roma los combates de gladiadores, que al principio produjeron más terror que placer á aquellos pueblos que no estaban habituados á ellos; pero haciendo repetirlo con frecuencia, en tanto hasta las primeras heridas, en tanto hasta la muerte *sine missione* (1), les familiarizó con aquel espectáculo, que concluyó por deleitarles y propagar entre los jóvenes la afición á las armas. Así fué que, después de traer de Roma gladiadores que pagaba muy caros, concluyó por encontrar en sus estados voluntarios que se ofrecían á combatir por corto salario. Por lo demás, en la celebración de los juegos, como en toda su conducta, mostró tanta bajeza de ánimo y ligereza tanta, que nada pareció tan magnífico como el aparato de aquellos espectáculos, nada tan despreciable como la persona del rey. Entre otras circunstancias, nada lo demostró tanto como los juegos que hizo celebrar en Antioquía, para rivalizar en magnificencia con los que Paulo había dado en Macedonia después de la derrota de Perseo: en ninguna parte gastó tan grandes cantidades ni se deshonoró más. Pero volvamos á los asuntos de Roma, de que por mucho tiempo nos ha separado la historia de este rey.

Ti. Sempronio Graco, que había mandado en Cerdeña durante dos años, entregó su provincia al pretor Ser. Cornelio Sula y regresó á Roma á triunfar de los sardos. Dícese que trajo de aquella isla tal número de prisioneros, que el tiempo que empleó en venderlos dió

(1) Cuando se interesaba mucho el pueblo por un gladiador y le veía á punto de perecer bajo los golpes de un adversario victorioso, le concedía algunas veces la vida, y á esto se llamaba *missio*. Por el contrario, cuando quería que el combate fuese á muerte, llamábase *sine missione*.

lugar á un proverbio, y «sardos de venta» llegó á ser frase burlesca muy usada para expresar un genero de poco precio. Los dos cónsules triunfaron igualmente, Scévola de los ligurios, y Lépido de los galos. Después celebraron los comicios para las magistraturas del año siguiente, siendo creados cónsules Sp. Postumio Albino y Q. Mucio Scévola. En los comicios pretorios, la fortuna puso en competencia los nombres de L. Cornelio Escipión, hijo de P. el Africano (ó tal vez Cneo), con el de C. Circeyo, antiguo secretario de su padre, ocasionando mucho escándalo. Porque después del nombramiento de cinco pretores, C. Cassio Longino, P. Furio Filo, L. Claudio Aselo, M. Atilio Serrano, Cn. Servilio Cepión, Escipión, que procuraba conseguir la última plaza que quedaba, pareció tan inferior á los méritos de su padre, que los unánimes votos de las centurias le prefirieron á Circeyo; pero éste tuvo la modestia de corregir la fortuna ó el error de los comicios. En aquella lucha comicial, retrocedió ante la idea de derrotar al hijo de su patrón, y despojándose de la toga de candidato, de rival con éxito seguro, trocóse en cliente agradecido y apoyó la elección de su contrario. De esta manera quedó asegurado á Escipión, por el apoyo de su adversario, aquel cargo á cuya consecución parecía deber renunciar, obteniendo Circeyo más gloria que el elegido. Asignóse á los cónsules por provincias la Gallia y los ligurios. Los pretores sortearon las suyas y C. Cassio Longino obtuvo la jurisdicción de la ciudad, L. Cornelio Escipión la de los extranjeros y á M. Atilio tocó la provincia de Cerdeña, pero se le mandó pasar á Córcega, con una legión nueva alistada por los cónsules, y que constaba de cinco mil hombres de á pie y trescientos de á caballo. Mientras hacía la guerra, prorrogóse el mando de Cornelio para conservar la Cerdeña. Cn. Servilio Cepión, designado para la España

ulterior, y P. Furio Filo para la citerior, recibieron por decreto tres mil hombres de infantería romana y ciento cincuenta de caballería; y además cinco mil hombres de á pie y trescientos de á caballo que debían tomar de los aliados del nombre latino; decretándose la Sicilia á L. Claudio sin nuevas tropas. Encargóse además á los cónsules alistar dos legiones completas en infantería y caballería y pedir á los aliados latinos diez mil hombres de á pie y seiscientos de á caballo. La leva fué muy difícil para los cónsules, porque la epidemia que el año anterior sufrió la raza bovina, atacó este año al hombre. Los enfermos rara vez pasaban del séptimo día; y los que curaban, permanecían por mucho tiempo dominados por el abatimiento que les producía la fiebre cuartana. La mortalidad era terrible entre los esclavos, encontrándose en las calles montones de cadáveres insepultos. La administración de los funerales apenas bastaba para atender á las exigencias de las personas notables. Los perros y los buitres no tocaban á los cadáveres, que consumía la putrefacción; y quedó terminantemente probado que ni aquel año ni el anterior, á pesar de aquella enorme destrucción de animales y de hombres, no se vió ni un solo buitre. La calamidad arrebató á los sacerdotes públicos Cn. Servilio Cepión, pontífice y padre del pretor; Tiberio Sempronio Longo, hijo de Tiberio, decenviro de los sacrificios; P. Elio Peto, augur, lo mismo que Ti. Sempronio Graco y C. Mamilio Vitulo, gran curión y el pontífice M. Sempronio Tuditano. Créose pontífices á C. Sulpicio Galba, en el puesto de Tuditano; augures á T. Veturio Graco Semproniano, en reemplazo de Graco, y á P. Elio en el de Q. Elio Peto; decenviro de los sacrificios á C. Sempronio Longo, y gran curión á C. Scribonio Curión. No cesando en sus estragos el azote, decretó el Senado que se consultasen los libros sibilinos, y según su deci-

sión se celebró un día de rogativas. Bajo el dictado de Q. Marcio Filipo, el pueblo pronunció en el Foro la fórmula del voto: «Si la enfermedad y la peste se alejan del territorio del pueblo romano, se celebrarán dos días de ferias y acciones de gracias.» En el territorio de Vevas nació un niño con dos cabezas; otro en Sinuesa con una sola mano; en Axima, una niña con dientes; en pleno día y con tiempo sereno apareció el arco iris por encima del templo de Saturno, en el Foro romano; brillaron á la vez tres soles, y en la noche de aquel día surcaron el cielo muchos meteoros por encima del territorio de Lanuvio. Aseguraban también los cerites que había aparecido en su ciudad una serpiente con crines y manchas de oro en el dorso, y era cosa averiguada que había hablado un buey en el territorio campanio.

En las nonas de Junio regresaron de África los legados, que vieron primeramente á Massinissa y después marcharon á Cartago, habiéndose enterado con más certeza por boca de aquel rey de lo que había acontecido en Cartago que por los mismos cartagineses. Aseguraron, sin embargo, haber adquirido el convencimiento de que habían llegado legados de parte del rey Perseo y que les habían concedido audiencia de noche en el templo de Esculapio. De Cartago habían enviado también legados por confesión del mismo rey, y si los cartagineses lo negaban era con mucha timidez. Opinó el Senado que se enviasen también legados á Macedonia y eligió tres: C. Lelio, M. Valerio Messala y Sex. Digi-cio. Por el mismo tiempo, irritado Perseo por la desobediencia de los dalopos y las pretensiones que habían tenido, en el litigio que les dividía, de apelar del rey á los romanos, marchó contra ellos al frente de un ejército y sometió á la nación entera á su imperio y á sus leyes. Atravesó en seguida la montaña de OETA, y con objeto de desvanecer algunos escrúpulos religiosos que

atormentaban su espíritu, subió al templo de Delfos para consultar el oráculo. Su repentina aparición en el centro de Grecia, no solamente difundió profundo terror en las ciudades inmediatas, sino que produjo tal alarma, que llegó el rumor hasta el rey Eumeno, en Asia. Después de permanecer tres días en Delfos, partió para la Phthiotida, la Acaya y la Tesalia, camino de su reino, sin causar daño alguno en los territorios que atravesó. No se limitó á ganarse el cariño de las ciudades que debía atravesar, sino que les remitió cartas ó envió legados para pedirles «que no recordasen ya las desavenencias que habían tenido con su padre, porque no habían sido bastante graves para no desaparecer con el mismo Filipo; y que no había obstáculo para que no pudiesen ajustar con él nueva y sólida alianza.» Su objeto principal era restablecerla con los aqueos.

De toda la Grecia, solamente esta nación y la ciudad de Atenas había llevado su animosidad hasta cerrar su territorio á los macedonios; por cuya razón se refugiaban en Macedonia todos los esclavos que huían de la Acaya; porque habiendo cerrado sus fronteras á los macedonios, los aqueos no se atrevían por su parte á penetrar en aquel reino. Cuando se enteró de esto Perseo mandó prender á todos los esclavos y escribió... «que por su parte debían atender también á evitar aquellas fugas.» Leyó esta carta el pretor Xenario, que personalmente buscaba la manera de conquistar el favor real, y la mayoría consideró aquella carta como escrita con notable moderación y benevolencia, especialmente aquellos que se veían á punto de recobrar, cuando ya no lo esperaban, los esclavos que habían perdido. Pero Calicrato, uno de los que hacían consistir el bienestar de la nación en la conservación de inviolable amistad con los romanos, se expresó en estos términos: «Algunos, ¡oh aqueos!, no ven en esto de que se trata más

que una cuestión de poca importancia, y yo veo que se prepara una decisión altamente grave, ó mejor dicho, que se ha tomado ya. Habíamos prohibido el acceso á nuestras fronteras á los reyes de Macedonia y á los mismos macedonios; existe un decreto por el que nos hemos comprometido á no recibir legados ni mensajeros de esos reyes, enviados para sondear las disposiciones de algunos de nosotros, y he aquí que en cierta manera prestamos oídos á una arenga de ese rey, aunque ausente, y ¡oh dioses! aprobamos esa arenga. Cuando las bestias salvajes desprecian algunas veces el cebo preparado para engañarlas y se alejan, nosotros somos bastante ciegos para dejarnos alucinar por la apariencia de mezquino beneficio; y esperando recibir algunos malos esclavos que nada valen, dejamos que combatan y minen nuestra libertad. ¡Pues qué! ¿no se ve claramente que se busca ajustar con el rey una alianza que comprometería el tratado con Roma, que es toda nuestra existencia? á menos que se dude que la guerra ha de estallar entre Perseo y los romanos, y que este acontecimiento que se esperaba en vida de Filipo, y cuya muerte suspendió la realización, se cumpla al fin después de él. Como todos sabéis, Filipo tuvo dos hijos, Perseo y Demetrio. El nacimiento de Demetrio, con relación á su madre; su valor, su elevado ingenio, el cariño de los macedonios, le daban grandísima superioridad. Pero habiendo hecho de su corona el precio del odio á los romanos, el padre hizo matar á Demetrio, sin poder censurarle otra falta que un principio de alianza con Roma: en cuanto á Perseo, á quien el pueblo romano veía dispuesto á heredar el odio de Filipo antes de heredar su trono, le hizo rey. Desde la muerte de su padre este príncipe no se ocupa de otras cosas que de preparativos de guerra. Para empezar, y con objeto de asustar á todo el mundo, lanzó á los bastarnos sobre la

Dardania; si hubiesen conservado aquella posición, la Grecia habría tenido vecinos más peligrosos que lo son los galos para el Asia. Obligado á renunciar á esta esperanza, no abandonó sin embargo sus proyectos de guerra, y, para decirlo de una vez, comenzó la guerra. Sometió á la Dolopia por la fuerza de las armas, sin escucharla cuando apelaba á la intervención del pueblo romano en la querrela. En seguida, atravesando el OËta, como para que le viesen de pronto en medio de la Grecia, subió á Delfos. ¿Qué opináis de ese camino nuevo que tomó y de su objeto? En seguida recorrió la Tesalia; y si no causó ningún daño á un pueblo que detesta, ahora temo mucho más sus tentativas. Desde allí nos ha enviado un mensaje con pretendido regalo; y nos invita á que obremos de modo que nos preparemos para lo venidero la continuación del regalo, es decir, que suprimamos el decreto que excluye á los macedonios del Peloponeso; que veamos de nuevo entre nosotros á los legados del rey; que las casas de nuestros varones más esclarecidos estén llenas de sus agentes, y muy pronto las armas macedónicas y el mismo Perseo, pasando de Delfos al Peloponeso (¡que es el estrecho que les separa!) y vernos nosotros mismos mezclados con los macedónicos armados contra los romanos. Por mi parte opino que no debe darse ningún decreto nuevo; que es necesario mantenerlo todo hasta que hayamos podido asegurarnos acerca de si son quiméricos ó fundados nuestros temores. Si se mantiene la paz entre romanos y macedonios, continuaremos con éstos nuestra amistad y relaciones, pero en el momento actual pareceme peligroso y prematuro pensar en ello.»

Después de él, Arcón, hermano del pretor Xenarco, habló así: «Difícil ha hecho Calicrato la tarea para mí y para todos los que no opinan como él. A fuerza de defender la causa de la alianza romana, de decir que se

la combate de frente ó se socava, cuando nadie piensa en socavarla ó minarla, tan bien ha hablado, que parece no puede combatirse su opinión sin mostrarse adversario de los romanos. En primer lugar parece que no se encuentra aquí con nosotros, sino que acaba de salir del recinto del Senado de Roma ó del consejo privado de los reyes para saber y revelar tan perfectamente los actos realizados en secreto. Llega hasta adivinar lo que habría sucedido de vivir Filipo, por qué ha heredado Perseo su corona, lo que preparan los macedonios y lo que meditan los romanos. Pero nosotros que ignoramos por qué y cómo murió Demetrio, que no sabemos lo que habría hecho Filipo de haber vivido, debemos ordenar nuestras resoluciones por lo que se hace públicamente. Ahora bien; sabemos que Perseo, al recibir la corona, envió legados á Roma, y que Perseo fué llamado con el nombre de rey por el pueblo romano; sabemos también que vinieron legados de Roma á ver al rey y que fueron bien recibidos. En todo esto veo señales de paz más bien que de guerra, y no creo que los romanos se ofendan si, después de haberles seguido á la guerra, seguimos el ejemplo de paz que nos dan. No veo por qué hemos de ser los únicos que hagamos al reino de Macedonia guerra sin descanso. ¿Acaso estamos expuestos por el hecho de nuestra proximidad á la Macedonia, ó somos el pueblo más débil, como esos dolopos á quienes acaban de sojuzgar? Todo lo contrario; nuestra fuerza, la protección de los dioses y el espacio que nos separa forman nuestra garantía. Pero nos encontramos sometidos, lo mismo que los tesalios y los etolios. Los romanos no nos otorgan más confianzas ni más favor, después de tan larga y fiel amistad, que á los etolios, que fueron sus enemigos. Tengamos para nuestras relaciones con los macedonios los mismos derechos que los etolios, los tesalios, los epirotas y toda la Grecia

en fin. ¿Por qué se nos ha de imponer á nosotros solos tan execrable abandono del derecho de gentes? Si Filippo por una sorpresa á mano armada, por una guerra verdadera, mereció que tomásemos contra él esa resolución, ¿qué ha hecho Perseo, príncipe nuevo en el trono, limpio de todo atentado y que borra con un beneficio personal las ofensas de su padre? Podría decir, sin embargo, que los beneficios que debemos á los reyes de Macedonia son bastante grandes para hacer olvidar las ofensas de Filippo, si es que las ha habido, sobre todo después de su muerte. Cuando la flota romana se encontraba en Cencrea, y el cónsul estaba en Elacia con su ejército, permanecemos tres días en sesión discutiendo si nos declararíamos por Filippo ó por los romanos. Admitamos que el temor de los romanos influyese en nuestros votos; algo había para hacer tan larga aquella deliberación; eran las antiguas relaciones con los macedonios; los antiguos y grandes servicios que los reyes nos habían dispensado. ¿No tendrán estos mismos motivos fuerza bastante, si no para establecer amistad, al menos para impedir enemistad profunda? Evitemos, ¡oh Calicrato!, suscitar una cuestión distinta de la presente. Nadie habla de alianzas nuevas, de tratado que hayamos de firmar y que nos comprometiese con lazos temerarios. Solamente se trata del derecho de recíproca extradición, que, levantando el interdicto de nuestras fronteras, levante también el que nos separa de aquel reino, para que nuestros esclavos no encuentren refugio. ¿Qué hay en todo esto contrario á los tratados con Roma? ¿Por qué convertir una cuestión pequeña en grande y reemplazar la publicidad con el misterio? ¿Por qué suscitar vanos temores? ¿Por qué, con objeto de tener ocasión de adular á los romanos, hemos de originar en otros odios y desconfianzas? En caso de guerra, ni el mismo Perseo duda que seguiríamos á los roma-

nos: y si la paz no pone término á los odios, al menos que les sirva de tregua.» Esta oración obtuvo los mismos votos que el mensaje real; pero los varones influyentes se indignaron ante la idea de que Perseo obtuviese con pocas líneas lo que ni siquiera le había parecido digno de una legación; por este motivo quedó aplazado el decreto. Más adelante envió legados el rey á una sesión de la asamblea reunida en Megalópolis, y los que tenían empeño en no ofender á los romanos se esforzaron en impedir se les admitiese.

Por esta época, encendidos en furor de muerte los etolios unos contra otros, parecía que querían exterminar su propia raza. Cansados al fin los dos partidos, enviaron legados á Roma al mismo tiempo que trataban para el restablecimiento de la concordia; pero un atentado nuevo, que turbó las negociaciones, avivó los antiguos resentimientos. Los desterrados hipateos, del partido de Proxeno, habían conseguido la promesa de que les permitirían regresar á su patria, y Eupolemo, prefecto de la ciudad, les había empeñado su palabra; ochenta varones ilustres regresaron, pues, y encontraron al mismo Eupolemo, que salía á su encuentro, confundido con la multitud. Recibiéronle con cariño, le agasajaron, estrecháronse las manos, y en el momento en que pisaban la ciudad, á pesar de la fe jurada y con desprecio de los dioses, cuyo nombre invocaban, fueron asesinados, por lo que volvió á empezar con más furor la guerra. El Senado había enviado sobre el terreno á C. Valerio Levino, Ap. Claudio Pulquer, C. Memmio, M. Popilio y L. Canuleyo. En una explicación muy viva que tuvo lugar delante de ellos entre los dos partidos, en Delfos, pareció vencer Proxeno, tanto por la bondad de su causa como por la habilidad de la defensa; pero á los pocos días le envenenó su esposa Orthobula, que, por este crimen, fué condenada á destierro.

Los mismos furores ocasionaban en Creta iguales desgracias; pero la llegada de M. Minucio, enviado con diez naves, había hecho renacer la esperanza de la paz. Anteriormente habían mediado seis meses de tregua; pero la guerra renació muy pronto con más furor. También por esta época se quejaban los licienos de las vejaciones de los rodios. Pero no es propósito nuestro referir detalladamente las guerras que se hacían los pueblos extranjeros; escribir la historia del pueblo romano es tarea harto pesada y hasta superior á nuestras fuerzas.

Los celtíberos que Ti. Graco había traído en España á capitulación y sometido, permanecieron tranquilos mientras mandó la provincia el pretor M. Titinio; pero se sublevaron á la llegada de Ap. Claudio, comenzando por repentino ataque al campamento romano. Apenas despuntaba el día, cuando los vigilantes de las empalizadas y las guardias de las puertas vieron desde lejos venir al enemigo y dieron la alarma. Ap. Claudio dió la señal de combate, dirigió algunas palabras para exhortar á las tropas y las hizo salir por tres puertas á la vez. La resistencia de los celtíberos en el momento de la salida igualó al pronto las probabilidades del combate, porque los romanos, comprimidos en aquellos estrechos pasos, no podían pelear á la vez; pero á fuerza de empujarse y de seguir, concluyeron por salir todos de las empalizadas, desplegar su línea y extenderla á lo largo de las alas del enemigo que las rebasaban. Su acometida fué tan impetuosa, que los celtíberos no pudieron resistirla. Antes de la segunda hora estaban derrotados, resultando quince mil entre muertos y prisioneros, y treinta y dos enseñas cogidas. En el mismo día se apoderaron de su campamento y terminó la guerra, porque los que escaparon del combate se dispersaron en sus ciudades y en adelante fueron súbditos pacíficos.

Los censores de este año, Q. Fulvio Flaco y A. Pos-

tumio Albino, renovaron la lista de los senadores, siendo elegido príncipe del Senado el pontífice máximo M. Emilio Lépido. Fueron borrados nueve senadores, siendo las exclusiones que produjeron más sensación las de M. Cornelio Maluginense, pretor en España dos años antes; la de L. Cornelio Escipión, pretor encargado entonces de la jurisdicción entre ciudadanos y extranjeros, y la de Cn. Fulvio, hermano germano, y según dice Valerio Ancias, hasta consorte del censor. Los cónsules, después de pronunciar los votos en el Capitolio, partieron para sus provincias. Uno de ellos, M. Emilio, recibió comisión del Senado para reprimir en Venecia una insurrección de los patavinos, entre quienes había encendido la guerra intestina una lucha de partidos, como habían dicho sus propios legados. Los legados enviados á Etolia para reprimir igual movimiento, escribían que no podía moderarse el furor de aquel pueblo. La llegada del cónsul salvó á los de Patavio, y no teniendo otra cosa que hacer en su provincia, regresó á Roma. Los censores fueron los primeros que arrendaron la pavimentación de las calles de la ciudad, el afirmado y marginado de los caminos y la construcción de pozos en multitud de parajes; destinaron un teatro para el uso de los ediles y pretores, mandaron construir barreras en el circo, huevos (1) para marcar las carreras; carros, metas, jaulas de hierro para llevar las fieras; hicieron pavimentar la subida del Capitolio, el pórtico que se extiende desde el templo de Saturno al cenáculo en el Capitolio y además la curia. El mercado situado fuera de la puerta Trigemina quedó pavimentado y rodeado de postes, reparado el pórtico Emi-

(1) Estos huevos eran de madera y estaban consagrados á Cástor y Pólux. Terminada la primera carrera, se quitaba uno; á la segunda otro, y así sucesivamente. Colocábanse sobre dos ó cuatro columnas cerca de las metas del circo.

lio y construídos escalones para subir desde el Tíber al mercado. Fuera de la misma puerta se pavimentó el pórtico que lleva al Aventino, y con los productos del mercado lo continuaron partiendo del templo de Venus. Adjudicaron también la construcción de las murallas de Calacia y de Auximo; y con el producto de los terrenos que vendieron allí, hicieron rodear de tiendas el Foro. Uno de ellos, Fulvio Flaco (porque Postumio decía que sin orden del Senado y del pueblo no emplearía el dinero), hizo construir un templo á Júpiter en Pisauro y en Fundi; concedió un acueducto á Polencia y pavimentos á Pisauro y Sinuessa. En estas mismas ciudades hizo construir cloacas circulares, galerías y tiendas que rodeaban el Foro y tres Janos. Todos estos trabajos, obra de un solo censor, produjeron en los colonos profunda gratitud. En lo tocante á la moralidad pública, aquella censura fué vigilante y sincera y dió excelentes resultados. Muchos caballeros perdieron sus caballos.

Casi al terminar el año hubo un día de acciones de gracias por las victorias conseguidas en España bajo el mando y auspicios del procónsul Ap. Claudio y un sacrificio de veinte víctimas mayores. Otras rogativas de gracias en los templos de Ceres, de Líber y de Libera, por la noticia que se recibió de un gran terremoto en la Sabina y el derrumbamiento de multitud de casas. Al regreso de Ap. Claudio de España á Roma decretó el Senado que entrase con los honores de la ovación. Acercábanse ya los comicios consulares, siendo muy animados los trabajos á causa de la multitud de pretendientes. Los votos recayeron en L. Postumio Albino y M. Popilio Lenas. En seguida crearon pretores á N. Fabio Buteo, M. Maciano, C. Circeyo, M. Furio Crassipo por segunda vez, A. Atilio por segunda vez también y C. Cluvio Saxula, que se encontraba en el mismo caso.

Terminados los comicios, Ap. Claudio Centho, que regresó de la España celtibérica, entrando en Roma con los honores de la ovación, llevó al Tesoro diez mil libras de plata y cinco mil de oro. Cn. Cornelio fué creado sacerdote de Júpiter. Aquel mismo año se colocó un cuadro en el templo de Madre Matuta con esta inscripción: «Bajo el mando y auspicios del cónsul Ti. Sempronio Graco, la legión y el ejército romano subyugó la Cerdeña, en cuya provincia perecieron ó fueron hechos prisioneros más de ochenta mil enemigos. Después de afortunada administración, después de restablecer los tributos de que se habían eximido, trajo su ejército salvo é incólume á su patria con rico botín. Triunfando por segunda vez, entró en Roma. Como muestra de gratitud, consagra este cuadro á Júpiter.» En él estaba dibujado el mapa de Cerdeña y pintadas las batallas. Aquel año se celebraron algunos combates pequeños de gladiadores; siendo el más notable el que dió T. Flaminio con ocasión de la muerte de su padre, que duró cuatro días con distribución de carne, festín y juegos escénicos. Pero aquella gran solemnidad se redujo al corto número de setenta y cuatro combatientes para cuatro días.

Señalóse el final de este año por una ley nueva y muy importante, que preocupó mucho á Roma y agitó algo los ánimos. Hasta entonces tenían derecho á ser herederas las mujeres lo mismo que los hombres, resultando que los bienes de familias principales pasaban frecuentemente á casas extrañas, con grave daño de la república, cuyo interés exige que el heredero de un nombre tenga caudal que sostenga y realce el esplendor de su estirpe, que en último caso, antes es carga que honor. Además, el aumento del imperio llevaba consigo el de los caudales particulares, haciendo temer que la propensión natural de las mujeres á entregarse

al lujo y la elegancia de los trajes, encontrase aguijón demasiado vivo en aquella afluencia de riquezas; que esta pasión las llevase á excesos de gastos y disolución; que se abandonasen tal vez los caminos del antiguo pudor, y que á la alteración de las costumbres se añadiese hasta la de los trajes. Teniendo decidido empeño de evitar estos inconvenientes, el tribuno del pueblo Q. Voconio Saxa propuso «que se prohibiese á todo ciudadano incluído en el censo desde la censura de A. Postumio y Q. Fulvio designar por heredera mujer virgen ó casada; que se prohibiese á toda doncella ó casada recibir por herencia bienes por valor de más de cien mil sextercios.» Pero Voconio quiso evitar el caso, bastante frecuente, en que el montante de los legados excediese al de la herencia, y añadió á la proposición: «Que se prohiba á todos hacer legado superior á la parte del heredero ó herederos.» Esta última cláusula obtuvo fácilmente la aprobación del pueblo, porque la encontraban perfectamente fundada en justicia y á nadie perjudicaba. Pero la primera, que excluía totalmente á las mujeres de las herencias de todos los ciudadanos, ofrecía campo á la controversia. M. Catón desterró las dudas; con su defensa de la ley Oppia se mostró adversario de las mujeres é infatigable perseguidor suyo, apoyando ahora con voz tonante y asombrosa fuerza de pulmones, á pesar de sus sesenta y cinco años de edad, aquella nueva ley más importante aún contra ellas, y empleó su acostumbrada rudeza en declamar contra los excesos de las mujeres y su intolerable orgullo en la opulencia. El argumento que empleaba principalmente para hacer resaltar la vanidad y arrogancia de las mujeres, era: «que frecuentemente después de llevar crecida dote á sus maridos, retenían y guardaban para ellas grandes cantidades; que después prestaban á sus maridos, á petición de éstos, reservándose, siempre que se

enojaban, enviar en seguida su siervo recepticio para que solicitase el reembolso, sometiendo de esta manera al marido, como si fuese un extraño, á odiosa persecución.» Tanto irritó este argumento, que hizo aprobar la ley tal como la proponía Voconio.

FIN DEL LIBRO XLI.

LIBRO XLII.

SUMARIO.

El censor Q. Fulvio Flaco despoja el templo de Juno Licinia.—
Senatus-consulto que le obliga á la restitución.—Quejas del
rey Eumeno.—Declaración de guerra á Perseo.—Pasa á Mace-
donia el cónsul P. Licinio Crasso.—Legaciones á las ciudades
y reyes aliados.—Vacilaciones de los rodios.—Clausura del
lustro.—Ventajas conseguidas sobre los corsos y ligurios.

Antes de toda otra cosa, L. Postumio Albino y
M. Popilio Lenas dieron su informe acerca de las provin-
cias y de los ejércitos, y obtuvieron un decreto que les
asignó la Liguria á los dos. Cada uno debía alistar dos
legiones nuevas, que les concedía el decreto para la
ocupación de aquel país; además, cada uno había de to-
mar de los aliados del nombre latino diez mil hombres
de infantería y seiscientos de caballería, y en fin, tres
mil hombres de infantería romana y doscientos jinetes
destinados al ejército de España. Dispúsose además una
leva de mil quinientos hombres de infantería romana y
cien caballeros: el pretor á quien tocase la Cerdeña les
llevaría á hacer la guerra en Córcega, mientras que
Atilio, el antiguo pretor, tendría la Cerdeña por pro-
vincia. Los pretores sortearon en seguida las provin-
cias, obteniendo C. Atilio Serrano la jurisdicción urba-
na, C. Cluvio Saxula la de los litigios entre ciudadanos

y extranjeros, N. Fabio Buteo la España citerior, M. Macieno la ulterior, M. Furio Crassipo la Sicilia, y C. Cicerayo la Cerdeña. Antes de la partida de los magistrados, por decisión del Senado, marchó á la Campania el cónsul L. Postumio para señalar los límites del territorio público y de los terrenos particulares: era cosa averiguada que éstos, por medio de lentas y sucesivas invasiones, habían aumentado considerablemente sus propiedades á expensas del Estado. El cónsul estaba ofendido por la indiferencia de los prenestinos, que en un viaje que hizo á su territorio sin carácter alguno público, con objeto de ofrecer un sacrificio en el templo de la Fortuna (1), ni en particular ni públicamente le tributaron honores. Por esta razón, antes de salir de Roma, escribió á Prenesto para que saliese á recibirle un magistrado (2) que le preparase alojamiento á expensas de la ciudad y que tuviese cantidad de mulos á su disposición para la salida. Sus predecesores no habían impuesto nunca cargas ni gastos á los aliados; así era que los magistrados partían provistos de mulos de carga, tiendas y todos los pertrechos militares, para no pedir á los aliados nada de esto. Alojábanse en casas particulares, usando de la hospitalidad con discreción y bondadosamente; sus casas en Roma estaban abier-

(1) Este templo era célebre por su antigüedad y los vaticinios que se hacian en él. Guardábanse en él tablillas en que estaban escritas las respuestas en caracteres antiguos. Estas tablillas estaban encerradas en un cofre hecho con la madera de un olivo, del que se decía había brotado miel en otro tiempo; un niño sacaba la tablilla, y un sacerdote, llamado *Sortilegus*, leía é interpretaba la respuesta. La credulidad había llevado á aquel templo riquísimas ofrendas.

(2) Prenesto era ciudad municipal, y tenia al frente de su gobierno un magistrado solo, llamado dictador. Otras ciudades municipales tenian dos, cuatro y hasta seis magistrados supremos. Casi todas, como la república romana, tenian Senado, caballeros y plebeyos.

tas á sus huéspedes, que acostumbraban á hospedarse en ellas. Los legados que repentinamente eran enviados á alguna parte pedían una mula (1) á cada ciudad que tenían que atravesar, siendo este el único gasto que los aliados tenían que hacer para los magistrados romanos (2). La venganza de un cónsul, que por justa que fuese parecía inconveniente durante su magistratura, el silencio que por moderación ó timidez guardaron los prenestinos, vinieron á sancionar el hecho y dieron margen á que los magistrados repitiesen aquellas exigencias con tiranía más irritante cada vez (3).

Al comenzar este año, los legados que enviaron á Etolia y Macedonia comunicaron «que no habían podido ver al rey Perseo, diciendo unos que estaba ausente y otros suponiéndole enfermo; siendo falso lo uno y lo otro. Sin embargo, no les había sido difícil convencerse de que se preparaban para la guerra y que no tardarían mucho en tomar las armas. En Etolia también progresaba la sedición y no habían podido conseguir por su influencia contener á los jefes de los bandos sublevados.» En la perspectiva de una guerra con Macedonia, se decidió, antes de emprenderla, expiar los prodigios y aplacar á los dioses por medio de súplicas en conformidad con los libros sibilinos. Decíase que en Lanuvio habíase visto en el aire la apariencia de una gran flota; en Priverno había brotado del suelo lana ne-

(1) Creen algunos que este es el origen de los carros de posta en el mundo romano. Augusto regularizó este servicio para tener con rapidez noticias de las provincias.

(2) Para castigar algunos pueblos de Italia, como los lucanios y los brucios, por su defección durante las campañas de Aníbal, los romanos les exigían que mantuviesen en los caminos mensajeros y correos.

(3) Los magistrados y hasta los simples ciudadanos romanos trataban con irritante arrogancia á los italianos para satisfacer sus odios, sus caprichos y hasta los de sus esposas.

gra; en el país de los veyos, cerca de Remento, habían llovido piedras; todo el Pontino había quedado cubierto por nubes de langostas; en el territorio galo, la reja de un arado, penetrando en el suelo, de los terrones que levantaba había hecho brotar peces. Estos prodigios hicieron que se abriesen los libros del destino, y por acuerdo de los decenviros se designó qué víctimas había que inmolar y á qué dioses; ordenaron además una rogativa para expiar los prodigios, y la celebración de la que se votó el año anterior en interés del pueblo, con ocasión de una enfermedad; y últimamente ferias. Para obedecer al texto sagrado, explicado por los decenviros, se celebraron los sacrificios.

Aquel mismo año quedó destechado el templo de Juno Liciniana. Q. Fabio Flaco, censor á la sazón, hacía construir un templo á la Fortuna Ecuestre, en cumplimiento del voto que formuló en España, donde dirigía como pretor la guerra contra los celtíberos; desplegando inmenso celo para que fuese el más grande y magnífico de todos los templos de Roma. Creyó que nada mejor podría hacer para embellecerlo que cubrirlo con tejas de mármol, y marchó al país de los brucios, donde hizo destechar cerca de la mitad del templo de Juno Liciniana, pareciéndole suficiente aquella cantidad de mármol para cubrir su edificio. Habíanse preparado naves para realizar el transporte; un censor lo mandaba así y esta consideración impidió á los aliados oponerse á la consumación de aquel sacrilegio.

Al regreso del censor desembarcaron las tejas y las llevaron á su templo; pero, á pesar del silencio que guardaba acerca de su origen, no pudo mantenerlo secreto. En toda la curia resonaron murmullos, y por todas partes pedían que los cónsules diesen cuenta de aquel hecho al Senado. Cuando por mandato oficial se presentó el censor, todos los senadores individualmente y en

masa le dirigieron graves reconvenciones. «Aquel templo, el más reverenciado de la comarca, lo respetaron Pirro y Anníbal; y él, no contento con poner mano sacrilega en aquel edificio, lo deja indignamente descubierto; casi realiza su ruina. El templo está sin techumbre, nada protege su armadura contra las lluvias que le pudrirán. ¡Y es un censor creado para la corrección de costumbres, á quien la tradición de las costumbres antiguas impone el deber de reparar los techos de los edificios y asegurar abrigo al culto; es él quien va por las ciudades aliadas, demoliendo los templos y destruyendo los techos de los edificios religiosos; el que comete, al atacar los templos de los dioses inmortales, una indignidad demasiado grave ya, aunque solamente recayese sobre casas particulares de aliados; y vendrá á recibir el juramento del pueblo romano el que necesita restos de templos para construir sus templos! ¡Como si los dioses inmortales no fuesen los mismos en todas partes! ¡Como si necesitasen unos los despojos de otros para realzar el brillo de su culto!» Mucho antes del informe era conocida la opinión de los senadores; después del informe, todos estuvieron unánimes para mandar la restitución y nueva colocación de las tejas, así como sacrificios expiatorios á Juno. En lo tocante á la religión, ejecutóse puntualmente el mandato. En cuanto á las tejas, los contratistas dijeron que las habían dejado en el recinto del templo por carecer de obreros aptos para colocarlas.

De los pretores que partieron para las provincias, N. Fabio murió en Marsella, cuando se dirigía á la España citerior. Comunicada la noticia por los legados marselleses, el Senado decretó que P. Furio y Cn. Servilio, que le reemplazaban, sortearan á quién se prorogaría el mando para ejercerlo en la España citerior. La suerte favoreció á la república, diciendo que Furio,

que mandaba aquella provincia, permaneciese en ella. Aquel mismo año, encontrándose disponible una parte del territorio de la Liguria y de la Galia, conquistado por la guerra, por un senatus-consulto se decidió la distribución individual, autorizando para este objeto al pretor urbano para que nombrase decenviros, que fueron M. Emilio Lépedo, C. Cassio, T. Ebucio Caro, C. Trencelio, P. Cornelio Cethego, Q. y L. Apuleyo, M. Cecilio, C. Salonio y C. Munacio. Estos dispusieron la distribución de diez yugadas por persona y tres para los aliados del nombre latino. En el mismo momento en que se realizaba esta operación, vinieron legados de Etolia á Roma, con motivo de los debates y discusiones que agitaban á su país; también llegaron legados tesalios para comunicar lo que acontecía en Macedonia.

Perseo, que meditaba ya los planes de guerra que había concebido en vida de su padre, enviaba sus agentes, no sólo á todas las naciones, sino hasta á todas las ciudades de Grecia, y á fuerza de promesas más que con favores (1) las atraía á su partido. Los ánimos se mostraban en gran parte favorables á su causa, y más inclinados á él que á Eumeno; y sin embargo, todas las ciudades de Grecia y la mayor parte de sus jefes debían grandes y reales favores á Eumeno, que en el trono obraba de manera que las ciudades de sus estados no hubiesen querido cambiar su suerte por la de ninguna república. Por el contrario, de Perseo se decía que, después de la muerte de su padre, mató á su esposa con su propia mano. Apeles le había servido en otro tiempo para preparar la celada en que encontró la muerte su hermano; por cuya razón lo reclamó Filipo para entregarlo al suplicio, pero se había desterrado. Perseo, des-

(1) Perseo era extraordinariamente avaricioso. Plutarco dice que á todo antepuso la sed de oro.

pués de la muerte de su padre, le atrajo con magníficas promesas, en recompensa del importante servicio que le había prestado, y le hizo matar secretamente. En vano se conocían de él otros muchos asesinatos cometidos dentro y fuera de sus Estados; en vano carecía de todo mérito que pudiese recomendarle: las ciudades griegas generalmente le preferían á un príncipe tan tierno en sus afecciones de familia, tan justo con sus súbditos y tan liberal con todos; bien porque les deslumbrase la majestad de la corona de Macedonia ó desdénasen un trono reciente, bien que estuviesen ávidas de revolución, bien que quisiesen utilizarle como escudo contra los romanos. No eran solos los etolios los que estaban entregados á la sedición, á causa de la enormidad de su deuda, sino que también los tesalios; siendo aquello como epidemia cuyo contagio había alcanzado á la Perrhebia. Cuando llegó la noticia de que los tesalios habían tomado las armas, el Senado envió á Ap. Claudio para que estudiase el asunto de cerca y lo arreglase. Este empezó por reconvenir severamente á los jefes de los dos bandos; en seguida, cuando con el consentimiento de los acreedores, redujo la deuda, que se encontraba aumentada con enorme masa de intereses acumulados, distribuyó en muchos años el pago por plazos con equitativo interés. El mismo Appio y de la misma manera arregló los asuntos de la Perrhebia. En Delfos le informaron de las quejas de los etolios. Su querrela les había hecho empeñar las armas llegando á una guerra civil. Reconociendo en los dos bandos igual temeridad y la misma audacia, no quiso que su intervención favoreciese á uno ni á otro, y les dirigió la petición común de que renunciasen á la guerra y que terminasen sus discordias con el olvido de sus mutuas ofensas. Por prendas de la reconciliación, ambos se dieron rehenes, siendo elegido Corinto para depósito de ellos.



De Delfos y la asamblea de Etolia, Marcelo pasó al Peloponeso, donde había designado á los aqueos punto para reunirse. Allí felicitó á la nación por su fidelidad en mantener el antiguo decreto que prohibía á los reyes de Macedonia el acceso á sus fronteras, y mostró claramente la animosidad de los romanos contra Perseo. Para apresurar el movimiento, el rey Eumeno marchó á Roma con un escrito en que había consignado los resultados completos de sus investigaciones acerca de los preparativos de la guerra. Al mismo tiempo enviaron cinco legados al rey para que estudiasen de cerca la situación de Macedonia. Estos legados debían ir también á Alejandría, para ver á Ptolomeo y renovar la amistad con él. Los legados eran C. Valerio, Cn. Lutacio Cercón, Q. Bebio Sulca, M. Cornelio Mammula y M. Cecilio Denter. Por la misma época llegaron legados del rey Antioco; introducido en el Senado su jefe Apolonio expuso muchas y justas razones para justificar á su rey por las dilaciones que había experimentado el pago del tributo. «Traía la totalidad, y el rey solamente pedía el favor del tiempo; traía además como regalo vasos de oro de peso de quinientas libras (1). El rey pedía en su nombre la alianza y amistad que había existido entre Roma y su padre; rogaba al pueblo romano le mandase cuanto se podía mandar á un rey, en la seguridad que encontraría bueno y fiel aliado; no se cansaría de servir á la república; debía estos propósitos á las bondades del Senado, á las amables atenciones de la juventud romana durante su permanencia en Roma, cuyos diferentes órdenes se habían puesto de acuerdo para tratarle como príncipe y no como persona otorgada en rehenes.» Los legados recibieron benévola respuesta, y el pretor urbano A. Atilio quedó encargado de renovar

(1) La libra romana tenía trescientos veinticuatro gramos

con Antioco la alianza contraída con su padre. Entregóse el tributo á los cuestores de la ciudad y los vasos de oro á los censores, con encargo de colocarlos en los templos que juzgasen á propósito. Regalóse al legado cien mil libras de bronce (1); destinóse para su alojamiento una casa libre, y por decreto se pagaron sus gastos por todo el tiempo que permaneciese en Italia. Los legados que habían marchado á Siria dijeron que era un personaje muy considerado del rey y ardiente partidario del pueblo romano.

En el presente año ocurrió en las provincias lo siguiente: el pretor Cicereyo libró en Córcega una batalla campal, en la que perecieron siete mil insulares y quedaron prisioneros más de mil setecientos. Durante el combate votó un templo á Juno Moneta. En seguida se otorgó la paz á los corsos, que la imploraban, y se les impuso un tributo de doscientas mil libras de cera. Sometida la Córcega, pasó Cicereyo á la Cerdeña. El territorio de Staciela, en la Liguria, fué también teatro de un combate que se libró cerca de la ciudad de Caristo, que había servido de punto de reunión á numeroso ejército de ligurios, quienes, antes de la llegada del cónsul Popilio, permanecieron dentro de las murallas; pero viendo que el general romano iba á dar el asalto á la ciudad, salieron y se formaron en batalla delante de las puertas. El cónsul, que no había tenido otro objeto al amagar el asalto, aceptó apresuradamente la batalla, que duró más de tres horas, sin que por ningún bando se decidiese la victoria. Cuando vió el cónsul que los legionarios no retrocedían por ningún lado y que los ligurios se mantenían firmes, mandó cabalgar á los jinetes y que atacasen por tres

(1) En aquella época, los embajadores no recibían ordinariamente más que un regalo de dos mil libras de bronce.

puntos al enemigo, de modo que desordenasen todo lo posible sus filas. Gran parte de la caballería atravesó por completo la línea de batalla, colocándose á la espalda del enemigo; maniobra que aterró tanto á los ligurios, que emprendieron la fuga en todas direcciones. Muy pocos entraron en la ciudad, porque los jinetes les cerraban el paso por aquel lado especialmente. Además de que aquella obstinada lucha había costado bastante gente á los ligurios, muchos perecieron en la fuga. Dícese que quedaron diez mil hombres muertos, más de setecientos prisioneros y que se cogieron ochenta y dos enseñas. La victoria costó á los romanos más de tres mil hombres, porque no cediendo ninguno de los dos ejércitos, perecieron las primeras filas.

Cuando después de este combate pudieron reunirse los ligurios, viendo que el número de sus muertos superaba con mucho al de los vivos (no tenían más de diez mil), se rindieron sin condiciones, aunque esperando que aquel cónsul no fuese más severo que sus antecesores. Pero les quitó todas las armas, demolió su ciudad, vendió hombres y bienes y mandó al Senado relación de sus actos. Cuando el pretor A. Atilio la leyó al Senado (porque Postumio, el otro cónsul, estaba ocupado en Campania en la delimitación de terrenos), los Padres creyeron extraordinaria aquella severidad. «Los stacialetas, los únicos ligurios que habían tomado las armas contra los romanos, habían sido atacados sin que esta vez hubiesen declarado ellos mismos la guerra. ¡Gentes que se habían entregado á la lealtad del pueblo romano, tratadas con la dureza más incalificable, heridas, destruidas! ¡Tantos millares de inocentes que imploraban la fe del pueblo romano, escandalosamente vendidos, para quitar de esta manera el propósito de capitular á quien estuviese dispuesto á hacerlo! ¡arrancados de sus hogares, y mientras que los verda-

deros enemigos del pueblo romano viven al abrigo de las capitulaciones, estos van á ser esclavos! Por estas consideraciones, el Senado decide que Popilió devuelva la libertad á los ligurios, reembolsando á los compradores sus gastos; que les entregará todos aquellos bienes que sea posible recobrar; que inmediatamente se construirán armas en aquel país, y que el cónsul abandonará la provincia en cuanto restituya á sus hogares á los ligurios capitulados: que la verdadera victoria consiste en vencer al que lucha, pero no en herir al vencido.»

La rigidez que desplegó el cónsul contra los ligurios, la mostró para negarse á obedecer al Senado. En seguida mandó sus legiones á invernar en Pisa, y con grave disgusto contra el Senado y enojo contra el pretor, regresó á Roma; convocó al Senado en el templo de Belona, y allí comenzó por dirigir invectivas al pretor «que en vez de pedir en su relato al Senado honores para los dioses inmortales en agradecimiento al feliz resultado, había hecho un senatus-consulta hostile á su conciudadano, favorable á los enemigos, y que dando la victoria á los ligurios, casi proponía entregarles el cónsul. Por consecuencia de esto, le sujetaba á multa, y pedía al Senado la supresión del senatus-consulta de que se quejaba, y acciones de gracias á los dioses, que debió decretar durante su ausencia, en vista del relato en que participaba los servicios que había prestado á la república, pero que las decretarian á su presencia, primeramente para honrar á los dioses y además por consideración al mismo cónsul. Después de algunos discursos, en los que los senadores que hablaron no le trataron mejor presente que ausente, no habiendo conseguido nada en ninguna de sus dos peticiones, regresó á su provincia. Postumio, el otro cónsul, empleó todo el verano en el reconocimiento de los límites del terri-

torio, y sin haber visto siquiera su provincia, regresó á Roma para celebrar los comicios. Fueron creados cónsules C. Popilio Lenas y P. Elio Liguro, y pretores C. Licinio Crasso, M. Junio Penno, Sp. Lucrecio, Sp. Cluvio, Cn. Sicinio y C. Memmio por segunda vez.

En este año se cerró el lustro, siendo censores Q. Fulvio Flaco y A. Postumio Albino. Postumio hizo la clausura. El censo de los ciudadanos romanos dió doscientas setenta y nueve mil quince cabezas, número algo menor al verdadero, porque el cónsul L. Postumio había proclamado, en plena asamblea del pueblo, la obligación en que estaban los aliados del nombre latino, que el edicto del cónsul C. Claudio obligaba á regresar á sus ciudades, de no inscribirse en el censo de Roma, sino en sus localidades respectivas. Aquellos censores dieron ejemplo de verdadera y patriótica armonía. A todos los que arrojaron del Senado y privaron de caballo, los clasificaron como tributarios; y no se vió que el uno deshiciera lo que hacía el otro. Al cabo de seis semanas dedicó Fulvio el templo que había votado á la Fortuna Ecuestre, en un combate que había librado siendo procónsul en España, á las legiones celtibéricas; dió también cuatro días de juegos escénicos (1) y uno de juegos del circo. L. Cornelio Léntulo, decenviro de los sacrificios, murió aquel año. Langostas levantadas del mar por el viento cayeron sobre la Apulia en nubes tan densas, que cubrieron todos los campos, siendo calamidad para las cosechas. El pretor designado Cn. Sicinio fué enviado á la Apulia con mandato expreso para hacerlas desaparecer, é hizo una leva en masa de gentes destinadas á recogerlas, exigiendo algún tiempo aquella expedición. Los debates del año anterior tuvie-

(1) Estos juegos se celebraban, según costumbre, con ocasión de la dedicación del templo.

ron resonancia en los comienzos del siguiente, en que fueron cónsules C. Popilio y P. Elio. Los senadores querían un informe acerca del asunto de los ligurios y la renovación del senatus-consulto, y el cónsul Elio practicaba el informe. Popilio suplicaba por su hermano al Senado y á su colega, y, amenazando con oponerse al decreto si se dictaba, consiguió el desistimiento de su colega; pero el Senado, descontento de los dos cónsules, persistió en su propósito. Así, pues, cuando se trató de las provincias, en vano pidieron la Macedonia, previendo la guerra con Perseo; un decreto envió los dos cónsules á la Liguria, negándose á disponer de la Macedonia, si no se hacía la información acerca de Popilio. Después, cuando pidieron levantar nuevas legiones ó reclutar las antiguas, se les negaron las dos cosas. Los pretores recibieron igual negativa en su petición de soldados para España. M. Junio había obtenido por suerte la ceterior, Sp. Lucrecio la ulterior, C. Licinio Crasso la jurisdicción urbana, Cn. Sicinio la de los extranjeros, C. Memmio la Sicilia y Sp. Cluvio la Cerdeña. De aquí el enojo de los cónsules con el Senado. Después de señalar el primer día para la celebración de las ferias latinas, anunciaron su marcha para la provincia y el propósito de no hacer nada en interés de la república, exceptuando lo que perteneciese á la administración de las provincias.

Según Valerio Ancias, bajo este consulado, Atalo, hermano del rey Eumeno, vino á Roma para exponer sus quejas contra Perseo y denunciar sus preparativos de guerra. En autoridades más numerosas y cuyo testimonio tiene más peso ante mis ojos, se apoya la opinión que sostiene vino el mismo Eumeno, quien, á su llegada á Roma, recibió honrosísima acogida; el pueblo hizo lo que debía á su aliado y lo que se debía á sí mismo, después de tantos beneficios acumulados en aquel

rey. Recibido en el Senado, dijo «que había venido a Roma para visitar á los dioses y á los hombres cuyo favor le habían concedido tal fortuna que no se atrevería á desearla más brillante, pero también para advertir al Senado que previniese los propósitos de Perseo.» Remontando después á los proyectos de Filipo, recordó la muerte de Demetrio, opuesto á la guerra con los romanos; la nación de los bastarnos sublevada para prestarle ayuda y facilitar su paso á Italia; aquel príncipe, detenido por la muerte en los proyectos que formaba, dejando su trono á aquel hijo cuya animosidad contra los romanos conocía; Perseo, recibiendo de su padre aquella herencia de guerra con el cetro que empuñaba y empleando desde entonces toda su actividad en madurar sus propósitos; la brillante juventud de que disponía, á la que larga paz había dado tiempo para desarrollarse; los recursos del reino de Macedonia y la edad del mismo príncipe, aquella edad que ponía un cuerpo fresco, sano y vigoroso al servicio de un ánimo avezado á la práctica y arte de la guerra. En efecto; desde la infancia había podido, bajo la tienda de su padre, acostumbrarse á la guerra con los romanos y no solamente contra las naciones vecinas; encargándole después muchas y muy diferentes expediciones. Desde que se encontraba en el trono, había terminado con maravilloso éxito empresas que Filipo, á pesar de sus esfuerzos, no pudo concluir por fuerza ni por habilidad. En fin, á todos estos recursos había que añadir otro, resultado ordinario del tiempo y de importantes servicios, la autoridad.

En todas las ciudades de la Grecia y del Asia se respetaba su preponderancia. ¿Qué favores, qué beneficios eran aquellos que le atraían tanta consideración? No se conocían, y el mismo Eumeno no podía asegurar si era efecto de la especial fortuna de Perseo, ó si, lo que sentía decir, el odio que tenían á los romanos le ganaba

partidarios. Los mismos reyes le mostraban extraordinarias consideraciones; había casado con la hija del rey Seleuco, no porque la hubiese pretendido, sino que, al contrario, le pretendieron á él. Había otorgado su hermana á las continuas instancias de Prusias, y aquellos dos matrimonios se habían celebrado en medio de innumerables legaciones encargadas de regalos y de felicitaciones á los esposos, presidiendo á la solemnidad los auspicios de los pueblos más ilustres. La nación de los beocios, á pesar de los trabajos de Filipo, nunca pudo ser arrastrada á celebrar tratado de amistad: hoy tiene tratado con Perseo gravado, en tres puntos diferentes; uno en Teleas, otro en Delos, el templo más venerado y concurrido, y el tercero en Delfos. En la asamblea de los aqueos, si algunos que hicieron valer las fuerzas romanas no hubiesen soslayado la cuestión, casi se llegó á abrirle la entrada en la Acaya. Y el mismo Eumeno, que no podía decir de qué manera había obligado más á aquel pueblo, si por beneficios públicos ó por favores particulares, veía todos sus derechos á sus respetos, ó abandonados por incuria é indiferencia ú hostilmente abolidos. ¿Se ignora acaso que los etolios, en sus sediciones, no pidieron ayuda á los romanos, sino á Perseo? Apoyado en tan fuertes alianzas y amistades, hace en su territorio preparativos de guerra que le libertan de tener que reunir á los extraños; tiene treinta mil hombres de infantería y quince mil de caballería; reúne provisiones de granos para diez años, para poder prescindir de los productos de sus propias tierras y de las de sus enemigos. Sus arcas están tan repletas, que todo lo tiene dispuesto para igual número de años, el sueldo de diez mil mercenarios, además de las fuerzas macedónicas, y esto no comprendiendo la renta anual que obtiene de las minas reales. Ha reunido en sus arsenales armas para tres ejércitos de

aquella fuerza, y para cuando le falten soldados de Macedonia, tiene un semillero inagotable en la sometida Tracia.»

El resto de su discurso fué una exhortación: «Lo que refiero no son rumores vanos, ruidos sin fundamento, recogidos con demasiada avidez por quien quisiera fuesen verdaderas sus quejas contra el enemigo; son hechos probados, demostrados, como podría referirles un espía que hubiesen enviado como resultado de sus terminantes investigaciones. No habría abandonado mis estados, cuyos límites tanto ha ensanchado vuestra generosidad y realizado el esplendor; no habría cruzado tantos mares para venir y referiros imposturas, perdiendo de esta manera vuestra confianza. Veía las ciudades más ilustres del Asia revelar diariamente y con más claridad sus intenciones, dispuestas, si no se vigilaba, á avanzar tanto, que no podrán retroceder aunque quieran. Veía á Perseo, encontrándose estrecho en Macedonia, entrar en otras tierras á mano armada y establecerse en ellas, y allí donde la fuerza hubiese encontrado demasiada resistencia, emplear los medios de los halagos y seducciones. Comprendía cuán desigual era la partida entre vosotros y él; él armado en guerra, vosotros confiados y tranquilos en la paz. Y cuando digo armado en guerra, debería decir en guerra abierta. Abrúpolis era aliado y amigo vuestro; él lo ha desterrado. El ilirio Artheaturo os envió un mensaje del que se enteró Perseo: era aliado y amigo vuestro; le ha matado. Los tebanos Eversa y Calierites y varones eminentes de la ciudad hablaron de él con bastante claridad en la asamblea de los beocios, proponiéndose enteraros de cuanto pasaba; los ha hecho desaparecer. Ha prestado socorros á los bizantinos á pesar de los tratados; ha llevado la guerra á la Dolopia, ha hecho que su ejército atravesase la Tracia y la Dórida, para que en una

guerra civil el más débil abrumase al más fuerte. Todo lo ha confundido, todo lo ha trastornado en Tesalia y Perrhebia, esperando nuevas disposiciones, para servirse de los deudores, afectos á su partido, y exterminar á los notables. Viendo que ha podido hacer tanto sin cansar vuestra paciencia y longanimidad y que le dejabais el campo libre en Grecia, cree seguro que podrá pasar á Italia sin encontrar ni un combatiente en su camino. Vosotros decidiréis si eso lo permiten vuestra seguridad y vuestro honor: en cuanto á mí, si los dos habíamos de venir á Italia, Perseo para traer la guerra y yo para prevenir que estéis alerta, me habría creído deshonorado de no adelantarme. Ahora que he cumplido con mi deber y que me veo libre de la obligación que la lealtad me imponía, ¿qué otra cosa he de hacer sino rogar á cuantos dioses y diosas hay en el cielo para que salgáis á la defensa de vuestros propios intereses y también de los nuestros, puesto que somos vuestros aliados y amigos, dependiendo de vosotros nuestra existencia?»

Esta oración movió á los Padres conscriptos; mas por el momento, no se supo otra cosa que la presencia del rey en el Senado; tan profundo secreto guardaron los senadores. Solamente después de terminada la guerra se divulgaron las palabras del rey y la respuesta que le dió el Senado. Pocos días después recibieron audiencia los legados de Perseo. Pero sus ruegos y defensa encontraron prevenidos los ánimos de los senadores por el informe de Eumeno; y la exasperación fué mayor aún por el altivo lenguaje que empleó Harpalo, jefe de la legación. «El rey, dijo, tiene empeño en justificarse y en que no se dé á ninguna palabra ni acto suyo carácter de hostilidad; pero si observa que hay obstinación en buscar pretextos de guerra, sabrá defenderse valientemente. Los favores de Marte son comunes, é incierto el resultado de la guerra.» Todas las ciudades de la

Grecia y del Asia se preocuparon mucho de lo que los legados de Perseo y Eumeno habían hecho en el Senado; y con ocasión de su viaje, cuyo resultado esperaban, con diferentes pretextos, la mayor parte habían enviado legados. Entre otras, había llegado una legación de Rodas, presidida por Satyro, que no dudó hubiese comprendido Eumeno á su nación en las quejas que había expuesto contra Perseo. Movíase sin cesar y empleaba la influencia de sus patronos y huéspedes para que se le admitiese á discutir con el rey en el Senado; y habiéndolo conseguido, se excedió de los límites de la libertad contra el rey, por haber animado contra los rodios á la nación licienna y hacerse más insoportable al Asia de lo que había sido Antioco. Su arenga fué muy popular en Asia y agradó mucho, porque Perseo tenía también muchos partidarios allí; pero el Senado la recibió mal y perjudicó á su nación y á él. Por el contrario, la reunión de tantos odios contra Eumeno le sirvió acerca de los romanos, que le concedieron todos los honores y le colmaron de magníficos regalos, incluyendo en ellos la silla curul y el bastón de marfil.

Despedidos los legados, Harpalo se apresuró á regresar á Macedonia para anunciar á Perseo que cuando se separó de los romanos, no se ocupaban aún de preparativos de guerra, pero que se encontraban bastante mal dispuestos para dejar comprender que no tardarían en hacerlos: el rey por su parte, que creía en la guerra, la deseaba también, persuadido de que se encontraba en la plenitud de su fuerza y su poder. Su odio principal se dirigía contra Eumeno: sediento de su sangre, no quiso emprender de otra manera la guerra, y apostó al cretense Evandro, jefe de sus auxiliares, con tres macedonios, acostumbrados á prestar sus brazos para tales empresas, con objeto de que asesinasen al rey. Dióles una carta para su huésped Praxo, que gozaba en Delfos

de mucha influencia y caudal, creyéndose cosa segura que Eumeno iría á Delfos para sacrificar á Apolo. Los asesinos avanzaron con Evandro, y para realizar su nefando propósito solamente buscaban en el país que visitaron paraje á propósito. Cuando subían de Cirrha al templo, antes de llegar á un punto edificado y poblado encontraron á la izquierda, en la orilla del camino, una tapia poco elevada, por cuyo lado había que pasar uno á uno, porque por la derecha estaba derrumbado el terreno hasta cierta profundidad. Ocultáronse detrás de la tapia, después de levantar algunas piedras para desde allí, como desde un parapeto, lanzar sus venablos al rey cuando pasase. Primeramente, al partir del mar, avanzaba el rey rodeado por un grupo de amigos y satélites, pero insensiblemente se formaba la fila á medida que se estrechaba el camino. Cuando llegaron al sitio en que solamente podían pasar uno á uno, el primero que penetró en el sendero fué Pantaleón, jefe de los etolios, que en aquel momento iba hablando con el rey. Los bandidos arrojaron entonces dos piedras, de las que una hirió al rey en la cabeza y otra le contusionó un hombro. Cuando le vieron en el suelo, aprovecharon el declive del terreno para empujar sobre él una masa de piedras, y cuando todos sus amigos y satélites huyen al verle en tierra, solamente Pantaleón permanece valerosamente en su puesto para socorrer al rey.

Los asesinos, en vez de describir ligero rodeo y salir de la tapia para rematar á su víctima, creyeron consumado el crimen y huyeron á la cumbre del Parnaso; y tanto corrían, que viendo á uno de ellos, que no podía seguirles por escabrosidades impracticables, ceder en la fuga, temiendo que le cogiesen y revelase su retiro, le mataron. En derredor del cuerpo del rey se reunieron primeramente sus amigos, luego sus satélites y esclavos que le levantaron desvanecido y privado de cono-

cimiento por consecuencia de sus heridas. El calor y la respiración, sensibles aún en el pecho, les hizo ver que vivía; pero tenían poca ó ninguna esperanza de que sanase. Algunos satélites que se pusieron en persecución de los asesinos y que con mucho trabajo subieron hasta la cumbre del Parnaso, volvieron sin resultado. Los macedonios, que habían querido dar un golpe tan audaz como irreflexivo, lo abandonaron con igual irreflexión y cobardía. Recobrando el conocimiento el rey, á la mañana siguiente le trasladaron sus amigos á su nave, marchando á Corinto y desde allí á Egina por la angostura de Isthmo. Su tratamiento fué tan secreto, no admitiéndose ningún testigo, que se propagó en Asia la noticia de su muerte. El mismo Atalo dió crédito á la noticia con apresuramiento poco conforme con el cariño fraternal, hablando á la esposa de su hermano y al prefecto de la fortaleza como heredero seguro de la corona. Enteróse de ello Eumeno después, y aunque decidido á disimular, sufrir y callar, en su primera entrevista no pudo menos de reconvenir á su hermano el prematuro apresuramiento con que había pedido la mano de la reina. A Roma llegó también el rumor de la muerte de Eumeno.

Por este tiempo mismo regresó de Grecia C. Valerio, adonde se le envió en calidad de legado para enterarse del estado del país y espiar las operaciones de Perseo: su relato estaba completamente conforme con las quejas de Eumeno. Trajo con él á Praxo, cuya casa en Delfos había servido de refugio á los bandidos, y á L. Rammio de Brindis, quien denunció el hecho siguiente. Era este L. Rammio el varón más notable de la ciudad de Brindis, y en su casa recibían hospitalidad todos los generales romanos, todos los legados distinguidos de los pueblos extranjeros y principalmente de los reyes. Por esta razón le conoció Perseo sin haberle visto; des-

pués, en virtud de una carta que le hacía esperar estrecha amistad, y como consecuencia brillante fortuna, partió para ver al rey, hízose familiar suyo, y penetró más de lo que quería en la confianza de sus planes secretos. Habiéndole prometido magníficas recompensas, el rey le propuso con grandes instancias «que en vista de que todos los generales y legados romanos se hospedaban generalmente en su casa, hiciese envenenar á los que le designase por carta. Convenía el rey en que la empresa era difícil y peligrosa; que exigía muchos cómplices y que además el resultado era incierto, porque eran indispensables sustancias enérgicas de seguro resultado y de tal naturaleza que quedase guardado el secreto. Pero se comprometía á proporcionarlas tales que nada descubriesen en el acto ni dejasen rastro alguno.» Temiendo Rammio, si se negaba, ser el primero que experimentase aquel veneno, prometió acceder; pero no quiso regresar á Brindis sin haber hablado con C. Valerio, que decían encontrarse en las inmediaciones de Calcis, y después de hacerle la denuncia, le acompañó á Roma por ordea suya. Presentado en el Senado, expuso lo sucedido.

Estos datos, unidos á los que suministraba Eumeno, contribuyeron á que se considerase á Perseo como enemigo, cuando se vió que en vez de hacer preparativos de guerra como permite el derecho de gentes y como puede confesarlos un rey, recurría á medios clandestinos, abominables, al asesinato y al veneno. Dejóse para los cónsules nuevos la gestión de aquella guerra, aunque por el momento se encargó á C. Sicinio, pretor que tenía la jurisdicción de los litigios entre ciudadanos y extranjeros, que alistasen tropas que se llevarían primeramente á Brindis, para que en el primer momento pudiesen pasar á Apolonia, en el Epiro, y ocupar las ciudades marítimas donde el cónsul á quien designase

la suerte para Macedonia podría abordar fácilmente y desembarcar con comodidad sus fuerzas. Retenido Eumeno algún tiempo en Egina por consecuencia de su larga y difícil curación, partió para Pérgamo en cuanto pudo hacerlo sin peligro, y estimulado por el nuevo atentado, además de su antigua enemistad contra Perseo, se preparó apresuradamente para la guerra. De Roma le enviaron una legación para felicitarle por haber librado de tan grave peligro. Aplazada la guerra de Macedonia por un año y partidos los pretores para sus provincias, M. Junio y Sp. Lucrecio, á quienes la suerte había dado las Españas, después de tantas instancias con que habían fatigado al Senado, consiguieron al fin alistar tres mil hombres de á pie y ciento cincuenta de á caballo para las legiones romanas, y para las tropas auxiliares cinco mil de infantería y trescientos de caballería. Este fué el número de tropas que partieron para España con los nuevos pretores.

Aquel mismo año por consecuencia de la información del cónsul Postumio, que hizo ingresar en el dominio público considerable porción de territorio campanio que se habían apropiado los particulares, M. Lucrecio, tribuno del pueblo, publicó un decreto mandando á los censores que arrendasen á usufructuarios el territorio campanio. No se había adoptado aquella medida después de tantos años como habían mediado desde la conquista de Capua, y la avidez particular había tenido ancho campo para desarrollarse. Cuando el Senado se encontraba en expectación porque había decretado la guerra sin estar declarada, ignorando qué reyes adoptarían su causa y cuáles la de Perseo, llegaron á Roma legados de Ariaratho, trayendo con ellos el hijo menor del rey. Su lenguaje fué para decir en suma que el rey enviaba á su hijo para que se educase en Roma, para que desde su infancia se adaptase á las costumbres ro-

manas y se aficionase á sus hombres. Que les rogaba le entregasen no solamente á la guarda de hospitalidad particular, sino que hasta le colocasen bajo una manera de patronato y tutela pública. La legación del rey agradó al Senado, decretando que el pretor Cn. Sicinio alquilase una casa amueblada en la que pudiesen alojarse el hijo del rey y sus compañeros. También vinieron legados tracios para discutir delante del Senado y pedirle alianza y amistad: concediéronles lo que pedían y les regalaron dos mil sextercios á cada uno. La Tracia se encuentra á la espalda de la Macedonia y agradó mucho haber hecho á los tracios aliados. Pero con objeto de saber á qué atenerse también en cuanto al Asia y las islas, enviaron dos legados, Ti. Claudio Nerón y M. Decimio, quienes recibieron orden de abordar á Creta y Rodas, para estrechar los lazos de amistad y para observar también si se inclinaban los ánimos en favor de Perseo.

La expectación de esta nueva guerra tenía la ciudad en suspenso, cuando en una tempestad nocturna, la columna rostral que elevó en el Capitolio durante la segunda guerra púnica el cónsul que tuvo por colega á Ser. Fulvio, quedó completamente destruída por un rayo. Consideróse como prodigio este acontecimiento, y como tal se dió cuenta de él al Senado, que mandó se comunicase á los arúspices y que los decenviros consultasen los libros sagrados. Declararon los decenviros que debía someterse á la ciudad á una lustración (1) y mandaron rogativas y obsecraciones (2) por todas partes; sacrificios de víctimas mayores en Roma en el Capitolio, y en la Campania en el templo de Minerva, y cuan-

(1) Sacrificio en que se paseaba la víctima que se había de inmolar.

(2) Plegaria solemne que el pontífice máximo pronunciaba en el Foro desde la tribuna de las arengas.

to antes, diez días de ayuno en honor de Júpiter Óptimo Máximo; disposiciones que se cumplieron cuidadosamente. Los arúspices respondieron que el prodigio sería fausto y que presagiaban ensanche de fronteras y destrucción de traidores; porque la tempestad había destruído aquellos espolones de naves que eran despojos arrebatados al enemigo. Nuevos prodigios vinieron á aumentar los escrúpulos religiosos. Súpose que en Saturnia había estado lloviendo sangre durante tres días; que en Calacia había nacido un borrico con tres patas, y que un rayo había matado á la vez un toro y cinco vacas; que en Auxima había llovido tierra; prodigios que dieron lugar á ceremonias religiosas, celebrándose un día de rogativas y ferias.

No habían marchado todavía los cónsules á sus provincias, porque no obedecían al Senado informando acerca del asunto de Popilio, y los senadores habían resuelto no decidir nada antes que esto. Popilio empeoró su causa con una carta en la que anunciaba que, como procónsul, había librado otro combate á los ligurios de Stacielas y que les había matado diez mil hombres. Esta injusta guerra sublevó el resto de la Liguria, haciéndola tomar las armas. No fué entonces Popilio solamente quien se atrajo las reconvenciones del Senado por haber llevado la guerra, en contra de la buena fe y el honor, á un pueblo amparado por una capitulación, impulsando á la revuelta á una nación que estaba en paz, sino también los cónsules por no haber marchado á su puesto. La decisión de los Padres conscriptos avivó el celo de los tribunos del pueblo M. Marcio Sermo y Q. Marcio Scyla, que se declararon dispuestos á multar á los cónsules si no marchaban á su destino y que leyeron en el Senado la proposición que pensaban promulgar relativamente á la capitulación de los ligurios; proposición en la que decían que si un solo stacialato,

de los comprendidos en la capitulación, no estaba en libertad antes del primero de las kalendas de Julio, el ciudadano que por mala fe le retuviese en esclavitud quedaría objeto de investigación y persecución en virtud de un decreto jurado del Senado; proposición que promulgaron con autorización de los Padres. Antes de la marcha de los cónsules, el Senado concedió audiencia en el templo de Belona á C. Cicereyo, pretor del año anterior. Después que expuso su conducta en Córcega y pedido en vano el triunfo, triunfó sobre el monte Albano, según costumbre establecida ya desde muy antiguo para el caso en que no se autorizase oficialmente aquel honor. La proposición Marcia, con relación á los ligurios, recibió aprobación unánime del pueblo y se hizo ejecutoria. En virtud de este plebiscito el pretor C. Licinio consultó al Senado para que decidiese á quién encargaría la información, encomendándola á él mismo el Senado.

Al fin partieron los cónsules para sus provincias y recibieron el ejército de manos de Popilio. Éste no se atrevía á regresar á Roma, por no tener que defender su causa ante un Senado hostil y un pueblo peor dispuesto aún y ante un pretor que había pedido en la acusación dirigida contra él un *senatus-consulto*. Para evitar toda maniobra evasiva, los tribunos hicieron otra proposición: si no se presentaba en Roma antes de los idus de Noviembre, Licinio juzgaría y sentenciaría. Esta resolución fué como cadena que le trajo á Roma, donde el Senado le recibió como á hombre á quien se odia. Lanzáronle mil frases mortificantes y se dió un *senatus-consulto* disponiendo que los pretores C. Licinio y Cn. Sicinio cuidarían de que se devolviese la libertad á aquellos ligurios que, desde el consulado de Q. Fulvio y de L. Manlio, no habían cometido actos hostiles y que el cónsul C. Popilio les designaría un te-

territorio al otro lado del Pó. En virtud de esta decisión, recobraron la libertad muchos millares de hombres, haciéndoles pasar el Pó para tomar posesión del territorio que se les había señalado. M. Popilio, en virtud de la proposición Marcia, compareció dos veces ante C. Licinio; pero á la tercera vez, el pretor, por consideración al cónsul ausente y cediendo á las instancias de la familia Popilia, le citó para el día de los idus de Marzo, en el que los nuevos magistrados debían tomar posesión de sus cargos: como para entonces sería ya simple particular, no podría administrar justicia. De esta manera quedó eludida por astutas artes la proposición relativa á los ligurios.

Encontrábanse en Roma en aquella época legados cartagineses y también Gulusa, hijo de Massinissa, entregándose éstos á vivos altercados en el Senado. «Además de los territorios que dieron lugar al envío de comisarios romanos para enterarse sobre el terreno, desde hacía dos años, Massinissa se había apoderado por la fuerza de las armas de más de setenta pueblos y castillos del territorio de Cartago. Estas cosas podía hacerlas él, á quien no se había puesto freno; pero los cartagineses, sujetos por el tratado, guardaban silencio, porque les estaba prohibido llevar sus armas fuera de sus fronteras. Sin duda que no traspasaban sus fronteras al arrojar á los númidas de su territorio; fundándose para abstenerse en el terminante artículo del tratado que les prohibía hacer la guerra á los aliados del pueblo romano. Pero eran ya intolerables para los cartagineses el despotismo, crueldad y avidez del rey, y venían para rogar al Senado que concediese una de tres cosas: que se discutiese con completa igualdad, ante el pueblo aliado, los derechos de propiedad; que quedasen los cartagineses autorizados para rechazar aquella guerra injusta, con justa y piadosa guerra; ó en fin, si el favor ven-

cía al derecho, que los romanos arreglasen de una vez para siempre los dones que quisiesen que Massinissa recibiese de otro; porque seguramente serían más moderados en su generosidad y ellos se enterarían de sus límites, porque el rey jamás reconocería otros que los caprichos de su voluntad. Si fracasaban en estas tres peticiones, y si tenían que censurarles alguna falta desde la paz que les dió Escipión, no querían ser castigados más que por los romanos. Preferían tranquila servidumbre bajo amos enviados de Roma, que libertad expuesta á los ultrajes de Massinissa. Porque, en efecto, mejor sería morir de una vez, que vivir bajo la dependencia del verdugo más cruel.» Dichas estas palabras, se prosternaron llorando, y al verles así en el suelo, no se compadecieron de ellos más que del rey.....

Decidióse preguntar á Gulusa qué tenía que contestar á aquellas acusaciones, ó invitarle á que expusiese los motivos que le habían llevado á Roma. Gulusa contestó que no le sería fácil tratar un asunto acerca del cual no había recibido instrucciones de su padre; instrucciones que ni su mismo padre había podido darle, porque los cartagineses no habían dado á conocer los motivos de su viaje, ni sus proyectos al venir á Roma; que durante algunas noches habían celebrado en el templo de Esculapio reuniones clandestinas de los principales del Estado, y que desde allí habían partido los legados con instrucciones secretas; que estos eran los motivos que decidieron á su padre á enviarle á Roma, para que rogase al Senado no diese crédito á las acusaciones de sus enemigos comunes, que le odiaban solamente por su inquebrantable fidelidad al pueblo romano. Oídas las dos partes, consultado el Senado acerca de la petición de los cartagineses, contestó que Gulusa partiría inmediatamente para la Numidia y diría á su padre enviase inmediatamente al Senado legados para

tratar el asunto de los cartagineses y prevenir á éstos que se presentasen al debate. Que si dependía de ellos hacer algo para la elevación de Massinissa, lo harían como lo habían hecho siempre; pero que no sacrificarían el derecho al favor; que querían ver á cada pueblo dueño del territorio que debía poseer, y que no intentaban establecer límites nuevos, sino conservar los antiguos. Vencedores de los cartagineses, les habían concedido ciudades y tierras; y en plena paz no habían de quitarles injustamente lo que no les habían quitado durante la guerra, cuando todo les estaba permitido. De esta manera fueron despedidos el príncipe y los cartagineses, quienes recibieron sin distinción los regalos acostumbrados, conservando los antiguos usos de hospitalidad.

Por esta misma época regresaron Cn. Servilio Cepión, Ap. Claudio Centhón y T. Annio Lusco, enviados como legados á Macedonia para presentar al rey las reclamaciones de la república y anunciarle que quedaban rotas amistad y alianza, y con el relato terminante que hicieron de lo que habían visto y oído, avivaron más y más el odio que sentían los senadores contra Perseo. «Habían visto, dijeron, en todas las ciudades de Macedonia los preparativos de guerra más enérgicos. Cuando llegaron al rey, esperaron durante muchos días permiso para acercarse á su persona. Desesperando de verle, partieron al fin, llamándoles cuando estaban ya en camino, y fueron presentados. Sus reclamaciones fueron las siguientes: el tratado convenido con Filipo fué renovado con él después de la muerte de su padre; este tratado le prohibía terminantemente llevar las armas fuera de sus fronteras, ni hacer la guerra á los aliados del pueblo romano. En seguida le expusieron detalladamente la relación exacta y fiel que oyeron á Eumeno en el Senado. Además el rey había celebrado entrevis-

tas secretas durante muchos días en Somothraces, con los legados de las ciudades de Asia. El Senado pedía satisfacción por todas estas ofensas, exigiendo que todo lo que poseía el rey en contra de lo que le daba el tratado, lo devolviese al Senado y á sus aliados.» Encendido en ira el rey al escuchar aquello, habló enérgicamente, increpando muchas veces á los romanos por su ambición y avaricia, que enviaban legación tras legación para espiar sus palabras y sus actos, queriendo imponérsele y dirigir las unas y los otros. En fin, después de muchos gritos y ruido, les invitó á volver al día siguiente, porque quería darles contestación escrita, como en efecto se la entregó en estos términos: «El tratado ajustado con su padre no le concernía. Si había consentido su renovación, no era porque lo aprobase, sino porque en los primeros tiempos de un reinado era necesario sufrirlo todo. Si querían ajustar con él nuevo tratado, ante todo habrían de convenir en las condiciones: si podían decidirse á hacerlo bajo el pie de igualdad, vería lo que había de hacer, porque ellos atenderían al interés de su república. En seguida se retiró y á ellos les alejaron del palacio. Declarándole entonces la ruptura de la alianza y amistad, esta declaración le conmovió, y deteniéndose, les gritó que saliesen de sus estados en el término de tres días. De esta manera habían salido, sin que ahora, como á su llegada, les dispensasen la más pequeña atención hospitalaria.» En seguida dieron audiencia á los legados de Tesalia y de la Etolia. El Senado, para que se supiese cuanto antes qué nuevos magistrados tendría la república, escribió á los dos cónsules para que el que se encontrase libre viniese á Roma á celebrar los comicios para la elección de nuevos magistrados.

Los cónsules de este año no hicieron nada memorable en servicio de la república. Habíase cuidado espe-

cialmente de calmar y contener la exasperación de los ligurios. Además de la guerra de Macedonia que se esperaba, sospechábase también de la buena fe de Gencio, rey de Iliria, por los relatos de los iseenos, que se quejaban de otra devastación de sus fronteras, y que anunciaban también «que el rey de Macedonia y el de Iliria estaban de perfecto acuerdo; que se entendían para prepararse á la guerra contra los romanos, y que so pretexto de legaciones, Iliria enviaba espías á Roma, por consejo de Perseo, para enterarse de lo que pasaba allí.» Llamóse á los ilirios ante el Senado, y cuando dijeron que el rey les enviaba para justificarse de las acusaciones que los iseenos podrían formular contra él, les preguntaron por qué no se habían presentado al magistrado para que, según el uso establecido, les alojase y libertase de gastos y además para que se supiese su llegada y el motivo de su venida. Su contestación fué balbuciente y se les mandó salir del Senado. No se consideró conveniente contestarles como á legados, en vista de que no habían pedido que se les presentase al Senado, y se opinó enviar al rey legados para enterarle de «las quejas que ante el Senado habían expuesto aliados cuyo país había incendiado, censurándole su injusticia al no respetar en sus culpables empresas á los aliados.» Confióse esta misión á A. Terencio Varrón, C. Pleterio y C. Cicereyo. Los legados enviados al Asia cerca de los reyes aliados regresaron diciendo «que habían hablado con Eumeno en aquella comarca, con Antioco en Siria y con Ptolomeo en Alejandría; que todos estos príncipes habían sido objeto de las solicitudes de los enviados de Perseo, pero que permanecían invariables en su fidelidad, y se habían comprometido á entregar al pueblo romano todo lo que les pidiese; que habían visitado también las ciudades aliadas; que todas permanecían fieles, exceptuando Rodas, donde habían

encontrado los ánimos fluctuantes y amargados por los consejos de Perseo.» Habían llegado legados de Rodas para justificar á su nación de las acusaciones que sabían les dirigían habitualmente, y se decidió admitirles en el Senado cuando entrasen en funciones los nuevos cónsules.

Opinóse no aplazar los preparativos de guerra, y se encargó al pretor C. Licinio que viese entre las quinquerremes viejas, abandonadas en los astilleros romanos, las que podrían utilizarse aún, repararlas y formar una flota de cincuenta naves. Si no podía completar este número, escribiría á Sicilia á su colega Memmio para que mandase carenar las naves que había en aquella provincia y ponerlas á flote para que, al primer aviso, pudieran dirigirse á Brindis. El pretor C. Licinio recibió orden de alistar entre los ciudadanos romanos libertos las tripulaciones de veinticinco naves. Cn. Sicinio debía pedir á los alianos tripulaciones para otras veinticinco, y el mismo pretor pediría además ocho mil hombres de infantería y cuatrocientos de caballería. Para recibir estas fuerzas en Brindis y hacerlas pasar á Macedonia, fué elegido A. Atilio Serrano, que había sido pretor el año anterior, y el pretor actual Cn. Sicinio para que tuviese un ejército dispuesto para el embarque. El pretor Licinio escribió en nombre del Senado á C. Popilio que citase en Brindis para los idus de Febrero á la segunda legión, formada en gran parte de veteranos y acantonada en Liguria; así como también á cuatro mil hombres de infantería y doscientos caballos tomados entre los aliados del nombre latino. Con esta flota y este ejército debía Cn. Sicinio ocupar la provincia de Macedonia hasta que recibiese sucesor, prorrogándosele el mando por un año. Todas estas órdenes del Senado se ejecutaron con mucha actividad. Sacáronse de los astilleros treinta y ocho quinquerre-

mes, recibiendo encargo L. Porcio Licinio de llevarlas á Brindis, y se enviaron doce á Sicilia. Encargóse á tres delegados, Sex. Digicio, T. Juvencio y M. Cecilio, la compra de trigos para la flota y ejército en la Calabria y la Apulia; y cuando todo estuvo dispuesto, el pretor Cn. Sicinio partió de Roma con traje de guerra y se trasladó á Brindis.

Estaba para terminar el año cuando regresó á Roma C. Popilio: esto era acudir algo tarde á la orden del Senado que le había mandado acelerar la elección de magistrados, en vista de la inminencia de una guerra tan importante. Por esta razón no encontró los ánimos favorablemente dispuestos cuando en una sesión celebrada en el templo de Belona expuso su conducta en la Liguria. Muchos le interrumpían con gritos y le preguntaban por qué después del crimen de su hermano, que había oprimido á los ligurios, no les había devuelto la libertad. Celebráronse los comicios consulares el día que había fijado el edil, el doce antes de las kalendas de Marzo, siendo elegidos cónsules P. Licinio Crasso y C. Cassio Longino. Al día siguiente crearon pretores á C. Sulpicio Galba, L. Furio Filo, L. Canuleyo Dives, C. Lucrecio Galo, C. Caninio Bebilo y L. Vilio Annalis. El decreto sobre las provincias las distribuyó de esta manera entre los pretores: designáronse dos para administrar justicia en Roma y tres para España, Sicilia y Cerdeña, quedando un pretor fuera de sorteo y á disposición del Senado. Los cónsules designados recibieron del Senado, para el día en que entrasen en funciones orden de hacer una rogativa según el sacrificio regular de víctimas mayores, para que la guerra que había proyectado el pueblo romano tuviese feliz resultado. El mismo día decretó el Senado que el cónsul C. Popilio votase á Júpiter Optimo Máximo diez días de juegos y de ofrendas, que se presentarían en todos los altares,

cuando la república hubiese permanecido diez años en el mismo estado. El cónsul se conformó con la orden, y pronunció en el Capitolio los votos relativos á los juegos y las ofrendas, tan considerables como lo permitiese la cantidad votada por el Senado, en una sesión en que no se encontraban presentes menos de ciento cincuenta senadores. La fórmula del voto se pronunció bajo el dictado del pontífice máximo Lévido. Aquel año murieron dos sacerdotes públicos, L. Emilio Papo, decenviro de los sacrificios, y el pontífice Q. Fulvio Flaco, que había sido censor el año anterior. Este tuvo muerte vergonzosa. Anunciáronle que de sus dos hijos, que entonces servían en el Ilirico, el uno había muerto y el otro estaba atacado de grave y peligrosa enfermedad. Su ánimo decayó bajo el peso de la amargura y la inquietud, y al entrar por la mañana sus esclavos en su habitación le encontraron ahorcado. Desde la época de su censura decíase que no tenía el juicio sano, augurándose que en su cólera Juno Licinia le había perturbado la razón. Emilio fué reemplazado como decenviro por M. Valerio Messala, y Fulvio, como pontífice, por Cn. Domicio Ahenobardo, que fué promovido muy joven al sacerdocio.

En el consulado de P. Licinio y C. Cassio, no solamente la atención de la ciudad y de Italia, sino la de todos los reyes y todas las ciudades de Europa y de Asia estaba fija en la guerra entre Macedonia y Roma. Eumeno, además de su antiguo odio, se sentía estimulado por el reciente resentimiento del atentado de Delos, donde estuvo á punto de sucumbir como las víctimas. Prusias, rey de Bithinia, había decidido guardar neutralidad y esperar los acontecimientos; porque no podía dignamente ayudar á los romanos contra su cuñado, y por medio de su hermana debía encontrar gracia ante Perseo vencedor. Ariaratho, rey de Capadocia,

además de los socorros que había ofrecido á los romanos, en su propio nombre, estaba en combinación con Eumeno, desde que era pariente suyo, para todos sus proyectos de paz y guerra. Antioco conservaba todavía sin duda miras sobre la corona de Egipto, desdeñando la infancia del rey y la incapacidad de sus tutores; las pretensiones que alegaba sobre la Celesiria, le parecían excelente pretexto de guerra; y contaba hacer aquella guerra sin ningún apuro, mientras los romanos estaban ocupados en la de Macedonia: sin embargo, había hecho bellas promesas, tanto al Senado, por medio de legados, como personalmente á los legados del Senado. Ptolomeo, á causa de su edad, no tenía voluntad propia; y sus tutores, al prepararse á la guerra contra Antioco, para defender la Celesiria, lo prometían todo á los romanos para la guerra de Macedonia. Massinissa les suministraba trigo y se disponía á enviarles á su hijo Misageno, con tropas auxiliares y elefantes, teniendo ordenados sus planes para todos los cambios de fortuna. Si vencían los romanos, su situación sería la misma y no le quedaban medios para moverse, porque los romanos no consentirían que se oprimiese á los cartagineses. Si sucumbía el poder romano, los cartagineses perderían sus protectores, y toda el Africa quedaba para él. Gencio, rey de los ilirios, más había conseguido hacerse sospechoso á los romanos, que saber él mismo el partido que había de adoptar; pareciendo más dispuesto á dejarse arrastrar por su fogosidad, que á guiarse por la reflexión hacia unos ú otros. El tracio Cotys, rey de los odrisos, estaba evidentemente por los macedonios.

Tales eran las disposiciones de los reyes; pero en las repúblicas y países libres el pueblo, casi en todas partes, como de costumbre, se inclinaba al partido peor y estaba por Perseo y los macedonios: en los grandes podían distinguirse dos tendencias diversas. Unos mos-

traban por los romanos tan extraordinario celo, que el excesivo calor con que lo ostentaban, neutralizaba su influencia: muy pocos de este número sabían apreciar en los romanos la justicia del mando; viendo la mayoría, en los importantes servicios que podía prestarles, un medio para elevarse en el seno de su república. El otro partido era el de los cortesanos del rey, gentes á quienes sus deudas, el desesperado estado de sus negocios, si continuaba el orden de las cosas actuales, impulsaban al fuego de la revolución: otros, de vano ingenio, porque sabían que Perseo era más popular. La opinión de los hombres honrados y sensatos prefería, en el caso de tener que elegir amo, la autoridad de los romanos al cetro de Perseo, y como buenos políticos, estos hombres, si les hacía árbitros de su fortuna, rechazaban la idea de ver á una de las dos potencias enseñorearse sobre los escombros de la otra; pareciéndoles mejor que, sin gastar sus fuerzas, se contuviesen y dieran de este modo la paz al país. Entre aquellos dos poderes, parecían la mejor condición para las repúblicas que uno protegiese siempre al débil contra las empresas del otro. Los que tenían esta opinión observaban silenciosos y serenos la lucha entre los dos partidos. Los cónsules, el día en que entraron en funciones, se conformaron con el senatus-consulta, inmolando víctimas mayores en todos los templos en que se celebra el lectisternio la mayor parte del año; en seguida, habiendo augurado que los dioses inmortales aceptaban sus ruegos, anunciaron al Senado que habían realizado el sacrificio y hecho la rogativa por la guerra de Macedonia. Los arúspices dijeron que si se intentaba alguna empresa nueva era necesario apresurarse; que presagiaban una victoria, un triunfo y el ensanche de fronteras. Los senadores dispusieron que «por la salud y prosperidad del pueblo romano, los cónsules harían en seguida al

pueblo reunido en centurias la siguiente proposición: «En vista de que Perseo, hijo de Filipo, rey de Macedonia, contraviniendo al tratado ajustado con su padre Filipo y renovado con él mismo después de la muerte de su padre, ha llevado sus armas contra los aliados del pueblo romano, talado sus campos y ocupado sus ciudades; en atención á que ha hecho preparativos de guerra contra los romanos, y que, con este objeto, ha reunido armas, soldados y naves, si no da satisfacción por estas ofensas, que el pueblo le declare la guerra.» La proposición fué presentada.

En seguida se dió un senatus-consulto disponiendo «que los cónsules se arreglarían amistosamente ó sortearían las provincias de Italia y Macedonia; que aquel á quien tocase la Macedonia perseguiría al rey Perseo y á sus partidarios; si no daban satisfacción al pueblo romano, y le harían la guerra.» Decretóse también el alistamiento de cuatro legiones, dos para cada cónsul; consiguiendo la provincia de Macedonia el privilegio de que, en vez de cinco mil doscientos hombres de infantería por legión, que, según los antiguos estatutos, debían entrar en ella, se alistaran seis mil para la Macedonia, pero cada una de las cuatro no tuvo más que trescientos caballos. También se aumentó el contingente de los aliados para uno de los cónsules, debiendo embarcarse bajo sus órdenes para la Macedonia diez y seis mil hombres de infantería y ochocientos de caballería, además de los seiscientos jinetes que había llevado Sicinio. Para Italia se creyeron suficientes doce mil hombres de infantería aliada y seiscientos de caballería. Otra ventaja se concedió á la provincia de Macedonia, la autorización que se dió al cónsul para alistar, á su elección, centuriones y veteranos que no excediesen de cincuenta años de edad. Con relación á los tribunos de los soldados, introdújose aquel año una no-

vedad, con ocasión de la guerra de Macedonia: y fué la proposición que los cónsules hicieron al pueblo, en virtud de un *senatus-consulto*, para que no se eligiesen por votación los tribunos militares (1), sino que la dejasen á la voluntad y libre albedrío de los cónsules y pretores. Los mandos se distribuyeron á los pretores de la manera siguiente: El pretor designado por la suerte para marchar allí donde el Senado le enviase, quedó encargado de reunirse con la flota en Brindis, revisar allí las tripulaciones, despedir los que no le pareciesen aptos para el servicio, reemplazarlos con hijos de libertos y hacer de manera que hubiese dos terceras partes de ciudadanos romanos y la otra tercera de aliados. En cuanto á los granos que habría que pedir á la Sicilia y á la Cerdeña, para la flota y las legiones, se decidió dar el encargo á los pretores que habían obtenido aquellas provincias por suerte: á los sicilianos y á los sardos impondrían segundo diezmo y aquellos granos los enviarían al ejército de Macedonia. La Sicilia tocó á C. Caninio Rebilo, la Cerdeña á L. Furio Filo, la España á L. Canuleyo, la jurisdicción urbana á C. Sulpicio Galba y á L. Vilio Annalis la de los extranjeros. La suerte puso á disposición del Senado á L. Lucrecio Galo.

Entre los dos cónsules medió más una cavilación que debate serio acerca de sus provincias. Cassio decía «que tomaría la Macedonia sin apelar al sorteo, y su colega no podía, sin violar un juramento, entrar en sorteo con él; porque siendo pretor, para no ir á su provincia había jurado, en plena asamblea del pueblo, que tenía que celebrar sacrificios en lugar y día fijos, añadiendo que

(1) Como el pueblo elegía algunas veces candidatos ineptos, había prevalecido la costumbre de que en las circunstancias graves los eligiesen los cónsules y pretores. A los tribunos elegidos en los comicios les llamaban *comitiati* y á los otros *rutili* ó *ruflí*.

su presencia era necesaria en ellos. Pero si el Senado juzgaba que no había de atenderse más á lo que Licinio deseaba, siendo cónsul, que á lo que juró siendo pretor, por su parte se ponía á sus órdenes.» Deliberaron los senadores, y considerando que sería tiránico negar la provincia al hombre á quien el pueblo romano no había negado el consulado, mandó á los cónsules proceder al sorteo, tocando la Macedonia á Licinio y á C. Cassio la Italia. En seguida sortearon las legiones, debiendo pasar á Macedonia la primera y la tercera, quedando en Italia la segunda y la cuarta. Alistaba también Licinio á los veteranos y á los centuriones, presentándose muchos voluntariamente, porque veían ricos á los que sirvieron en la primera guerra de Macedonia ó contra Antioco, en Asia. Como los tribunos militares llamaban también á los centuriones, pero sin distinguirlos, veinticinco veteranos primipilarios acudieron á los tribunos del pueblo; dos de los cuales, M. Fulvio Nobilior y M. Claudio Marcelo, remitieron el asunto á los cónsules, diciendo: «Que los cónsules debían conocer en el asunto, estando ellos encargados de la leva de hombres y de la guerra.» Los otros mostraban propósitos de conocer, y si había abuso, prestar su auxilio á los ciudadanos que lo habían invocado.

Discutíase el asunto ante el tribunal de los tribunos, y allí se presentaron el consular M. Popilio, como defensor, los centuriones y el cónsul. A petición del cónsul, que quería que el negocio se discutiese ante el pueblo, reunióse éste en Asamblea. M. Popilio, que había sido cónsul dos años antes, sostuvo la causa de los centuriones, diciendo que «aquellos militares habían cumplido su tiempo de servicio; además, la edad y las fatigas habían quebrantado sus fuerzas. No se negaban sin embargo á servir á la república, y todo lo que pedían era que se les mantuviese en los mismos grados que tenían

cuando militaban.» El cónsul P. Licinio mandó leer los senatus-consultos; primeramente el que declaraba la guerra á Perseo; en seguida el que disponía el alistamiento para aquella guerra del mayor número posible de centuriones veteranos, no excluyendo más que á los que pasasen de cincuenta años; y después rogó que, tratándose de una guerra nueva, tan cercana á Italia y con un monarca tan poderoso, no entorpeciesen las operaciones de los tribunos militares en el alistamiento de hombres, ni impidiesen al cónsul asignar á cada uno la categoría que creyese debía darle en interés del estado. Si había algo dudoso en el asunto, proponía que se remitiese al Senado.»

Cuando hubo dicho el cónsul lo que quería, Sp. Ligustino, uno de los que habían invocado el apoyo de los tribunos, pidió á los cónsules y á los tribunos el favor de presentar al pueblo una breve defensa. Otorgado el permiso, dícese que habló así: «En presencia vuestra veis, ¡oh romanos!, á Sp. Ligustino, de la tribu Crustumina y originario del país de los sabinos. Mi padre me dejó una yugada de tierra y una pobre casa, lugar de mi nacimiento y educación y mi morada todavía hoy. En cuanto tuve la edad necesaria, mi padre me hizo casar con su sobrina, que me trajo en dote su libertad y pudor, y además una fecundidad capaz de saciar todos los deseos, hasta los de la casa más rica. Tenemos seis hijos y dos hijas, casadas ya las dos. De nuestros hijos, cuatro llevan ya la toga viril y dos conservan aún la pretexta (1). Fuí soldado bajo el consulado de P. Sulpicio y C. Aurelio. Formé parte del ejército que fué embarcado para Macedonia, y durante dos años hice, como simple soldado, la guerra contra Filipo; en el ter-

(1) Los niños llevaban la toga pretexta hasta la edad de diez y siete años en que tomaban la toga viril.

cer año, T. Quincio Flaminio me hizo asignar por mi valor el décimo hastato (1). Después de la derrota de Filipo y los macedonios, época en que nos reembarcaron para Italia y nos licenciaron, ingresé inmediatamente como voluntario en el ejército y partí para España con el cónsul M. Porcio. De cuantos generales viven hoy, no hay ninguno tan justo apreciador y juez del mérito, como han visto y saben cuantos, por sus largos servicios, pueden compararle con sus iguales. Este hombre me encontró digno de ocupar el primer hastato de la primera centuria (2). Partí por tercera vez como voluntario con el ejército que se envió contra los etolios y el rey Antioco. M. Acilio me colocó en el primer príncipe de la primera centuria (3). Después de la expulsión de Antioco y de la sumisión de los etolios, nos reembarcaron para Italia, y desde entonces he prestado dos veces el servicio anual de las legiones (4). Más adelante serví dos años en España; una vez bajo Q. Fulvio Flaco y después con el pretor Ti. Sempronio Graco. Flaco me incluyó en el número de los que trajo, por razón de su bravura, para que le acompañasen en su triunfo. A instancias de Ti. Graco marché á su provincia, y en corto número de años fuí cuatro veces primipilarío (5). He obtenido de mis generales treinta y cua-

(1) En las legiones habia sesenta centuriones, distinguiéndose en diferentes grados.

(2) Los hastatos, como los príncipes y triarios, estaban divididos en diez manípulos, de dos centurias cada uno.

(3) Los príncipes ocupaban la segunda fila y marchaban detrás de los hastatos. Elegíanse entre los hombres en el vigor de la edad y de valor probado.

(4) Entre los romanos el soldado no conservaba el rango que habia ganado en campaña anterior; y cuando se alistaba de nuevo, podia pasar de centurión á simple soldado.

(5) Llamábanse *primi pili* á los dos centuriones que mandaban las dos centurias del primer manípulo de triarios. El pri-

tro premios de valor y he ganado seis coronas cívicas. He hecho veintidós campañas y tengo más de cincuenta años. Aunque no hubiese merecido el descanso, aunque mi edad no me dispensase; sin embargo, como puedo, P. Licinio, darte cuatro soldados en mi lugar, justo sería haberme dado mi licencia. Esto es lo que os rogaba escuchaseis en favor de la causa que represento; por mi parte, mientras un magistrado encargado de los alistamientos me encuentre apto para el servicio, no me excusaré. Los tribunos militares verán en qué categoría han de colocarme; haré de manera que nadie me sobrepuje en valor. Esto es lo que hecho siempre, y mis jefes y cuantos han militado bajo las mismas enseñas son testigos de ello. Y vosotros, compañeros, aunque hacéis uso del derecho de apelación, vosotros que, siendo más jóvenes, jamás habéis hecho nada contra la autoridad de los magistrados y del Senado, hoy debéis ponerlos también á disposición del Senado y de los cónsules y considerar honrosos todos los puestos en que podáis defender la república.»

Mucho le alabó el cónsul por aquel lenguaje, y desde la asamblea del pueblo le llevó al Senado. Allí le dieron también las gracias á nombre del Senado, y los tribunos de los soldados, por consideración á su edad, le asignaron el rango de primipilario en la primera legión. Los demás centuriones renunciaron á la oposición y se sometieron dócilmente á la leva. Con objeto de acelerar la partida de los magistrados para sus provincias, celebráronse las ferias latinas el día de las kalendas de Junio; y terminada esta solemnidad, el pretor C. Lucrecio, después de mandar enviar delante todo lo necesario para su flota, se dirigió á Brindis. Además de los ejér-

mer primipilario era el más importante entre los centuriones de los triarios. Tenía ingreso en el consejo de guerra y llevaba el águila de la legión.

bitos que formaban los cónsules, el pretor C. Sulpicio Galva recibió encargo de alistar cuatro legiones urbanas, completas en infantes y jinetes y elegir en el Senado cuatro tribunos militares para que tomasen el mando: debía pedir también á los aliados del nombre latino quince mil hombres de infantería y mil doscientos de caballería. Este ejército debía estar dispuesto para marchar por orden del Senado. Habiendo reclamado el cónsul P. Licinio para su ejército, formado de ciudadanos y aliados, la unión de tropas auxiliares, diéronle dos mil ligurios y arqueros cretenses, cuyo número no se determinaba, los que enviase Creta á petición de los romanos, y además los jinetes y elefantes de la Numidia. Con este objeto enviáronse legados á Massinissa y á los cartagineses, siéndolo L. Postumio Albino, Q. Terencio Culeón y C. Aburio. Decidióse también enviar otros tres á Creta, marchando A. Postumio Albino, C. Decimio y A. Licinio Nerva.

Por aquella época llegaron legados del rey Perseo; decidiéndose que no entrasen en la ciudad, atendiendo á que, por decreto del Senado y orden del pueblo, estaba declarada ya la guerra á su rey y á los macedonios. Admitidos ante el Senado, en el templo de Belona, hablaron de esta manera: «El rey Perseo se pregunta con asombro por qué se han embarcado esos ejércitos para la Macedonia. Si el Senado se decidiese á mandarles retroceder, el rey daría al Senado cuantas satisfacciones pidiese por el daño que ha causado á los aliados, si esto se le censura.» Encontrábase á la sazón en el Senado Sp. Carvilio, á quien Cn. Sicinio había enviado expresamente de Grecia. Este denunció el ataque, á mano armada, de la Perrhebia, la toma de algunas ciudades de la Tesalia y otras empresas ejecutadas ó preparadas por el rey, mandándose á los legados que contestasen: y como vacilaban, diciendo que no se extendía á tanto

su mandato, se les encargó que dijese al rey que el cónsul Licinio se presentaría muy pronto en Macedonia con un ejército. Que si tenía alguna satisfacción que dar, le enviase sus legados: que no había razón ninguna para que los enviase á Roma, y que no se permitiría á ninguno cruzar la Italia. De esta manera les despidieron, mandándose al cónsul Licinio que les concediese once días para salir de Italia y que enviase á Sp. Carvilio para que los vigilase hasta que estuviesen embarcados. Estas cosas ocurrieron en Roma antes de la marcha de los cónsules para sus provincias. Cn. Sicinio, antes de dejar la magistratura, se había apresurado á reunirse con la flota romana en Brindis, había hecho pasar al Epiro cinco mil hombres de infantería y trescientos de caballería y había acampado cerca de Nimefa, en territorio de Apolonia. Desde aquel punto envió tribunos con dos mil hombres para que ocupasen los fuertes de los desarecos y de los ilirios, que pedían guarniciones para ponerse á cubierto de las correrías de sus vecinos los macedonios.

Pocos días después Q. Marcio, A. Atilio, P. y Ser. Cornelio Léntulo y L. Decimio, enviados á Grecia como legados, llevaron á Corcira mil hombres de infantería, repartiéndose allí las comarcas que habían de visitar y los soldados de sus escoltas. Decimio marchó á ver á Gencio, rey de los ilirios; debiendo, si lo veía aún con disposiciones amistosas, procurar comprometerle y hasta arrastrarle á la alianza con el pueblo romano, para la guerra proyectada. Los Léntulos se dirigieron á Cefalonia, para pasar al Peloponeso y seguir las costas hacia Occidente, antes de la llegada del invierno. Marcio y Atilio tuvieron que visitar el Epiro, la Etolia y la Tesalia; y en seguida dirigir una mirada á la Beocia y la Eubea, para pasar desde allí al Peloponeso, adonde citaron á Léntulo. Aún no habían salido de Corcira

cuando les entregaron una carta de Perseo, en la que preguntaba qué motivos tenían los romanos para hacer pasar tropas á Grecia y ocupar las ciudades; decidiendo no contestarle por escrito, sino decir de viva voz al mensajero, portador de la carta, que los romanos lo hacían para tener guarnición en aquellas ciudades. Los Léntulos recorrían las ciudades del Peloponeso, animándolas á todas sin distinción, para que desplegasen contra Perseo igual energía que mostraron para ayudar á los romanos en la guerra con Filipo primeramente y después en la de Antioco, pero les recibían con murmullos en las asambleas: los que más se indignaban eran los aqueos, porque desde el principio de la guerra de Macedonia ayudaron á los romanos, contra Filipo, siendo enemigos de los macedonios, y no habían sido mejor tratados que los mesenios y elienos, que tomaron, por Antioco, las armas en contra del pueblo romano: recientemente admitidos en la liga aquea, quejábanse de haber sido entregados á los aqueos vencedores como precio de la lucha.

Subiendo Marcio y Acilio á la ciudad de Gitanas, en el Epiro, á diez millas del mar, reunieron allí á los epirotas y consiguieron que la asamblea les escuchase con unánime asentimiento. Diéronles cuatrocientos hombres de los jóvenes del país, que quedaron de guarnición en Orestas, ciudad que los legados habían libertado del yugo de los macedonios. Desde allí pasaron á la Etolia permaneciendo en ella pocos días, hasta que se reemplazó al pretor que había muerto: inmediatamente del nombramiento de Lynico, cuyas buenas disposiciones en favor de los romanos eran muy conocidas, pasaron á Tesalia, adonde acudieron los legados de los acarnanios y los desterrados de los beocios. Los acarnanios recibieron orden de manifestar que se presentaba para el pueblo ocasión de reparar las ofensas que habían in-

ferido al pueblo romano, primeramente en la guerra contra Filipo y después en la de Antioco, cuyas promesas le engañaron. Si, á pesar de aquellas ofensas, habían experimentado la clemencia del pueblo romano, podían, prestándoles servicios, experimentar su liberalidad. Reconvínose á los beocios por la alianza que habían hecho con Perseo; contestando éstos que la falta se debía á Ismanias, jefe del partido contrario, y que algunas ciudades, aunque desaprobándolo, habían cedido á sus sugerencias, Marcio contestó: «Lo veremos, porque pediremos á cada ciudad que decida por sí misma de su suerte.» Los tesalios se reunieron en Larisa y allí encontraron propicia ocasión para dar gracias á los romanos por el don de su libertad, y los legados para darlas á los tesalios por el enérgico auxilio que les prestaron primero en la guerra de Filipo y después en la de Antioco. Este recuerdo de antiguos servicios prestados llevaron á la multitud á decretar, en su entusiasmo, todo lo que quisieron los romanos. Al terminar la reunión, presentáronse legados de Perseo, reclamando principalmente los beneficios de las relaciones de hospitalidad que existían entre su padre y el de Marcio. Después de recordar primeramente estas relaciones, los legados aprovecharon la ocasión para pedir una conferencia con el rey. Marcio contestó que, en efecto, había oído decir á su padre que había tenido á Filipo por huésped y amigo, y que no había olvidado por completo aquellas relaciones al encargarse de la legación; que si se encontrase bueno no hubiese aplazado la entrevista, y que cuando se sintiese mejor, marcharía con su colega á las orillas del Peneo, cerca del paso que lleva de Homolio á Dium.

Perseo marchó entonces de Dium y penetró en el interior de su reino, acariciando ligera esperanza por haber dicho Marcio que por él personalmente se había encar-

gado de la legación. A los pocos días acudieron á la entrevista convenida, llevando el rey númeroesa escolta, tanto de cortesanos como de soldados de su guardia. No era menos numerosa la comitiva de los legados romanos, por acompañarles mucha gente de Larisa, así como los legados de las ciudades que se reunieron en Larisa, y que querían llevar á sus pueblos noticias terminantes de la entrevista que habrían presenciado. Experimentaban también la curiosidad natural de ver conferenciar un rey tan ilustre con los legados del pueblo más poderoso de la tierra. Cuando se encontraron en presencia sin tener más que el río que les separase, hubo algunos momentos de vacilación y negociaciones para saber quién pasaría el agua; alegando los unos los derechos de la majestad real, reclamando los otros en nombre del pueblo romano y recordando además que Perseo había pedido la entrevista. Una chanza de Marcio puso fin á la cuestión de etiqueta. «El menor, dijo, debe venir á buscar al mayor, y el hijo debe dar los primeros pasos hacia su padre.» (Él se llamaba Filipo.) No costó trabajo convencer al rey; pero surgió otra cuestión: ¿con cuántos pasaría? El rey consideraba conveniente pasar con toda su comitiva; los legados querían que solamente le acompañasen tres personas, ó que, si quería que le acompañase toda su escolta, diese rehenes que garantizasen la completa lealtad de la entrevista; entregando como rehenes á Hippias y Pantanco, que habían sido sus parlamentarios y que eran sus amigos más íntimos. Aquellos rehenes no los pedían enteramente como prendas de buena fe, sino para hacer ver á los aliados que la entrevista del rey y de los legados romanos no se celebraba bajo condiciones de igualdad. Acercáronse, no como enemigos, sino con toda la benevolencia que es propia de huéspedes; colocaron sillas y se sentaron.

Después de corto silencio, dijo Marcio: «Esperas sin duda que contestemos á la carta que nos enviaste á Corcira, preguntando por qué siendo simples legados hemos venido con tropas, y por qué enviamos guarniciones á todas las ciudades. Tu pregunta me coloca en difícil situación; sería orgullo no contestarte, y hacerlo con sinceridad temo que pueda herir tus oídos. Pero es necesario que la palabra ó la espada vengue la ruptura de los tratados; y aunque habría preferido que se encargase á otro y no á mí el trabajo de hacerte la guerra, me resignaré á emplear con mi huésped el lenguaje severo que debo usar, como los médicos, cuando para salvar nuestra vida tienen que apelar á remedios dolorosos. En cuanto subiste al trono hiciste una cosa que debías hacer; enviaste legados para renovar la alianza; pero mejor fuera no renovarla que violarla después de renovada: tal es la opinión del Senado. Amigo y aliado del pueblo romano era Abrupolis, y tú le has destronado. Artetaro, el príncipe ilirio más fiel al nombre romano, muere asesinado; y tú recibes á sus asesinos, como si aquella muerte, por no decir más, hubiese satisfecho tus deseos. En contra de lo que manda el tratado, has atravesado con un ejército la Tesalia y el territorio de Malia para ir á Delfos, y también á pesar del tratado has enviado socorros á los bizantinos. Bajo la fe del juramento has ajustado una alianza separada, alianza ilícita, con nuestros aliados los beocios. Los legados tevasios Eversa y Calicrito, que venían de parte nuestra, fueron asesinados; y prefiero preguntar por quién á decirlo. ¿Y á quién sino á tus emisarios puede atribuirse la guerra intestina de la Etolia y la muerte de los principales del país? Tú mismo has devastado el territorio de Dolopos. Al regresar de Roma á sus estados el rey Eumeno, estuvo á punto de quedar inmolado en Delfos, sobre terreno sagrado, como una víctima

ante los altares; y mi lengua resiste nombrar á aquel á quien acusa. Todos los atentados ocultos que revela nuestro huésped de Brindis creo que te los han censurado en las cartas que te han escrito desde Roma y que te trajeron tus legados. Para impedirme que citase estos hechos, no tenías otro medio que no preguntarme por qué hacíamos pasar ejércitos á Macedonia, y por qué poníamos guarnición en las ciudades de nuestros aliados. Más altivo habría sido no contestar á tu pregunta que responderte con sinceridad. Por mi parte recordaré la hospitalidad que medió entre nuestros padres, al escuchar tus palabras, y celebraré que me des motivos para defender tu causa ante el Senado.»

El rey contestó: «Mi causa sería buena defendida ante jueces imparciales, y vosotros sois jueces y partes. Entre las acciones que se me imputan como crímenes, las hay que deberían enorgullecerme; otras que confesaría sin rubor, y algunas acerca de las que, á una afirmación, contesto con una negación. Si me juzgaseis según vuestras leyes, ¿por qué las afirmaciones del delator de Brindis y las quejas del rey Eumeno habrían de ser á vuestros ojos acusación verdadera y no calumniosa? Eumeno, sobre quien recaen tantos odios públicos y particulares, ¿no tiene otro enemigo que yo? Y por mi parte, en mis proyectos criminales, ¿no podría emplear otro brazo que el de un Rammio á quien jamás había visto ni había de ver? Se me pide cuenta de los tebanos, cuando es sabido que perecieron en un naufragio; se me acrimina por la muerte de Artetaro; y sin embargo, todo lo que se ve en esto es que los asesinos se desterraron á mis estados. Admito la acusación, si admitís á vuestra vez que siempre que se refugian desterrados en Italia ó Roma quedan autorizados para hacer remontar hasta vosotros los crímenes por que son condenados. Si ante esta consecuencia retrocedéis vosotros y

todas las naciones, pido que se me cuente en el número. Y á fe mía, ¿qué se entiende al decir que el destierro es libre, si el desterrado se ve cerrar todo el universo? Sin embargo, cuando me dijisteis que se encontraban en Macedonia, mandé buscarlos y les prohibí á perpetuidad penetrar en mis estados. Estas son las acusaciones á que tenía que contestar como si me encontrase delante de mis jueces; pasemos á las desavenencias que he tenido con vosotros como rey, acerca de las cláusulas de nuestro tratado, y discutamos. Si el tratado dijese efectivamente que ni siquiera podría defender mi persona y mi trono contra un agresor, debería confesar que al rechazar la de Abrupolis, aliado del pueblo romano, había violado el convenio. Pero si el tratado lo permitía y además el derecho de gentes autoriza para rechazar la fuerza con la fuerza, ¿qué debía hacer cuando Abrupolis había devastado las fronteras de mi reino hasta Amfípolis y arrebatado multitud de hombres libres, considerable número de esclavos y animales por millares? ¿Debía permanecer tranquilo y sufrir hasta que hubiese entrado con las armas en la mano en Pela y en mi propio palacio? Le he hecho guerra legítima; pero sin duda no debía quedar derrotado, no debía experimentar la suerte ordinaria de los vencidos: ¡cómo! habiendo tenido yo tales consecuencias que experimentar, siendo el que rechazaba la agresión, ¿de qué desgracias puede quejarse el agresor? No alegaré iguales razones, ¡oh romanos!, para justificar la represión que mis armas han ejercido relativamente á los dolopos, porque eran súbditos míos, comprendidos en los estados que vuestro decreto concedió á mi padre. Si tuviese que dar cuenta de mi conducta, no seríais vosotros ni vuestros aliados, sino solamente aquellos que censuran la severidad de la justicia hasta con los esclavos, los que podrían considerar mi severidad como excesiva

y tiránica; porque ellos mataron á Eufranor, que les di como prefecto, y con tanta crueldad lo hirieron, que la misma muerte fué el menor de sus sufrimientos.

»Desde allí llegué hasta Larisa, Autrón y Filea, y acercándome de este modo á Delfos, donde tenía que cumplir un voto, subí para hacer el sacrificio. Con objeto de acusarme, se dice que llevaba mi ejército, sin duda para hacer lo que os censuro hoy, para apoderarme de las ciudades y poner en ellas guarniciones. Reuní en asamblea todas las ciudades de la Grecia que he atravesado; que un solo particular denuncie una vejación que le hayan hecho experimentar mis tropas, y confesaré en seguida que el sacrificio fué fingido y que ocultaba otro objeto. Hemos enviado tropas á los etolios y á los bizantinos y hecho amistad con los beocios. Cualquiera que sea la importancia que se atribuya á estas determinaciones, más de una vez, no solamente las han expuesto, sino justificado mis legados ante vuestro Senado, donde tenía adversarios peor dispuestos que tú, Q. Marcio, que eres huésped de mi padre; pero entonces no había ido aún Eumeno á Roma para atizar con calumnias y forzadas interpretaciones las sospechas y el odio y para esforzarse en convenceros de que los griegos no pueden tener libertad ni gozar de los efectos de vuestra benevolencia, mientras subsista el reino de Macedonia. Cerraráse este círculo, y muy pronto se presentará alguno para deciros que en vano habéis rechazado á Antioco más allá del Tauro, que Eumeno tiraniza al Asia mucho más que Antioco, y que vuestros aliados no gozarán de tranquilidad mientras exista una corte en Pérgamo: que aquella corte es un foco de tiranía que pesa sobre todos los estados vecinos. Por mi parte, bien sé, Q. Marcio y M. Atilio, que el efecto de las ofensas de que me acusáis y de mi justificación, deben depender de la delicadeza del oído y de

las disposiciones interiores de los que me escuchan: que la dificultad no consiste en averiguar lo que he hecho, ni con qué intención, sino cómo lo consideraréis vosotros. Convencido estoy de no haber cometido intencionalmente ninguna falta: si la he cometido por inadvertencia, vuestra reconvención es capaz de corregir y purificar mi conducta. Por parte mía nada hay irremediable, ninguna ofensa que pueda decidiros á empuñar las armas para castigarla: en vano se había propagado por todos los pueblos la fama de vuestra clemencia y profunda sabiduría, si por tales motivos, que apenas darían lugar á quejas é investigaciones, tomáis las armas y declaráis la guerra á los reyes aliados vuestros.»

Aprobando Marcio aquel lenguaje, le aconsejó enviar legados á Roma, opinando que debía llegarse hasta el último extremo, intentar todos los medios y no renunciar á ninguna esperanza. El resto de la entrevista no tuvo otro fin que el de procurar á los legados todas las seguridades necesarias para el viaje. Parecía que este objeto no podía conseguirse de otra manera que por una petición de tregua; así lo deseaba Marcio, y tal fué su intención al aceptar la entrevista; sin embargo, mostró dificultades para convenir en ella, afectando que solamente la concedía por consideración al rey. Los romanos no estaban completamente preparados, no teniendo ejército ni general dispuestos: mientras que Perseo, si vana esperanza de paz no hubiese perturbado su perspicacia, tenía tomadas todas sus disposiciones, preparados todos sus recursos y podía elegir, para comenzar la guerra, el momento más conveniente para él y más desventajoso para el enemigo. Después de aquella entrevista, los legados romanos, que habían ofrecido al rey la garantía de una tregua, marcharon á Beocia. En este país habían estallado algunos movimientos por

consecuencia de la retirada de algunos pueblos de la liga que unía á los beocios, retirada producida por la respuesta de los legados; habiendo dicho éstos, como ya se sabe, que verían qué pueblos mostraban repugnancia á entregarse por completo al partido del rey. Primeramente de Queronea y después de Tebas acudieron legados á su encuentro en el camino mismo, para asegurar que no habían estado presentes en la reunión en que se decretó aquella alianza: los romanos, sin con-testarles en el momento, les mandaron que les siguiesen á Calcis. Otra discusión dió lugar á graves disturbios. El partido vencido en la elección de pretores beocios amotinó á la multitud y promulgó un decreto prohibiendo á las ciudades recibir á los beotarcas. Los desterrados se retiraron en masa á Tespias; y desde allí, donde les recibieron amistosamente, gracias á la calma que recobraron los ánimos, les llamaron á Tebas y dieron un decreto desterrando á los doce individuos que, sin carácter público, habían celebrado asamblea y deliberado. En seguida Ismenias, el nuevo pretor, varón noble y poderoso, publicó un decreto condenándoles á muerte por contumacia. Habíanse refugiado en Calcis; y desde allí, habiendo marchado para reunirse con los romanos en Larisa, acusaron á Ismenias por la alianza ajustada con Perseo y refirieron los disturbios ocasionados por aquel debate. Ante los romanos se presentaron legados de los dos partidos, los desterrados, acusadores de Ismenias é Ismenias mismo.

Cuando llegaron á Calcis, los jefes de otras ciudades, espontáneamente y como más podía agrandar á los romanos, renunciaron por decretos individuales á la alianza del rey y se acercaron á los romanos; Ismenias creía conveniente que la nación Beocia se pusiese á disposición de Roma. De esto resultó tal discusión, que de no refugiarse en el tribunal de los legados romanos, le

habrían dado muerte los desterrados y sus partidarios. La misma Tebas, capital de la Beocia, se encontraba vivamente agitada, inclinándose unos por el rey y otros por los romanos; y hasta se habían reunido gentes de Coronea y Haliarto para defender el decreto de alianza con el rey. Pero los jefes resistieron, y demostrando con las derrotas de Filipo y de Antioco la fuerza y la fortuna de Roma, convencieron á aquella multitud, haciéndola renunciar por decreto á la alianza con el rey, y enviar á los legados romanos á Calcis á los que se habían mostrado partidarios de la alianza con Roma, para darles satisfacciones y recomendar la nación á la leal protección de los romanos. Marcio y Atilio escucharon con regocijo á los tebanos y les aconsejaron, como individualmente á los otros, que enviasen legados á Roma para renovar la amistad. Ante todo exigieron la repatriación de los desterrados y dieron un decreto condestando á los partidarios de la alianza con el rey. Conseguido de esta manera su objeto principal y disuelta la asamblea de los beocios, partieron para el Peloponeso: habiendo llamado á Calcis á Ser. Cornelio. En Argos se les admitió en la asamblea, y solamente pidieron á la nación Aquea un refuerzo de mil hombres; fuerzas que enviaron á Calcis para guarnecerla, hasta que el ejército romano se trasladase á Grecia. Marcio y Atilio habían cumplido su misión, y á la entrada del invierno dejaron la Grecia y regresaron á Roma.

Por la misma época enviaron una legación al Asia para visitar las islas. Esta legación la formaban Ti. Claudio, P. Postumio y M. Junio, quienes solicitaron á los aliados para que emprendiesen la guerra con los romanos contra Perseo; trabajando más según la importancia de las ciudades, persuadidos de que las pequeñas cederían á la influencia de las grandes. Su mayor atención la dedicaban á los rodios, que podían ser, no sólo

partidarios, sino auxiliares útiles y poderosos en la guerra, con las cuarenta naves que habían equipado por consejo de Hegesiloco. Colocado éste en la magistratura más elevada, con el ordinario título de Prytanino, á fuerza de razones había convencido á los rodios para que renunciasen á una esperanza, que habían reconocido muchas veces como vana, la de sostener á los reyes, y atenerse á la alianza romana, única estable en la tierra por su fuerza y lealtad. «La guerra con Perseo es inminente; los romanos querrán poder contar con tantas fuerzas navales como desplegaron últimamente contra Antioco y contra Filipo. Tendrán que agitarse mucho para preparar la flota en el momento en que sea preciso disponer de ella, á menos que desde luego comiencen á carenar las naves y equiparlas. Siendo tanto más necesario desplegar actividad, cuanto que de esta manera rechazarían con hechos las acusaciones de Eumeno.» Estas observaciones les decidieron, y cuando llegaron los legados romanos, les mostraron una flota de cuarenta naves equipadas, para demostrarles que no habían esperado á su exhortación. Esta legación contribuyó poderosamente á levantar los ánimos de las ciudades del Asia. Solamente Décimo regresó á Roma sin haber conseguido nada y hasta sospechoso de haber cometido la infamia de recibir dinero de los reyes de Iliria.

Habiendo regresado Perseo á Macedonia, después de la entrevista con los romanos, envió legados á Roma para tratar allí de la paz, bajo las condiciones indicadas por Marcio, y entregó cartas á los que enviaba á Bizancio y Rodas. En todas estas cartas decía que había celebrado una entrevista con los romanos, y daba á las preguntas y respuestas un tono encaminado á hacer creer que había quedado ventajoso en la discusión. Ante los rodios añadieron los legados: «Que confiaban en la paz, porque habían marchado á Roma legados por con-

sejo de Marcio y Atilio. Si los romanos, á pesar de los tratados, persistían en sus intenciones belicosas, los rodios tendrían que desplegar toda su influencia y esfuerzos para conseguir la paz: si sus ruegos no alcanzaban éxito, debían cuidar de que no cayese en poder de un pueblo solo todo el universo. Si otros estaban interesados en esto, con mayor razón los rodios que, por su grandeza y fuerza, estaban á la cabeza de las repúblicas, y que no podían esperar más que sujeción y servidumbre en cuanto no hubiese otro recurso que los romanos.» La carta y explicaciones de los legados más encontraron atención benévola que ejercieron influencia real en los ánimos, que no cambiaron porque comenzaba á fortalecerse el partido de la prudencia. Contestóse en virtud de un decreto: «Que los rodios deseaban la paz: que en caso de guerra, el rey no podía esperar nada de los rodios, ni debía pedirles nada que pudiese perjudicar á la antigua amistad que les unía con los romanos; amistad que descansaba en tantos servicios importantes prestados en paz y en guerra.» A su regreso de Rodas visitaron también la ciudad de Tebas, de Coronea y de Haliarto, porque creían que á pesar suyo las habían hecho renunciar á la alianza del rey para unirse con los romanos. Los tebanos permanecieron inquebrantables, á pesar de que la condenación de sus jefes y repatriación de los desterrados, les habían enemistado con los romanos. Los de Coronea y Haliarto, favorables instintivamente á los reyes, enviaron legados á Macedonia pidiendo guarnición que les pusiese al abrigo del intolerable despotismo de los tebanos. Contestó el rey que no podía enviar guarnición atendiendo á la tregua con los romanos; sin embargo, que les aconsejaba precaverse como pudieran de las ofensas de los tebanos, pero sin ofrecer pretexto á los romanos para ensañarse con ellos.

Cuando llegaron á Roma Marcio y Atilio dieron cuenta en el Capitolio de su misión, mostrándose satisfechos por haber burlado al rey so pretexto de tregua, con la esperanza de la paz. «El rey tenía tan bien tomadas todas sus disposiciones, mientras que ellos no tenían nada preparado, que podía haberse apoderado de todas las posiciones ventajosas antes de que los romanos desembarcasen en Grecia. A favor del tiempo que les concedía la tregua, los romanos, sin que el rey se preparase más, podrían comenzar la guerra mejor provistos de todos los recursos. Habían tenido también habilidad para disolver la asamblea de los beocios, de manera que les sería imposible en adelante entenderse para unirse con los macedonios.» Considerable parte del Senado aprobaba aquella conducta como obra maestra de política; pero los ancianos, que conservaban el recuerdo del antiguo modo de obrar, decían: «Que no veían en aquella legación la política romana.» Los antiguos no hacían la guerra por medio de emboscadas y ataques nocturnos, con fugas simuladas y repentinos regresos contra un enemigo desprevenido; no buscaban la gloria de la astucia en vez de la del verdadero valor; declaraban la guerra antes de hacerla; hasta la proclamaban y hasta fijaban á veces el lugar del combate. Esta lealtad fué la que les impulsó á denunciar al rey Pirro aquel médico que atentaba á su vida; ó á entregar, cargado de cadenas, á los falicos al traidor que les traía los hijos del rey. Esta era la política romana, tan distinta de la mala fe púnica y de la intriga de los griegos, para quienes es más glorioso engañar al enemigo que vencerlo con las armas en la mano. Sin duda habrá circunstancias en que será más ventajoso apelar á la astucia que á la fuerza; mas para que una victoria sea definitiva y completa, es necesario arrancar al vencido la confesión de que no por artificio y casualidad,

sino en campal batalla y guerra abierta, ha sido derrotado. Esto era lo que decían los ancianos que no aprobaban las modernas prácticas. Pero en el Senado el partido de la conveniencia venció al del honor, aprobándose la primera legación de Marcio y enviándole á Grecia con quinquerremes y facultades para que sirviese según su criterio los intereses de la república. Enviaron también á A. Atilio para que ocupase á Larisa, en Tesalia; temiendo que, al expirar la tregua, enviase guarnición Perseo, apoderándose de esta manera de la capital de la Tesalia. Para desempeñar esta misión tuvo Atilio que pedir dos mil hombres de infantería á Cn. Sicinio. A P. Léntulo, que había regresado de Acaya, dieron trescientos italianos para que marchase á Tebas y mantuviese la independencia de la Beocia.

Preparadas todas estas cosas, aunque se decidían en vista de la guerra, acordóse, sin embargo, recibir á los legados en el Senado. Estos no hicieron más que repetir sobre poco más ó menos lo que el rey había dicho en la entrevista. La asechanza dirigida contra Eumeno fué objeto de amplia justificación, aunque poco concluyente, porque era cosa demostrada. El resto de su oración fué una súplica; pero las disposiciones de los oyentes no admitían convencimiento ni perdón. Intimóseles la orden de salir inmediatamente de Roma y de Italia antes de treinta días. En seguida el cónsul P. Licinio, á quien la suerte había asignado la Macedonia por provincia, fué invitado á dar órdenes para que su ejército se reuniese inmediatamente. El pretor C. Lucrecio, cuya provincia era la flota, partió de la ciudad con cuarenta quinquerremes, porque se decidió guardar para determinado uso algunas naves de las carenadas. El pretor envió delante con una quinquerreme á su hermano Lucrecio, para recoger las naves que los aliados se habían comprometido á alistar y venir á reunirse con la flota

en Cefalania. En Reggio tomó una, dos en Locros, cuatro de los uritas, y siguiendo la costa de Italia, dobló el cabo en que termina la Calabria, sobre el mar Jónico, y llegó á Dirraquio. Allí encontró diez naves pertenecientes á los mismos dirraquinos, doce de los iseenos, cincuenta barcas del rey Gencio, que aparentó creer preparadas expresamente para uso del pueblo romano y las tomó todas; y llegando en tres días á Corcira, puso rumbo hacia Cefalania. El pretor C. Lucrecio partió de Nápoles, cruzó el estrecho y llegó en cinco días á Cefalania, donde fondeó la flota, primeramente para esperar que llegasen las fuerzas de tierra, y además para que se reuniesen las naves de transporte, que se habían dispersado en la navegación.

Por estos mismos días, el cónsul Licinio, después de formular los votos en el Capitolio, partió de la ciudad con traje de guerra. Siempre es grave y solemne este caso, pero excita poderosamente la atención y el interés cuando el cónsul á quien se acompaña marcha contra un enemigo poderoso y que se ha distinguido por su valor ó su fortuna. No es solamente por deber y convencimiento por lo que se agrupan en derredor del general, sino también por curiosidad ó para ver al hombre á cuya experiencia y sabiduría se encarga la defensa de los intereses principales del estado. En seguida acuden á la mente muchas ideas; la fortuna de la guerra, la inseguridad de la suerte y los caprichos de Marte; los reveses, los triunfos, las derrotas, con tanta frecuencia debidas á la falta de habilidad y á la imprudencia de los jefes; la fortuna, que muchas veces recompensa su prudencia y valor. ¿Sabe alguien cuál de aquellos dos partidos, cuál de aquellas dos fortunas será la del cónsul que parte para la guerra? ¿Se le verá pronto, al frente de su ejército victorioso, subir triunfante al Capitolio, saludar á aquellos mismos dioses de quienes se

despide hoy? ¿ó se prepara este regocijo al enemigo? Porque ese rey Perseo, contra quien se marcha, goza de mucha fama, tanto por la reputación guerrera del pueblo macedonio, como por las hazañas de su padre Filipo, que, entre otras guerras, se distinguió por la que hizo á Roma: además, Perseo había hecho hablar incesantemente de él desde su advenimiento al trono y de los preparativos de guerra que hacía. Así pensaban todos los órdenes del estado al acompañar al cónsul en su partida. Enviáronse con él dos varones consulares, como tribunos de los soldados, y tres jóvenes de ilustre linaje, P. Léntulo y los dos Manlios Acidinos, hijo el uno de M. y el otro de L. Manlio. El cónsul marchó con ellos á reunirse con el ejército, y cruzando el Adriático con todas sus tropas, marchó á acampar cerca de Nimfeo, en el territorio de Apolonia.

Pocos días después, viendo Perseo por el relato de sus legados, que habían regresado de Roma, que era necesario renunciar á toda esperanza de paz, celebró consejo, en el que se prolongó mucho la discusión entre las diferentes opiniones; creyendo unos que se debía pagar un tributo, si lo imponían, ó ceder parte del territorio si los condenaban á ello; queriendo que no se negase nada de lo que podría sufrirse para conseguir la paz y que el rey no arriesgase su vida y su corona en tan terrible juego. «Poseedor de un trono sin competidores, encontraría en el tiempo auxiliar poderoso, que no solamente le haría conquistar lo que había perdido, sino que hasta podría hacerle temible á los que él temía ahora.» El mayor número se decidía por el partido más exaltado: «Por poco que se cediese, pronto habría que ceder todo el reino, decían. Los romanos no necesitaban dinero ni engrandecimiento; pero sabían que todas las cosas humanas, y sobre todo, los reinos y los imperios, estaban expuestos á muchos cambios; que habían des-

truído la fuerza de los cartagineses y ensanchado á su costa un reino inmediato, cuyo yugo pesaba sobre ellos; que Antioco y su dinastía habían sido rechazados más allá del monte Tauro; que ya no quedaba en su vecindad más que el imperio Macedónico, y que si el pueblo romano veía en algún punto disminuir su poder, parecía el único capaz de reanimar en el pecho de sus reyes su antiguo valor. Antes de comenzar nada, el mismo Perseo debía considerar si, de concesión en concesión, quiere, despojado sucesivamente de todos sus estados y desterrado de su reino, pedir á los romanos Somotracia ó alguna otra ciudad para sobrevivir á su reinado, y envejecer en ella como simple particular, en el desprecio y la pobreza; ó bien si, tomando las armas para defender su fortuna y su rango, preferirá exponerse á todos los peligros de la guerra y optar por las probabilidades de una victoria que libertaría al universo del despotismo de Roma. No sería más extraño ver á los romanos expulsados de Grecia que Anníbal de Italia: y ciertamente no se veía por qué, después de haber rechazado con tanta energía las pretensiones de un hermano que aspiraba, sin derechos, á la corona, había de ceder á extranjeros aquella corona adquirida. En fin, en toda deliberación acerca de la paz ó la guerra, hay que convenir en un punto: que nada hay tan vergonzoso como ceder un trono sin resistencia; nada tan hermoso como correr todos los riesgos de la fortuna, cuando se trata de la honra y la dignidad.»

Celebrábase el consejo en Pela, la antigua capital de los reyes de Macedonia. «Hagamos, pues, con el auxilio de los dioses, esa guerra, puesto que tal es vuestra opinión, dijo el rey.» Y envió cartas á todos sus prefectos, y reunió todas sus fuerzas en Cicio, ciudad de la Macedonia. El mismo, después de un sacrificio verdaderamente regio, en el que se inmolaron cien víctimas

ante el altar de Minerva, llamada Alcis, partió para Cicio con escolta de cortesanos y satélites. Ya estaban reunidas allí todas sus tropas macedónicas y auxiliares: colocó su campamento en las puertas de la ciudad y ordenó todo su ejército en la llanura. Elevábase el total á cuarenta mil combatientes, siendo la mitad falangistas. Mandábanles Hippias y Boreo. Había además dos mil hombres escogidos por su robustez entre todos los cetratos, formando lo que ellos llaman una legión. A éstos los mandaban Leonato y Trasippo Eulyes. El resto de los cetratos, en número de cerca de tres mil, marchaban á las órdenes de Antifilo Edeseo. Los peones, los de Parora y de Pastrimonia, parajes que confinan con la Tracia, los agrianos con los que se mezclaban algunos tracios, formaban un cuerpo de cerca de tres mil hombres, reunidos y equipados por Didas el peón, asesino del joven Demetrio. Además dos mil combatientes galos, á las órdenes de Asclepiodoto: de Heraclea, en los Sintos, habían acudido tres mil tracios libres, con un jefe de su nación. Casi igual número de cretenses obedecía á sus capitanes Susa Falaserno y Sila Gnosio. El lacedemonio Leonidas llevaba quinientos griegos de diferentes pueblos. Creíase que Leonidas descendía de estirpe regia: había sido desterrado por sentencia dictada en pleno consejo de la liga aquea, porque interceptaron cartas suyas á Perseo. De etolios y beocios solamente había unos quinientos, mandados por el aqueo Lycón. Estos auxiliares, pertenecientes á todos los pueblos y naciones, formaban un conjunto de cerca de doce mil hombres. Toda la Macedonia reunida había suministrado tres mil caballos: Cotys, hijo de Scutha, rey de los odrysos, se presentó con mil jinetes escogidos é igual número de peones. El total del ejército era treinta y nueve mil hombres de infantería y cuatro mil de caballería; y era indudable que desde el ejér-

cito que pasó al Asia guiado por Alejandro Magno, ningún rey de Macedonia había reunido tantas fuerzas.

Veintiséis años hacía que concedieron la paz á Filipo á petición suya, y durante este tiempo, merced á la tranquilidad, la Macedonia había aumentado en población, cuya mayor parte se encontraba en buenas condiciones para la milicia: guerras sin importancia con sus vecinos los tracios, más habían servido para ejercitarles, que para quebrantarlos, manteniéndoles constantemente en armas; y el tiempo que Filipo primero y después Perseo emplearon en meditar la guerra contra los romanos, hacía que no faltase nada á los preparativos. Perseo hizo ejecutar algunos movimientos á su ejército, no serie completa de evoluciones, sino los suficientes para que no permaneciese ocioso sobre las armas; y reunió en asamblea á sus soldados, armados como estaban. Sentóse Perseo en su tribunal, con sus dos hijos á los lados; el mayor, Filipo, hermano suyo por naturaleza, había pasado á ser hijo por adopción; el más joven, llamado Alejandro, era realmente hijo suyo. Exhortó á los soldados para la guerra; recordó las ofensas que el pueblo romano había inferido á su padre y á él: obligado su padre, por toda clase de ultrajes, á comenzar de nuevo la guerra, le sorprendió la muerte en medio de sus preparativos: al mismo tiempo que enviaban legados á Perseo, pasaban soldados para ocupar las ciudades de Grecia. En seguida le engañaron con una tregua que, so pretexto de llegar á un acuerdo pacífico, habían hecho durar todo el invierno, con objeto de tener tiempo para prepararse: venía un cónsul con dos legiones romanas, constando cada una de seis mil infantes y trescientos caballos y casi igual número de aliados en infantería y caballería. Si se añade á este número las tropas auxiliares de los reyes Eumeno y Massinissa, se contarían siete mil hombres de á pie y dos mil de á

caballo sobre los anteriores. Contadas las fuerzas romanas, bastaba que considerasen su propio ejército, para ver cuán superior era en número y calidad al de los romanos, reclutas alistados apresuradamente para aquella guerra, cuando los macedonios habían aprendido desde la infancia á manejar las armas, que habían tenido tantas guerras para endurecerse y acostumbrarse á las fatigas. Los romanos tenían por auxiliares á los cidios, los frigios y los númidas; los macedonios á los tracios y los galos, los más valientes de los pueblos: aquéllos no tenían otras armas que las que habían podido comprar los pobres soldados (1); los macedonios sólo habían tenido que tomarlas en los arsenales del rey, donde las construían desde tantos años por cuidados de su padre y de él. El enemigo tenía sus provisiones lejos y expuestas á todos los peligros del mar; él, además del producto de sus minas, tenía dinero y granos acopiados para diez años. Todos los preparativos que podían depender de la bondad de los dioses y la vigilancia del rey, los tenían completos los macedonios y asegurados para mucho tiempo. Era necesario que tuviesen tanto valor como habían desplegado sus antepasados, que después de someter toda la Europa, habían pasado al Asia, abriendo sus armas un mundo que ignoraba la fama, no deteniéndose en su conquistadora marcha hasta que el mar Rojo les cortó el paso, no quedándoles nada que conquistar. Pero ahora no se trataba ciertamente de las apartadas fronteras de la India, sino que la fortuna sometía á la lucha que iban á sostener la pose-

(1) Parece ser que los soldados romanos tenían que comprar por su cuenta las armas, y solamente los proletarios las recibían del Estado en épocas de apuro. En tiempo de guerra y en las provincias, el Estado suministraba, ó mejor dicho, vendía armas á los soldados; pero en Roma cada uno se las procuraba en particular.

sión de la misma Macedonia. Al hacer la guerra á su padre, los romanos se presentaron con el falso título de defensores de Grecia; ahora se proponían ostensiblemente la servidumbre de los macedonios, no queriendo para el imperio romano la vecindad de un rey, ni dejar las armas en mano de un pueblo libre. Si renunciaban á la guerra y obedecían á las intimaciones que habían hecho, tendrían que entregar al vencedor sus armas, su rey y su reino.»

Muchas veces habían interrumpido la oración muestras de asentimiento; pero ahora brotaron enérgicos gritos de odio y amenaza y protestas de adhesión á propósito para robustecer la confianza del rey, á quien invitaron á terminar; pero éste se limitó á recomendarles que se preparasen á marchar (porque se decía que los romanos habían salido de Nimfeo), disolvió la asamblea y fué á recibir en audiencia á los legados de las ciudades de Macedonia. Estos se presentaban á ofrecer dinero, según sus recursos, y granos para la guerra. Todos recibieron las gracias y quedaron dispensados de aquellos suministros, diciéndoles que el rey había provisto suficientemente á todo: solamente les pidieron carros para el transporte de máquinas, de la enorme cantidad de flechas que tenían en los depósitos y otros aprestos de guerra. En seguida marchó con todo el ejército, dirigiéndose á Eordea, acampando en las orillas de un lago, llamado Begorrites, y avanzando al día siguiente hasta Elimea, en el Haliacmón. Atravesando en seguida, por estrecha garganta, los montes llamados Cambunios, bajó á la comarca llamada Trípolis, compuesta de tres ciudades, Azoros, Pithio y Doliques. Estas ciudades vacilaron algún tiempo por haber dado rehenes á los larisos; pero cediendo al miedo del momento, capitularon. El rey las recibió con bondad, no dudando que los perrhebios harían lo mismo, y solamente tuvo

que presentarse delante de la ciudad para que los habitantes se rindiesen sin vacilar. En cuanto á Cirecia fué necesario atacarla: el primer día acudieron los habitantes á las puertas armados y decididos, rechazándoles; pero al siguiente les atacó con todas sus fuerzas, y antes de anocheecer capitularon todos.

Muy cerca de allí se encontraba Mila, plaza tan fuerte, que sus habitantes, considerando inexpugnables sus baluartes y poseídos de insensata confianza, no se limitaron á cerrar atrevidamente sus puertas al rey, sino que le dirigieron, lo mismo que á los macedonios, todo género de insolencias. Esto produjo mayor animosidad por parte del enemigo para atacarles, y mayor encarnizamiento de su parte para defenderse, porque no podían esperar gracia. Tres días transcurrieron en los que se desplegó extraordinaria energía en el ataque y la defensa. Los macedonios, gracias á su número, fácilmente podían reemplazar con fuerzas frescas á las cansadas; los sitiados, en la necesidad de permanecer día y noche en las fortificaciones para defenderlas, se debilitaban tanto por las heridas como por las vigiliyas y continuas fatigas. El cuarto día, cuando por todas partes aplicaban las escalas á la muralla y atacaban la puerta con mayor vigor, los sitiados, arrojados de los parapetos, acudieron á la defensa de la puerta, y repentinamente, hicieron una salida contra el enemigo. Pero como en aquella resolución dominaba más la rabia irreflexiva que el racional convencimiento de sus fuerzas, su corto número y el cansancio les hicieron ceder ante fuerzas frescas que les derrotaron y persiguieron, entrando detrás de ellos en la plaza, cuya puerta habían abierto. De esta manera se apoderaron de la plaza, saqueándola en seguida: los que sobrevivieron á la matanza fueron vendidos. Después de haber demolido y quemado gran parte de la ciudad, Perseo dirigió la marcha sobre Fa-

lana, llegando al día siguiente á Girtona. Enterado de que T. Minucio Rufo é Hippias, pretor de los tesalios, habían entrado en ella con un cuerpo de tropas, ni siquiera trató de atacarla, pasó adelante y cayó tan repentinamente sobre Elacia y Gonno, que sus habitantes, aturridos por su repentina llegada, capitularon. Estas dos ciudades están en las gargantas por donde se entra en el valle de Témpe, especialmente Gonnos, razón por la cual dejó allí guarnición más considerable de infantería y caballería, rodeándola además con triple foso y una empalizada. Habiendo avanzado en seguida hasta Sicurio, decidió esperar allí al enemigo, mandando al mismo tiempo á sus tropas que recogiesen los granos en todo el país enemigo que se extendía á su vista; porque Sicurio está al pie del monte Ossa, que al Mediodía domina las llanuras de Tesalia, volviendo la espalda á Macedonia y Magnesia. A estas ventajas reúne la ciudad la de un territorio sano y rico, estando rodeada de manantiales perennes.

El cónsul romano, pasando con su ejército á Tesalia en aquellos mismos días, no encontró primeramente obstáculo para atravesar el Epiro; después, cuando se vió en la Atamania, suelo áspero y casi impracticable, chocó con inmensas dificultades, y solamente con mucho trabajo y á jornadas muy cortas llegó hasta Gomfos. Con sus hombres y caballos tan cansados, y siendo bisoño su ejército, si hubiese encontrado delante al rey con su ejército, en tiempo y paraje favorables, los mismos romanos confiesan que les hubiese costado muy cara la batalla. Habiendo llegado á Gomfos sin combate, además del placer que experimentaron por haber atravesado aquel paso peligroso, tuvieron el de despreciar al enemigo, que tan inhábil era para aprovechar las buenas ocasiones. Después de un sacrificio en toda forma y de distribuir trigo á los soldados, el cónsul

concedió algunos días de descanso á los hombres y á los animales, y enterado de que los macedonios desbandados vagaban por la Tesalia y talaban los campos de los aliados, viendo á sus soldados bastante repuestos, les llevó á Larisa. Después, no encontrándose más que á tres millas de la Trípolis llamada Scea, colocó su campamento sobre el río Peneo. Por el mismo tiempo, Eumeno acababa de fondear en Calcis con sus hermanos Atalo y Ateneo, después de dejar á su hermano Filaturo en Pérgamo para la custodia de su reino. Desde allí marchó para reunirse con el cónsul, acompañándole Atalo, llevando cuatro mil hombres de á pie y mil caballos. En Calcis dejaba dos mil hombres de infantería á las órdenes de Ateneo. Esta ciudad fué el punto de reunión de todos los cuerpos auxiliares que por todas partes enviaban á los romanos los pueblos de la Grecia, cuerpos tan débiles en número generalmente, que la historia no los menciona. Los apoloniatos enviaron trescientos jinetes y cien hombres de á pie. Los etolios habían formado una sola turma con toda su caballería para enviarla; la de Tesalia estaba dividida en destacamentos, no habiendo más de trescientos jinetes en el campamento romano. Los aqueos habían suministrado unos mil quinientos hombres de su nación, armados como los cretenses.

Al mismo tiempo el pretor C. Lucrecio, que mandaba la flota en Cefalonia, mandó á su hermano Marco que doblase con la flota el cabo Malea, para dirigirse á Calcis, embarcándose él mismo en una trirreme para marchar por el golfo de Corinto para asegurarse de las disposiciones de la Beocia. Su travesía fué lenta por causa de su mala salud. Enterándose M. Lucrecio, á su llegada á Calcis, de que P. Léntulo tenía sitiado á Haliarto, le envió un mensajero para que le mandase, en nombre del pretor, que se alejase de la plaza. El legado.

había emprendido aquel ataque con la parte del ejército beocio que estaba por los romanos, y obedeciendo la orden, se alejó de la ciudad. El levantamiento de este sitio no hizo más que dar lugar al segundo; porque en seguida M. Lucrecio, con sus tropas de mar, en número de diez mil combatientes y los dos mil hombres de Eumeno, que mandaba Ateneo, bloqueó Haliarto, y ya se preparaban á dar el asalto, cuando llegó el pretor, que venía de Creusa. Al mismo tiempo se reunían en Calcis las naves de los aliados: eran éstas dos quinquerremes cartaginesas, dos trirremes de Heraclea del Ponto, cuatro de Calcedonia, otras tantas de Samos y cinco cuadrirremes de Rodas. Viendo el pretor que en ningún punto era marítima la guerra, las devolvió á los aliados. Q. Marcio llegó también con sus naves á Calcis, después de haber tomado á Alope, y entrado por asalto en Larisa, llamada Cremarta. Tal era el estado de las cosas en Beocia, cuando Perseo, que permanecía en Sicurio, como ya se ha dicho, después de recoger los granos en todos los campos, envió fuerzas para devastar las tierras de los fereos, creyendo que los romanos, para llevar socorros á las ciudades aliadas, se aventurarían en el país y podrían caer en sus lazos. Al verles impasibles ante aquellos desórdenes, no conservó del botín más que las personas, distribuyendo el resto, que consistía principalmente en animales, como víveres á los soldados.

El cónsul y el rey celebraron consejo al mismo tiempo para decidir cuándo habían de comenzar las hostilidades. El rey se encontraba muy enardecido por la libertad que le habían dejado para talar las tierras de los fereos. Su opinión era marchar al campamento y no conceder al enemigo más aplazamientos. Los romanos pensaban también que su contemporización les desacreditaba á los ojos de los aliados, á quienes había disgus-

tado especialmente su obstinación en no socorrer á los de Ferea. Deliberaban acerca de la conducta que debían seguir, asistiendo á la deliberación Eumeno y Atalo, cuando llegó un mensajero muy agitado, diciendo que el enemigo llegaba en masa. Levantóse la sesión, y en el acto se dió la señal de tomar las armas. Entretanto se dispuso la salida de cien hombres de la caballería real y otros tantos de infantería armados con dardos. Encontrándose Perseo á la hora cuarta á poco más de tres millas del campamento romano, mandó hacer alto á su infantería, siguiendo él adelante con la caballería y tropas ligeras; igual movimiento realizaron Cotys y los otros jefes auxiliares. A menos de quinientos pasos del campamento se encontraban, cuando vieron á los jinetes enemigos: formaban éstos dos turmas, compuestas de galos en su mayor parte, á las órdenes de Casiñato, y unos ciento cincuenta hombres de tropas ligeras, misios y cretas. Detúvose el rey, ignorando cuantos enemigos tenía delante, y destacó dos turmas de tracios y dos de macedonios, acompañadas cada una por dos cohortes de cretenses y de tracios. Como el número era casi igual, y ni unos ni otros recibieron refuerzos, el combate quedó incierto. Eumeno perdió unos treinta hombres, entre ellos Casiñato, el jefe de los galos, que cayó muerto: Perseo llevó por el momento sus fuerzas á Sicurio. A la misma hora de la mañana siguiente, el rey avanzó con su ejército hasta el mismo punto, mandando que le siguiesen carros cargados de agua; porque había un camino de doce mil pasos completamente seco y lleno de polvo, y podía temerse que molestase mucho la sed si se trababa el combate desde el primer momento. Los romanos permanecían tranquilos y hasta habían retirado sus guardias al interior de los parapetos, entrando también en el campamento las tropas del rey. La misma operación se repitió du-

rante muchos días; porque temían que la caballería romana atacaría la retaguardia en cuanto se alejasen, y que entonces se trabaría el combate, separándoles de su campamento, pudiéndola derrotar fácilmente, en cualquier parte en que se encontrase, gracias á la superioridad de su caballería y de las tropas ligeras.

No consiguiendo lo que se proponía, el rey marchó á establecer su campamento más cerca del enemigo, fortificándose en la posición que eligió á cinco millas de distancia. En seguida, al amanecer mandó formar en batalla á su infantería en el mismo punto que de costumbre, y llevó en dirección del campamento enemigo toda la caballería y las tropas ligeras. Al ver una polvareda más densa y cercana que de ordinario, dióse la alarma en el campamento romano. Al principio apenas se dió crédito á la noticia, porque todos los días anteriores el enemigo se había presentado exactamente á la hora cuarta. Pero cuando se vió acudir de las puertas multitud más considerable, no se dudó, y el desorden llegó al colmo. Los tribunos, prefectos y centuriones corrieron al pretorio; cada soldado buscó su tienda. No mediaban quinientos pasos entre el campamento y el punto en que Perseo había ordenado sus fuerzas en batalla, alrededor de un otero llamado Calicino. Cotys mandaba el ala derecha formada por sus súbditos; las tropas ligeras estaban intercaladas entre las turmas de caballería, modificando su aspecto. En el ala izquierda estaba la caballería macedónica, cuyas turmas se encontraban mezcladas con arqueros cretenses. Mandaba estas fuerzas Medón, de Besea, y la caballería Menón, de Antígona, que además tenía á sus órdenes toda el ala. En las inmediaciones de las alas estaban los jinetes de la guardia del rey y un cuerpo mezclado, compuesto de soldados escogidos de diferentes pueblos, tomados de los auxiliares: mandábanlos Patroclo,

de Antígona, y Didas, prefecto de Peonia. El rey estaba en el centro. El cuerpo llamado *agema* (1) y los jinetes de las turmas sagradas formaban su escolta. Delante de él colocó una línea armada con hondas y venablos, constando de cuatrocientos hombres cada cuerpo de estos; confiándose su mando á Yon, de Tesalónica, y al prefecto Tímanor. Tal era el orden de batalla de las fuerzas reales. El cónsul, después de formar la infantería dentro de las empalizadas, mandó salir la caballería con las tropas ligeras, que se ordenaron delante de los parapetos. Púsose el ala derecha á las órdenes de C. Licinio Crasso, hermano del cónsul, que tenía toda la caballería italiana mezclada con los vélites; á la izquierda M. Valerio Levino, jefe de la caballería de los aliados griegos, y la infantería ligera suministrada por estos pueblos. El centro lo formaban los jinetes extraordinarios elegidos á las órdenes de Q. Minucio. Doscientos jinetes galos y trescientos auxiliares de la nación de los circios y el ejército de Eumeno se habían colocado delante de ellos. Al frente del ala izquierda y á corta distancia, se formaron cuatrocientos jinetes tesalios. El rey Eumeno y Atalo se situaron detrás, entre la retaguardia y las empalizadas.

Formados los dos ejércitos en este orden, sobre poco más ó menos, siendo por ambas partes casi iguales en número la infantería y la caballería, llegaron á las manos, trabando el combate las fuerzas que marchaban delante armadas con hondas y venablos. Los tracios, como fieras encerradas mucho tiempo en jaulas, fueron los primeros en lanzarse á toda brida, gritando espantosamente, sobre la caballería italiana, consiguiendo turbar aquellos ánimos aguerridos y naturalmente valerosos;

(1) Cuerpo elegido que ordinariamente marcha delante de los reyes de Macedonia.

su infantería ataca con las espadas el bosque de lanzas, corta los jarretes á los caballos y les horada el vientre. Perseo ataca el centro, y al primer choque, hace volver la espalda á los griegos; perseguida por el enemigo, esta fuerza encuentra útil apoyo en la caballería tesaliana, que, colocada en el ala izquierda como reserva, permanecía á la espalda fuera del combate, pero que pasó muy pronto á mezclarse en él, cuando vió ceder á los otros. Estos combatieron lentamente en retirada sin desordenarse, hasta que llegaron á los auxiliares que mandaba Eumeno, y allí, después de dar entre sus filas seguro refugio á los que huían á la desbandada, viendo menos apretados á los enemigos que les perseguían, se atrevieron á avanzar y salieron al encuentro de los fugitivos recogidos. Los reales á su vez, habiendo aclarado sus filas en la persecución, temieron trabar pelea con un cuerpo que marchaba tan ordenado y con tanta firmeza. Vencedor el rey en aquella escaramuza de caballería, excitaba á sus tropas diciéndolas que les bastaban pocos esfuerzos para que quedase terminada la guerra, cuando llegó la falange que traían Híppas y Leonato, que para contribuir al éxito de tan brillante rasgo de audacia, asumieron la responsabilidad de llevarla, en cuanto supieron el afortunado éxito del combate de caballería. Dispuesto el rey á acometer empresa tan grave, fluctuaba entre la esperanza y el temor, cuando el cretense Evandro, cuyo auxilio le fué tan útil en la asechanza dirigida contra el rey Eumeno, viendo moverse y acercarse con las enseñas levantadas aquel macizo cuerpo, se acercó al rey y le aconsejó enérgicamente que no se dejase arrebatar por la fortuna y que no comprometiese en una jugada todo el porvenir de su poder. Contentándose con el éxito de la jornada y permaneciendo tranquilo, recibiría la paz con condiciones honrosas, y si prefería la guerra, vería multiplicarse

los aliados y cortesanos de su fortuna. Este consejo era el más agradable al rey, que felicitó á Evandro, mandó retroceder las enseñas y que regresase al campamento la infantería tocándose retirada á la caballería.

Los romanos perdieron aquel día doscientos jinetes y dos mil hombres de infantería, que quedaron muertos; otros doscientos hombres de caballería cayeron prisioneros. De las fuerzas del rey solamente mataron veinte hombres de caballería y cuarenta de infantería. Cuando los vencedores entraron en el campamento, el regocijo era general, distinguiéndose los tracios por la exaltación de su alegría, cantando y llevando clavadas en las lanzas las cabezas de sus enemigos. Los romanos, además del disgusto de haber sido vencidos, temían verse atacados inmediatamente por el enemigo en su campamento. Eumeno aconsejaba repasar inmediatamente el Peneo, para tener el río por defensa, mientras los soldados se rehacían de su abatimiento. La vergüenza retenía al cónsul, que no quería mostrar temor; pero cediendo á la razón y aprovechando el silencio de la noche para que cruzasen el río sus tropas, se fortificó en la otra orilla. A la mañana siguiente avanzó el rey para provocar al enemigo, y cuando vió que se había puesto en seguridad al otro lado del río, comprendió que había cometido una falta la víspera no hostigándolo después de la derrota y que había sido mayor aún la de permanecer ocioso toda la noche. Porque sin mover los demás cuerpos, le hubiese bastado lanzar sus tropas ligeras para destruir gran parte del ejército romano en la operación del paso del río. En cuanto á los romanos, la fuerte posición de su campamento les libraba de todo temor por el momento actual, afectándoles mucho más el descalabro que había sufrido su fama. En el consejo celebrado con el cónsul, todos á porfía hacían recaer la falta sobre los etolios, que dieron comienzo á la derrota

difundiendo el temor; los demás cuerpos griegos aliados no habían hecho más que dejarse arrastrar por el terror de los etolios. Decíase que se había visto volver la espalda los primeros á cinco jefes etolios, y los cinco fueron enviados á Roma. Los tesalios fueron elogiados delante del ejército y los capitanes recibieron premios en recompensa de su valor.

Los despojos de los vencidos los llevaban al rey, sirviéndole para recompensar á sus soldados, que recibieron, unos, hermosas armas; otros, caballos, y algunos, cautivos. Recogióronse más de mil quinientos escudos y más de mil corazas y loricas, siendo mayor la cantidad de cascos, espadas y armas de toda clase. Este resultado, hermoso ya en sí, lo exageró el rey en la oración que dirigió á su ejército reunido. «Esto os permite juzgar del resultado de la guerra. Habéis derrotado lo más escogido del ejército enemigo, esa caballería romana que constituía su nervio y su gloria. Los caballeros son, en efecto, la flor de los guerreros (1); son un plantel de senadores; de sus filas salen los cónsules que se sientan en el Senado, de ellas se toman los generales. Hace un momento que os he repartido sus despojos. No es menos gloriosa la victoria que acabáis de conseguir sobre las legiones de infantería, porque se han sustraído á vuestros golpes por medio de una fuga nocturna, y,

(1) El cuerpo de los caballeros se componía de cerca de siete mil hombres, y se formaba de los romanos más ricos, nobles ó plebeyos, entrando en él cuantos gozaban de cierto capital que determinaba la ley. Servían en la caballería de las legiones y gozaban de muchos privilegios. Los censores elegían entre ellos los ciudadanos que habían de reemplazar á los senadores fallecidos, ingresando así en el primer cuerpo del Estado. Después de muchas pretensiones en el período que medió desde la segunda guerra púnica hasta el tribunado de Tiberio Graco, muerto Cayo Graco fué investida esta clase intermedia de poder judicial y derechos políticos muy importantes.

en su temor, han llenado el río de desgraciados que no podían escapar á nado. Pero nosotros, al perseguir al enemigo, experimentaremos menos trabajo para atravesar el Peneo que han tenido ellos en su terror; en cuanto pasemos, daremos el asalto á su campamento, del que nos habríamos apoderado hoy si no hubiesen huído. Si prefieren batalla campal, contad con igual triunfo en un combate de infantería como el que habéis conseguido en el de caballería.» Los que habían conseguido la ventaja, escucharon el elogio que se hacía de ellos; alegres y llevando á la espalda los despojos de los enemigos que habían matado, fundaban en lo que acababa de suceder lisonjeras esperanzas para lo venidero; los peones igualmente, y en especial los de la falange macedónica, animados por la gloria de los otros, deseaban también ocasión de servir al rey con eficacia y adquirir igual gloria á expensas del enemigo. Disolvióse la asamblea, y á la mañana siguiente partió el rey para Mopsela, donde estableció su campamento, ocupando una altura á mitad del camino de Tempe á Larisa.

Los romanos, sin alejarse de las orillas del Peneo, trasladaron su campamento á posición más fuerte. En ella recibieron al númida Misageno con mil hombres de caballería, otros tantos de infantería y además veintidós elefantes. Al mismo tiempo celebraba consejo el rey acerca del conjunto de las operaciones, y como había calmado la primera exaltación del triunfo, algunos amigos suyos tuvieron valor para aconsejarle que aprovecharse la fortuna para conseguir la paz con condiciones honrosas, en vez de entregarse á vanas esperanzas y adelantar tanto que no pudiese retroceder. «Limitar por sí mismo su prosperidad, no confiar demasiado en los recientes favores de la fortuna, es cualidad de hombre prudente, que merece su felicidad. Debía

enviar legados al cónsul para renovar el tratado con las mismas condiciones que aceptó su padre Filipo de su vencedor T. Quinceio. No podía terminar más honrosamente la guerra que por medio de una batalla tan memorable; no podía tener motivo más sólido para esperar una paz duradera que aquel combate, cuyo resultado, fatal para los romanos, había debido, abatiéndoles, hacerles propicios para tratar. Si los romanos, por su natural obstinación rechazaban condiciones equitativas, los dioses y los hombres serían testigos de la moderación de Perseo y de la ceguedad de sus enemigos.» No era refractario el rey á soluciones de esta clase, razón por la cual, reuniendo mayoría aquella opinión, envió legados al cónsul, que los recibió en numeroso consejo. Dijeron éstos «que Perseo pedía la paz; que pagaría el mismo tributo que Filipo se obligó á pagar, y que evacuaría las ciudades, las tierras y todos los demás parajes que abandonó aquel rey.» Así hablaron los legados. Cuando se retiraron, discutióse, y la constancia romana triunfó en el consejo. Acostumbrábase entonces conservar la actitud de la prosperidad en la mala fortuna y moderar los regocijos cuando las circunstancias eran favorables. La contestación que se decidió fué la siguiente: «La paz se concedería si el rey dejaba á completa libertad del Senado la deliberación acerca del conjunto de sus relaciones en lo que le concernía personalmente y á toda la Macedonia.» Cuando transmitieron la respuesta los legados, sorprendió la obstinación de los romanos á los que no la conocían; opinando la mayoría que no se hablase más de paz. Los mismos romanos irían á pedir aquel bien que rechazaban con tanta altivez. Perseo temía mostrar orgullo porque no se le creyese excesivamente confiado en sus fuerzas; así fué que no rehusó tentar al cónsul ofreciendo mayor cantidad para conseguir la paz. No pudiendo

conseguir que modificase su primera respuesta, desesperó de conseguir la paz, y volvió á ocupar la posición de Sicurio, que había abandonado, para entregarlo todo de nuevo á la fortuna de la guerra.

La noticia del combate de caballería, extendiéndose por toda la Grecia, puso de manifiesto las disposiciones de los ánimos. No solamente los partidarios de los macedonios, sino casi todos aquellos á quienes los romanos habían colmado de beneficios, y algunos que habían sido víctima de la violencia y la tiranía, recibieron la nueva con regocijo, sin otro motivo que la baja pasión que hace que hasta en los combates fingidos el vulgo se incline al combatiente peor y más débil. Por la misma época el pretor Lucrecio había dado vigoroso asalto á la ciudad de Haliarto en Beocia; y aunque los sitiados no habían recibido otro auxilio del exterior que la joven milicia de Coronea, que, al comenzar el sitio, se había encerrado en la plaza, y que no esperasen otros, resistían sin embargo, atendiendo más á su valor que á sus fuerzas; porque hacían frecuentes salidas contra los trabajos; cuando acercaban el ariete, arrojaban sobre su cabeza masas de plomo que le derribaban, y, si los trabajadores que le movían le preservaban de esta maniobra y caía la muralla, inmediatamente la reemplazaban con otra, que construían con los mismos restos y las piedras que acababan de derrumbarse. Adelantando las obras muy despacio, el pretor mandó distribuir escalas á los manípulos, como para atacar la muralla en toda su extensión; creyendo que sus fuerzas bastarían para esto, tanto mejor, cuanto que, por el lado de la laguna que rodea la plaza, ni convenía ni era posible atacarla. Por la parte donde se habían derrumbado dos torres y el lienzo de muralla que las unía, mandó avanzar dos mil hombres escogidos, y al mismo tiempo en que procuraría forzar la brecha y en que los sitiados acudi-

rían á aquel punto para detenerle, creía que por medio de las escalas podrían subir á alguna parte de la muralla desprovista de defensores. Los habitantes se preparaban á rechazarle vigorosamente, arrojando á la brecha haces de leña seca, y de pie, con antorchas encendidas en las manos, amenazaban á cada momento con prenderles fuego, con objeto de que detenido el enemigo por el incendio, tuviesen tiempo para construir una muralla en el interior. La casualidad desvirtuó esta maniobra, cayendo de pronto tales torrentes de lluvia, que impidieron encender las antorchas y apagaron las encendidas. Pudieron, pues, separar aquella leña humeante y pasar, y acudiendo todos á la defensa de un punto solo, ocuparon la muralla en otros muchos á la vez, por medio de las escalas. En el primer desorden, los ancianos y los niños que la casualidad puso al alcance de las espadas del vencedor, fueron muertos aquí y allá; los hombres armados se refugiaron en la fortaleza, y á la mañana siguiente, habiendo perdido toda esperanza, se rindieron, siendo vendidos en subasta, elevándose próximamente á dos mil quinientos. Las obras maestras de pintura y escultura que decoraban la ciudad y cuanto encerraba de objetos de valor fueron embarcados, quedando completamente destruída la plaza. Desde allí pasó el ejército á Tebas; y después de tomarla sin combote, el pretor entregó la ciudad á los desterrados y á los partidarios de los romanos; mandando vender en subasta las familias del partido opuesto y de los partidarios del rey y de los macedonios. Después de realizar estas hazañas en Beocia, regresó al mar y á las naves.

Mientras ocurrían estas cosas en Beocia, Perseo permaneció encerrado algunos días en su campamento de Sicurio. Allí supo que los romanos, después de haber recogido apresuradamente los granos de las inmedia-

ciones, los trasportaban, y que en seguida, cada uno delante de su tienda desgranaban las espigas para triturar mejor el trigo, habiendo en el campamento enormes montones de paja. Pareciéndole propicia la ocasión para un incendio, mandó preparar antorchas, mechas y pelotas de estopas empapadas en pez, partiendo en seguida á media noche, para sorprender al enemigo al amanecer. La empresa no tuvo resultado; las avanzadas al recibir el ataque, con sus gritos y desorden dieron la alarma á todos los demás, siguiendo en seguida la señal de tomar las armas; inmediatamente viéronse soldados en los parapetos y puertas, preparados para rechazar el ataque del campamento. En el acto mandó Perseo que su ejército diese media vuelta, llevando los bagajes delante y la infantería detrás; haciendo alto él mismo con la caballería y las tropas ligeras, para cerrar la marcha, previendo, como demostraron los hechos, que el enemigo le perseguiría y hostigaría su retaguardia. Trabóse breve escaramuza entre sus tropas ligeras y los exploradores romanos principalmente; y la infantería y la caballería entraron en sus campamentos sin que las inquietasen. Cuando terminaron la recolección los romanos, pasaron al territorio de Cranón, intacto aún. Muy tranquilos se encontraban, confiando en la lejanía de los dos campamentos, y en las dificultades del camino de Sicurio á Cranón, á causa de la escasez de agua, cuando al amanecer aparecieron de pronto la caballería del rey y su infantería ligera en las alturas inmediatas, produciendo alarma en el campamento. Habían partido de Sicurio la víspera á medio día; al acercarse el día dejaron la infantería en la explanada inmediata, permaneciendo Perseo algún tiempo en las alturas, creyendo que podría atraer á los romanos á un combate de caballería. Viéndoles impasibles, envió un jinete para ordenar á la infantería que se retirase hacia Sicurio, ha-

ciéndolo en seguida él mismo. La caballería romana le siguió á corta distancia para caer sobre los que se separasen del cuerpo de ejército; pero se retiraron en masa tan compacta y en tan buen orden, que los romanos, viéndolo así, volvieron á su campamento.

Disgustado el rey por la longitud del camino, fué á acampar en Mopselo, y los romanos, después de arrebatarse las cosechas de Cranón, pasaron al territorio de Falana. Enterado el rey por un desertor de que los romanos, sin hacerse apoyar por fuerza armada hacían la recolección dispersos por los campos, tomó mil jinetes y dos mil tracios y cretenses, y forzando la marcha, sin cuidarse de que sus tropas conservasen las filas, atacó de improviso á los romanos, cogiéndoles cerca de mil carros enganchados, cargados casi todos, y unos seiscientos hombres; encargando á trescientos cretenses que custodiasen el botín y lo llevasen al campamento. Por su parte, recordando á su caballería y al resto de la infantería que olvidaban matar á los merodeadores, les llevó hasta la próxima guardia, creyendo que bastarían pocos esfuerzos para exterminarla. Encontrábanse los romanos á las órdenes del tribuno L. Pompeyo, quien, viendo á sus soldados vacilantes á consecuencia de la repentina irrupción del enemigo, les hizo batirse en retirada hasta la altura inmediata, buscando la ventaja de la posición, ya que no podía resistir por fuerza, en vista de la inferioridad del número. Formó sus tropas en círculo, é hizo acercar los escudos para preservarlas de los venablos y flechas; Perseo rodeó la altura con parte de sus fuerzas, y mandó á las demás que subiesen al asalto por todos los puntos á la vez, con orden de trabar el combate de cerca, mientras los otros lanzarían flechas desde lejos. Doble terror angustiaba á los romanos; no podían combatir apretados á causa de aquellas fuerzas que se empeñaban en subir á la altura;

y si deshacían el círculo y marchaban adelante, se descubrían, hiriéndoles los venablos y flechas y especialmente los cetros feudones, arma nueva, inventada para aquella guerra, y que consistía en un hierro de lanza, de dos palmos de largo, montado en un hasta de medio codo de longitud y un dedo de grueso; para mantener el equilibrio estaba guarnecido de tres alas, como se pone á las flechas; colocábanlo en el centro de una honda que tenía dos pares de correas desiguales, mantenidas en equilibrio en la mayor de los dos senos de la honda, partiendo, como la piedra, á la rotación de la honda. Estas armas y las demás saetas habían herido á muchos soldados, encontrándose todos tan cansados, que apenas podían mantener las armas; el rey les estrechó para que se rindiesen, les prodigó juramentos y hasta les hizo promesas; pero todos permanecieron firmes y ninguno se rindió. Decididos estaban á morir, cuando apareció inesperado socorro. Algunos merodeadores habían huído hasta el campamento y anunciando al cónsul que el destacamento estaba bloqueado. Afectado por el peligro de tantos ciudadanos (eran ochocientos, y todos romanos), salió del campamento al frente de la caballería y tropas ligeras, reforzadas con los auxiliares númeras, caballería, infantería y elefantes, mandando á los tribunos que le siguiesen con las legiones y las enseñas. Él mismo, después de apoyar sus tropas ligeras con los vélites para fortalecerlas, se dirigió á la altura. Los costados del cónsul los cubrían Eumeno Atalo y Misageno, príncipe de los númeras.

Cuando los sitiados vieron la primera enseña de sus amigos, pasaron rápidamente del temor á la esperanza. Al principio se hubiese contentado Perseo con un triunfo eventual, después de haber cogido ó muerto algunos merodeadores, hubiese renunciado á perder el tiempo sitiando el destacamento de guardia; pero se había de-

jado arrastrar á hostigarle, aunque decidido á retirarse, porque no tenía fuerzas suficientes, con tal que pudiese hacerlo sin pérdidas. Alentado por el éxito, esperó la llegada de los enemigos y envió apresuradamente orden para que acudiese su falange. Llamados demasiado tarde para aquella urgencia y conducidos con precipitación, aquellos soldados, después de violenta carrera que había de fatigarles, iban á encontrarse en frente de un ejército preparado y en buen orden. El cónsul se adelantó y trabó el combate. Los macedonios resistieron al principio, pero eran inferiores en todo; después de perder trescientos infantes y veinticuatro caballeros de las familias principales, del ala que denominaban sagrada, entre ellos Antímaco, que la mandaba y que acababa de caer muerto, se vieron en la precisión de batirse en retirada. Pero en su marcha reinó más confusión que en el mismo combate. Llamada la falange por orden precipitada, venía á la carrera, encontrando en el desfiladero la columna de prisioneros y los carros cargados de grano; después de exterminar los prisioneros, la falange y el convoy, que no habían previsto aquel encuentro, se encontraron en grave apuro para abrirse paso; los soldados derribaban los carros á los precipicios, no viendo otro medio para abrirse camino, y las bestias de carga, hostigadas, aumentaban la confusión general. Apenas desembarazados del convoy de cautivos, los romanos caen en medio de la escolta real y de los asustados jinetes. Gritanles que se replieguen, y aquellos gritos les ocasiona una alarma que casi parece una derrota; hasta el punto de que, si el enemigo hubiese osado penetrar en los desfiladeros y perseguir más á los fugitivos, podría haberles hecho sufrir terrible derrota. El cónsul había salvado al destacamento, y satisfecho con aquella modesta ventaja, hizo regresar sus tropas al campamento. Según algunos autores, el

combate de aquel día fué más importante; hablan de ocho mil hombres muertos al enemigo, entre ellos Sapúter y Antipatro, generales del rey, cerca de ochocientos prisioneros y veintisiete enseñas cogidas: la victoria fué cruenta, habiendo perdido el ejército del cónsul más de cuatro mil trescientos hombres y cinco enseñas del ala izquierda.

Aquel combate devolvió el valor á los romanos y aterró á Perseo de tal manera, que después de corta permanencia en Mopsela, principalmente para cuidar de la sepultura de los soldados que había perdido, dejó en Gonno guarnición bastante fuerte y se replegó con todas sus fuerzas hacia Macedonia. Cerca de Fila dejó á un prefecto llamado Timoteo, con corto destacamento para sondear á los magnetos y sus vecinos. Cuando llegó á Pela envió sus tropas á invernar y partió con Cotys para Tesalónica. Allí supo por la fama que Atlesbis, reyezuelo de los tracios, y Corrago, prefecto de Eumeno, habían invadido el reino de Cotys y ocupado el territorio llamado Marenen. Creyó, pues, que debía permitir á Cotys marchar á defender sus estados, y á su marcha le entregó magníficos regalos, y á su caballería le dió, por la paga de seis meses, los doscientos talentos que debía entregar por la de un año. Enterado el cónsul de la marcha de Perseo, se acercó á Gonno para ver si podía apoderarse de la plaza. Situada delante de Tempe, en la misma entrada del desfiladero, es la barrera más segura para Macedonia, al mismo tiempo que permite á los macedonios bajar á la Tesalia cuando quieren. Pero era tan fuerte y estaba tan bien guardada, que consideró imposible el ataque y renunció á él. Marchó, pues, hacia Perrhebia, tomó al primer ataque á Malea, que saqueó; recobró el Trípolis y el resto de la Perrhebia y regresó á Larisa. Despidiendo entonces á Eumeno y Atalo, distribuyó á los númidas de Misageno en

las ciudades de Tesalia más inmediatas, designándose las como cuarteles de invierno; y también distribuyó parte de sus tropas en todos los puntos de la Tesalia, teniendo todas excelente invernada, y sirviendo de guarnición á las ciudades. Envió á su legado Q. Minucio con dos mil hombres para que ocupase Ambracia, y despidió á todos los aliados de las ciudades griegas, exceptuando los aqueos. Marcho con parte de su ejército para la Acaya Phthiotida, destruyó por completo á Ptelea, cuyos habitantes habían huído, y recobró Antrón por consentimiento de sus moradores. En seguida llevó su ejército á Larisa; la ciudad estaba desierta; todos se habían refugiado en la fortaleza, y decidió atacarla. Los macedonios que formaban la guarnición real fueron los primeros en temer, y habían evacuado la plaza; y los habitantes, abandonados por ellos, convinieron en seguida en rendirse. En seguida vaciló entre atacar á Demetriades, ó si le convendría fijar la atención en los asuntos de la Beocia. Los tebanos, perseguidos por los de Coronea, le llamaban á Beocia. A sus ruegos, y porque la comarca era más favorable que la Magnesia para invernar, llevó allá su ejército.

LIBRO XLIII.

SUMARIO.

Condenación de los pretores culpables de exacciones y crueldades.—El procónsul P. Licinio Crasso se apodera de muchas ciudades de Grecia y las saquea.—Decreto del Senado devolviendo la libertad á los cautivados por este general.—Violencias ejercidas sobre los aliados.—Ventajas de Perseo en Tracia; sus conquistas en Iliria.—Muerte de Olónico y pacificación de España.—Los censores nombran á Emilio Lépido príncipe del Senado.

Durante el verano en que la caballería romana consiguió sus triunfos en Tesalia, el legado que el cónsul envió á Iliria sometió por la fuerza de las armas dos ciudades opulentas, dejando á los vencidos la posesión de todos sus bienes, en la esperanza de que aquel acto de clemencia dispondría favorablemente á los habitantes de Carnunta, ciudad muy fortificada; pero reconociendo muy pronto que ni podía conseguir su sumisión, ni reducirlos por sitio regular, y no queriendo que sus soldados hubiesen soportado sin recompensa la fatiga de dos sitios, les concedió el pillaje de las ciudades que antes había perdonado. El otro cónsul C. Cassio no hizo nada memorable en la Galia, provincia que le tocó en suerte, y trató en vano de entrar en Macedonia por Iliria. Los legados de Aquilea enteraron al Senado de

aquella tentativa del cónsul. Habían venido estos legados para quejarse del estado de su naciente colonia, débil aún y sin defensa, entre dos naciones enemigas, Istria é Iliria, é instaban al Senado para que escogitase un medio que proveyese á su seguridad. Preguntóseles si querían que se encargase de este cuidado á C. Cassio; y contestaron que el cónsul, después de reunir sus tropas en Aquilea, había partido para Macedonia, pasando por Iliria. El hecho pareció al pronto increíble, y se supuso generalmente que había ido á llevar la guerra á los carnios ó los istrios. Los aquileyos declararon que todo lo que sabían y podían asegurar era que los soldados habían recibido trigo (1) para treinta días, que el cónsul había buscado guías que conociesen el camino de Italia á Macedonia y los había llevado consigo. El Senado entonces dió rienda á su indignación contra un cónsul que se había atrevido á abandonar su provincia para pasar á la de otro, y que, al llevar su ejército en medio de naciones extranjeras por camino desconocido y lleno de peligros, abría á tantos pueblos el de Italia. Decidióse por considerable mayoría que el pretor C. Sulpicio nombraría tres senadores encargados de partir de Roma aquel mismo día y hacer todo lo posible para alcanzar al cónsul C. Cassio, donde quiera que se encontrase, y prohibirle que emprendiese ninguna guerra fuera de la que le había encomendado el Senado. Los senadores enviados fueron M. Cornelio Cethego, M. Fulvio y P. Marcio Rex. Los temores que inspiraban el cónsul y su ejército hicieron descuidar por entonces la fortificación de Aquilea.

El Senado recibió en seguida á los legados de algunos pueblos de las dos Españas, quienes después de quejar-

(1) Los soldados romanos trituraban por sí mismos el trigo que recibían y confeccionaban su pan.

se de la avaricia y orgullo de los magistrados romanos, se arrojaron á las plantas de los senadores y les suplicaron no consintiesen que se persiguiese y despojase más cruelmente que á enemigos á los aliados del pueblo romano. Como, además de otros tratamientos indignos de que se quejaban, había habido evidentemente extorsiones, el pretor L. Canuleyo, á quien había tocado la España, recibió orden de elegir en el Senado cinco recuperadores (1) encargados de informar acerca de cada magistrado acusado de concusión y autorizar á los españoles para que tomasen los patronos que quisiesen. Llamóse á los legados al Senado, leyóseles el decreto y les invitaron á nombrar patronos. Cuatro designaron, M. Porcio Catón, P. Cornelio Escipión, hijo de Cneo, L. Emilio Paulo, hijo de Lucio, y C. Sulpicio Galo. El primero á quien citaron ante los comisarios fué M. Titinio, que había sido pretor en la España citerior, bajo el consulado de A. Manlio y de M. Junio. El acusado compareció dos veces, y á la tercera se le absolvió. Suscitáronse desavenencias entre los legados de las dos provincias, á consecuencia de las cuales los de la España citerior tomaron por patronos á M. Catón y Escipión, y los de la ulterior á L. Paulo y Galo Sulpicio. Los pueblos de la citerior hicieron comparecer ante los comisarios á P. Furió Filo, y los de la ulterior á Macieno. Los dos habían sido pretores, el primero tres años antes, bajo el consulado de Cn. Postumio y de Q. Mucio: el segundo dos años hacía, bajo el de L. Postumio y de M. Popilio. Dirigiéronse contra los dos gravísimas acusaciones y su causa fué ampliada (2). Cuando debían

(1) Llamábanse así estos jueces, porque por medio de ellos, cada cual recuperaba las propiedades que le pertenecían. Hase creído que podían elegirse entre todos los ciudadanos romanos, pero más especialmente entre los jueces nombrados.

(2) Cuando no estaba bastante esclarecida la causa ó había

comparecer nuevamente, supose que acababan de desterrarse; Furio á Prenesto, Macieno á Tibur. Pretendíase que los patronos se oponían á que se persiguiese á ciudadanos nobles y poderosos, y esta sospecha se robusteció cuando se vió al pretor Canuleyo abandonar el asunto (1), ocuparse de las levass y partir en seguida bruscamente para su provincia, para impedir á los españoles ejercer nuevas persecuciones. De esta manera se sepultó en el silencio el pasado, pero el Senado tomó medidas para lo venidero. Los españoles consiguieron que el magistrado romano no tendría derecho para tasar el trigo (2), ni podría obligarles á que vendiesen sus vígésimas al precio que señalase (3), ni establecer en las ciudades receptores encargados de cobrar las tasas.

Por la misma época llegó de España otra legación de género completamente nuevo. Más de cuatro mil hom-

nuevos testigos que oír, ó cuando los jueces estaban indecisos en cuanto á la sentencia, daban sus tablillas marcadas con las letras N. L. (*non licet*); el pretor pronunciaba la palabra *amphón*, y se aplazaba la causa para el día que designaba el magistrado. Este aplazamiento se llamaba *ampliatio*.

(1) Algunas veces, el pretor, para favorecer al acusado ó á sus amigos, aplazaba la causa hasta el día en que deponía sus funciones, privándose por este medio de la facultad de decidir.

(2) Las provincias debían suministrar á los magistrados romanos cierta cantidad de trigo para su uso particular. Pero algunos exigían su valor en dinero, después de tasar el trigo á infimo precio. A esto se daba el nombre de *frumentum aestimatum*. Los españoles consiguieron que en adelante los pretores recibirían el trigo en especie, ó que el aprecio se haría públicamente y según el valor común.

(3) Las provincias debían vender trigo á los romanos (*frumentum emptum*), y el Tesoro entregaba á los prefectos el dinero necesario para comprarlo. Mas para satisfacer desenfadada codicia, que cada día fué creciendo en los magistrados y contra la que fueron impotentes todas las leyes, ponían al trigo precio muy bajo, y de esta manera conservaban mucha parte de la cantidad destinada á pagarlo.

bres que se decían nacidos del comercio ilegítimo de los soldados romanos con las mujeres españolas, pedían al Senado ciudad donde habitar. El senado decretó «que diesen sus nombres á L. Canuleyo, y los que el pretor manumitiese serían enviados á Carteya, en las orillas del Océano. En cuanto á aquellos carteyos que no quisieran abandonar su morada, podrían permanecer con los nuevos colonos y se les designarían tierras. Aquel establecimiento se consideraría como colonia latina y llamada colonia de libertos.» Por el mismo tiempo llegaron de Africa Gulussa, hijo de Massinissa, enviado por su padre y una legación de cartagineses. Recibióse primeramente á Gulussa, quien dió cuenta de los socorros que había suministrado su padre para la guerra de Macedonia, y prometió satisfacer los que exigiesen además con la gratitud que le merecían los beneficios del pueblo romano. Excitó á los senadores á desconfiar de la perfidia de los cartagineses, diciendo «que tenían el proyecto de equipar una flota considerable en apariencia para ayudar á los romanos contra los macedonios, pero en realidad para poder elegir sus aliados ó sus enemigos cuando el armamento estuviese terminado.» En seguida pasó á la cuestión de territorio y de las ciudades de que se quejaban los cartagineses de haber sido despojados por Massinissa, trabándose vivo debate entre el príncipe y los legados de Cartago. Desconócense las razones alegadas por una y otra parte, así como las respuestas del Senado. La cuestión quedó dormida por algunos años, pero despertó más adelante y produjo guerra terrible que los cartagineses trabaron con Massinissa, que en seguida tuvieron que sostener con Roma, y que terminó con la ruina de Cartago. Los anales de este año refieren que una joven cambió de sexo en casa de sus padres, y por orden de los arúspices fué deportada á una isla desierta.

El cónsul C. Cassio presidió los comicios en que fueron creados cónsules A. Hostilio Mancino y A. Atilio Serrano. En seguida se nombró pretores á M. Recio, Q. Menio, L. Hortensio, Q. Elio Peto, T. Manlio Torcuato y C. Hostilio. A los cónsules se dió por decreto las provincias de Italia y Macedonia; tocando la primera á Atilio y la segunda á Hostilio. De los pretores, Recio obtuvo la jurisdicción urbana y Menio la de los extrajeros. Hortensio recibió el mando de la flota y de las costas marítimas de Grecia. Las demás provincias pretorianas fueron sin duda, como el año anterior, España, Sicilia y Cerdeña; pero el silencio de los monumentos antiguos no permite saber por modo cierto á qué pretor tocó cada una. P. Licinio se condujo como si le hubiesen enviado para combatir á los griegos y no á Perseo, haciendo recaer sobre un pueblo desgraciado y demasiado débil para oponerle resistencia el furor que no podía ejercer contra su enemigo natural. En la Beocia, donde invernaba, tomó muchas ciudades y las entregó á desenfrenado saqueo. Los coroneos, que fueron los más maltratados, acudieron al Senado, que decretó en el acto la libertad de los prisioneros que habían sido vendidos en subasta. El pretor Lucrecio, jefe de la flota, imitó y hasta superó la avaricia y crueldad del cónsul; mostrándose tan temible para los aliados, como despreciable á los ojos del enemigo. Cuando fondeaba su flota cerca de Orea, Perseo la atacó de improviso, le tomó veinte naves de transporte cargadas de trigo, echó á pique las demás y se apoderó también de cuatro quinqueremes. No fueron menos afortunadas las armas del rey en Tracia, adonde había llevado sus tropas para socorrer á Cotys, atacado por Atlesbis y Corrago. Cotys se defendió valerosamente, porque era tan valiente en el combate como hábil en el consejo. Era tracio solamente por el origen, pero no tenía ninguna de las costum-

bres de su nación. Modelo de sobriedad y templanza, consiguió que todos le quisieran por su modestia y moderación.

Todo marchaba á satisfacción de Perseo, porque en esta época la nación de los epirotas se declaró por él por instigaciones de Céfalo, que adoptó su partido por necesidad más que por inclinación. Poseía Céfalo rara prudencia y mucha firmeza, encontrándose animado entonces de excelentes intenciones. Primeramente rogó á los dioses inmortales que no hiciesen estallar entre los romanos y Perseo una guerra que produciría la ruina de uno de los dos bandos. Cuando comenzó la guerra, fiel á sus compromisos, decidió ayudar á los romanos, pero sin traspasar los términos del tratado, ni deshonorarse por servil abnegación. Este plan lo desconcertó un tal Caropo, nieto del que sirvió de guía á T. Quincio en los desfiladeros inmediatos al río Aous durante la guerra contra Filipo. Vil adulador de los grandes, y hábil urdidor de calumnias contra las personas honradas, había sido educado en Roma, donde su abuelo le había enviado para que aprendiese la lengua y las letras romanas. Entre los romanos hizo muchos conocimientos y amistades, y, á su regreso á su patria, aquel hombre naturalmente ligero y perverso, alentado por las relaciones que dejaba en Roma, no cesaba de declamar contra los jefes principales de los epirotas. Al principio oíasele con desprecio, cuidándose poco de sus amenazas; pero cuando estalló la guerra entre Perseo y los romanos y el considerable número de partidarios secretamente declarados por el rey dió origen á sospechas contra la Grecia, Caropo se dedicó sin descanso á prevenir á los romanos contra los que ocupaban los primeros puestos en el Epiro. Las antiguas relaciones de Céfalo y su partido con los reyes de Macedonia daban á sus calumnias cierta apariencia de verdad, aumentan-

do él mismo el peso de sus acusaciones por medio de maligno cuidado en espiar sus palabras y acciones, atendiendo constantemente á presentarlas bajo el peor aspecto y á alterar la verdad añadiendo ó suprimiendo algunas circunstancias. Céfalos y los que pensaban como él acerca de la dirección de los negocios, contemplaban aquellos trabajos sin conmoverse, fuertes en su inalterable fidelidad á Roma; pero en cuanto observaron que los romanos prestaban oídos á aquellas insinuaciones, y que algunos etolios de los más principales, hechos sospechosos por las mismas calumnias, acababan de ser enviados á Roma, creyeron que ya era tiempo de concluir y atender á su libertad. Como su único recurso consistía en la amistad del rey, tuvieron que aliarse con Perseo y arrastrar su nación á su partido. En Roma, los cónsules A. Hostilio y A. Atilio, después de haber tomado posesión de su cargo y cumplido en el recinto y fuera de la ciudad los deberes religiosos y civiles del consulado, partieron para sus provincias. Hostilio, á quien había tocado la Macedonia, se apresuró á reunirse con su ejército en Tesalia, y al pasar por el Epiro, que todavía no se encontraba en abierta rebelión, estuvo á punto de caer en manos de Perseo. Dos epirotas, llamados Theodoto y Filostrato, convencidos de que, entregándolo al rey, conseguirían fuertes derechos á su gratitud, y darían por el momento terrible golpe á los romanos, escribieron á Perseo invitándole á venir apresuradamente. Si los molossos no hubiesen detenido al rey cerca del río Laous, y si el mismo cónsul, advertido del peligro que corría, no hubiese cambiado de camino, infaliblemente le hubiesen cogido. Habiendo, pues, dejado el Epiro, marchó por mar á Anticira, y desde allí pasó á la Tesalia, donde tomó el mando del ejército, marchando en seguida contra el enemigo; pero no fué más afortunado en la dirección de aquella gue-

rra que lo había sido el año anterior. Trató combate con el rey, fué derrotado, y después de tratar primeramente de abrirse paso por fuerza á través de Elimea, después ocultar su marcha por la Tesalia, encontrando por todas partes á Perseo que le cerraba el paso, tuvo que renunciar á inútiles esfuerzos. El pretor Hortensio, á quien la suerte había designado la flota, no fué más afortunado ni más hábil; siendo su hazaña más memorable el cruel y pérfido saqueo de la ciudad de Abdera, cuyos habitantes se habían atrevido á reclamar contra las insoportables cargas que les habían impuesto. Perseo, despreciando á los romanos y creyéndose al abrigo de toda inquietud, terminó la campaña con una expedición contra los dardanios, matándoles diez mil hombres y recogiendo rico botín.

Los celtíberos, á instigación de su nuevo jefe Olónico, á quien algunos llaman Salóndico, realizaron algunos movimientos en España. Aquel bárbaro, astuto y audaz, fingiéndose adivino y blandiendo una lanza de plata, que decía haber recibido del cielo, había atraído la atención general. Formó el insensato proyecto de asesinar al pretor, y tuvo la temeridad de penetrar de noche, con un auxiliar, en el campamento romano. Pero cuando llegó cerca de la tienda, un centinela le mató con un venablo, pereciendo también su compañero en su loca tentativa. El pretor mandó inmediatamente que les cortasen la cabeza, las clavaran en picas y las llevasen á los españoles algunos prisioneros de su nación. La llegada de los prisioneros y la vista de aquellas cabezas produjeron terror tan grande en el campamento, que si en el acto hubiese avanzado el ejército romano, fácilmente se habría apoderado de él. Muchísimos celtíberos huyeron, y algunos opinaban enviar legados para suplicar que les concediesen la paz. La noticia dió lugar á la sumisión de muchas ciudades, tratando de justificarse

los habitantes atribuyendo el delito á dos insensatos que habían ido por sí mismos á recibir el castigo. El pretor les perdonó y marchó en seguida hacia otras ciudades, encontrándolas todas dispuestas á la obediencia, y recorrió tranquilamente con su ejército un país que acababa de estar sublevado. Aquella clemencia del pretor, que supo dominar, sin efusión de sangre, á nación tan belicosa, agradó tanto más al pueblo y al Senado, cuanto que el cónsul Licinio y el pretor Lucrecio se habían mostrado en la guerra de Grecia ávidos y crueles. Los tribunos del pueblo no cesaban de atacar á Lucrecio con ruda violencia, y sus amigos contestaban para excusarle que su ausencia tenía por causa el servicio de la república. Pero en aquella época se sabía tan poco de lo que pasaba hasta en las mismas puertas de Roma, que, durante aquel tiempo, el pretor se encontraba en su quinta de Anzio y empleaba el fruto de sus rapiñas en llevar á Anzio las aguas de Loracina, trabajos que le costaron, según se dice, ciento treinta mil ases. Adornó también el templo de Esculapio con cuadros conseguidos por sus extorsiones. Afortunadamente para Lucrecio, una legación de Abdera fijó en seguida la atención pública en su sucesor Hortensio, atrayendo sobre éste el odio y la infamia que pesaba sobre aquél. Los legados se presentaron llorando en las puertas del Senado, quejándose «de la toma y saqueo de su ciudad por Hortensio, consistiendo todo su crimen en que, cuando el pretor les exigía cien mil dineros y cincuenta mil medios de trigo, pidieron tiempo para enviar legados al cónsul Hortensio y á Roma para tratar el asunto. Apenas llegados al cónsul, supieron la toma de su ciudad, el suplicio de los varones más distinguidos y la venta de otros como esclavos.» El Senado se indignó, dando en favor de Abdera un decreto parecido al que dió en favor de los coroneos, recibiendo el pretor Q. Menio or-

den de comunicarlo al pueblo. Envióse á C. Sempronio Bleso y Sex. Julio César como legados para poner en libertad á los abderitanos; quedando encargados de declarar al cónsul Hostilio y al pretor Hortensio que el Senado consideraba injusta la guerra hecha á los abderitanos; que mandaba rescatar cuidadosamente á cuantos estaban en esclavitud y que se les devolviese la libertad.

Por el mismo tiempo se formularon quejas en el Senado contra C. Cassio, que había sido cónsul el año anterior y que servía ahora en Macedonia como tribuno militar, á las órdenes de A. Hostilio. Presentóse primeramente una legación de Cincibilo, rey de los galos, llevando la palabra el mismo hermano del rey, diciendo que «Cassio había devastado el territorio de los pueblos de los Alpes aliados de los romanos y reducido á la servidumbre muchos miles de habitantes.» Poco después llegaron legados de los carnienos, istrios y japiidos: «el cónsul Cassio les había exigido primeramente guías para conducir su ejército á Macedonia; les dejó con disposiciones pacíficas aparentemente, pero de pronto retrocedió desde la mitad del camino y taló sus fronteras, llevando por todas partes el pillaje y el incendio, y los habitantes permanecían en la ignorancia del motivo que impulsó al cónsul á tratarles como enemigos.» A las dos legaciones se contestó «que el Senado no había podido prever las violencias de que se quejaban, y que si verdaderamente habían ocurrido, las desaprobaba abiertamente. Pero, en justicia, no podía condenarse sin oír á un varón consular, ausente en servicio de la república. Cuando Cassio regresara de Macedonia, si querían acusarle frente á frente, el Senado, después de conocer el asunto, cuidaría de que quedasen satisfechos.» No limitándose á esta respuesta, enviaron legados, dos al rey galo y tres á los otros pueblos,

para enterarles de los propósitos del Senado. Regalaron á los legados dos mil ases y al príncipe galo y á su hermano dos collares de oro, de peso de cinco libras; cinco vasos de plata, de peso de veinte; dos caballos enjaezados con los palafreneros, armadura completa y cubierta. Los hombres de su comitiva, libres y esclavos, recibieron ropas. Además de estos regalos, les concedieron el permiso que pedían para comprar cada uno diez caballos y sacarlos de Italia. A los galos les acompañaron como legados, al otro lado de los Alpes, C. Lelio y M. Emilio Lépido; encargándose la otra legación á C. Sicinio, P. Cornelio Blasio y T. Memmio.

Por aquel mismo tiempo llegaron á Roma legados de muchas ciudades de Grecia y de Asia, siendo recibidos antes que todos los atenienses. Estos expusieron «que habían enviado al cónsul P. Licinio y al pretor C. Lurecio todas las naves y soldados de que podían disponer; y que habían pedido, en vez de aquel socorro, que no habían empleado, cien mil modios de trigo. Los atenienses, á pesar de la esterilidad de su suelo, la necesidad en que se encontraban de comprar el trigo á los extranjeros para alimentar hasta á los habitantes de los campos, se apresuraron á obedecer, para que no pudiesen censurarles, y que estaban dispuestos además á suministrar todo lo que el Senado juzgase necesario.» Los milesianos, confesando que no habían hecho nada aún, declararon que estaban dispuestos á dar lo que el Senado les exigiese para las necesidades de la guerra. Los albandenses, después de recordar que habían alzado un templo á la ciudad de Roma y de establecer dos juegos anuales en honor de la nueva divinidad, añadieron que traerían una corona de oro, de cincuenta libras de peso, que deseaban colocar en el Capitolio, y hacer un sacrificio allí. Los lampsacenos pedían lo mismo, ofreciendo una corona de cuarenta y cinco libras,

y añadían «que sometidos á Perseo y antes á Filipo, habían abandonado el partido de Perseo á la llegada de los romanos á Macedonia; como premio de aquel servicio y de su apresuramiento en suministrar á los generales romanos todas las cosas necesarias, solamente pedían un favor, el título de aliados de Roma, y si se llegaba á ajustar la paz con Perseo, la seguridad de que se les exceptuase del número de pueblos que quedasen bajo el dominio del rey.» A todos los legados les contestaron con benevolencia; y en cuanto á los de Lampsaco, el pretor Q. Menio recibió orden de inscribirles en la lista de los aliados del pueblo romano. Cada legado recibió dos mil ases como regalo; y los albardenes fueron invitados á llevar los escudos al cónsul C. Hostilio, en Macedonia. Por el mismo tiempo llegaron de África legados de los cartagineses y de Masinissa. Anunciaban los primeros que habían llevado á orillas del mar un millón de modios de trigo y cincuenta y cinco mil de cebada, que trasladarían al paraje que indicara el Senado. «Sin duda el regalo y el servicio estaban lejos de corresponder á los beneficios del pueblo romano y á su buena voluntad; pero frecuentemente, en otras circunstancias, cuando la fortuna de los dos pueblos era igualmente próspera, habían cumplido los deberes de aliados fieles y agradecidos.» Los legados de Masinissa ofrecieron á su vez igual cantidad de trigo y además mil doscientos caballos y doce elefantes: si el Senado necesitaba otra cosa, podía mandarlo, porque su rey estaba dispuesto á satisfacer sus peticiones y á cumplir las promesas que había hecho.» Dióse las gracias al rey y á los cartagineses, y se les invitó á que trasladasen á Macedonia, para el cónsul Hostilio, los socorros que ofrecían. Cada legado recibió dos mil ases.

Los legados cretenses manifestaron que habían enviado á Macedonia el número de arqueros que pidió

P. Licinio; pero como no podían negar «que se encontraba mayor número aún en el ejército de Perseo,» les respondieron «que cuando estuviese demostrado que los cretenses tenían la intención leal y sincera de preferir la alianza del pueblo romano á la del rey, el Senado les contestaría como aliados fieles. Entretanto podrían decir á sus compatriotas que el Senado quería que los cretenses llamasen cuanto antes á aquellos soldados suyos que se encontraban al servicio de Perseo.» Después de despedir á los cretenses con esta contestación, el Senado mandó llamar á los calcidios. El aspecto de los legados bastaba para comprender lo apremiante de la necesidad que les llevaba á Roma. Micción, jefe de los legados, imposibilitado para andar, se había hecho llevar en litera. Ni él ni sus conciudadanos encontraron en su enfermedad razón suficiente para excusarle de aquel viaje. Después de comenzar diciendo que solamente le quedaba vida en la lengua para deplorar los males de su patria, enumeró primeramente los servicios anteriores de sus conciudadanos, y los que los generales y ejércitos romanos habían recibido en la guerra con Perseo. En seguida expuso los actos de tiranía, de avaricia y crueldad que los calcidios habían tenido que sufrir de parte del pretor romano C. Lucrecio y los que les hacía soportar todavía Hortensio. Añadió «que estaban decididos á soportar todos los males, cualesquiera que fuesen, antes de abrazar el partido de Perseo. En cuanto á Lucrecio y Hortensio, sin duda hubiese sido más seguro cerrarles las puertas que recibirles. Las ciudades que se habían negado á admitirles, Emacia, Amfípolis y Maronea, nada habían tenido que sufrir; ellos, por el contrario, habían visto despojar sus templos de todos sus adornos, y Lucrecio, embarcando aquel botín sacrílego, lo había trasladado á Anzio. Hombres libres habían sido llevados en esclavitud, y el

bandolerismo de que habían sido víctimas los aliados de Roma se reproducía diariamente. Fiel imitador de Lucrecio, Hortensio les obligaba á alojar en invierno y verano las tropas de su flota. Las casas estaban llenas de soldados, y se encontraban obligados á vivir entre ellos, á tener entre sus esposas y sus hijos aquellos hombres desenfrenados en palabras y obras.»

Llomóse al Senado á Lucrecio para que contestase á las acusaciones y se defendiese. Pero cuando se encontró presente, los legados expusieron mayor número de quejas que en su ausencia, y encontró acusadores más temibles y poderosos en los dos tribunos del pueblo, Menio Juvencio Thalna y Cn. Anfidio, quienes, no contentos con haberlo abrumado en el Senado, le llevaron ante el pueblo, prodigándole invectivas y le demandaron en juicio. El pretor Q. Menio quedó encargado de contestar á los calcidios: «que el Senado reconocía la verdad de lo que habían referido en orden á los servicios que habían prestado al pueblo romano, tanto antes, como en la guerra presente, y que sabía apreciarlos como merecían. En cuanto á los excesos de que acusaban al pretor Lucrecio, y á los que aún cometía Hortensio, el Senado no había autorizado ni los pasados ni los actuales, como podían comprender. Bien sabían que el pueblo romano había declarado la guerra á Perseo y á su padre Filipo por libertar la Grecia y no para que sus magistrados trataran de aquella manera á amigos y aliados; por lo cual escribirían al pretor Hortensio que el Senado desaprobaba altamente los actos de que se quejaban los calcidios. Habíase mandado al pretor que hiciese buscar con la mayor diligencia, para devolver la libertad, á los hombres libres que se encontraban reducidos á la esclavitud. En cuanto á los soldados navales, se le prohibía alojar en adelante ni uno solo en casa de los habitantes, exceptuando los jefes.» Tal fué la carta que

se escribió á Hortensio de parte del Senado. Regalaron á cada legado dos mil ases y se suministraron á Micción, por cuenta de la república, carruajes para que le llevasen cómodamente á Brindis. En el día señalado acusaron los tribunos ante el pueblo á C. Lucrecio, proponiendo fuese multado en un millón de ases; y cuando se reunieron los comicios, las treinta y cinco tribus le condenaron por unanimidad.

En este año no ocurrió nada memorable en Liguria. Los enemigos no empuñaron las armas y el cónsul no hizo entrar las legiones en su territorio. Seguro de que no se turbaría la paz en el resto del año, licenció los soldados de dos legiones romanas sesenta días después de su llegada á la provincia. Aposentó desde muy temprano en cuarteles de invierno, en Luna y Pisa, á los aliados del nombre latino, y recorrió con la caballería la mayor parte de las ciudades de la Galia. En ninguna parte había guerra más que en Macedonia; pero se sospechaba de Gencio, rey de Iliria, por cuya razón consideró conveniente el Senado enviar á Brindis ocho naves bien equipadas á las órdenes del legado C. Furio, que defendía la isla de Issa con dos naves del país. Embarcáronse desde luego en aquellas naves dos mil soldados, que alistó el pretor Q. Recio, en virtud de un senatus-consulta, en la parte de Italia que mira á la Iliria. Por su parte, el cónsul Hostilio envió á Ap. Claudio á la Iliria con cuatro mil soldados, para que protegiese los pueblos inmediatos á aquella comarca. No contento Claudio con las tropas que mandaba, consiguió algunos refuerzos de los aliados, y logró formar un cuerpo de ocho mil hombres de diferentes naciones, y después de recorrer toda la comarca, se estableció en Licnido, en la Dessarecia.

Encontrábase á corta distancia la ciudad de Uscana, cuyo territorio dependía en su mayor parte de Perseo.

Aquella ciudad encerraba diez mil habitantes y corta guarnición de cretenses. Secretamente se presentaron á Claudio y le dijeron «que si acercaba sus tropas, parte de los habitantes estaban dispuestos á entregar la ciudad, valiendo la pena de expedición, porque el botín sería suficiente para enriquecer, no solamente á sus amigos, sino á todos los soldados.» De tal manera se cegó Claudio con el cebo presentado á su avidez, que no pensó ni en retener á ninguno de los que se le presentaron, ni en pedir rehenes como garantía de la traición; no envió á ninguno de los suyos de explorador ni exigió juramento. En el día señalado partió de Licido y fué á acampar á doce millas de Uscana. A la cuarta vigilia volvió á ponerse en marcha, dejando mil hombres para custodiar el campamento. Marchando las tropas en desorden, diseminadas en larga fila, se extraviaron en la obscuridad de la noche, y llegaron en número muy corto bajo las murallas de la ciudad. Pero en cuanto estuvieron al alcance de los venablos, el enemigo salió por dos lados de la plaza. A los gritos que lanzaban al caer sobre los romanos, se unían los alaridos que exhalaban las mujeres desde lo alto de las murallas, el atronador ruido de los címbalos y los confusos clamores de tumultuosa multitud, compuesta de hombres libres y de esclavos. Aquella espantosa confusión desconcertó de tal suerte á los romanos, que ni siquiera pudieron sostener el primer choque, pereciendo mayor número en la fuga que en el combate, pudiendo regresar al campamento dos mil hombres apenas con su jefe. Cuanto más se alejaban los fugitivos, tanto más les entregaba el cansancio al hierro del enemigo que les perseguía. Appio ni siquiera se detuvo para recoger y salvar, si era posible, sus soldados dispersos por los campos, sino que llevó inmediatamente á Licido los restos de su ejército.

El tribuno militar Sex. Digicio, que vino á Roma

para celebrar un sacrificio, trajo la noticia de esta derrota y de los reveses experimentados en Macedonia. Inmediatamente el Senado, temiendo que la república sufriese otro descalabro más deshonoroso, envió á Macedonia como legados á M. Fulvio Flaco y M. Caninio Rebelio, para que se enterasen de lo ocurrido y dieran informe. Mandóse al cónsul A. Hostilio que fijase para el mes de Enero la reunión de los comicios consulares y que regresase á Roma lo más pronto posible. Al mismo tiempo se encargó al pretor M. Recio que llamase á Roma por un edicto á los senadores dispersos por toda Italia, exceptuando los que estaban ausentes en servicio de la república, y que notificase á los que se encontraban en Roma que no se alejasen á más de una milla. Ejecutáronse puntualmente las disposiciones del Senado. Reuniéronse los comicios consulares el cinco de las kalendas de Febrero, siendo nombrados cónsules Q. Marcio Filipino por segunda vez y Cn. Servilio Cepión. Tres días después se nombró pretores á C. Decimio, M. Claudio Marcelo, C. Sulpicio Galo, C. Marcio Fígulo, Ser. Cornelio Léntulo y P. Fonteyo Capitón. Además de las dos jurisdicciones de la ciudad, señalóse como provincias á los nuevos pretores España, Cerdeña, Sicilia y la flota. Á últimos de Febrero regresaron de Macedonia los legados, dando cuenta de los triunfos que había conseguido Perseo en aquella campaña, y del temor que se había apoderado de los aliados de Roma, al ver el considerable número de ciudades que habían caído en manos del rey. «Las filas del ejército consular estaban aminoradas por las licencias concedidas immoderadamente para conquistar la benevolencia de los soldados. El cónsul atribuía la falta á los tribunos militares y éstos al cónsul.» Los senadores se enteraron de que se atenuaba en Roma la vergüenza del descalabro experimentado por la imprudencia de Claudio, diciendo

que toda la pérdida consistía en corto número de soldados italianos, procedentes de la leva realizada con precipitación. En cuanto entraron en funciones los cónsules designados, les instaron para que pusiesen á deliberación los asuntos de Macedonia y de Italia. Este año fué intercalar (1), y las kalendas intercalares (2) quedaron colocadas tres días después de las terminales (3). Señalóse por la muerte del augur L. Flaminio y por la de dos pontífices L. Furio Filo y C. Livio Salinátor. T. Manlio Torcuato ocupó el puesto de Furio y M. Servilio el de Livio.

Al comenzar el siguiente año, después de deliberar acerca de las provincias consulares, invitóse á los nuevos cónsules Q. Marcio y Cn. Servilio para que se repartiesen cuanto antes ó sorteasen la Italia y la Macedonia; pero antes que decidiese la suerte, se quiso, para no dejar nada al favor, decretar los refuerzos que exigían las necesidades de cada provincia. Concedióse para Macedonia seis mil infantes y doscientos cincuenta caballeros romanos, seis mil de á pie y trescientos de á caballo de los aliados del nombre latino. Los veteranos

(1) El año de Numa era lunar y no tenía más que trescientos cincuenta y cinco días. Como faltaban diez días, cinco horas cuarenta y ocho minutos y cincuenta y siete segundos para que correspondiese el curso del año con el del sol, se intercalaba cada dos años un mes extraordinario entre los días veintitrés y veinticuatro de Febrero. Los pontífices tenían facultad para darle el número de días que considerasen necesario, y abusaban de esta facultad según su interés ó el de sus amigos. Por esta razón se encontraban trasladados los meses fuera de sus estaciones respectivas. Los meses de invierno fueron colocados en otoño y los del otoño en verano. Para corregir este desorden, suprimió César su origen, el uso de las intercalaciones, y arregló el año según el curso del sol.

(2) Esta fiesta, instituida por Numa en honor del dios Término, caía hacia el 21 de Febrero.

(3) Llamábase así el día primero del mes intercalario.



debían recibir la licencia, de manera que cada legión romana solamente constase de seis mil infantes y trescientos caballos. En cuanto al otro cónsul, no se limitó el número de ciudadanos romanos que podía comprender en las nuevas levadas; ordenándole solamente que formase dos legiones, compuestas de cinco mil doscientos infantes y trescientos caballos. Pero se le concedió mayor número de aliados latinos que á su colega; á saber: diez mil hombres de á pie y seiscientos caballos; encargándosele además que formase cuatro legiones dispuestas á marchar en caso necesario; pero los cónsules no tuvieron derecho á nombrar tribunos, eligiéndolos el pueblo. El contingente que se exigió á los aliados del nombre latino fué de diez y seis mil infantes y mil caballos; debiendo estar dispuestas las fuerzas á marchar en cuanto lo exigiesen las circunstancias. La Macedonia inquietaba especialmente al Senado, ordenando por ello alistarse en Italia, para el servicio de la flota, mil ciudadanos romanos de la clase de libertos y número igual en Sicilia. El cónsul á quien la suerte concediese la Macedonia, recibía encargo de llevar allá sus soldados, en cualquier punto en que se encontrase la flota. Para España se decretó un refuerzo de tres mil infantes y trescientos caballeros romanos; fijándose el número de soldados que habían de servir en aquella provincia en cinco mil hombres de á pie y trescientos treinta caballos por legión. El pretor que obtuviese la España recibía orden de exigir de los aliados españoles cuatro mil hombres de á pie y trescientos caballos.

No ignoro que actualmente no se cree en los presagios que envían los dioses, y que por esta razón, ni se publican los prodigios ni se consignan en los anales. Pero al escribir la historia de remotos tiempos, mi ánimo se eleva naturalmente á lo antiguo, y no puedo considerar como indigno de figurar en mis anales hechos

que la sabiduría de nuestros mayores creyó dignos de publicidad. En aquel año se anunciaron prodigios en Anagnia: los habitantes habían visto brillar una llama en los aires y oído hablar á una vaca que alimentaban á expensas de la ciudad. En los mismos días había aparecido inflamado el cielo en Minturno. En Reata llovieron piedras. En Cumas, la estatua de Apolo, colocada en la fortaleza, lloró durante tres días y tres noches. En Roma dijeron dos sacerdotes, uno que muchas personas habían visto en el templo de la Fortuna una serpiente con cresta; el otro, que en el de la Fortuna Primigenia, situado en el monte Quirinal, habían ocurrido dos prodigios, del suelo había brotado una palma, y había llovido sangre en pleno día. Otros dos prodigios ocurrieron también en que no se fijó la atención, porque el primero ocurrió en sitio particular y el segundo en ciudad extranjera. T. Marcio Fígulo decía que en su patio había brotado una palmera, y se refería que en Fregelas, una lanza que L. Atreo había comprado para su hijo, que se encontraba en el ejército, había ardidido en la casa en pleno día, durante más de dos horas, sin que el fuego la hubiese estropeado en nada. Habiendo consultado los decenviros los libros sibilinos con relación á los prodigios que interesaban á la república, indicaron los dioses á quienes debían sacrificar los cónsules cuarenta víctimas mayores; ordenaron también rogativas, sacrificios de víctimas mayores que los magistrados reunidos ofrecerían en todos los templos y á los que asistiría el pueblo coronado; haciéndose todo como dispusieron los decenviros.

En seguida se anunciaron los comicios para la elección de censores; presentándose candidatos los notables ciudadanos C. Valerio Levino, P. Postumio Albino, P. Mucio Scévola, M. Junio Bruto, C. Claudio Pulquer y Ti. Sempronio Graco. El pueblo romano eligió á

los dos últimos. Como la importancia de la guerra de Macedonia hacía que se prestase á las levas más atención que de ordinario, los cónsules se quejaron al Senado de la indiferencia del pueblo y acusaron á la juventud de no responder al llamamiento. Los pretores C. Sulpicio y M. Claudio tomaron la defensa del pueblo, diciendo: «Las levas solamente son difíciles para los cónsules celosos de conquistar el afecto del pueblo, porque no obligan á nadie á alistarse. Para no dejar á los Padres conscriptos duda alguna sobre esto, ofrecían, si el Senado se dignaba permitirlo, hacer las levas, aunque no eran más que pretores y tenían mucha menos autoridad que los cónsules.» Los senadores aceptaron por unanimidad la proposición de los pretores, lo cual no dejó de valer á los cónsules algunas frases satíricas. Para apoyar aquella decisión, convocaron al pueblo los censores y declararon «que además del juramento pronunciado por cada ciudadano en el día del censo, exigirían otro por el cual todo varón menor de cuarenta y cinco años tendría que acudir al llamamiento de los censores, y si no estaba alistado, habría de presentarse cuantas veces hubiese leva, durante la censura de C. Claudio y Ti. Sempronio.» Además, como corría el rumor de que muchos soldados de las legiones de Macedonia se encontraban ausentes del ejército por consecuencia de licencias de favor, debidas á la interesada complacencia de los generales, dieron un edicto concierne á los soldados alistados para Macedonia bajo el consulado de P. Elio y de C. Popilio ó después.» Los que de ellos se encontrasen en Italia debían presentarse para prestar nuevo juramento ante los censores y estar dispuestos á regresar á su provincia en el plazo de treinta días: los que se encontraban bajo la potestad de padre ó de abuelo debían presentarse para dar sus nombres. Los censores examinarían los motivos de las

exenciones, y los que habían obtenido licencias de favor (1) antes de cumplir el tiempo de servicio, quedarían obligados á regresar al ejército.» Enviáronse el edicto y la carta de los censores á las ciudades y pueblos, y tantos jóvenes acudieron á Roma, que aquella considerable multitud llegó á ser carga para la ciudad.

Además del alistamiento de los refuerzos que se creían necesarios, el pretor C. Sulpicio formó cuatro legiones y el alistamiento quedó terminado en once días. Los cónsules sortearon en seguida las provincias, cosa que los pretores habían hecho antes para no dejar por mucho tiempo vacante los tribunales. La jurisdicción urbana había tocado á C. Sulpicio y la de los extranjeros á C. Decimio, M. Claudio Marcelo había recibido la España; Ser. Cornelio Léntulo, la Sicilia; P. Cornelio Capitón la Cerdeña; y C. Marcio Figulo, la flota. En cuanto á los cónsules, la suerte dió la Italia á Cn. Servilio y la Macedonia á Q. Marcio, que partió para su provincia inmediatamente después de las ferias latinas. En seguida, habiendo pedido Cepión al Senado que designase en los nuevos alistamientos las dos legiones que había de llevar á la Galia, los Padres remitieron la elección á los pretores C. Sulpicio y M. Claudio que acababan de alistarlas. Indignado el cónsul al verse puesto á discreción de los pretores, levantó la sesión; pero se presentó ante su tribunal y les pidió que le designasen las legiones según los términos del senatus-consulta. Los pretores le dejaron la libertad de elegir. Los censores revisaron en seguida el Senado, siendo nombrado por tercera vez príncipe de aquel orden M. Emilio Lévido, excluyéndose siete de la lista de se-

(1) Dábase este nombre á la licencia obtenida por favor del general, antes del término legal (veinte años para los infantes y diez para los caballeros). La licencia legitimamente obtenida se llamaba *honesta missio*.

nadores. Habiendo conocido por el censo del pueblo el considerable número de soldados que habían abandonado el ejército de Macedonia, los censores les obligaron á volver á sus puestos. Revisaron las licencias y obligaron á los que parecía que las habían obtenido antes del tiempo prescrito á prometer bajo juramento «que regresarían gustosos á la provincia de Macedonia y se conformarían de buena fe con el edicto de los censores C. Claudio y Ti. Sempronio.»

En la revista de los caballeros, los censores desplegaron excesivo rigor, privando á muchos de sus caballos. Esta severidad indispuso con ellos al orden ecuestre, cuyo descontento aumentaron con un edicto que «prohibía á todos aquellos que, bajo la censura de Q. Fulvio y de A. Postumio habían tomado en arrendamiento las rentas ó impuestos públicos, se presentasen á nuevas licitaciones (*ad hastam suam*) (1) ó asociarse hasta indirectamente á ellas.» Los antiguos arrendatarios habían presentado frecuentemente quejas al Senado contra el poder de los censores, pidiendo que les señalasen límites; y al fin encontraron defensor de su causa en el tribuno del pueblo P. Rutilio, irritado contra los censores á consecuencia de una cuestión particular. Los censores habían obligado á un liberto, cliente de Rutilio, á derribar una pared que había hecho levantar en la Vía Sacra, so pretexto de que avanzaba sobre la vía pública. Aquel hombre apeló á los tribunos; pero como nadie, exceptuando Rutilio, se oponía, los censores realizaron un embargo en su casa y le multaron. De aquí surgió un altercado; los arrendatarios antiguos recurrieron al tribuno, y en el acto publicó éste en su nombre un proyecto de ley «que anulaba las adjudicaciones hechas

(1) *Hasta censoria* ó *locationis* era una pica que clavaban los censores en la plaza pública cuando arrendaban las rentas del Estado.

por C. Claudio y Ti. Sempronio, y autorizaba indistintamente á todos los ciudadanos para presentarse en las subastas.» El tribuno señalaba á la vez el día en que sometería al pueblo el proyecto de ley. Cuando llegó el día se presentaron los censores para combatir el proyecto: escuchóse con calma á Graco; pero viendo Claudio que le interrumpían con murmullos, mandó al pregonero que impusiese silencio. Ofendido el tribuno, se quejó de aquella usurpación de sus derechos (1) que afectaba á su dignidad, y se retiró del Capitolio, donde se celebraba la asamblea. Al día siguiente reinó allí mucho tumulto. En primer lugar, declaró el tribuno consagrados á los dioses los bienes de Tiberio Graco (2) por haber menospreciado la autoridad tribunicia, castigando con embargo y multa, á pesar de su oposición, á un ciudadano que había apelado á la autoridad de los tribunos. En séguida citó á C. Claudio ante el pueblo, acusándole de haber usurpado sus poderes en una asamblea que presidía él, declaró que perseguiría á los dos censores por delito de Estado, y pidió al pretor urbano C. Sulpicio que señalase día para los comicios. Habiendo declarado los censores que no se negaban á que cuanto antes les juzgase el pueblo, señalóse la reunión de los comicios para aquel juicio para el ocho y siete antes de las kalendas de Octubre. En séguida subieron los censores al atrio de la Libertad (3), y después de

(1) Nadie tenía derecho para ocupar la presidencia de una asamblea convocada por los tribunos, cosa que, según Aulo Gelio, se permitía á algunos magistrados en otras asambleas.

(2) Los tribunos usaban á veces de una manera de confiscación que consistía en consagrar los bienes de un ciudadano á una divinidad cualquiera. Desde este momento el propietario quedaba sin derecho sobre ellos. Pero á tal punto había llegado el abuso de esta medida, que frecuentemente no se hacia caso de ella.

(3) Este edificio se encontraba sobre el Aventino. Ordinariamente se reunían en él los censores y allí tenían sus archivos.

sellar los registros, cerrar los archivos y despedir los siervos [públicos (1), declararon que no se ocuparían de ningún asunto público hasta que el pueblo decidiese acerca de ellos. El primero que compareció fué Claudio. Ocho de las doce centurias de los caballeros y otras muchas de la primera clase habían votado ya por el castigo, cuando de pronto, los principales personajes del Senado, quitándose los anillos delante de la multitud, vistieron ropas de luto, y con aquel aparato de suplicantes pidieron al pueblo la absolución de los acusados. Pero nada influyó tanto en los ánimos como las palabras de Graco. Oyendo exclamar por todas partes que nada tenía que temer, declaró con solemne juramento que si era condenado su colega, le acompañaría al destierro, sin esperar á que el pueblo decidiese acerca de él. Claudio corrió, sin embargo, grave peligro, faltando solamente para su condenación el voto de ocho centurias. Absuelto Claudio, el tribuno declaró que renunciaba á perseguir á Graco.

Aquel mismo año, á petición de los legados de Aquilea, que solicitaban aumento del número de colonos, el Senado mandó inscribir mil quinientas familias y designó para llevarlas á los triunviros T. Annio Lusco, P. Decio Subulón y M. Cornelio Cethego. El mismo año, los legados enviados á Grecia, C. Popilio y Cn. Octavio, leyeron públicamente, primero en Tebas y después en todas las ciudades del Peloponeso, el senatus-consulta que prohibía «suministrar nada á los magistrados romanos para las necesidades de la guerra, sino solamente lo que había pedido el Senado.» Esta disposición inspiró á las ciudades confianza de que en lo sucesivo se verían libres de las cargas y gastos que cada

(1) Los esclavos pertenecientes á la república servían en sus funciones, no solamente á los censores, sino también á los pretores, los ediles, cuestores y otros magistrados.

uno les imponía á su antojo y que las abrumaban. En la asamblea de los aqueos, celebrada en Argos, los legados hablaron con benignidad y se les escuchó con agrado, y dejando á aquella fiel nación con felices esperanzas para lo porvenir, pasaron á Etolia. No había estallado todavía en este país la guerra intestina, pero reinaba por todas partes la desconfianza, revelándose en recíprocas acusaciones; por esta razón, no pudiendo los legados terminar nada, pidieron rehenes, y partieron para la Acarnania. Los acarnanios les recibieron en Tyrio: también estaban allí revueltos los partidos, y algunos ciudadanos, de los más notables, pidieron guarniciones romanas para sus ciudades con objeto de que algunos insensatos no arrastrasen á la nación al partido de los macedonios. Otros, por el contrario, suplicaban á los magistrados romanos que librasen á las ciudades pacíficas y aliadas una vergüenza reservada ordinariamente á las enemigas tomadas por la fuerza. Considerando justas estas observaciones, regresaron los legados á Larisa, reuniéndose con el cónsul Hostilio, de quien habían recibido la misión. Hostilio conservó á Octavio á su lado y envió á Popilio á que internase en Ambracia con cerca de mil soldados.

Perseo no se había atrevido á salir de Macedonia al principio del invierno, temiendo que los romanos se arrojasen sobre su reino desprovisto de defensores; pero á mediados de la estación, en la época en que las nieves hacen inaccesibles las montañas por el lado de Tesalia, creyó la ocasión favorable para abatir el valor y las esperanzas de sus vecinos, con objeto de no tener nada que temer cuando se ocupase de combatir á los romanos. Tranquilo por el lado de la Tracia, donde reinaba Cotys; del lado del Epiro, que Céfalo acababa de separar de la alianza de los romanos; dueño de los dardanios, que había sometido poco tiempo antes, vió clara-

mente que la Macedonia solamente estaba descubierta por la parte de la Iliria, cuyos habitantes comenzaban á removerse y hasta daban paso á los romanos. La conquista de las provincias vecinas de la Iliria podía además poner término á la irresolución que mostraba desde muy atrás el rey Gencio y atraerle á su partido. Decidido por estas consideraciones, se puso en marcha con diez mil infantes, tomados en parte de la falange, dos mil hombres de tropas ligeras y quinientos caballos y llegó á Stubera. Allí tomó provisiones de trigo para muchos días, y mandando que le siguiese el material para sitiarse ciudades, acampó al tercer día cerca de Uscana, la ciudad más importante de la comarca penesiana. Pero antes de apelar á la fuerza, hizo sondear las disposiciones de los jefes de la guarnición y de los habitantes principales. La ciudad encerraba un cuerpo de tropas romanas y considerable número de soldados ilirios. Como los relatos de sus emisarios anunciaban disposiciones pacíficas, Perseo comenzó el sitio y rodeó la plaza. Sus soldados se relevaban sin descanso noche y día, unos procurando escalar las murallas, otros prendiendo fuego á las puertas; los sitiados por su parte hacían frente á los ataques, esperando que los macedonios, privados de abrigo, no podrían soportar mucho tiempo el rigor de la estación, y que el ejército romano no permitiría al rey detenerse el tiempo necesario para rendirles. Pero cuando vieron acercar los manteletes y levantar las torres, decayó su constancia; porque, además de que no se encontraban en estado de resistir las fuerzas enemigas, no tenían en la ciudad trigo ni provisiones de ninguna clase, no esperando verse sitiados. Así, pues, habiendo perdido toda esperanza de resistir, el spoletino C. Servilio y C. Afranio se presentaron, á nombre de la guarnición romana á pedir permiso á Perseo para salir de la ciudad con armas y ba-

gajes, ó al menos conservando la vida y la libertad. El rey se apresuró más á prometer que á cumplir con fidelidad; porque en el momento en que se retiraban llevando lo que les pertenecía, les hizo desarmar primeramente y en seguida les declaró prisioneros. Inmediatamente después de la partida de los romanos, la cohorte de los ilirios, que constaba de cinco mil hombres, y los uscanios, se rindieron.

Perseo, habiendo dejado guarnición en Uscana, llevó á Stubera todos sus prisioneros, cuyo número casi igualaba al de un ejército. No conservando á su lado más que á los jefes, distribuyó los soldados romanos en número de cuatro mil, en las ciudades en que debían quedar prisioneros, y mandó vender los uscanos é ilirios. En seguida llevó su ejército á la Penestia y marchó sobre la ciudad de Oenea, que quería someter. Esta ciudad, además de la ventaja de su posición, le abría la entrada del país de los labeatos, sobre los que reinaba Gencio. Cuando pasaba de una plaza fortificada, cuyo nombre era Draudaco, uno de los que conocían el país le manifestó la completa inutilidad de la toma de Oenea, si no se apoderaba también de Draudaco, cuya posición era mucho más ventajosa en todos conceptos. Perseo mandó avanzar sus tropas, y la ciudad se rindió en seguida. Alentado por aquel triunfo, más rápido de lo que esperaba, y viendo el profundo terror que inspiraba su ejército, lo aprovechó para rendir otras muchas fortalezas, de las que muy pocas opusieron resistencia, sometiéndose voluntariamente todas las demás. En aquellas diferentes plazas encontró Perseo mil quinientos soldados romanos, que habían distribuído en ellas para defenderlas. El spoletino Cervilio, al asegurar que sus compañeros y él no habían recibido ningún mal tratamiento por parte del rey, le sirvió de mucho en las negociaciones. Al fin llegaron bajo las murallas

de Oenea, ciudad que solamente podía tomarse por medio de sitio formal, porque su guarnición era más considerable que la de las otras y sus murallas mucho más fuertes. Defendíanla además, por un lado el río Arato y por otro una montaña muy alta y de difícil acceso; lo que daba á los habitantes la esperanza de resistir. Perseo, habiendo rodeado la ciudad, comenzó á elevar hacia la parte superior una terraza cuya altura sobrepusase la de las murallas. Durante esta operación, los sitiados hacían frecuentes salidas para preservar sus murallas y retrasar las obras del enemigo, pero en aquellos combates perdieron mucha gente y los supervivientes, extenuados por la fatiga y las vigiliass y debilitados por las heridas, no se encontraban en condiciones de pelear. Así, pues, en cuanto la terraza tocó á la muralla, la cohorte real, cuyos soldados llevan el nombre de nicatores, la cruzó sin dificultad, escalando las murallas y penetrando por todos lados en la plaza. Todos los hombres en estado de manejar las armas fueron exterminados, las mujeres y los niños reducidos á esclavitud y el botín abandonado á los soldados. De regreso á Stuberá, el vencedor envió en legación á Gencio al ilirio Pleurato, que se había refugiado en su corte, y al macedonio Adeo, de la ciudad de Berea. Estos llevaban encargo de manifestar al rey los triunfos que Perseo había conseguido sobre los romanos y los dardanos durante el verano y el invierno que acababa de transcurrir, darle á conocer el éxito de la reciente expedición á la Iliria, á pesar del rigor de la estación, y exhortarle á que contrajese alianza con él y los macedonios.

Atravesando los legados la cumbre del monte Scordo, cruzaron la parte de la Iliria que los macedonios habían convertido en desierto para impedir á los dardanos que pasasen á la Iliria ó la Macedonia, y después de im-

probos trabajos, llegaron al fin á Scodra. El rey Gencio se encontraba en Liso é invitó á los legados á que fuesen allí á verle; les oyó con benevolencia y les contestó con ambigüedad, diciendo «que se encontraba muy dispuesto á hacer la guerra á los romanos; pero que, á pesar de su deseo, la falta de dinero no le permitía intentar nada.» Perseo recibió aquella contestación en Stubera, donde se ocupaba de la venta de prisioneros de Iliria, y en el acto envió de nuevo á los legados, uniéndoles Glaucias, guardia suyo, pero sin hacer mención de dinero, único motivo que puede inducir á que haga la guerra un rey bárbaro y pobre. En seguida Perseo, después de saquear á Ancira, llevó de nuevo su ejército á la Penestia, reforzó las guarniciones de Uscana y de las plazas inmediatas, de que se había apoderado, y regresó á Macedonia.

L. Celio mandaba en Iliria como legado romano. Mientras se encontró Perseo en el país, no se atrevió á moverse; pero después de la marcha del rey, trató de recobrar Uscana, en Penestia, siendo rechazado por la guarnición macedónica que defendía la ciudad, y habiendo recibido él mismo muchas heridas, llevó sus tropas á Licnido. Pocos días después envió á Penestia á M. Trebelio, fregelano, con fuerzas bastante considerables, para recibir rehenes de las ciudades que habían permanecido fieles; mandándole que avanzase hasta el país de los parthinos, que también habían convenido en entregar rehenes. Las dos naciones obedecieron sin dificultad. Los rehenes de los penestinos fueron enviados á Apolonia y los de los parthinos á Dirraquio, ciudad que entonces conocían más los griegos con el nombre de Epidamno. Deseando Ap. Claudio lavar la vergüenza que había caído sobre él en Iliria, emprendió el sitio de Fanota, fortaleza del Epiro, llevando con el ejército romano un cuerpo de seis mil auxiliares athamanos y

thesprotas. Pero su tentativa fracasó ante el valor de Clevas, á quien Perseo había dejado allí con fuerte guarnición. Perseo, por su parte, marchó hacia Elimea, y después de revistar su ejército en los alrededores de la ciudad, marchó hacia Strato, donde le llamaban los etolios. Situada Strato al otro lado del golfo de Ambracia, cerca del río Aquelous, era entonces la ciudad más fuerte de la Etolia. La dificultad de los caminos no le permitió llevar más de diez mil infantes y trescientos caballos. Llegando al tercer día al pie del monte Cicio, costóle mucho trabajo cruzarlo, á causa de la mucha nieve, y no encontró paraje propicio para acampar. En seguida partió, más por la dificultad de permanecer allí, que con la esperanza de encontrar caminos mejores y temperatura soportable, y después de dos días de penosa marcha, especialmente para las bestias de carga, estableció su campamento cerca del templo de Júpiter Niceno. En seguida se puso de nuevo en marcha, y después de recorrer extenso espacio, se detuvo cerca del río Araetho, cuya profundidad le detuvo. Pero lanzó un puente sobre el río para que pasasen sus tropas, y después de un día de marcha, encontró á Arquidamo, jefe de los etolios, que había de entregarle á Strato.

Aquel día acampó en la frontera etolia, y dos después llegó á Strato, colocando su campamento cerca del río Aquelous. Esperaba ver salir en tropel á los etolios implorando su protección, pero encontró las puertas cerradas y supo que la noche misma de su llegada había entrado en la ciudad guarnición romana al mando del legado C. Popilio. Los ciudadanos principales habían llamado á Perseo, cediendo á la influencia y autoridad de Arquidamo; pero después de su marcha, se enfrió su celo, fácilmente se sobrepuso el partido opuesto é hizo venir de Ambracia á Popilio con mil soldados. Al mismo tiempo llegó Dinarco, jefe de la caballería etolia, con

seiscientos infantes y cien caballos; no ignorando nadie que había ido á Strato con el propósito de unirse á Perseo, pero sus propósitos cambiaron con la fortuna y se reunió con los romanos, á quienes venía á combatir. No se encontraba tranquilo Popilio en aquella población tan inconstante, por lo que en el acto se apoderó de las llaves de las puertas, de la custodia de las murallas, y relegó á la fortaleza á Dinarco, los etolios y los jóvenes de Strato, so pretexto de encargarles su defensa. Acampado Perseo en las alturas que dominan la parte más elevada de la ciudad, trató de entablar negociaciones; pero viendo que nada conseguía, y hasta que, con nubes de venablos, le impedían acercarse á las murallas, trasladó su campamento á cinco millas de la ciudad, al otro lado del río Petitaro. Allí reunió consejo; Arquidamo y los tráfugas epirotas le instaban vivamente para que permaneciese; pero los jefes macedonios opinaban que no debía luchar con los rigores de la estación. Decían además que, careciendo de provisiones, los sitiadores padecerían hambre antes que los sitiados; debiéndose temer también la proximidad de los cuarteles de invierno del enemigo. Esta última razón fué la que decidió á Perseo marchar hacia la Aperancia, siendo recibido con unánime aplauso de los habitantes, gracias á la influencia que en ellos ejercía Arquidamo. Allí quedó el mismo Arquidamo con ochocientos hombres para guardar el país.

El rey volvió á emprender el camino de Macedonia con iguales fatigas para hombres y bestias. El rumor de su marcha hacia Strato hizo que Appio levantase el sitio de Fanota, saliendo Cloas en persecución suya con un cuerpo de sus soldados más ágiles, y, alcanzándole al pie de una cadena de montañas casi inaccesibles, le mató mil hombres retrasados en su marcha por los bagajes y le hizo doscientos prisioneros. Habiendo

salido Appio de aquellos desfiladeros, concedió algunos días de descanso á sus soldados, en la llanura llamada Elcón. Clevas, por su parte, habiendo tomado consigo á Filistrato, jefe de los epirotas, penetró por los campos antigonenses. Allí, mientras los macedonios se dispersaban para saquear, Filostrato se colocó en emboscada en un valle cubierto de bosque. La guarnición de Antigonea salió contra los merodeadores desparramados por los campos, y animándose en la persecución de los fugitivos, se precipitó desordenadamente en el valle cercado por el enemigo, donde dejó mil muertos y cien prisioneros. Después de estos dos triunfos, marchó Clevas á acampar cerca de donde se encontraba Appio, para proteger á sus aliados contra los ataques de los romanos. Cansado Appio de perder tiempo en aquel punto, despidió las fuerzas de los caonios, con las que tenía soldados epirotas, regresó á Iliria con las tropas italianas, y después de distribuir las en las ciudades de la Penestia, para que invernasen en ellas, regresó á Roma, donde tenía que celebrar un sacrificio. Por su parte Perseo, habiendo llamado de la Penestia mil infantes y doscientos jinetes, los envió de guarnición á Cassandrea. A poco regresó la segunda legación enviada á Gencio, trayendo igual respuesta; lo que no impidió que Perseo renovase muchas veces sus tentativas, para conseguir una alianza que de tanto le habría servido; pero nunca pudo decidirse á hacer el menor gasto en asunto tan ventajoso.

LIBRO XLIV.

SUMARIO.

Q. Marcio Filipo penetra en Macedonia.—Legación de los rodios.—Encárgase la guerra á Paulo Emilio: su ruego á los dioses; su marcha á Macedonia y victoria sobre Perseo.—Hostilidades de Gencio, rey de Iliria.—Su derrota y prisión con toda su familia.—Legación del rey Ptolomeo y Cleopatra.—Tentativas de Perseo cerca de Eumeno y Gencio.

Al comenzar la primavera que siguió al invierno en que acontecieron estas cosas, el cónsul Q. Marcio Filipo partió de Roma con cinco mil hombres destinados á reforzar las legiones de Macedonia y llegó á Brindis. M. Popilio, varón consular, y otros jóvenes romanos de nobles familias siguieron al cónsul á Macedonia con el título de tribunos de los soldados. El pretor C. Marcio Fígulo, que tenía el mando de la flota, acudió al mismo tiempo á Brindis y juntos dejaron la Italia; recalaron en Corcira al día siguiente y al tercero llegaron á Accio, puerto de la Acarnania. Habiendo desembarcado el cónsul cerca de Ambracia, se dirigió por tierra á Tesalia. El pretor, después de doblar el promontorio de Leucata, entró en el golfo de Corinto, dejó las naves en Creusa, continuando el camino por tierra, atravesó la Beocia, y con rápida marcha de un día, se reunió á la flota en Calcis. Encontrábase entonces A. Hostilio acampado

en Tesalia, en las inmediaciones de Palafarsalo. Si no se había distinguido por ningún hecho de armas brillante, había sabido al menos sustituir á desenfrenada licencia la severidad de la disciplina militar, había hecho respetar á los aliados y les había puesto al abrigo de todo atentado. Á la noticia de la llegada de su sucesor, inspeccionó cuidadosamente las armas, los hombres y los caballos, mandó que se armasen las tropas y salió al encuentro del cónsul. Su primera entrevista fué digna de su rango y de la grandeza del nombre romano, y más adelante en la dirección de los negocios... Algunos días después el cónsul arengó á los soldados, recordando primeramente el fratricidio de Perseo y sus tentativas de parricidio, y diciendo: «Dueño Perseo del trono por un crimen, envenenador y homicida, cobarde asesino de Eumeno, no ha cesado de ultrajar al pueblo romano, de saquear las ciudades de nuestros aliados con desprecio de los tratados; pero ha llegado el momento, y muy pronto sabrá como reprobaban los dioses sus atentados. Porque los dioses protegen la piedad y la buena fe, dos virtudes que han hecho la grandeza de Roma.» En seguida comparó las fuerzas y los ejércitos del pueblo romano, dueño ya del mundo, con las fuerzas y ejércitos de la Macedonia. «¿Filipo y Antioco no eran enemigos mucho más poderosos que Perseo? ¿Se necesitaron mayores huestes para vencerlos?»

Después de excitar con sus exhortaciones el ardor de los soldados, se dedicó á combinar el plan de campaña. El pretor C. Marcio, que había tomado á Calcis y mandaba la flota, se le reunió, y quedó decidido que sin detenerse más en Tesalia partirían inmediatamente, dirigiéndose á Macedonia, tomando sus disposiciones el pretor para llegar al mismo tiempo por mar al país enemigo. Habiendo despedido el cónsul al pretor, mandó á sus soldados que se proveyesen de provisiones para un

mes, y se puso en marcha al décimo día de su llegada al campamento. Después de una jornada, pidió guías, y les consultó acerca del camino que cada uno creía deber seguir. En seguida les mandó retirarse, y celebró consejo para decidir lo más conveniente; opinando unos por Pithio, otros por los montes Cambunios, que el cónsul Hostilio había atravesado el año anterior; otros opinaban por pasar á lo largo de la laguna Ascurides. Algo había que andar aún hasta el punto en que se divide el camino, y se aplazó la resolución hasta la llegada á aquel paraje de campamento. El cónsul mandó continuar la marcha por la Perrhebia y se detuvo entre Azoro y Doliche para celebrar consejo de nuevo acerca del camino que se debía seguir. Entretanto Perseo, que había tenido noticia de la aproximación del enemigo, pero que ignoraba la dirección que seguía, decidió cerrar todos los pasos. Envió diez mil hombres armados á la ligera, bajo el mando de Aselepiodoto, para ocupar las alturas de los montes Cambunios, conocidas con el nombre de Volustana. Hippias recibió la orden de guardar con doce mil macedonios el desfiladero inmediato al fuerte llamado Lapatho, que dominaba la laguna Ascurides; y Perseo acampó primeramente en las inmediaciones de Dium con el resto de sus fuerzas, pareciendo que le había dominado en seguida el aturdimiento y la irresolución, porque recorrió con la caballería ligera la extensión de las costas, en tanto hacia Heraclea, en tanto hacia Filas, regresando en seguida á Dium.

Entretanto se decidió el cónsul á pasar por el desfiladero inmediato á Ortolofó, donde dijimos estuvo el campamento del rey... Pero destacó cuatro mil hombres para que se apoderasen de los puntos más ventajosos, á las órdenes de su hijo Q. Marcio y de M. Claudio. En seguida se puso en marcha todo el ejército; pero el ca-

mino era tan áspero, tan pedregoso y difícil, que la vanguardia, aunque armada á la ligera, apenas pudo adelantar quince millas en dos días, acampando en el sitio llamado Torre Eudieru. Al día siguiente, después de recorrer siete millas, ocupó una altura inmediata al campamento de los macedonios y se dió parte al cónsul de que se estaba cerca del enemigo, y de que se había elegido una posición segura y favorable bajo todos conceptos; rogándole al mismo tiempo que acudiese lo más pronto posible. Alarmaban mucho al cónsul las dificultades del camino que había emprendido y los peligros que corría el débil destacamento, aventurado en medio de las tropas enemigas; pero aquella noticia, que recibió en la laguna Ascurides, le reanimó, reuniéndose con la vanguardia y acampando en la ladera de la altura más ventajosa. Aquella eminencia ofrecía extenso panorama, descubriéndose no solamente el campamento enemigo, que distaba más de una milla, sino que también toda la comarca hasta Dium y Fila y las costas del mar. Sentíanse animados los soldados de nuevo ardor al verse tan cerca del momento decisivo y al contemplar las tropas del rey y el país enemigo. Con instancias pedían al cónsul que les llevase inmediatamente al combate; pero el cónsul les dió un día para descansar de las fatigas de la marcha, y al tercero, después de dejar parte de las tropas para guardar el campamento, marchó contra el enemigo.

El rey había enviado á Hippias para que defendiese el paso; y en cuanto vió á los romanos acampados en la altura, exhortó á sus soldados para que combatesen, avanzando al encuentro del ejército del cónsul. De una y otra parte se destacaron las tropas ligeras, porque eran las más á propósito para trabar vivamente el ataque, llegando en seguida á distancia y lanzándose los venablos. Esta pelea dió por resultado muchos heridos

de uno y otro lado, pero pocos muertos. La lucha animó á los soldados. Á la mañana siguiente los dos ejércitos habrían comenzado de nuevo con más energía y encarnizamiento, á tener espacio en que desplegarse; pero la cumbre de la montaña, que terminaba en estrecho cono, apenas dejaba espacio á los combatientes para mantenerse tres de frente, por cuya razón muy pocos soldados tomaban parte en la pelea, quedando como espectadores los demás, especialmente los que llevaban armas pesadas. Las tropas ligeras corrían por las revueltas de la montaña, cogiendo de flanco á los adversarios y atacándoles por todas partes, sin elegir el terreno. También aquel día resultaron muchos más heridos que muertos, suspendiendo la noche el combate. Al tercer día, el general romano tuvo que tomar un partido decisivo, no siéndole posible permanecer en una montaña estéril, ni retroceder sin vergüenza y hasta sin peligro; porque el enemigo podía caer sobre él desde las alturas y hostigarle en la retirada; no quedándole otro recurso para reparar el atrevimiento de su empresa que persistir en ella, medio que algunas veces justifica el éxito. Tal era su posición que, si hubiese tenido que habérselas con un enemigo parecido á los antiguos reyes de Macedonia, le amenazaba un gran desastre; pero el rey, que recorría las costas con su caballería en los alrededores de Dium, y que, á la distancia de doce millas, casi podía oír el ruido de la batalla y los gritos de los combatientes, no pensó ni en aumentar sus fuerzas reemplazando con tropas frescas los soldados fatigados, ni asistir personalmente al combate, donde tan importante era su presencia. El general romano, por el contrario, á pesar de sus sesenta años y su excesiva obesidad, cumplía todos los deberes de buen general, perseverando noblemente hasta el fin en su audaz empresa. Dejando á Popilio la guarda de la altura, hizo marchar

un destacamento encargado de abrirle paso en medio de los caminos más impracticables, y mandó á Atalo y Misageno que sostuviesen con los auxiliares de su nación á los que debían abrir el camino. En cuanto á él, hizo que le precediesen la caballería y los bagajes y carró la marcha con las legiones.

Con indecibles dificultades se realizó el descenso, continuamente entorpecido por la caída de las bestias de carga y de los bagajes. Cuando adelantaron cuatro millas, lo que más deseaban todos era retroceder. Los elefantes ocasionaban en la marcha casi tanto desorden como hubiese podido producir el enemigo. Cuando llegaban á parajes escarpados, derribaban á sus conductores y lanzaban gritos terribles que asustaban mucho á los caballos. Al fin se encontró medio de hacerles avanzar, colocando en la vertiente de la montaña largos y fuertes maderos clavados en el suelo, separándolos un poco más de la longitud del elefante; por encima de los maderos colocaron tablas de cerca de treinta pies de largas, formando como un puente, y las cubrieron de tierra. Algo más abajo construyeron otro puente, después otro, y así sucesivamente mientras se prolongaron los barrancos. El elefante entraba desde terreno firme en el puente, y antes de que llegase al otro extremo cortaban los maderos, el puente bajaba y el animal se veía obligado á dejarse ir suavemente hasta la entrada del otro puente, bien deslizándose sobre los pies, bien encogiéndose hasta que encontraba otro puente ó terreno firme; entonces le hacía experimentar otra caída semejante á la primera, y de esta manera llegaron los romanos al valle. Aquel día no adelantaron más de siete millas, y por mucha parte del camino solamente pudieron avanzar rodando con las armas y bagajes, y venciendo toda clase de dificultades. El general y el mismo guía tuvieron que confesar que habría bastado un pu-

ñado de hombres para exterminar todo el ejército. Al obscurecer llegaron á una llanura pequeña, y como por todas partes estaba cerrada, fué imposible reconocer si la posición era peligrosa. Pero los romanos se alegraban de haber encontrado un punto donde poder acampar, viéndose obligados á esperar todo el día siguiente, en el fondo de aquel valle, á Popilio y sus soldados. Aquellas fuerzas, sin que las hubiese inquietado el enemigo, habían sufrido mucho también por las dificultades del camino. Habiéndose reunido el ejército al tercer día partió por el desfiladero que los habitantes llaman Calipeuces. Al cuarto día bajaron á la llanura por un camino muy escarpado también, pero la costumbre se lo hizo más practicable, sosteniendo su confianza la ausencia del enemigo y la proximidad del mar, y colocando el campamento entre Heraclea y Libethro, quedando la infantería en las colinas y la caballería en la llanura que aquellas colinas abrazaban.

Dícese que el rey estaba en el baño cuando le anunciaron la llegada del enemigo, á cuya noticia salió precipitadamente, dominado por el terror y exclamando que le habían vencido sin combatir; en su espanto toma disposiciones y da órdenes contradictorias. Envió dos amigos suyos, uno á Pela, donde estaban depositados sus tesoros, y otro á Tesalónica: llamó de sus puestos á Hippias y Asclepiodoto, y dejó todos los pasos abiertos al enemigo. En seguida mandó embarcar todas las estatuas de oro de Dium para que no cayesen en poder del enemigo, y trasladarlas precipitamente á Pidna. Así, pues, lo que pudo parecer por parte del cónsul un acto temerario al comprometerse en un camino que en seguida había de cerrarle el enemigo, tomó el aspecto de golpe atrevido y bien meditado. En efecto; los romanos solamente tenían dos pasos para retirarse; uno del lado de Tesalia, por el valle de Tempe; el otro,

por el de Macedonia, pasando bajo las murallas de Dium: ahora bien; las tropas del rey guardaban estos dos pasos. Si los romanos hubiesen tenido que luchar con un general intrépido, que hubiese osado arrostrar la primera alarma y resistir seis días solamente, no habrían podido retirarse por Tempe á Tesalia ni recibir víveres por ningún lado; porque sin hablar de los obstáculos que allí pueden encontrarse durante la guerra, en todo tiempo se llega con dificultad á las gargantas de Tempe, además de que el camino, en el espacio de cinco millas es tan estrecho, que apenas puede pasar una bestia cargada, rodeándole tajos tan hondos, que no puede mirarse abajo sin experimentar mareos y vértigos. El ruido del Peneo, cuyas profundas aguas atraviesan el valle, aumenta el terror. Este paraje, tan peligroso ya por su propia naturaleza, lo ocupaban en cuatro puntos las tropas del rey. Un cuerpo estaba situado en Gonnos á la entrada misma del desfiladero; otro en Condilo, en un fuerte inexpugnable; el tercero cerca de Lapatho, en el sitio llamado Charax, y el cuarto en el centro del valle, en el paso más estrecho, que diez hombres podían defender fácilmente. No tenían por consiguiente medio de recibir víveres ni de regresar por Tempe, habiendo sido necesario volver á escalar las montañas por donde habían bajado. Pero lo que habían hecho burlando la vigilancia de los macedonios, no podían repetirlo delante de un enemigo que ocupaba las alturas; además, el recuerdo de las dificultades que habían experimentado les hubiese acobardado de antemano. Después de aquella atrevida tentativa, no les quedaba otro recurso que el de pasar por medio de los enemigos para penetrar hasta Dium, en Macedonia; proyecto casi imposible de ejecutar, si los dioses no cegaban al rey. En efecto; desde la falda del monte Olimpo hasta el mar hay un poco más de una milla, cubriendo la mitad del terreno

los desbordamientos del río Bafiro que desemboca allí, sirviendo la otra parte de emplazamiento al templo de Júpiter y á la ciudad. El espacio que media es muy estrecho y era fácil cerrarlo con un foso y un parapeto; teniendo además al alcance de la mano bastantes piedras y madera para levantar una muralla ó torres. Pero cegado Perseo por el terror, no pensó en nada, dejó todos los pasos abiertos al enemigo y se refugió en Pidna.

Alentado y enardecido el cónsul por la imprevisión y cobardía de Perseo, envió á Larisa un mensajero para dar orden á Sp. Lucrecio de que se apoderase de todos los fuertes inmediatos á Tempe, abandonados por el enemigo, y encargó á Popilio que reconociese todos los pasos en las inmediaciones de Dium. Cuando vió que todos los caminos estaban libres, se puso en marcha, llegó sin obstáculos hasta Dium y mandó acampar en la puerta misma del templo para evitar toda profanación; entrando en seguida en la ciudad, donde encontró, á pesar de su pequeñez, muchos edificios públicos y estatuas; la ciudad estaba además bien fortificada, por cuya razón apenas podía creer que el abandono de puesto tan importante no ocultase algún lazo. Después de emplear un día en reconocer todos los alrededores, partió, y creyendo que le bastaría su provisión de trigo, avanzó aquel día hasta el río Mitys. Al siguiente continuó la marcha, rindiéndosele á discreción la ciudad de Agassa, y con objeto de conciliarse el resto de Macedonia, se contentó con recibir rehenes sin imponer guarnición á los habitantes y prometiéndoles dejarles sus franquicias y sus leyes. Después de otro día de marcha acampó en las orillas del Alcorda; pero viendo que cuanto más se alejaba de la Tesalia, más desprovisto se encontraría de todo, regresó á Dium; viéndose entonces claramente por el peligro que había en alejarse de la Tesalia lo que habrían padecido si

Perseo hubiese cerrado los pasos. El rey reunió sus tropas y capitanes y reconvino agriamente á los jefes de las plazas, y con especialidad á Asclepiodoto é Hippias, á quienes acusó de haber entregado á los romanos la entrada de Macedonia, acusación que nadie merecía más que él. El cónsul comenzaba á padecer por la escasez y casi total falta de víveres: al ver la flota en el mar, esperó que le trajese provisiones, pero cuando entró en el puerto supo que las naves de transporte habían quedado en Magnesia. Su posición, sin que la agravase la presencia del enemigo, ofrecía por sí misma muchas dificultades; pero cuando se encontraba luchando con ellas, recibió muy oportunamente una carta de Sp. Lucrecio en la que le participaba que se había apoderado de todos los fuertes que dominan el valle de Tempe en las inmediaciones de Fila, encontrando considerable cantidad de trigo y de provisiones de toda clase.

Regocijado con esta noticia, marchó el cónsul de Dium á Fila, proponiéndose reforzar la guarnición y suministrar á sus tropas víveres que hubiese sido muy largo hacer transportar. No se interpretó favorablemente aquella marcha; censurándole unos haber temido que permanencia más larga en Dium le obligase á batirse con el enemigo; acusándole otros de haber desconocido las diarias peripecias de la guerra, diciendo que había dejado perder una ocasión favorable que no volvería á encontrar. En efecto; en cuanto salió de Dium, el enemigo se rehizo y pensó al fin en recobrar lo que había perdido por culpa suya. Al enterarse de la marcha del cónsul, Perseo regresó á Dium; mandó reconstruir las obras destruídas por los romanos, reponer las almenas y reparar por todas partes las fortificaciones. En seguida marchó á acampar á cinco millas de la ciudad, á este lado del Enipeo, cuyas difíciles orillas podían servirle de fortificaciones. Este río brota al pie

del monte Olimpo. Sus aguas, escasas en estío, aumentan con las lluvias de invierno, corren impetuosamente entre los peñascos y arrastrando hasta el mar las tierras desprendidas, se abre profundo lechó, formando espantoso abismo entre sus escarpadas orillas. Creyendo Perseo que aquel río detendría al enemigo en su marcha, se proponía aplazarlo todo hasta la terminación del verano. Pero el cónsul mandó marchar á Popilio de Fila á Heraclea con dos mil hombres. Esta ciudad, construída sobre un peñasco que domina el río, dista unas cinco millas de Fila, entre Dium y Tempe.

Popilio, antes de hacer marchar á sus soldados contra la ciudad, envió un mensaje á los magistrados y habitantes principales, invitándoles á aceptar la protección y clemencia de los romanos más bien que afrontar sus armas; pero no atendieron al consejo, porque los sitiados veían las hogueras del campamento real en las orillas del Enipeo. Entonces Popilio, de acuerdo con la flota, fondeada cerca de la playa, puso en juego toda clase de máquinas. Algunos jóvenes romanos, aplicando á la guerra los ejercicios del circo, llegaron al pie de las murallas. Aún no se había imaginado en Roma llenar el circo de inmensa cantidad de fieras traídas de todas las partes del mundo, sino que buscaban especialmente la variedad de espectáculos. Las carreras de carros y la de caballos no duraban más de una hora. Entre las diversiones que se celebraban veíanse entrar en el circo sesenta jóvenes completamente armados y mayor número aún en los juegos más solemnes. En tanto representaban un ejército en batalla, en tanto se entregaban á graciosas luchas, que menos parecían combates que ejercicios de gladiadores. Después de varias evoluciones, formaban un cuadro y colocaban los escudos sobre las cabezas, estrechándose unos contra otros; la primera fila permanecía de pie, la segunda se inclinaba un

poco, la tercera más, y así sucesivamente hasta la última, que ponía rodilla en tierra, construyendo así una manera de bóveda inclinada cuya parte superior terminaba como la de un techo. Entonces dos guerreros armados se lanzaban á la distancia de cincuenta pasos, se desafiaban y ganando lo alto de aquella bóveda de escudos, en tanto corrían sobre las orillas como para defenderse, en tanto volvían al centro, donde peleaban y se movían como sobre terreno firme. Los sitiadores aplicaron, pues, á la muralla una bóveda de esta clase: hombres armados subieron á ella hasta la altura de la muralla y se encontraron frente á frente con los sitiados, rechazándolos y penetrando dos manípulos en la ciudad. La única diferencia que hubo entre aquella tortuga y la primera fué que en la primera fila y los costados los soldados no llevaban el escudo levantado sobre las cabezas, sino que los conservaban, como en los combates, para cubrirse; de esta manera, los venablos lanzados desde la muralla no alcanzaban á los que se acercaban, sino que resbalaban como la lluvia sobre la superficie del testudo y caían al suelo sin causar daño. El cónsul, después de apoderarse de Heraclea, acampó allí, proponiéndose marchar en seguida á Dium, arrojar al rey y pasar después á Pieria. Mas pensando ya en preparar la invernada, mandó reparar los caminos para el transporte de víveres que debían venir de Tesalia, elegir puntos favorables para almacenes y construir alojamientos para los encargados de los abastecimientos.

Repuesto Perseo de su primer terror, hubiese querido que le desobedecieran cuando en su miedo mandó arrojar al mar sus tesoros de Pela y quemar sus naves en Tesalónica. Andrónico, á quien envió á esta ciudad, retrasó la ejecución de las órdenes del rey para dar tiempo á que se arrepintiese, y los hechos justificaron su

conducta. Menos previsora Nicias, había arrojado al mar todos los tesoros que encontró en Pela. Pero la pérdida no fué grave, porque casi todo lo sacaron los buzos. De tal manera se avergonzó el rey de su miedo, que hizo asesinar secretamente á los buzos y poco después á los mismos Andrónico y Nicias, con objeto de que no quedasen testigos de orden tan insensata. Entretanto C. Marcio partió de Heraclea con la flota para trasladarse á Tesalónica, y desembarcó destacamentos en varios puntos de la costa, taló la comarca, derrotó á los habitantes en varios encuentros y los rechazó hasta sus murallas. Amenazando estaba ya de cerca á la ciudad, pero los sitiados, poniendo en movimiento máquinas de toda clase, hicieron llover piedras, no solamente sobre los que se encontraban cerca de las murallas, aproximándose con imprudencia, sino que también sobre los que habían quedado en las naves. Marcio reembarcó sus soldados, levantó el sitio y se dirigió á Enia, ciudad situada á quince millas de Tesalónica, enfrente de Pidna, en país fértil. Los romanos devastaron la comarca, y continuando á lo largo de la costa, llegaron á Antigonea. Allí desembarcaron, talaron la comarca y trasladaron el botín á las naves. Pero encontrándoles dispersos los macedonios, les atacaron, persiguiéndoles jinetes y peones y rechazándoles hasta el mar, habiéndoles causado cerca de mil quinientos muertos y cogido otros tantos prisioneros. Viendo los romanos que no podían embarcarse sin correr graves peligros, encontraron nuevas fuerzas en su furor y desesperación. Trabóse de nuevo el combate en la playa, acudiendo á ayudar á los romanos los que se encontraban en las naves. Cerca de doscientos macedonios quedaron sobre el terreno y otros doscientos cayeron prisioneros. De Antigonea se dirigieron los romanos al territorio de Palaena, desembarcando para talarlo. Este país, que toca á

las fronteras de Cassandrea, era el más fértil de cuantos habían costeado, y allí se les reunió el rey Eumeno, que había partido de Elea con veinte naves cubiertas; Prusias les envió cinco naves iguales.

Este aumento de fuerzas dió ánimos al pretor para atacar á Cassandrea, ciudad fundada por el rey Cassandro en las gargantas que unen el territorio de Palena con el resto de Macedonia; defendiéndola, por un lado, el golfo de Toronea, y por el otro el de Macedonia. La lengua de tierra en que se encuentra edificada avanza en el mar tanto como el monte Athos y presenta á la Magnesia dos promontorios desiguales, de los que el más alto se llama Posideo y el más pequeño Canastreo. Decidiéndose atacar por varios puntos, el romano lo hizo por el llamado Clites, prolongando los parapetos desde el golfo de Macedonia hasta el de Toronea, colocando por todas partes ciervos (1) para cerrar todas las salidas. Eumeno se dirigió al otro lado, donde existía un foso que Perseo acababa de abrir. Mucho trabajo costaba á los romanos cegararlo. No viendo el pretor en ninguna parte tierras amontonadas, preguntó dónde estaban las que debían haber extraído del foso, y le contestaron mostrándole bóvedas, diciéndole que no tenían el espesor de las murallas antiguas y que estaban construídas con una sola fila de ladrillos; por lo que tomó el partido de hacer horadar aquella barrera y abrirse por allí camino á la ciudad, esperando engañar á los habitantes haciendo escalar las murallas por el lado opuesto, con objeto de infundir alarma y que acudiesen á aquella parte los esfuerzos de los defensores. Además de la valiente juventud de Cassandrea, tenía la plaza belicosa guarnición, compuesta de ochocientos

(1) Estacas bifurcadas en un extremo, como los cuernos del ciervo, cuyo nombre llevan. Clavábanlas en el suelo para formar las empalizadas y sujetar la tierra de los parapetos.

agrienos y de mil penestos ilirios que había enviado Pleurato. Mientras defendían las murallas contra los ataques de los romanos, los trabajadores horadaron en poco tiempo las bóvedas y abrieron paso á la ciudad, de la que se hubiesen apoderado en el acto, de haber tenido armas. Al enterarse los soldados del éxito de aquella operación, lanzaron alegres gritos y se dispusieron á penetrar por todas partes en la ciudad.

El enemigo quedó al pronto estupefacto, no comprendiendo la razón de aquellos repentinos gritos. Pero los prefectos Pythón y Filipino se enteraron en seguida de que habían practicado una brecha, y persuadidos de que aprovecharía al primero que la ocupase, salieron con fuerte destacamento de agrienos é ilirios, cayendo sobre los romanos, que acudían de todos lados, reuniéndose apresuradamente para entrar en la ciudad. Los macedonios les rechazaron á favor de aquel desorden, persiguiéndoles hasta el foso, derribándoles y aplastándoles bajo los escombros. Cayeron muertos más de seiscientos romanos, y casi todos los que se encontraban entre el foso y la muralla quedaron heridos. Vencido el pretor con sus propias armas, desplegó más cautela en sus tentativas. No era Eumeno más afortunado en los ataques que dirigía por mar y tierra, por lo que los dos se decidieron á reforzar la línea de soldados alrededor de la plaza para impedir á los macedonios que introdujesen ningún socorro y á establecer un bloqueo regular, puesto que no tenían resultado los ataques á viva fuerza. Mientras hacían estos preparativos, diez barcas, tripuladas por hombres escogidos de auxiliares galos, que Perseo había enviado de Tesalónica, viendo las naves enemigas sobre la playa, avanzaron en fila á lo largo de la costa, y á favor de la noche penetraron en la ciudad. La llegada de aquellos refuerzos obligó á los romanos y al rey á levantar el sitio, doblando el

promontorio y yendo á abordar á Toroneo. Disponíanse á atacar esta plaza, pero viéndola defendida por fuerte guarnición, renunciaron á la empresa y se encaminaron á Demetriades. Al acercarse á la ciudad vieron las fortificaciones llenas de soldados, por lo que pasaron de largo, yendo á desembarcar en Yolcos, con objeto de talar la comarca inmediata y volver en seguida para atacar á Demetriades.

Entretanto el cónsul, no queriendo permanecer en completa inacción en el territorio enemigo, ordenó á M. Popilio que marchase con cinco mil hombres contra Melibea, ciudad situada al pié del monte Ossa, en la vertiente de Tesalia, ocupando posición ventajosa que domina á Demetriades. La llegada del enemigo alarmó al pronto á los habitantes, pero repuestos en seguida de su primer temor, acudieron armados á la puerta y murallas, para proteger los puntos débiles, é hicieron perder en seguida á los romanos la esperanza de tomar la ciudad por asalto, por lo que se prepararon á poner sitio formal, comenzando los trabajos. Enterado Perseo de que el ejército del cónsul sitiaba Melibea, y de que la flota fondeaba en Yolcos, dispuesta á dirigirse á Demetriades, envió en seguida á Melibea un capitán llamado Eufnanor, con dos mil hombres escogidos; recomendándole, si conseguía levantar el sitio de Melibea, que penetrase en Demetriades por caminos extraviados, antes que los romanos partiesen para aquella ciudad. Viendo de pronto los sitiadores al enemigo en las alturas, abandonaron precipitadamente los trabajos, prendiéndoles fuego. Libre Melibea de esta manera, Eufnanor se dirigió á Demetriades, cuyos habitantes enardecidos con su presencia creyeron poder defender no solamente la ciudad, sino que también las cercanías de las devastaciones del enemigo, cayendo sobre los merodeadores é hiriendo á considerable número de ellos. A

pesar de esto, el pretor y Eumeno recorrieron el contorno de la plaza y examinaron atentamente su posición, para ver si podrían tomarla por asalto ó tendrían que sitiarla en forma. Corrió por entonces el rumor de que se entablaron negociaciones por mediación del cretense Cydas y de Antimaco, prefecto de Demetriades. Sea como quiera, Demetriades quedó abandonada, y Eumeno marchó á ver al cónsul y le felicitó por su entrada en Macedonia, dirigiéndose en seguida á Pérgamo. El pretor Marcio Fígulo envió parte de su flota á Sciathos para invernar, y él se dirigió con las naves restantes á Orea, en Beocia, considerando aquella ciudad como la mejor situada para hacer llegar víveres á los ejércitos que se encontraban en Macedonia y Tesalia. En cuanto á Eumeno, se refieren de distinta manera los hechos. Según Valerio Ancias, no acudió con su flota en socorro del pretor, á pesar de las apremiantes cartas que recibió, sino que se separó bruscamente del cónsul y regresó al Asia, disgustado porque no le permitieron acampar con los romanos; no consintiendo tampoco en dejar la caballería gala que había llevado. Por el contrario, su hermano Atalo permaneció con el cónsul, le fué fiel constantemente y no cesó de prestarle servicios señalados en toda la campaña.

Durante la guerra de Macedonia, presentáronse en Roma legados de un reyezuelo de los galos transalpinos (llamado Balanos; pero se ignora sobre qué pueblo reinaba), ofreciendo socorros contra los macedonios. El Senado dió gracias á los legados y los regaló un collar de oro de dos libras, copas de oro que pesaban cuatro libras, un caballo enjaezado y una armadura de caballero. Después de los galos se presentaron legados de Pamfilia, ofreciendo en el Senado una corona de oro por valor de veinticinco mil filipos y pidiendo permiso para colocarla en el templo de Júpiter Óptimo

Máximo y hacer un sacrificio en el Capitolio. Concedióseles el permiso, recibiendo también favorablemente el deseo que expusieron de renovar la alianza con los romanos, y á cada uno de ellos regalaron dos mil ases. Oyóse en seguida á los legados del rey Prusias y á los de los rodios, cuya misión era igual, pero su lenguaje fué diferente, viniendo los dos legados á negociar la paz para el rey Perseo. Por parte de Prusias antes rogaban que imponían condiciones. «Protestaba de su constante fidelidad á los romanos, prometiendo persistir en ella mientras durase la guerra. Sin embargo, habiéndole pedido Perseo su intervención para poner fin á las hostilidades, le había ofrecido apoyar su solicitud ante el Senado; por lo que rogaba á los romanos que olvidasen, si era posible, su enojo, ofreciéndoles sus servicios en agradecimiento á la conciliación.» Así hablaron los enviados del rey. Los rodios recordaron primero con altivez los servicios que habían prestado al pueblo romano, reivindicando la mayor parte de la victoria conseguida sobre el rey Antioco. «Su amistad con Perseo, añadieron, comenzó cuando reinaba la paz entre Roma y Macedonia. A pesar suyo habían roto sus buenas relaciones con el rey: nada tenían que censurarle, y solamente por complacer á los romanos habían sido arrastrados á aquella guerra. Hacía tres años que estaban experimentando todas sus consecuencias: su isla, privada de toda comunicación por mar, veía destruidos su comercio y sus recursos y se encontraba reducida á la escasez. No pudiendo soportar por más tiempo aquellos males, habían enviado al mismo tiempo dos legaciones, una á Perseo, para hacerle saber que Rodas le invitaba á hacer la paz con los romanos; otra á Roma, para dar á conocer aquel propósito. En seguida atenderían á las medidas que habían de tomar en cuanto á los que se opusiesen á la conclusión de

la paz.» Tan insolente reclamación, leída ó pronunciada en el Senado, no dejaría hoy mismo de indignar; júzguese lo que experimentarían los Padres que la escucharon.

Según Claudio no se contestó nada á este mensaje, limitándose á leer el *senatus-consulto* por el que el pueblo romano devolvía la libertad á los carios y á los licios, disponiendo se les escribiese en el acto para darles á conocer esta resolución. Al escuchar la lectura de aquel decreto, el jefe de la legación, cuyo altanero lenguaje parecía encontrarse estrecho en el recinto del Senado, cayó sin conocimiento. Según otros autores, el Senado contestó: «Que el pueblo romano se había enterado desde el principio de la guerra por seguro conducto de las inteligencias secretas que mediaban entre los rodios y el rey Perseo contra la república; que si hasta aquel día pudo tener algunas dudas, las palabras de los legados acababan de disiparlas; porque la mala fe, por prudente que sea al principio, acaba siempre por revelarse. ¿Rodas iba á decidir sin duda por un mensaje de la paz ó la guerra de todo el mundo? ¿En adelante los romanos tomarían ó depondrían las armas según dispusiera? ¿No tendrían por garantes de sus alianzas otros dioses que los rodios? Así había de ser. ¿Si Roma no obedece, si no retira sus ejércitos de Macedonia, ellos verán lo que han de hacer! Que los rodios hagan lo que les plazca. En cuanto al pueblo romano, espera vencer muy pronto á Perseo y atenderá en seguida á los medios de tratar, después de la guerra, á cada ciudad según sus méritos.» Regalóse, sin embargo, á cada legado dos mil ases, pero no quisieron aceptarlos.

En seguida se leyó una carta del cónsul Q. Marcio, anunciando «que después de haber atravesado felizmente los desfiladeros, había penetrado en Macedonia; que había provisto con el pretor á la subsistencia del

ejército para todo el invierno, comprando á los epirotas veinte mil modios de trigo y diez mil de cebada. Rogaba al Senado que lo pagara á los legados y que enviase de Roma ropas para los soldados: necesitaba doscientos caballos númeridos, porque no tenía ningún recurso de este género en Macedonia.» Un senatus-consulto satisfizo á todas las peticiones del cónsul. El pretor C. Sulpicio remitió á Macedonia á disposición del cónsul seis mil togas, treinta mil túnicas y caballos, pagando á los enviados de Epiro el precio del trigo suministrado para sus compatriotas. En seguida presentó en el Senado á Oesimo, hijo de Pithón, macedonio de noble estirpe, que siempre había aconsejado la paz al rey, invitándole repetidas veces á que siguiese en lo posible los principios y costumbres de su padre el rey Filipo, que hasta el último momento se había hecho leer dos veces al día su tratado de alianza con los romanos. No pudiendo disuadirle de la guerra, había procurado primeramente alejarse, bajo diferentes pretextos, con objeto de no participar de actos que desaprobaba; viendo al fin que se había hecho sospechoso y que frecuentemente se le acusaba de traición, había pasado al campamento de los romanos, donde prestó importantes servicios al cónsul. Todos estos hechos los recordó al Senado, decidiéndose entonces que se le inscribiría en la lista de los aliados, que se le proporcionaría alojamiento con los acostumbrados regalos, que se le darían doscientas yugadas en la parte del territorio de Tarento que pertenecía al dominio público y que se le compraría una casa en Tarento, encargándose de la ejecución de este decreto al pretor C. Decimio. En los idus de Diciembre procedieron los censores al empadronamiento de los ciudadanos, mostrándose más severos que nunca. Degradaron á muchos caballeros, entre ellos á P. Rutilio, que durante su tribunado les había atacado violentamente. Arro-

járonle de su tribu y le privaron del derecho de ciudadanía. Los cuestores, en virtud de un *senatus-consulto*, habían puesto á disposición de los censores para los trabajos públicos la mitad de las rentas de aquel año. Ti. Sempronio, con la cantidad que le tocó, compró para el estado la casa de Escipión el Africano, situada cerca de la estatua de Vertumno, como también las carnicerías y tiendas inmediatas, mandando construir una basílica que después se llamó Sempronia.

Estaba ya expirando el año: la guerra de Macedonia preocupaba vivamente los ánimos, y por todas partes se hablaba de la elección de los cónsules á quienes se encargaría el año siguiente del cuidado de terminar la campaña. Un *senatus-consulto* invitó á Cn. Servilio á que regresase cuanto antes para la convocación de los comicios. El pretor Sulpicio le envió el decreto, y pocos días después llegó al Senado la carta del cónsul anunciando su próximo regreso. En efecto; Servilio se apresuró á regresar y se celebraron los comicios en el día indicado, siendo nombrados cónsules L. Emilio Paulo y C. Licinio Craso. Paulo lo era por segunda vez, diez y siete años después de su primer consulado. Al siguiente día fueron nombrados pretores Cn. Bebio Tamfilo, L. Anicio Galo, Cn. Octavio, P. Fonteyo Balbo, M. Ebucio Elva y C. Papirio Carbo. Deseábase que todo marchase aceleradamente, exigiéndolo así la guerra de Macedonia; por lo que se resolvió que se decidiese sin demora por sorteo las provincias, para saber cuál de los cónsules mandaría en Macedonia y qué pretor tendría á su cargo la flota; pudiendo desde luego preparar todo lo necesario para la guerra y consultar al Senado, si era necesario. Quiso también «que los magistrados celebrasen las ferias latinas en cuanto entrasen en funciones, y como lo permitiese la religión, para que nada se opusiera á la marcha del cónsul que

debía ir á Macedonia.» En virtud de estas resoluciones fueron asignadas á los cónsules la Italia y la Macedonia; los pretores, además de las dos jurisdicciones de la ciudad, recibieron el mando de la flota y los gobiernos de España, Sicilia y Cerdeña. Emilio obtuvo la Macedonia; Licinio, la Italia; Cn. Bebio, la jurisdicción de Roma; L. Anicio, la de los extranjeros y de todos los países que designase el Senado; Cn. Octavio, la flota; P. Fonteyo, la España; M. Ebucio, la Sicilia, y C. Papirio la Cerdeña.

Pronto se comprendió que L. Emilio llevaría la guerra con actividad; porque además de tener carácter muy distinto que sus antecesores, no cesaba día y noche de ocuparse de los preparativos de su expedición. Su primer cuidado fué pedir al Senado que enviase legados á Macedonia para inspeccionar el ejército y la flota y que diesen cuenta de las necesidades del ejército de tierra y mar; debiendo reconocer también, en cuanto les fuese posible, el estado de las fuerzas del rey, la posición de los romanos y la del enemigo; si los romanos estaban acampados en los desfiladeros ó si habían pasado todas las gargantas difíciles y se encontraban en la llanura; quiénes eran los aliados cuya fidelidad parecía segura; quiénes eran los dudosos ó pendientes de los acontecimientos y cuáles los enemigos declarados. Debían dar á conocer el estado de los aprovisionamientos, los puntos de donde podría hacer llegar víveres por mar y tierra, y en fin, todo lo que se había hecho durante la última campaña. Emilio fundaba en la exactitud de estos datos el resultado de las medidas que iba á tomar. El Senado encargó al cónsul Cn. Servilio que enviase á Macedonia los legados que designase L. Emilio, y dos días después partieron Cn. Domicio Ahenobarbo, A. Licinio Nerva y L. Bebio. Anuncióse que á fines de aquel año llovieron dos veces piedras en

el territorio de Roma y el de Veyas, celebrándose con este motivo un novendial expiatorio. Aquel mismo año murieron los pontífices P. Quintilio Varo, sacerdote de Marte, y el decenviro M. Claudio Marcelo, á quien sucedió Cn. Octavio. Notóse como prueba del progreso del lujo, que en los juegos del circo que dieron P. Cornelio Escipión Nasica y L. Léntulo, ediles curules á la sazón, presentaron sesenta y tres panteras de África, cuarenta osos y cuarenta elefantes.

L. Emilio Paulo y C. Licinio tomaron posesión del consulado en los idus de Marzo, principio del año siguiente. El Senado esperaba el informe del cónsul encargado del gobierno de Macedonia. Paulo declaró que nada tenía que decir hasta que regresasen los legados. «Que habían llegado á Brindis, después de haberse visto obligados á recalar dos veces en Dirraquio, y esperaba enterarse pasados pocos días de las circunstancias que le importaba conocer: en seguida daría el informe, y para que nada retrasase su marcha, señaló para las ferias latinas la víspera de los idus de Abril. Después del sacrificio solemne, partiría con Cn. Octavio en cuanto quisiera el Senado. Su colega C. Licinio cuidaría, durante su ausencia, de hacer y enviar todo lo que exigiesen las necesidades de la guerra, y entretanto podría recibirse á los legados de las naciones extranjeras.» Cuando terminó el sacrificio solemne, los primeros admitidos en el Senado fueron los legados de Alejandría, enviados por Ptolomeo y Cleopatra. Vestidos con ropas de luto, la barba y el cabello en desorden, con un ramo de olivo en la mano, se prosternaron al entrar, siendo su lenguaje más humilde aún que su aspecto. Antioco, rey de Siria, que había estado en rehenes en Roma, pretendiendo restablecer en el trono al mayor de los Ptolomeos, había declarado la guerra al hermano menor de aquel príncipe, encerrado entonces

en Alejandría. Había conseguido una victoria naval en Pelusa; echado con presteza un puente sobre el Nilo, había hecho pasar su ejército y estrechaba á Alejandría, estando á punto de apoderarse de aquel opulentísimo reino. Al exponer los legados sus quejas al Senado, le rogaban asistiese á sus estados y á reyes amigos de la república. «Antioco, decían, tenía tales obligaciones con el pueblo romano, el nombre de Roma era tan poderoso para los reyes y los pueblos, que bastaría al Senado dar á conocer por un mensaje que veía con disgusto la guerra hecha á los reyes aliados, para que Antioco levantase en seguida el sitio de Alejandría y retirase su ejército á Siria. Si tardaban en acceder á sus ruegos, pronto verían llegar á Roma á Ptolomeo y Cleopatra, arrojados del trono, y el pueblo romano se sonrojaría entonces por haberles abandonado en su desgracia.» Conmovidó el Senado por los ruegos de los legados de Alejandría, envió inmediatamente á C. Popilio Lenas, C. Decimio y C. Hostilio para poner fin á la guerra entre los reyes. Su encargo era avistarse primeramente con Antioco, después con Ptolomeo y declararle que aquel que se negase á la paz, no lo tendrían por amigo y aliado.

Tres días después partieron los legados romanos con los de Alejandría. Los comisarios que habían ido á Macedonia regresaron en los últimos días de las fiestas quincuatrias. Con tanta impaciencia se esperaba su llegada, que si el día no hubiese estado tan avanzado, en el acto habrían convocado los cónsules el Senado. A la mañana siguiente se reunió y se oyó á los legados, quienes dieron cuenta de que «el ejército había entrado en Macedonia por desfiladeros impracticables, pero con más peligros que ventajas. El rey ocupaba la Pieria, en la que había avanzado, estando cerca uno de otro los campamentos, separados únicamente por el río Enipeo.

El rey evitaba trabar batalla, y los romanos no podían obligarle á ello. Las contrariedades habían aumentado con los rigores del invierno; el ejército estaba reducido á la inacción y solamente tenía víveres para seis días. Calculábanse en treinta mil hombres las fuerzas macedónicas. Si Appio Claudio hubiese tenido en Licnido un cuerpo de tropas bastante considerable, habría podido colocar al rey en posición difícil. Pero, al contrario, él y sus fuerzas iban á encontrarse ahora en el mayor peligro, si no se retiraba ó recibía suficiente refuerzo. Los legados habían pasado del campamento á la flota, enterándose de que parte de las tripulaciones había sucumbido á las enfermedades; que el resto, especialmente las fuerzas procedentes de Sicilia, había regresado á sus hogares; que las naves estaban desguarnecidas, y que los hombres que quedaban no recibían el sueldo y carecían de ropas. Créase que la flota de Eumeno se presentó únicamente impulsada por el viento, porque no había hecho más que aparecer y desaparecer. No podía contarse con las buenas disposiciones de este príncipe; pero tan dudosa como era su fidelidad, así era de segura la de su hermano Atalo.»

Cuando se oyó á los legados, L. Emilio abrió deliberación acerca de los asuntos de la guerra. El Senado decretó «que los cónsules y el pueblo elegirían por mitad tribunos para las ocho legiones: que este año solamente podrían elegirse á los que hubiesen desempeñado ya algún cargo. Que el cónsul L. Emilio elegiría libremente entre todos los tribunos militares los que debían mandar las dos legiones de Macedonia; que marcharía á su puesto inmediatamente después de las ferias latinas, de la misma manera que el pretor Cn. Octavio, á quien había tocado el mando de la flota.» Unióseles el pretor L. Anicio, que había tenido la jurisdicción de los extranjeros, y se decidió que reemplazaría á Ap.

Claudio en Lienido, en Iliria. Encargóse al cónsul Licinio el trabajo de las levas, recibiendo orden de alistar entre los romanos siete mil hombres de á pie y doscientos caballeros; entre los aliados del nombre latino, cuatrocientos de á caballo y siete mil infantes, y de escribir á Cn. Servilio, que mandaba en la Galia, que alistase seiscientos jinetes. Todo lo más pronto posible debía enviar estas tropas á su colega á Macedonia. En aquella provincia no había más que dos legiones, que debían constar de seis mil infantes y trescientos caballeros cada una, repartiéndose el resto de las tropas en las guarniciones. Todos los que no se encontraban en estado de servir serían licenciados. A los aliados se exigía además diez mil infantes y ochocientos caballos. Uniéronse estos refuerzos á las dos legiones que Anicio debía llevar á la Iliria, compuesta cada una de cinco mil doscientos peones y trescientos jinetes. También se alistaron entre los aliados cinco mil hombres para la flota. El maudo de las dos legiones se encargó al cónsul; añadiéndose diez mil infantes y seiscientos jinetes de los aliados.

Dados estos senatus-consultos, el cónsul L. Emilio acudió á la asamblea del pueblo, y habló en estos términos: «Romanos, creo haber observado que cuando la suerte me designó la Macedonia, vuestras felicitaciones fueron más vivas que cuando me nombrasteis cónsul ó cuando entré en funciones. Solamente puedo atribuir esta benevolencia á la esperanza que habéis concebido de ver la guerra de Macedonia, que ya dura demasiado tiempo, terminada por mí de una manera digna de la majestad del pueblo romano. Los dioses habrán acogido favorablemente sin duda la decisión de la suerte, y nos ayudarán en la guerra. Me atrevo á creerlo así y á esperarlo. Lo que al menos puedo asegurar firmemente, es que me esforzaré en justificar la confianza que tenéis

en mí. El Senado ha tomado todas las medidas necesarias; desea que parta inmediatamente, y dispuesto estoy á marchar. Mi distinguido colega C. Licinio apresurará los preparativos con tanta actividad como si él mismo estuviese encargado del mando. En cuanto á vosotros, romanos, no prestéis fe mas que á lo que yo escriba, sea al Senado, sea á vosotros mismos; no deis crédito con vuestra credulidad á rumores vanos y sin fundamento. Bien sé que ordinariamente, y con especialidad en esta guerra, no hay nadie que desprecie tanto la opinión pública que no se deje desalentar por ella. En todos los círculos, y hasta podría decir en todas las mesas hay gentes que ordenan la marcha de las tropas de Macedonia que saben dónde debe asentarse los campamentos, dónde colocar las guardias; en qué momento y por qué desfiladero se debe entrar en Macedonia; dónde hay que colocar los almacenes; por qué país, por qué mar pueden trasladarse los víveres; cuándo hay que atacar al enemigo, y cuándo permanecer en inacción. No contentos con decidir lo mejor que debe hacerse, critican todo lo que no se hace en conformidad con sus planes, y por decirlo así, citan al cónsul á su tribunal. Esta costumbre es funesta al éxito de vuestros generales. Todos pueden oponer á los ataques de los rumores populares el valor y la firmeza de Fabio, que prefirió ver restringida su autoridad por la ligereza del pueblo que asegurar su fama á expensas del bien público. Lejos estoy de pretender que los generales no necesiten consejos: por el contrario, creo que es orgullo y locura querer hacerlo todo por el propio juicio. Lo que deseo es que los generales se aconsejen, primero de hombres ilustrados, dotados de pericia militar é instruidos por la experiencia; después, de los que se encuentran sobre el terreno, que pueden juzgar por sí mismos la posición del enemigo, de la oportunidad de

las ocasiones, y que como embarcados en la misma nave, participan de los mismos peligros. Si, pues, hay alguno que crea poder darme en esta guerra consejos útiles á la república, que no niegue sus servicios al Estado; que venga conmigo á Macedonia, y yo le daré de todo, naves, caballos, tienda y provisiones. Si teme tomar parte en esta expedición, si prefiere el descanso de la ciudad á las fatigas de la guerra, que no se erija en piloto desde tierra. Roma suministra bastantes asuntos de conversación. Que ponga freno á su deseo de criticar, y que sepa me bastarán los consejos de mis compañeros de campamento.» Al terminar la asamblea, celebraron en el monte Albano la solemnidad de las ferias latinas, que se habían fijado para la víspera de las kalendas de Abril, é inmediatamente después el cónsul y el pretor Cn. Octavio partieron para Macedonia. Dícese que acompañó al cónsul multitud de gente, pareciendo á cada cual presagio de la terminación de la guerra la marcha de L. Emilio, y se esperaba verle regresar triunfante muy pronto.

Mientras ocurrían estas cosas en Italia, Perseo, á quien la avaricia impedía terminar las negociaciones entabladas ya para atraerse á Gencio, rey de Iliria, viendo á los romanos dueños de los desfiladeros, y comprendiendo que se acercaba el momento en que debía decidirse el resultado de la guerra, consideró que no le convenían las dilaciones. Por esta razón autorizó á su legado Hippias para ofrecer trescientos talentos de plata, y después de comprometerse por ambas partes á entregarse rehenes, Perseo envió á Pantanco, uno de sus confidentes más íntimos, para que lo terminase todo. Pantanco encontró al rey de Iliria en Meteón, en el territorio de los labeatos, y recibió su promesa y sus rehenes. Gencio, por su parte, envió un legado llamado Olympión para recibir el juramento y los rehenes de

Perseo. Con Olympión envió también agentes encargados de cobrar la cantidad ofrecida; y á instigación de Pantanco designó á Morco y Parmeni6n para acompañar á Rodas á los legados de Macedonia; recomendándoles que no partiesen para Rodas sin haber recibido el juramento, los rehenes y el dinero de Perseo. Decíase á Gencio «que la alianza de los dos reyes podía decidir á los rodios á hacer la guerra á los romanos, y que la cooperación de una república que dominaba en los mares, no dejaría á los romanos ninguna esperanza en mar ni en tierra. Al acercarse los ilirios, Perseo dejó su campamento en las orillas del río Epineo, y seguido de toda su caballería salió á su encuentro hasta Dium. Allí se ratificó el convenio delante de toda la caballería macedónica, que el rey quiso asistiese á la conclusión del tratado de alianza con Gencio, persuadido de que aquel espectáculo aumentaría el ardor de los soldados. También se dieron y recibieron los rehenes en presencia de todos. Hizose partir para Pela los agentes que debían recibir del tesoro real las cantidades convenidas, y los macedonios encargados de ir á Rodas con los enviados de Iliria, recibieron orden de embarcarse en Tesalónica, donde encontraron á Metrodoro, recientemente llegado de Rodas, y que afirmaba, bajo la fe de Dinón y de Polyarato, que los rodios estaban dispuestos á hacer la guerra. Metrodoro marchó al frente de los legados macedonios é ilirios.

Por la misma época envió Perseo legados á los reyes Eumeno y Antioco, llevando instrucciones análogas, según pudiese exigir el estado de las cosas. Los legados decían «que existía natural enemiga entre una ciudad libre y un rey: el pueblo romano los atacaba á todos sucesivamente, y su odiosa política se ayudaba con los unos para derribar á los otros. Con el concurso de Atalo habían abrumado á su padre; con el apoyo de Eume-

no, y en parte con el de Filipo, padre de Perseo, habían hecho la guerra á Antioco. Ahora tomaban las armas contra él, contra Eumeno y contra Prusias. Una vez destruído el reino de Macedonia, un paso les bastaría para entrar en Asia, de la que ya habían domeñado una parte, so pretexto de devolver la libertad á las ciudades griegas. Muy pronto tendría igual suerte la Siria; Eumeno se veía tratado ya con menos consideración que Prusias; Antioco se encontraba separado del Egipto y privado del fruto de su victoria. En virtud de estas consideraciones le invitaba á tomar medidas para obligar á los romanos á que ajustasen la paz con él, ó si perséveraban en aquella guerra injusta, á considerarles como enemigos comunes de todos los reyes.» Los legados enviados á Antioco no disimulaban el objeto de su misión; pero el que iba á ver á Eumeno ocultaba, so pretexto de rescate de prisioneros, negociaciones más misteriosas, que hicieron á aquel rey odioso y sospechoso á los romanos, y dieron lugar á falsas y muy graves.... Este pugilato de avaricia y perfidia entre los dos reyes hizo al fin que se le considerase como traidor y casi como enemigo. Uno de los confidentes íntimos de Eumeno era un cretense llamado Cydas. Este había entablado negociaciones primeramente, cerca de Amfipolis, con un tal Quimaro, compatriota suyo, y entonces al servicio de Perseo; después dos veces, bajo las mismas murallas de Demetriades, las siguieron, el primero con un tal Menecrato, y el segundo con Anfímaco, capitanes del rey los dos. El mismo Herofón, enviado entonces por Perseo, había sido encargado ya de dos misiones cerca de Eumeno. Las negociaciones secretas y las misiones públicas excitaban odiosas sospechas; pero aún no se sabía el objeto y resultado de aquellos tratos entre los reyes. El asunto se ventiló de este modo.

Eumeno no quiso ayudar á Perseo á vencer á los ro-

manos ni hacerle la guerra. Este plan de neutralidad no dependía tanto de la enemistad que separó á sus padres, como del mutuo odio que se profesaban ellos. La rivalidad que les separaba no podía permitir á Eumeno considerar con indiferencia el grado de poder y de gloria á que la derrota de los romanos elevaría á Perseo. Eumeno consideraba además que, desde el principio de la guerra, Perseo había intentado todos los medios para conseguir la paz, y que diariamente, á medida que se acercaba el peligro, la paz era cada vez más el único objeto de sus esfuerzos y pensamientos. Los romanos por su parte, viendo que las hostilidades se prolongaban mucho más de lo que esperaban, deseaban unánimemente, tanto los generales como los senadores, poner fin á una guerra tan desagradable y penosa. Comprendiendo Eumeno las disposiciones de los dos partidos para una paz que podía ajustarse sin él por el cansancio del más fuerte y el temor del más débil, deseó sobre todo hacerse comprar sus servicios para la conciliación: pidiendo dinero, en tanto por no ayudar á los romanos por mar ni por tierra, en tanto por trabajar para la conclusión de la paz. Por precio de su neutralidad pedía mil quinientos talentos, y en garantía de sus promesas ofrecía no solamente su palabra, sino rehenes además. Muy dispuesto Perseo á comprometerse cuando le impulsaba el miedo, estaba pronto á recibir los rehenes, y hasta se había convenido en enviarlos á Creta. Pero cuando se trataba de entregar dinero, vacilaba, pensando que la primera condición era deshonrosa para dos reyes tan famosos, para el que daba el dinero y más aún para el que lo recibía. En la esperanza de ajustar la paz con Roma, consentía en el sacrificio, pero no quería entregar el dinero hasta que estuviese terminado el asunto, y entretanto lo depositaría en Somotracia. Ahora bien: como esta isla dependía de Eumeno, le era

indiferente que la cantidad quedase en Somotracia ó en Pela, pero cobrando desde luego una parte. De esta manera los dos reyes no recogieron de aquellas vanas tentativas más que la vergüenza de haberse engañado recíprocamente.

No fué esta la única ventaja que perdió Perseo por avaricia: en aquel momento podía primeramente, con el auxilio de Eumeno, poner sus tesoros á cubierto y obtener la paz que tuvo que pagar con parte de su reino; además, una vez en seguridad, revelar á los romanos el precio que Eumeno había puesto á sus servicios y excitar contra él su justo resentimiento. Pero su avaricia le privó también de la alianza de Gencio, que había procurado atraerse, y del socorro que le ofrecía numeroso cuerpo de galos, extendidos por la Iliria. Estos galos ascendían á diez mil jinetes y otros tantos peones, cuya ligereza igualaba á la de los caballos y que, en la pelea, montaban los de los jinetes que sucumbían. Estos imponían como condición diez monedas de oro por jinete y cinco por infante, recibiendo mil el jefe. A la noticia de su aproximación, Perseo salió de su campamento en las orillas del Enipeo, con la mitad de sus tropas y mandó dar orden á las ciudades y pueblos inmediatos para que preparasen provisiones de trigo, vino y bestias. Él también tenía que ofrecer, según decía, regalos á los jefes: caballos, armas, arreos de guerra y escasa cantidad de oro para repartirla entre corto número, creyendo poder imponer á la multitud con apariencias. Llegados cerca de la ciudad de Almaná acampó en la orilla del río Axio. Los galos habían hecho alto en las inmediaciones de Desudaba, en la Médica, esperando el pago de las cantidades ofrecidas. Perseo envió á Antígona un cortesano suyo, llevándoles la orden de avanzar hasta Bylazora (situada en la Peonia) y para invitar á los jefes á que viniesen en considerable núme-

ro á verle. Encontrábanse los galos á setenta millas del río Apio y del campamento del rey. Antígono, después de comunicar las órdenes de que era portador, enumeró las provisiones de toda clase que el rey había cuidado de preparar sobre su camino y los regalos que recibirían los jefes á su llegada, en ropas, armas y caballos: los galos contestaron que verían sobre el terreno los efectos de aquellas promesas; pero preguntaron si había llevado consigo el dinero que había que distribuir á cada jinete y á cada infante. Como Antígono no contestaba á esta pregunta, Clondico, el rey de los galos, le dijo: «Ve á decir á tu rey que los galos no darán un paso más hasta que hayan recibido el oro y los rehenes.» Cuando repitieron estas palabras al rey, reunió el consejo; presintiendo cómo opinaría cada uno, y más atento á conservar el dinero que el reino, comenzó á declamar contra la perfidia y crueldad de los galos. «Numerosos y tristes ejemplos, dijo, habían demostrado anteriormente el peligro que había en dejar penetrar en Macedonia ejército tan considerable. Aliados como aquellos eran más peligrosos que los mismos romanos, sus enemigos. A él le bastaban cinco mil jinetes, que eran suficientes para las necesidades de la guerra, sin inspirar temores por su número.»

Todos comprendieron claramente que su único temor era tener que pagar á tanta gente; pero como ninguno se atrevía á contestar á las preguntas que el rey dirigía, Antígono volvió á ver á los galos para anunciarles que bastarían al rey cinco mil jinetes y que no necesitaba el resto de las fuerzas. Cuando oyeron aquellas palabras los bárbaros y vieron que les habían hecho abandonar inútilmente sus moradas, lanzaron general murmullo de indignación. Clondico preguntó por segunda vez si al menos iban á entregar á los cinco mil jinetes la cantidad convenida. Como Antígono contestaba aho-

ra también de un modo evasivo, Clondico despidió al pérfido enviado, sin hacerle experimentar ningún mal tratamiento (lo que ni el mismo Antígono se atrevía á esperar), y los galos volvieron á emprender la ruta del Danubio, talando las fronteras de la Tracia que se encontraban en su camino. Si Perseo hubiese sabido adquirirse aquel refuerzo, mientras hubiese permanecido él mismo en reposo en las orillas del Enipeo, los galos, pasando á Tesalia contra los romanos, por los desfiladeros de la Perrhebia, hubiesen podido, no solamente talar los campos é impedirles obtener provisiones, sino hasta arruinar las ciudades de sus aliados, sin que los romanos, detenidos por el rey en las orillas del Enipeo, hubiesen podido acudir á socorrerlas. Los romanos hubiesen tenido que temer por su propia seguridad; porque les habría sido imposible permanecer en el país enemigo, después de perder la Tesalia, de la que obtenían las provisiones, ni avanzar, puesto que tenían enfrente el campamento de los macedonios. Esta conducta de Perseo aumentó mucho la esperanza de los romanos y desalentó bastante á los macedonios. La avaricia le hizo perder también el apoyo del rey Gencio: después de haber entregado en Pela á los enviados de aquel príncipe la cantidad de trescientos talentos, les permitió poner sus sellos sobre el dinero, exceptuando diez talentos que envió á Pantanco, con orden de entregarlos en el acto al rey. Pero al mismo tiempo ordenó á los suyos, portadores del resto del dinero que los ilirios habían sellado, que marchasen á jornadas cortas, y cuando llegasen á las fronteras de Macedonia, se detuviesen y esperasen sus órdenes. Habiendo recibido Gencio pequeña parte de la cantidad, cedió á las exhortaciones de Pantanco, que le estrechaba para que comenzase las hostilidades contra los romanos y mandó reducir á prisión á M. Perpenna y á L. Petilio, que se ha-

bían presentado en calidad de legados. Al recibir la noticia, persuadido Perseo de que Gencio se había puesto en la necesidad de hacer la guerra á los romanos, envió al jefe del convoy orden de regresar, como si no hubiese tenido otro temor que el de no dejar botín demasiado considerable á los romanos victoriosos. Herofón regresó también de la corte de Eumeno, sin que se sospechase el motivo secreto de su misión. Los macedonios habían publicado que su objeto había sido el rescate de prisioneros, y lo mismo dijo Eumeno al cónsul, para no hacerse sospechoso.

Perseo, habiendo perdido sus esperanzas después del regreso de Herofón, hizo marchar hacia Tenedos á Antenor y Calippo, jefes de la flota, con cuarenta naves ligeras (con las que marchaban cinco más pequeñas), para que cruzasen por las aguas de las Cycladas y protegiesen las naves dispersas que se dirigían á Macedonia con cargamento de trigo. La flota partió de Cassandrea, ganó primeramente los puertos que domina el monte Athos y desde allí marchó á Tenedos después de afortunada travesía. En el puerto encontró fondeadas las naves de guerra de los rodios, al mando de Eudamo, y no solamente no hizo experimentar ningún mal tratamiento á los marineros, sino que hasta las despidió con el mayor miramiento. Antenor y Calippo, enterados de que en la otra costa había cincuenta naves de carga macedónicas, bloqueadas á la entrada del puerto por la flota de Eumeno, á las órdenes de Damio, doblaron la isla apresuradamente, asustaron con su presencia la flota enemiga y libertaron las naves, enviándolas á Macedonia escoltadas por diez ligeras, que debían regresar á Tenedos, cuando las hubiesen dejado en seguridad. Nueve días después aquellas naves se reunieron con la flota, estacionada ante el promontorio de Sigeo, desde donde se dirigió hacia Subota, isla situada entre

Elea y el monte Athos. A la mañana siguiente del día en que las naves llegaron á Subota, quiso la casualidad que treinta y cinco naves de las llamadas hippagogas (1), que habían partido de Elea con los jinetes galos y sus caballos, se dirigiesen hacia Fanos, promontorio de la isla de Chío, desde donde debían pasar á Macedonia. Eumeno las enviaba á Atalo; y en cuanto el vigía señaló á Antenor la marcha de aquellas naves, se hizo inmediatamente á la vela desde Subota y las encontró entre Chío y el promontorio de Erythrea, en la parte más angosta del estrecho. Los jefes de Eumeno no esperaban en manera alguna encontrar una flota macedónica en aquellos parajes; creyendo al pronto que eran romanos, ó tal vez el mismo Atalo ó algunos de los suyos que enviaba del campamento romano á Pérgamo. Pero cuando ya no pudo dudarse, y la forma de las naves, más cercanas ya, el acelerado movimiento de los remos y la dirección de sus proas, vueltas hacia las hippagogas, anunciaron la presencia del enemigo, el terror se apoderó de la flota, que no podía oponer resistencia á causa de la pesadez de las naves y de la agitación de los galos, que no pueden resistir el mar, ni cuando está tranquilo. Entonces los que se encontraban más cerca del continente ganaron á nado Erythrea; algunas naves hicieron fuerza de vela hacia Chío, y abandonando los caballos y las naves huyeron precipitadamente á la ciudad. Pero habiendo el enemigo desembarcado soldados en los puntos de la costa más inmediatos á la plaza y donde era más fácil el acceso, los macedonios alcanzaron á los galos y los exterminaron, á unos en la fuga, á otros en las puertas de la ciudad, que los habitantes habían cerrado, ignorando quiénes eran aquellos fugitivos

(1) Naves destinadas especialmente al transporte de caballos.

y quiénes les perseguían. Más de ochocientos galos perecieron y doscientos quedaron prisioneros. En cuanto á los caballos, parte perecieron sumergidos con las naves, que quedaron destrozadas, y los macedonios cortaron los jarretes á los que habían ganado la playa. Antenor eligió veinte de los mejores y encargó las diez naves ligeras, que habían escoltado anteriormente el convoy macedónico, que los llevase á Tesalónica y se reuniesen cuanto antes con la flota, esperándolas él en Fanes. La flota permaneció tres días delante de la ciudad partiendo en seguida para Fanes, y habiendo regresado las diez naves antes de lo que esperaban, Antenor llegó á Delos, atravesando el mar Egeo.

Mientras ocurrían estas cosas, los legados romanos C. Popilio, C. Decimio y C. Hostilio se hicieron á la vela y llegaron de Calcis á Delos con tres quinquerremes; allí encontraron las cuarenta naves ligeras de los macedonios y cinco quinquerremes del rey Eumeno. La santidad del templo y de la isla la convertían en asilo inviolable para todos; por cuya razón romanos, macedonios y soldados de la flota del rey Eumeno circulaban juntos protegidos por la tregua que imponía aquel sagrado lugar. Cuando señalaban en el mar naves de transporte, el prefecto de Perseo, Antenor, las perseguía con parte de su flota, mientras que la otra cruzaba en aguas de las Cycladas y echaba á pique ó saqueaba todas las naves, exceptuando las que se dirigían á Macedonia. Popilio y las naves de Eumeno socorrían como podían á las perseguidas; pero los macedonios partían furtivamente de noche con dos ó tres naves ligeras y burlaban su vigilancia. Por esta época llegaron á Rodas las legaciones de los ilirios y macedonios. Todo concurría á dar peso á su misión; las correrías de las naves ligeras por el mar Egeo y en derredor de las Cycladas; la alianza de los reyes Perseo y Gencio y la

noticia de la marcha de considerable número de jinetes y peones galos. Alentados por las circunstancias, Dinón y Policrato, que estaban interesados por Perseo, consiguieron, no solamente que se contestase á los legados en forma benévola, sino también que se declarase públicamente «que la poderosa mediación de los rodios iba á poner fin á la guerra, y que por lo tanto los dos reyes debían mostrar la moderación propia para apresurar la conclusión de la paz.»

Ya comenzaba la primavera y los nuevos jefes habían llegado á sus provincias, el cónsul Emilio á Macedonia, Octavio á Orea, donde se encontraba la flota, y Anicio á Iliria, donde debía hacer la guerra á Gencio. Hijo este rey de Euridica y de Pleurato, rey de Iliria, tuvo dos hermanos, Plator, hijo del mismo enlace, y Caravancio, que solamente era hermano uterino. Menos celoso de éste, á causa del obscuro origen de su padre, queriendo Gencio asegurarse la tranquila posesión del trono, hizo perecer á Plator con dos varones esforzados que eran amigos suyos, Etrito y Epicado. Corrió el rumor de que la causa de sus celos había sido el proyecto de matrimonio de su hermano con Etuta, hija de Honuno, príncipe de los dardanios, y la intención que le había supuesto de proporeionarse por aquel enlace el apoyo de un pueblo valeroso. El matrimonio de Gencio con aquella princesa, después de la muerte de Plator, dió á aquellas sospechas mayor verosimilitud. Libre del temor de su hermano, Gencio se convirtió en tirano de sus súbditos y el uso inmoderado del vino inflamó su natural crueldad. Tal era su posición cuando comprometido, como antes se dijo, á tomar parte en la guerra contra los romanos, reunió en Lisso todas sus fuerzas, que ascendían á quince mil hombres. Desde allí mandó marchar á su hermano con mil infantes y cincuenta caballos, para conseguir por miedo ó por fuerza la sumisión

de los cavienos, y él mismo se dirigió á Bassania, ciudad aliada de Roma, á quince millas de Lisso. Los habitantes, cuyas intenciones sondeó por medio de emisarios, prefirieron sostener un sitio á rendirse. Pero la ciudad de Durnio, perteneciente á los cavienos, se apresuró á abrir sus puertas á Caravancio. Habiéndole cerrado las suyas Caravento, taló su territorio, y sus soldados se diseminaron sin precaución por la comarca. Entonces se reunieron los campesinos y mataron algunos. Appio Claudio, habiendo aumentado las fuerzas que mandaba con cuerpos auxiliares de Bulinia, de Apolonia y de Dirraquio, había salido de los cuarteles de invierno y establecido su campamento cerca del río Genuso. Enterado de la alianza que Gencio había ajustado con Perseo, é irritado por la violación del derecho de gentes que había realizado en las personas de los legados romanos, preparábase abiertamente para hacerle la guerra. Habiendo sabido en Apolonia el pretor Anicio lo que ocurría en Iliria, mandó á Appio que le esperase en las orillas del río Genuso, llegando al campamento tres días después. Reuniendo allí á las tropas que tenía los auxiliares de los parthemios, en número de dos mil infantes y doscientos caballos (Epicado mandaba los primeros y Algalso los segundos), se preparaba á marchar sobre la Iliria, especialmente para hacer levantar el sitio de Bassania, cuando suspendió su expedición la noticia de los estragos cometidos en la costa por las naves ligeras del enemigo. Gencio, por consejo de Pantanco, había enviado aquellas naves, en número de ochenta, para talar el territorio de Dirraquio y Apolonia. La flota romana se encontraba entonces fondeada en la costa, cerca de Apolonia. Anicio marchó allá en seguida; alcanzó á los piratas ilirios, trabó combate con ellos, los deshizo sin trabajo, se apoderó de algunas naves suyas y obligó á las otras á regresar á Iliria.

En seguida marchó al campamento del Genuso, dirigiéndose apresuradamente en socorro de Bassania. Asustado Gencio á la noticia de la llegada del pretor, levantó el sitio y huyó hacia Scodra con tal precipitación que dejó atrás una parte de su ejército. Por esta razón considerable número de soldados que hubiesen podido detener á los romanos, viéndose abandonados, se rindieron sin combate.

Siguiendo su ejemplo, todas las ciudades de la comarca abrazaron el partido de los romanos, hacia los que ya se inclinaban. La justicia del pretor y su clemencia con todos contribuyeron mucho á aquel resultado. En seguida marchó sobre Scodra, siendo la toma de aquella ciudad el punto importante de la guerra; Gencio se había encerrado en ella, porque la consideraba como el baluarte de su reino, siendo sin duda alguna la plaza más fuerte del país de los labeatos por la dificultad de su acceso, rodeándola dos ríos, el Claussala al Oriente y al Occidente el Barbanna, que nace en el lago Labeato. Estos dos ríos son tributarios del Oriondo, que brota en el monte Scordo, y va á desembocar en el Adriático, después de recibir las aguas de otros muchos afluentes. El monte Scordo, el más elevado de la comarca, domina al Oriente la Dardania, al Mediodía la Macedonia y á Poniente la Iliria. A pesar de los obstáculos que ofrecían el emplazamiento de la ciudad y la reunión de todas las fuerzas de los ilirios mandadas por el rey en persona, el pretor romano, animado por sus propios éxitos, acarició la esperanza de que el resto de la campaña correspondería á su principio y que podría aprovechar el repentino terror del enemigo, por lo que avanzó hasta el pie de las murallas con su ejército formado en batalla. Hubiese bastado á los sitiados cerrar las puertas y guarnecer con tropas las murallas de la ciudad y las torres que defendían la entrada, para ha-

cer fracasar la tentativa de los romanos; pero salieron, se presentaron en campo raso y trabaron combate con ardor que no sostuvieron mucho tiempo. Rechazados por los romanos, huyeron en desorden, pereciendo más de doscientos fugitivos en las puertas mismas de la ciudad, en la que produjo tal espanto su desastre, que Gencio envió en seguida á Téntico y Belo, los dos personajes más importantes de la nación, para que pidiesen al pretor una tregua que le permitiese deliberar acerca del partido que convenía seguir. El pretor le concedió tres días, durante los cuales el ejército permaneció acampado á unos trescientos pasos de la ciudad. Entretanto se embarcó Gencio, remontó el Barbana y llegó al lago Labiatis, como buscando paraje aislado donde pudiese entregarse á sus reflexiones; pero en realidad, como después se vió, alentaba la falsa esperanza de ver llegar á su hermano Caravancio con muchos miles de soldados auxiliares de la comarca adonde le había enviado. Defraudado en esta esperanza, se reembarcó tres días después, para regresar á Scodra, enviando delante mensajeros encargados de pedir al pretor permiso para ir á verle, y habiéndolo obtenido se presentó en el campamento. Allí comenzó por reconocer públicamente su locura; en seguida recurrió á los ruegos y lágrimas, y cayendo á los piés del pretor, se entregó á discreción. Anicio le tranquilizó y hasta le invitó á comer. Gencio volvió á entrar en la ciudad con los suyos, y comió aquel día con el pretor, que le colmó de atenciones; pero en seguida le puso bajo la custodia de C. Cassio, tribuno de los soldados. Por precio de aquella defección que en tan grande infortunio le sumía, el desgraciado rey apenas había recibido diez talentos, el salario que se da á un gladiador.

Tomada Scodra, Anicio reclamó ante todo Petilio y Perpenna, á quienes restableció en seguida en todos los

honoros debidos á su rango; enviando en seguida á Perpenna para que tranquilizase á los amigos y parientes del rey. Este marchó á Medeón, ciudad del país de los labeatos, y trajo al campamento del pretor, en Scodra, á Etleva, esposa de Gencio, con sus dos hijos Scerdiledes y Pleurato, y también á su hermano Caravancio. Habiendo terminado de este modo Anicio la guerra de Iliria en treinta días, encargó á Perpenna que llevase á Roma la noticia de su victoria é hizo partir también á los pocos días al rey Gencio con su madre, su esposa, sus hijos, su hermano y los ilirios principales. Esta fué la única guerra cuyo término se supo en Roma antes de tener noticia de su principio. Mientras ocurrían estas cosas, Perseo se encontraba muy alarmado, porque le habían anunciado que el nuevo cónsul Emilio venía muy amenazador. La proximidad del pretor Octavio, cuya flota amagaba á las costas, le inspiraba también mucho temor. Eumeno y Athenágoras defendían Tesalónica con débil guarnición de dos mil cebratos. Perseo envió además á Androcles con orden de acampar en la misma entrada del puerto. Encargóse al mismo tiempo á Antígono que marchase á Emia con mil infantes para proteger la costa y llevar socorros á los habitantes del campo, en cualquier punto donde intentase abordar el enemigo: cinco mil macedonios marcharon á reforzar la guarnición de Pythio y de Petra, á las órdenes de Hístico, Theogeno y Medón. Después de la marcha de estas tropas, Perseo comenzó á fortificar las orillas del Enipeo, porque el río era vadeable. Con objeto de que todos tomasen parte en aquellos trabajos, reunióse á las mujeres de las ciudades inmediatas, obligándolas á llevar víveres á los trabajadores; los soldados iban á buscar madera á los bosques. Pronto construyeron parapetos y fortificaciones apoyadas en torres y protegidos por máquinas que defendían tan perfecta-

mente la orilla, que el enemigo no podía forzar el paso sin empeñada lucha y grave peligro. Gracias á aquellas obras, Perseo se creía al abrigo de un golpe de mano, y esperaba que los romanos, cansados de una inacción que agotaba sus fuerzas, desistirían al fin de una guerra ruinosa y difícil. A medida que estas disposiciones acreditaban por parte de los macedonios atención á preverlo todo y cuidado para defenderlo, más redobló la actividad Paulo Emilio y se dedicó á buscar medio y recursos para hacer fracasar las esperanzas tan bien fundadas del enemigo. Por el momento lo que más le apuraba era la falta de agua. El río inmediato al campamento estaba casi seco, quedando solamente escaso hilo de agua corrompida corriendo por el cauce.

Enterado el cónsul por los proveedores enviados á las cercanías de que no podían encontrar agua, les mandó seguir con los odres hasta el mar, que distaba menos de trescientos pasos y que abriesen agujeros en muchos puntos y á corta distancia unos de otros. La altura de las montañas inmediatas le hacía esperar, especialmente porque no se veía brotar y correr ningún arroyo, que ocultaban manantiales, cuyas aguas, corriendo bajo tierra, se mezclaban con las del mar. En cuanto removieron la arena vieron brotar fuentes, al principio de agua turbia y escasa, pero que muy pronto fué clara y abundante. Aquel descubrimiento, en que los soldados creyeron ver el favor de los dioses, enalteció la idea que tenían de su general y el respeto que le profesaban. En seguida mandó á las tropas que preparasen las armas, y seguido de los tribunos y centuriones de las primeras filas, marchó á reconocer los puntos por donde los soldados podrían descender fácilmente, y aquellos que podrían escalar con menos trabajo para llegar á la orilla opuesta. Después de detenido exámen, ocupóse en tomar las medidas necesarias para que todas las ma-

niobras se ejecutasen por el ejército con orden y precisión. Una orden general no pueden oirla todos; repitiéndola los soldados por sí mismos, hacen en medio de los discordantes gritos que brotan por todas partes que el enemigo conozca lo que va á hacerse antes que el mismo ejército. Decidió, pues, que el tribuno de los soldados diese la consigna al primipilarío de la legión y que en seguida éste y los inmediatos la trasmitiesen de unos á otros á los demás centuriones, bien que fuese necesario hacer pasar la orden hasta las últimas filas, bien que hubiese de venir de éstas á las primeras. Prohibió además que los centinelas continuasen en la nueva costumbre de llevar los escudos mientras vigilaban; porque el deber del centinela no era marchar delante para combatir, sino vigilar, y cuando vea al enemigo, replegarse para llamar á sus compañeros. Antes los soldados de guardia estaban de pie, el casco en la cabeza y el escudo derecho delante de ellos. Cuando se cansaban, se adormecían apoyados en el Venable, de manera que el brillo de las armas hacía que les viese desde lejos el enemigo, mientras que ellos no veían nada. También introdujo mejoras en los puntos avanzados. Antes todos los soldados pasaban el día sobre las armas y los jinetes tenían el caballo embridado. De esta manera, en los días de verano, bajo los abrasadores rayos del sol, los hombres y caballos quedaban extenuados por la fatiga de tan largo servicio, y frecuentemente, aunque superiores en número, las avanzadas no habían podido resistir el repentino ataque de un puñado de tropas frescas. Emilio dispuso que, en adelante los puestos serían relevados por la mañana y á medio día. De esta manera las tropas frescas del enemigo no tendrían que luchar con soldados fatigados.

Dispuestas estas cosas, convocó las tropas, y des-

pués de anunciar las reformas que ordenaba, pronunció una oración parecida á la que dirigió á la asamblea del pueblo. «Solamente el general debe prever y ordenar en el ejército las operaciones necesarias, por sí mismo ó de acuerdo con aquellos que llama á consejo. Aquellos que no son llamados, no deben emitir sus propias ideas ni públicamente ni en particular. Tres cosas debían ser objeto de la atención del soldado: entregarse á los ejercicios propios para dar á su cuerpo robustez y agilidad, tener dispuestas las armas y víveres preparados para marchar á la primera orden. Además, debían confiar en los dioses inmortales y en la prudencia de su general. La posición de un ejército quedaba comprometida, cuando los soldados deliberaban y el general se dejaba guiar por el capricho de la multitud. Por su parte cumpliría sus deberes de general, proporcionándoles ocasión para vencer al enemigo. Ellos no debían atender á otra cosa que á desplegar todo su valor cuando les diesen la señal de combate.» Después de estas severas advertencias, disolvió la asamblea y los veteranos dijeron que hasta aquel día no habían formado idea de sus deberes militares. Pero no fué solamente con palabras como atestiguaron su profunda conformidad con los consejos del general, sino que lo demostraron con los hechos. Desde aquel instante no hubo en el campamento ni un ocioso: unos aguzaban las espadas, otros limpiaban los cascos y carrilleras (1), los escudos y las corazas: otros ensayaban sus armas, y cargados con su peso, experimentaban la agilidad de sus miembros; aquellos blandían los venablos, hacían brillar las espadas y probaban la punta. En fin, era fácil comprender por su aspecto, que á la primera ocasión de venir á las

(1) Láminas flexibles que sujetaban el casco delante de la boca.

manos con el enemigo, señalarían el principio de las hostilidades con brillante victoria ó gloriosa muerte. Comprendió Perseo que había llegado el momento decisivo, cuando vió el movimiento y actividad de los romanos, á quienes parecía haber animado con nuevo ardor la llegada del cónsul y la vuelta de la primavera; cuando observó que habían levantado su campamento de Fila para establecerlo en la orilla opuesta; que el cónsul inspeccionaba los trabajos de los soldados, con evidente propósito de intentar el paso; que lo disponía todo y hacía minuciosos preparativos para atacar al enemigo y forzar su campamento, sin omitir ninguna medida de las que debe tomar un gran capitán para debilitar al enemigo ó aumentar las fuerzas de sus soldados. El rey de Macedonia procuró, pues, animar á sus soldados, y reforzó sus parapetos, temiendo siempre no haber tomado todas las precauciones necesarias y no viendo nunca la ribera bastante fortificada y defendida. Sin embargo, á pesar del ardor que animaba á los dos bandos, permanecieron algunos días en inacción y jamás se vió dos ejércitos tan numerosos y acampados á tan corta distancia uno de otro permanecer en aquella tranquilidad. Entretanto se supo la derrota de Gencio en la Iliria y la victoria de Anicio, que había hecho caer en poder de los romanos la persona del rey, su familia y todo su reino.

Este acontecimiento aumentó el ardor de los romanos é infundió terror á los macedonios y á su rey, que se esforzó al principio en mantener oculta la noticia, enviando á Pantanco, que regresaba de Iliria, orden de no acercarse al campamento. Pero éste había traído jóvenes macedonios, que habían estado en rehenes, y aquellos jóvenes lo habían referido todo á sus familias. Además, sucede ordinariamente que cuanto más se esfuerzan los reyes en mantener oculta una cosa, más pronto

propaga la noticia la indiscreción de los que le rodean. Por el mismo tiempo se presentaron en el campamento de los romanos los legados de Rodas, que iban á cumplir como mediadores de la paz, la misión que tanto indignó al Senado de Roma, siendo escuchados con mucho menos favor en un consejo formado por hombres de guerra. Así fué que propusieron arrojar á los rodios del campamento sin contestarles; pero Emilio les dijo que recibirían su respuesta pasados quince días. Entretanto, para demostrar el caso que hacía de la mediación de los rodios, celebró consejo acerca de las operaciones ulteriores de la guerra. Algunos, especialmente los más ancianos, proponían pasar el Enipeo y tomar á viva fuerza las obras del enemigo. «Los macedonios, decían, no resistirían mejor á sus columnas cerradas que resistieron el año anterior, al dejarse arrebatarse tantas plazas fuertes, construídas en alturas y defendidas por numerosas guarniciones.» Hubiesen preferido otros enviar á Octavio con la flota á la Tesalónica para talar las costas y obligar al rey á dividir sus fuerzas. Pretendían éstos que Perseo, al verse amenazado por la espalda, se vería obligado, para proteger el interior de su reino, á desguarnecer algún punto del Enipeo, que proporcionaría paso entonces. Pero el cónsul consideraba imposible franquear la ribera por su situación natural y las obras del enemigo. Además del temor que le inspiraban las mortíferas máquinas preparadas por todos lados, sabía que los macedonios eran más hábiles que sus soldados para lanzar saetas y más certeros en sus golpes. Emilio meditaba un proyecto muy diferente. Después de disolver el consejo, llamó á dos mercaderes perrhebios, Ceno y Menófilo, hombres cuya fidelidad y prudencia había podido apreciar ya; les llevó aparte y les preguntó acerca de los pasos que llevaban á la Perrhebia. Contestáronle los mercaderes que los pasos no eran

impracticables, pero que los ocupaban las tropas del rey. Emilio acarició la esperanza de que, atacándoles de improviso de noche, con fuerte destacamento, podría desalojar al enemigo, pensando que «las saetas, venablos y demás armas arrojadizas eran inútiles en un ataque nocturno en que la obscuridad no permite dirigir los golpes desde lejos: y por el contrario, en un combate cuerpo á cuerpo, con la espada en la mano, los romanos llevarían ventaja.» Decidido á tomar por guías á los perrhebios, llamó al pretor Octavio, le confió su proyecto y le mandó poner rumbo á Heraclea, provisto de diez días de víveres para mil hombres. Al mismo tiempo hizo partir para Heraclea á P. Escipión Nasica y Q. Fabio Máximo, hijo suyo, con cinco mil hombres escogidos, con el aparente objeto de embarcarse para talar las costas de la Macedonia interior, según la pública opinión del consejo. Enteróse secretamente á estos capitanes de que encontrarían víveres en la flota, para que no les detuviese ningún obstáculo, y los guías recibieron orden de arreglar la marcha de manera que pudiesen atacar á Pythio en la cuarta vigilia del tercer día. Por su parte, el cónsul para distraer la atención del rey sobre otro punto, al amanecer trabó combate con los puestos avanzados de los macedonios, en el cauce mismo del río. El combate aquel lo sostuvieron las tropas ligeras, porque la desigualdad del terreno no permitía tomar parte en la lucha las tropas pesadamente armadas. Las dos riberas descendían al río en cuesta de unos trescientos pasos, corriendo en medio un torrente más ó menos profundo y con anchura de una milla próximamente. La pelea se trabó en aquel punto, presenciándola por un lado el rey y por el otro el cónsul, los dos con sus fuerzas formadas en batalla delante de sus parapetos. Desde lejos, los arqueros auxiliares de Perseo tenían la ventaja, pero de cerca, los vélites y

ligurios del ejército romano, armados con escudos, resistían mejor y presentaban menos blanco. A medio día el cónsul mandó tocar retirada y terminó el combate, con pérdida considerable por ambas partes. Al amanecer el día siguiente, los dos partidos, animados por el combate de la víspera, comenzaron de nuevo la pelea con mayor encarnizamiento. Pero los romanos sufrían menos de los enemigos que tenían enfrente que de la multitud que guarnecía las torres, haciendo llover sobre ellos granizada de dardos de toda clase y muy especialmente piedras. En cuanto se acercaban algo á la ribera, los dardos que partían de las máquinas llegaban hasta las últimas filas. El cónsul perdió aquel día mucha gente y mandó tocar retirada más tarde que el día anterior. Al tercero no combatió y se retiró hacia la parte inferior de su campamento, como para intentar el paso del río por el brazo que se inclinaba al mar. Ocupado únicamente Perseo de lo que pasaba á su vista, desplegaba todo su cuidado en rechazar al enemigo de aquel punto sin atender á otra cosa. Entretanto P. Nasica se había acercado al mar con las fuerzas que llevaba á sus órdenes. Cuando llegó á Heraclea dió descanso á sus soldados, les mandó comer y esperó la noche. Entonces comunicó á los jefes principales sus verdaderas instrucciones, y en cuanto fué intensa la obscuridad, volvió hacia la montaña, y en conformidad con las órdenes del cónsul, marchó silenciosamente hacia Pythio. Cuando llegó á la cumbre, que tiene más de diez estadios de elevación, dejó descansar á sus fatigados soldados. Como dijimos antes, aquel punto lo ocupaban Milón, Histio y Theogeno, enviados por Perseo para defenderlo con cinco mil hombres. Pero tal era la negligencia de los prefectos del rey, que nadie observó la aproximación de los romanos. Si ha de creerse á Polibio, Nasica sorprendió dormidos á los macedonios y los

derrotó fácilmente: «La montaña, dice, fué ruda para escalarla, pero estaba mal defendida, y se hubiese apoderado sin trabajo del desfiladero, si un tráfuga creyese que llevaba consigo no hubiese corrido á prevenir á Perseo de lo que pasaba. El rey, sin salir de su campamento, envió á Medón al frente de dos mil macedonios y diez mil auxiliares para que ocupase el desfiladero. Con éstos sostuvo encarnizado combate en la cumbre de la montaña, ocurriendo el ser herido por un soldado tracio á quien había traspasado el pecho de un lanzazo. Vencidos los macedonios, le dejaron al fin dueños del campo de batalla, y el mismo Medón no se avergonzó de arrojar las armas para buscar salvación en la fuga.» Los romanos persiguieron á los fugitivos y bajaron al llano sin peligro ni obstáculos. En este estado de cosas no sabía Perseo qué decidir. Temiendo que le envolviese el enemigo, que acababa de abrirse camino con la toma del desfiladero, veíase obligado ó á replegarse sobre Pidna para esperar al enemigo y combatir con menos peligro bajo las murallas de una ciudad fortificada, ó distribuir sus tropas en las ciudades de Macedonia, poner en seguridad las cosechas y los animales en las plazas mejor fortificadas, y dejar al enemigo suelo estéril, campos devastados. El rey vacilaba entre estas dos decisiones. Sus amigos, por el contrario, persuadidos de que el partido más honroso era también el más seguro, le instaban para que intentase la suerte de las armas. «Además de la ventaja del número, le decían, debía contestar con el valor natural de sus soldados, á quienes inflamarian los motivos más poderosos y sagrados, los estímulos más adecuados para darles energía; es decir, la cólera, la vista de sus hogares y de sus templos, por los cuales y entre los cuales tendrían que combatir; la presencia de sus parientes y de sus esposas; en fin, la del rey, testigo de su valor y que compar-

tiría con ellos el peligro.» Estas observaciones decidieron á Perseo á combatir. Retrocedió hasta Pydna, se fortificó, formó su ejército en batalla y designó á cada jefe su puesto y sus funciones como si fuese á trabarse el combate. El paraje era de este modo: en primer lugar una llanura á propósito para el desarrollo de la falange, que necesita campo raso ó llano, pero aquella llanura no era bastante grande para que le fuese fácil avanzar. En seguida se alzaban colinas excelentes para favorecer la retirada ó las maniobras de las tropas ligeras. Dos ríos, nombrados por los naturales del país Eson y Leuco, aunque sus aguas estaban entonces muy bajas, podían, sin embargo, oponer algunos obstáculos á los romanos. Emilio, después de reunirse con Nasica, marchaba directamente al enemigo; pero á presencia de un ejército tan imponente por el número y el vigor de sus soldados como por su buen orden y aspecto guerrero, se detuvo con asombro y se entregó á profundas reflexiones.

Había pasado ya el solsticio de verano, era cerca de medio día y las tropas habían marchado bajo los rayos del sol y entre nubes de polvo. Dejábanse sentir el cansancio y la sed, y como se encontraban en medio del día, necesariamente habían de aumentar. Emilio decidió no arriesgar sus soldados fatigados contra tropas frescas y que nada habían perdido de sus fuerzas. Pero los dos bandos se encontraban animados de tan vivo ardor, que necesitó el cónsul tanta habilidad para engañar á sus tropas como á las enemigas. Como no estaban todavía formadas las filas, excitó á los tribunos para que ordenasen á los soldados en batalla, recorrió las filas y enardeció á todos con sus palabras. Al principio pidieron los romanos la señal con alegres gritos; pero muy pronto, á medida que aumentaba el calor, decayó su animación y sus gritos no fueron tan inten-

sos, inclinándose algunos sobre los escudos ó apoyándose en los venablos. Entonces el cónsul mandó en alta voz á los centuriones de las primeras filas que trazasen la línea del campamento y ordenasen apearse el bagaje. Ejecutóse la orden, y los soldados manifestaron abiertamente su satisfacción por no haberles obligado el cónsul á combatir, fatigados como se encontraban por la penosa marcha y por aquel intenso calor. Emilio tenía en derredor suyo sus legados y los jefes de sus tropas auxiliares, entre ellos Atalo. Todos estaban persuadidos de que el cónsul quería combatir y lo habían aprobado; pero no había revelado su propósito á nadie, ni siquiera el de aplazamiento. Impresionados por aquel repentino cambio, todos guardaban silencio: solamente Nasica se atrevió á decir al cónsul «que no debía dejar escapar á un enemigo que tantas veces había burlado la experiencia de los generales que le precedieron con su habilidad para evitar el combate. Era de temer, dijo, que si le dejaban decampar durante la noche, costase mucho trabajo y se corriese mucho peligro persiguiéndole hasta el interior de Macedonia. El ejército romano se vería obligado, como bajo los generales anteriores, á vagar errante por los desfiladeros y gargantas impracticables de las montañas. Por su parte excitaba encarecidamente al cónsul para que atacase al enemigo, puesto que le tenía en frente, en campo llano, y á no perder ocasión tan propicia para vencerlo.» No ofendieron al cónsul las francas observaciones de aquel ilustre joven. «Y yo también, Nasica, contestó, he pensado otras veces como tú piensas ahora; día llegará en que pienses como yo pienso hoy. Larga experiencia de la guerra me ha enseñado cuándo se debe combatir y cuándo debe evitarse. No es delante del enemigo donde puedo decirte los motivos por los que conviene hoy aplazar el combate. En otra circunstancia te los manifestaré; que

en este instante te baste la autoridad de un antiguo general.» El jóven guardó silencio, persuadido de que al general le detenían obstáculos que escapaban á su penetración.

Cuando estuvo trazado el campamento y apeado el bagaje, Paulo mandó entrar las tropas comenzando por las últimas: primero los triarios, después realizaron la retirada los príncipes, mientras los hastatos permanecían en primera línea para vigilar los movimientos del enemigo: al fin llegó la vez á los hastatos, cuyos manípulos se replegaron sucesivamente, partiendo por la derecha. De esta manera desfiló ordenadamente, la infantería, mientras la caballería y las tropas ligeras daban frente al enemigo, no siendo llamados de sus puestos los caballeros hasta que se construyeron los parapetos que defendían el frente del campamento y se hubo abierto el Foro. Con gusto hubiese aceptado el rey la batalla aquel día; pero satisfecho con haber mostrado á los suyos que el enemigo se había retirado llevó también sus tropas al campamento. Cuando los romanos terminaron sus parapetos, C. Sulpicio Galo, tribuno militar de la segunda legión, que había sido pretor el año precedente, convocó á los soldados con autorización del cónsul, y les previno «que no considerasen como presagio el eclipse de luna que se verificaría la noche siguiente, desde la segunda hora hasta la cuarta. Este fenómeno, dijo, es periódico y se debe á causas completamente naturales, pudiéndose predecir con tanta seguridad como la salida y ocaso de la luna y el sol. Puesto que las diferentes fases de la luna, en tanto llena, en tanto menguante y reducida á su arco, no les produce sorpresa alguna, no debían considerar como prodigio que se obscureciese por completo cuando la tierra la cubre con su sombra.» El eclipse ocurrió á la hora indicada, en la noche que precedió al primer día

de las nonas de Septiembre, haciendo que los soldados romanos considerasen á Galo como sabio inspirado por los dioses. Los macedonios, por el contrario, vieron en él funesto presagio que anunciaba la ruina del reino y el aniquilamiento de su nación. Este prodigio concordaba además con los vaticinios de sus adivinos. Así fué que los gritos y alaridos no cesaron en su campamento hasta que reapareció el disco de la luna. Tan profundo había sido el ardor de los soldados, que al día siguiente algunos censuraron al rey y al cónsul no haber trabado el combate. Perseo podía justificarse fácilmente, alegando que el enemigo había rehusado abiertamente venir á las manos, siendo el primero en retirar sus tropas al campamento, y además la falange, que era inútil en terreno desigual, se encontró en posición en que no podía desplegarse. Emilio, á quien se censuraba ya haber dejado escapar la víspera la ocasión de combatir y permitido al enemigo huir durante la noche, si hubiese querido hacerlo, al parecer corroboraba en aquel momento las acusaciones de los suyos ocupándose de un sacrificio, aunque desde el amanecer dió la orden de salir del campamento y formar en batalla. Al fin, á la hora tercera, después de ofrecer aquel sacrificio con las ceremonias acostumbradas, reunió el consejo. Era el momento de obrar y se consideraba que una arenga y una deliberación harían perder tiempo precioso: el cónsul dejó hablar á los descontentos y pronunció la siguiente oración.

«P. Nasica, joven valeroso y distinguido, fué el único que tuvo la franqueza de manifestarme su opinión, de todos los que querían pelear ayer; el silencio que guardó después de mi respuesta ha dado lugar á que crea que quedé convencido. Otros han preferido censurar á su general á su espalda á hacerle advertencias frente á frente; hoy daré á conocer gustoso los motivos de mis

aplazamientos; primeramente á ti, P. Nasica, y además á todos los que pensaban como tú, sin tener tu franqueza; porque lejos de arrepentirme de mi inacción de ayer, creo haber salvado el ejército con mi prudente conducta. Para que quedéis convencidos de que mi opinión descansa en graves motivos, examinad conmigo todas las circunstancias que nos eran desfavorables y todas las ventajas que tenía sobre nosotros el enemigo: la superioridad del número la tiene Perseo; ninguno de vosotros lo ignoraba, y ayer pudisteis convenceros al ver el desarrollo de su ejército en el campo de batalla. De nuestras fuerzas, tan débiles ya, la cuarta parte hubiese quedado guardando los bagajes, y bien sabéis que ordinariamente este cuidado no se encomienda á los más cobardes. Pero aunque hubiésemos podido disponer de todas nuestras fuerzas, ¿creéis que es pequeña ventaja haber pasado la noche en propio campamento y no tener que hacer otra cosa que salir á pelear hoy ó mañana, ó más tarde, si se considera conveniente, y con la protección de los dioses? ¿Acaso es indiferente llevar á la pelea tropas que no tienen que soportar ni las fatigas de la marcha ni la de los trabajos diarios; soldados frescos y descansados, que se han armado tranquilamente en sus tiendas y que avanzan con vigor y resolución, ó gentes extenuadas por larga marcha, abrumadas bajo el peso de su carga, cubiertas de sudor, atormentadas por sed devoradora, cegadas por el polvo, agobiadas por el sol abrasador del medio día y puestas delante de un enemigo descansado y dispuesto, que viene al combate con todas sus fuerzas? Decidme, por los dioses, si en tales condiciones el hombre más desprovisto de fuerza y valor no vencerá al soldado más animoso. Añadamos que el enemigo había dispuesto de tiempo sobrado para formarse en batalla, descansar y señalar á cada uno su puesto, mientras que nosotros teníamos

que formarnos apresuradamente y marchar al combate en completo desorden.

¿Pero se dirá, á fe mía, que aunque en nuestro orden de batalla hubiese habido alguna confusión y tumulto, teníamos al menos un campamento fortificado, provisión de agua asegurada por puestos escalonados hasta el río; que se habían hecho reconocimientos en los alrededores? Pues contestaré: ¿Teníamos acaso otra cosa que un campo de batalla? Nuestros mayores consideraban un campamento fortificado como puesto seguro á todo evento; de él salían para combatir, y cuando la fortuna les era contraria, en él se refugiaban después de la tempestad. Por esta razón, después de rodearlo de fortificaciones, lo dejaban bajo la custodia de considerables fuerzas, porque al vencedor en el campo de batalla se le consideraba vencido si perdía su campamento. En efecto; el campamento es la retirada después de la victoria, el refugio después de la derrota. ¿Cuántas veces se han visto ejércitos desgraciados en el combate y rechazados hasta su campamento esperar ocasión favorable, ó solamente algunos instantes, para lanzarse de pronto y derrotar al enemigo victorioso! Esta mansión militar es una segunda patria cuyas murallas son los parapetos, en la que la tienda de cada soldado es su casa y su hogar. Si hubiésemos trabado el combate como vagabundos sin refugio, ¿dónde nos hubiésemos retirado después de la victoria? A estas dificultades y á motivos tan poderosos se opone el infinito trabajo que hubiésemos tenido persiguiendo al enemigo hasta el interior de la Macedonia, si hubiese aprovechado la ocasión que le dejábamos para escapar durante la noche. Por mi parte, considero como seguro que si hubiese tenido tal intención, no nos habría esperado ni venido á presentar batalla. En efecto; ¿no le hubiese sido mucho más fácil retirarse cuando estába-

mos lejos que ahora que le estrechamos de cerca y que no podría burlar nuestra vigilancia partiendo de día ó de noche. Además, ¿qué cosa mejor podría acontecernos? En vez de tener que forzar un campamento protegido por las orillas inaccesibles de un río y rodeado de empalizadas apoyadas en torres, ¿no tendríamos más ventaja persiguiendo en campo raso á un enemigo que abandona su campamento y huye en desorden? Por estas razones aplacé ayer la batalla para hoy: yo también quiero combatir, y como el Enipeo me cerraba el camino para llegar al enemigo, me he abierto otro forzando los puestos que guardaban otro desfiladero, y no cesaré de perseguir á Perseo hasta haber terminado la guerra.»

Profundo silencio reinó después de esta oración: unos opinaban como el cónsul; otros temían disgustarle con inútiles quejas por la ocasión perdida con razón ó sin ella, pero perdida sin remedio. Aquel mismo día ni el rey ni el cónsul querían combatir; el rey porque no podía atacar como la víspera tropas fatigadas por larga marcha, obligadas á formarse precipitadamente y en desorden; el cónsul, porque su campamento, apenas terminado, no estaba abastecido de leña ni de forraje, y porque mucha parte de sus soldados había salido á hacer provisiones en los campos inmediatos. Pero á pesar de la repugnancia de los dos jefes, el hado, más poderoso que la voluntad humana, produjo el combate. Cerca de los dos campamentos corría un riachuelo en el que los romanos y Macedonios tomaban agua bajo la protección de dos destacamentos que guardaban las orillas. Formaban las fuerzas romanas dos cohortes, la marrucina y la peligna, con dos turmas de jinetes samnitas, al mando de M. Sergio Silo, legado de Emilio. Además, C. Cluvio, otro legado del cónsul, cubría el campamento con tres cohortes, la firmana, la vestina y la cremonen-

se, y dos turmas de caballería, una de Placencia y otra de Esernia. Los dos cuerpos estacionaban tranquilamente en las orillas del río, cuando hacia la hora nona, habiéndose escapado un caballo de los romanos, huyó hacia la orilla opuesta. Tres soldados le persiguieron, entraron en el agua hasta las rodillas, le arrancaron á dos tracios que lo llevaban al otro lado desde el centro del río y regresaron á su puesto con el caballo después de matar á un tracio. Ocupaba la orilla opuesta un destacamento de ochocientos tracios. Irritados algunos de ellos por la muerte de su compañero, que había sucumbido ante sus ojos, cruzaron el río para perseguir á los matadores, siguiéndoles mayor número y muy pronto todos los demás, trabándose el combate con las fuerzas romanas que cubrían la otra orilla. Pretenden algunos autores que el mismo Paulo mandó soltar un caballo sin freno hacia la otra orilla, enviando en seguida á perseguirle con objeto de que el enemigo fuese el agresor. La razón de esto era que habíanse inmolado ya veinte víctimas, sin poder esperar que los dioses fuesen favorables, cuando los arúspices encontraron presagios más afortunados en las entrañas de la víctima y prometieron la victoria á los romanos, si no hacían otra cosa que defenderse. Por lo demás, fuese cálculo del general ó efecto de la casualidad, lo cierto es que este origen tuvo el combate; y como por ambas partes acudían los soldados en socorro de los suyos, la pelea se hizo muy pronto tan animada que los jefes se vieron obligados á arriesgar una batalla general y decisiva. Emilio, al ruido que hacían los soldados que corrían al combate, había salido de su tienda, y considerando que no era fácil ni seguro querer contener ó reprimir su ciega impetuosidad, creyó deber aprovechar el ardor de las tropas y no despreciar la ocasión que la casualidad le ofrecía. Mandó salir del campamento al ejército, re-

corrió á caballo las filas y exhortó á los soldados á mostrar en el cómbate tanto ardor como el que les impulsaba. Al mismo tiempo envió á Nasica para que reconociese el estado de las cosas en la primera línea, y muy pronto regresó éste para anunciar que Perseo avanzaba con su ejército en orden de batalla. Al frente marchaban los tracios, de rostro feroz y elevada estatura, llevando en el brazo izquierdo un escudo deslumbradoramente blanco. Negra elámide les cubría los hombros y con la mano derecha blandían de tiempo en tiempo pesada lanza. Después de los tracios venían las tropas auxiliares á sueldo de Perseo, cuyo traje y armamento variaban según la nación á que pertenecían. Entre estos estaban los peonios. Detrás aparecía un cuerpo macedónico, llamado falange Leucáspida, compuesta de hombres escogidos entre los más robustos y valientes: reconocíaseles por el brillo de sus doradas armas y sus túnicas rojas. Este cuerpo ocupaba el centro. Seguía otra falange llamada Calcúspida ó Aglápida, á causa de sus escudos de bronce bruñido, colocada en el ala derecha detrás de la primera. Además de estas dos falanges, que formaban la fuerza principal del ejército macedónico, habían puesto en las alas, pero delante del frente de batalla, los demás soldados macedonios, armados con sarisas como las falanges, pero siendo más ligeras sus otras armas. La llanura relumbraba con el brillo del acero y en las alturas vecinas resonaban los gritos de los soldados que se animaban mutuamente. Todas aquellas tropas se lanzaron al combate con tanta rapidez y audacia, que los primeros muertos cayeron á doscientos cincuenta pasos del campamento romano. Pero Emilio avanzaba por su parte, y en cuanto vió á los soldados y á las demás tropas macedónicas cubrirse con los escudos y bajar las sarisas á la primera señal, para recibir el choque de los roma-

nos, el aspecto de aquellas filas compactas é impenetrables, de aquella muralla erizada de lanzas le produjo sorpresa no exenta de temor. Jamás habían contemplado sus ojos espectáculo tan terrible, y muchas veces refirió después lo que experimentó en aquella circunstancia. Pero entonces, ocultando cuidadosamente la turbación de su ánimo bajo aspecto tranquilo y sereno, y no queriendo cubrirse con el casco y la coraza, ordenó sus tropas en batalla. Los pelignos estaban ya peleando con las fuerzas armadas con escudos ligeros que tenían en frente, no pudiendo, á pesar de sus esfuerzos, quebrantar su compacta masa. Entonces Salio, que mandaba los pelignos, cogió la enseña y la lanzó en medio de las filas enemigas. Aquella fué la señal de encarnizada lucha: los pelignos quisieron á toda costa recobrar su enseña y los macedonios conservarla. Los primeros se esforzaron en cortar con las espadas las largas picas de los segundos, rechazarlas con el escudo ó separarlas con la mano; pero los macedonios cogían con las dos su terrible arma, la lanzaban con tanto vigor sobre los enemigos que se precipitaban sobre ellos con ciego y temerario vigor, que atravesando á la vez carazas y escudos, herían los hombres y los arrojaban unos sobre otros. Derribadas de esta manera las primeras filas de los pelignos, los que se encontraban detrás corrieron en seguida la misma suerte, y todo el cuerpo, sin declararse abiertamente en fuga, retrocedió dirigiéndose á la montaña que los indígenas llaman Olocro. Tanta cólera experimentó Emilio, que, en su indignación, desgarró su manto. Vea en los demás puntos á sus soldados vacilar y no acercarse sino con temor á aquella muralla erizada de picas que el ejército macedonio presentaba por todas partes; pero el hábil general vió que aquella muralla terrible no estaba igualmente cerrada por todos lados; que en diferentes puntos ofre-

eía aberturas, bien por consecuencia de la desigualdad del terreno, bien á causa de su inmenso desarrollo. En efecto; el movimiento progresivo de la cabeza y la cola, la fogosidad y marcha de unos, la lentitud é inmovilidad de otros, el ímpetu de los que atacaban, la retirada de los que cedían, hacía que los macedonios rompiesen á pesar suyo la igualdad de su línea. Con objeto de desconcertar por completo la maniobra del enemigo y debilitarle, dividiendo en combates parciales aquella falange cuya masa le oponía inexpugnable baluarte, el cónsul mandó á sus soldados que se lanzasen vivamente formando la cuña en todos los huecos que les ofrecían las filas enemigas, que penetrasen en todas las aberturas y peleasen enérgicamente. Después de dar esta orden y de hacerla comunicar á todas las filas, él mismo llevó al enemigo la segunda legión.

Todo contribuía á inflamar el ardor del soldado, la majestad del mando, la gloria del general, su edad especialmente, que no le impedía, pasando de los sesenta años, ser el primero en compartir con la juventud las fatigas y los peligros. La legión llenó el intervalo que mediaba entre la falange y el cuerpo de los escudos pequeños y rompió la línea enemiga, cogiendo por la espalda á los soldados armados con la cetra y de frente á las falanges llamadas Agláspidas. L. Albino, varón consular, recibió orden de llevar la segunda legión contra la falange Leucáspida que formaba el centro, y se mandó avanzar al ala derecha, que había trabado la acción en la orilla del río, los elefantes y la caballería de los aliados. Por este lado comenzó la derrota de los macedonios; pero los elefantes solamente sirvieron para asustar, como la mayor parte de las invenciones humanas que seducen por las palabras, pero cuya inutilidad se revela cuando se trata de obrar y no de perorar acerca de los medios de llegar á la práctica. Los aliados del

nombre latino apoyaron el ataque de los elefantes y penetraron en el ala izquierda. En el centro, la maniobra de la segunda legión rompió la falange, y nada contribuyó tanto á decidir la victoria como los combates parciales y múltiples, que comenzaron por desordenar la quebrantada falange y concluyeron por ponerla en derrota. En efecto; este cuerpo tiene irresistible fuerza mientras presenta un frente compacto y erizado de amenazadoras picas; pero si muchos ataques sobre diferentes puntos obligan á alguna conversión de soldados armados con picas cuya longitud y peso hace difíciles de manejar, ocurren entorpecimiento y confusión en sus movimientos, y á la menor alarma en los costados ó en la retaguardia se desordenan las filas, sobreviniendo inevitable derrota. Así ocurrió en aquella ocasión, en que la necesidad de avanzar contra el enemigo que atacaba por columnas, obligó á los falangistas á abrirse por muchos puntos y dejar á los romanos que penetrasen por todos los intervalos. Si por el contrario, los romanos hubiesen atacado á la falange de frente, en toda la línea, como hicieron los pelignos, que, al comenzar el combate, atacaron sin precaución á los cetratos, se habrían clavado en las picas sin poder resistir á la compacta masa de la falange.

Por lo demás, si la infantería fué destrozada en todas partes, exceptuando corto número que huyó arrojando las armas, la caballería se retiró casi sin pérdidas. El ejemplo de fuga lo dió el rey, dirigiéndose de Pydna á Pela con la caballería de su guardia, siguiéndole en seguida Cotys y la caballería de los odrisos. El resto de la caballería macedónica se retiró ordenadamente, porque el encarnizamiento de los vencedores en el exterminio de los peones que se encontraban entre ellos y los jinetes, les hizo olvidar la persecución. La falange estuvo mucho tiempo sufriendo la matanza en el frente, los

flancos y la retaguardia; y al fin, los que escaparon al hierro del enemigo, abandonaron sus armas y huyeron hacia el mar. Algunos entraron en el agua, y tendiendo las manos hacia los soldados de la flota les suplicaban les perdonasen la vida. Al ver las barcas, que por todas partes se destacaban de las naves, creyeron que venían á socorrerlos, que querían cogerles más bien que matarles, y avanzaron más; algunos comenzaron á nadar; pero cuando vieron á los soldados de las barcas matar sin compasión á los fugitivos, los que tuvieron fuerza para ello volvieron á tierra á nado, para encontrar allí muerte más espantosa, porque en cuanto salieron del agua cayeron bajo los pies de los elefantes llevados por sus conductores á la playa. Todos están conformes en decir que jamás cayeron bajo los golpes de los romanos en una sola batalla tantos soldados macedonios. En efecto; el enemigo perdió cerca de veinte mil hombres, y unos seis mil que se refugiaron en Pydna cayeron vivos en poder del vencedor, que sorprendió además é hizo prisioneros á otros cinco mil fugitivos. Los romanos perdieron cien hombres, la mayor parte pelignos; pero el número de heridos fué más considerable. Si la batalla hubiese comenzado antes y el día hubiera sido bastante largo para que el ejército romano persiguiese á los vencidos, todas las fuerzas de Perseo habrían quedado destruídas; pero la proximidad de la noche favoreció á los fugitivos, deteniéndose los romanos en la persecución porque no conocían el terreno.

Perseo huyó hacia la selva Pieria, siguiendo el camino militar, con su guardia y considerable cuerpo de caballería. Cuando llegó al punto en que se divide en muchos brazos el camino, viendo que se acercaba la noche, penetró en uno de travesía con corto número de amigos fieles. Quedando sin jefes la caballería, se dispersó por diferentes lados, volviendo cada jinete á su país. Algu-

nos llegaron á Pela antes que el rey, porque siguieron el camino más directo, que era el más fácil. El rey llegó á media noche, después de experimentar profundos terrores y encontrado muchos obstáculos. En su palacio encontró á Eucto, prefecto de Pela, y á sus pajes; pero de todos sus cortesanos que de diferentes maneras habían escapado á la matanza del campo de batalla y habían llegado á Pela, ninguno, á pesar de las reiteradas instancias del rey, quiso reunirse con él. Solamente tenía tres compañeros de fuga, el cretense Evandro, el boecio Neón y el etolio Arquidamo. Temiendo en seguida que la negativa que había recibido fuese preludio de tentativas más culpables, se puso de nuevo en camino á la cuarta vigilia con sus tres amigos, siguiéndole unos quinientos cretenses. Dirigióse hacia Amfípolis, y como había partido de Pela durante la noche, se apresuró á atravesar el río Axio antes de amanecer, persuadido de que la dificultad del paso detendría la persecución de los romanos.

De regreso á su campamento la alegría del cónsul victorioso quedó turbada por las inquietudes que le causaba la ausencia de su hijo menor P. Escipión, á quien más adelante la destrucción de Cartago le valió el honor de que le llamasen el segundo Africano. Hijo del cónsul Paulo, pasó por adopción á ser nieto del primer Escipión el Africano. Tenía á la sazón este joven diez y siete años solamente, circunstancia que aumentaba los temores de su padre: arrebatado por el ardor de la persecución, le arrastró la multitud, y no regresó hasta muy tarde. Solamente entonces, al ver á su hijo sano y salvo, el cónsul saboreó toda la alegría de tan importante victoria. Cuando llegó á Amfípolis la noticia de la batalla, las señoras de la ciudad acudieron en tropel al templo de Diana Turopola para implorar la protección de la diosa. Entonces Diodoro, prefecto de Amfípo-

lis, temiendo que los dos mil tracios de la guarnición aprovecharan aquel tumulto para saquear la ciudad, hizo que le entregasen en la plaza pública cartas traídas por fingido mensajero que había ganado al efecto. Aquellas cartas decían «que los soldados de la flota romana acababan de desembarcar en la costa de la Emacia, que talaban los campos inmediatos y que el prefecto de la provincia pedía socorros contra los agresores.» Después de la lectura, exhortó á los tracios «á que partiesen para defender la costa de la Emacia, diciéndoles que los romanos dispersos por los campos les ofrecían fácil victoria y rico botín.» Al mismo tiempo declaró que no podía prestar fe á la noticia de la derrota, y que «si el hecho fuese cierto, lo hubiese confirmado la llegada sucesiva de fugitivos.» Con esta astucia consiguió que partiesen los tracios, y cuando supo que se encontraban al otro lado del Strymón, mandó cerrar las puertas.

Tres días después llegó Perseo á Amfípólis, desde donde envió legados á pedir la paz á Paulo. Entretanto, Hippias, Medón y Pantanco, los principales confidentes del rey, que se habían refugiado en Beroa después de la derrota, se presentaron al cónsul y le entregaron aquella plaza. Dominadas por el terror las demás ciudades, se dispusieron á seguir su ejemplo. Emilio, después de enviar á Roma á Q. Fabio, su hijo, L. Léntulo y Q. Metelo con cartas para anunciar su victoria, abandonó á la infantería los despojos del enemigo que habían quedado en el campo de batalla, y á la caballería el botín que pudiese recoger en las casas, á condición de no pasar más de dos noches fuera del campamento. En seguida se acercó al mar, en dirección á Pydna. En dos días se vió dueño primeramente de Beroa y después de Tesalónica y de Pela y al fin de casi toda la Macedonia. Pydna, que era la ciudad más inmediata, no había enviado le-

gados todavía: muchedumbre de soldados de diferentes naciones y la multitud que se refugió allí huyendo del campo de batalla, impedía á los habitantes deliberar y ponerse de acuerdo para una determinación. No solamente permanecían cerradas las puertas, sino que hasta las habían tapiado. Medón y Pantanco fueron al pie de las murallas á conferenciar con Solón, que mandaba en la plaza. Ganado por éstos, hizo salir á la muchedumbre de soldados y entregó la ciudad, que quedó á merced de la tropa para que la saquease. Perseo, que inútilmente había solicitado el socorro de los bisaltos, única esperanza que le quedaba, se presentó en la plaza de Anfípolis, acompañado de su hijo Filipo, para animar con sus exhortaciones el valor de los habitantes y el de los peones y jinetes que le habían seguido hasta allí, ó á quienes la fuga había llevado hasta la ciudad. En vano quiso hablar: los sollozos ahogaban su voz, y no pudiendo hacerlo él mismo, encargó al cretense Evandro que expresase lo que quería decir al pueblo y bajó de la tribuna. Pero aquel mismo pueblo al que había arrancado lágrimas y gemidos la presencia de su rey llorando, no quiso escuchar á Evandro y hasta se atrevieron á gritarle desde en medio de la asamblea: «¡Marchaos de aquí, no sea que vuestra presencia acarree la muerte de los pocos habitantes que han sobrevivido á vuestros desastres!» Estas duras palabras cerraron los labios á Evandro. El rey se retiró á su palacio, hizo llevar á las barcas que esperaban en el Strymón cuanto tenía en oro y plata, y bajó hacia el río. No atreviéndose los tracios á exponerse á los azares de la navegación, se dispersaron para regresar á su país, así como las demás tropas. Solamente los cretenses cedieron al cebo del dinero, y como lo que tenían á su disposición, más á propósito era para irritar su avaricia que para satisfacerla, les dejaron saquear cincuenta

talentos en la playa, y después de hacer el reparto, se embarcaron tumultuosamente, sobrecargando tanto una barca, que la echaron á fondo en la desembocadura del río. Las otras llegaron aquel día á Galepso y al siguiente á Somothraca, que era el término del viaje. Calcúlase en diez mil talentos el Tesoro trasladado á aquella isla.

Paulo envió jefes á todas las ciudades que se habían sometido, para que protegiesen de toda violencia á los vencidos, mal defendidos aún por la reciente paz, y retuvo á su lado á los legados del rey. En seguida, ignorando la fuga de éste, envió á P. Nasica á Amfípólis con fuerzas de infantería y caballería, para destruir la Síntica y oponerse al mismo tiempo á todas las empresas de Perseo. Entretanto Cn. Octavio tomó Melilea y la entregó al pillaje. Cn. Anicio, legado del cónsul, encargado del sitio de Egina, perdió doscientos hombres en una sorpresa que organizaron los habitantes, que ignoraban había terminado la guerra una batalla decisiva. El cónsul partió de Pydna, y en dos días de marcha llegó á Pela con todo el ejército, estableciendo su campamento á una milla de las murallas, deteniéndose algunos días para reconocer los alrededores. La situación de aquella ciudad justificaba la elección que los reyes de Macedonia habían hecho de ella para establecer su residencia. Construída en una altura que descende hacia el Noroeste, está rodeada de lagunas, formadas por el sobrante de los lagos, tan profundas que son impracticables en invierno y verano. Del centro de la laguna más cercana de la ciudad se alza en forma de isla una fortaleza, asentada sobre un dique de inmenso trabajo, bastante fuerte para sostener las murallas y resistir la acción de las aguas que lo rodean. Desde lejos parece unida la fortaleza á las murallas de la ciudad; pero la separa de ella un canal sobre el que hay un

puede de comunicación. De esta manera no ofrece acceso á los ataques exteriores, y los prisioneros que el rey mandaba encerrar en ella no podían escapar sino por el puente, cuya custodia es muy fácil. Allí estaba encerrado el tesoro del rey, pero entonces solamente se encontraron los trescientos talentos que Perseo ofreció á Gencio y cuya remisión detuvo. Durante la permanencia de Emilio en Pela, recibió numerosas legaciones, especialmente de la Tesalia, que venían á felicitarle. Sabiendo en seguida que Perseo había pasado á la isla de Somothracia, partió de Pela y llegó á Amfipópoli en cuatro días de marcha. El apresuramiento con que los habitantes salieron á recibirle, le demostró claramente que no se creían privados de un rey bueno y justo, sino libres del tirano más cruel. Paulo entró en la ciudad y fué á rendir homenaje á los dioses, y ofreciendo estaba un sacrificio solemne cuando cayó un rayo sobre el altar, incendiándolo de pronto. Todos vieron en aquel prodigio que la ofrenda del cónsul era muy agradable á los dioses inmortales, puesto que el fuego del cielo bajaba para consumirla. No permaneció mucho tiempo en Amfipópoli Paulo Emilio, porque quería perseguir á Perseo y llevar sus armas victoriosas á todas las provincias que reconocían la autoridad del rey. Pasó, pues, á la Odomántica, comarca que se extendía al otro lado del río Strymón y acampó bajo las murallas de Siras.

LIBRO XLV.

SUMARIO.

Prisión de Perseo.—Sitio de Alejandría por Antioco.— Los legados romanos le mandan levantarlo.—El rey obedece.—El Senado recibe legaciones de pueblos y reyes que le felicitan.—Los legados de Rodas: su defensa en el Senado.—Macedonia provincia romana.—Triunfo de Emilio Paulo.—Muerte de dos hijos del vencedor.—Clausura del lustro.—Llegada á Roma de Prusias, rey de Bithinia.—Acusación de este príncipe.

Los mensajeros de la victoria Q. Fabio, L. Léntulo y Q. Metelo se apresuraron á trasladarse á Roma, pero la fama se les adelantó y encontraron la ciudad entregada al regocijo. Cuatro días después del combate durante los juegos del circo, se propagó de pronto en la asamblea la noticia de la batalla librada en Macedonia y de la derrota del rey. Este rumor, sordo al principio, circuló muy pronto por todas partes, concluyendo por suscitar gritos y aplausos, como si se tuviese seguridad de la victoria. Asombrados los magistrados quisieron descubrir al autor de la fausta noticia; y habiendo sido infructuosas las pesquisas, el regocijo se disipó con la inseguridad del acontecimiento; sin embargo, persistió en los ánimos agradable presentimiento. Cuando quedó confirmada la victoria por el terminante mensaje de Fabio, Léntulo y Metelo, regocijéronse todos por la vic-

toria misma y por el presentimiento que la había anunciado. Atribuyen algunos autores el movimiento ocurrido en el circo á una causa muy verosímil: el diez de las kalendas de Octubre y segundo día de los juegos romanos, en el momento en que el cónsul C. Licinio subía á su carro para ir á dar la señal de las carreras de las cuadrigas, un mensajero que decía venir de Macedonia le entregó cartas laureadas. En cuanto los carros se lanzaron á la arena, el cónsul volvió á montar en el suyo, y atravesando el circo para regresar á su puesto, mostró al público aquellas cartas y aquellos laureles. Al verlos, el pueblo olvidó el espectáculo, precipitándose en medio del circo. El cónsul convocó allí al Senado, leyó las cartas, y con autorización de los senadores anunció al pueblo desde la tribuna «que su colega L. Emilio había dado batalla al rey Perseo; que los macedonios habían sido derrotados y puestos en fuga; que el rey había huído con un puñado de soldados, y que todas las ciudades de Macedonia habían caído en poder de los romanos.» A la lectura siguieron alegres gritos y entusiastas aplausos. Abandonáronse los juegos, y la mayor parte de los espectadores acudieron á llevar la afortunada noticia á sus esposas é hijos. Ocurría esto el día decimotercio después de la batalla librada en Macedonia.

Al siguiente día se reunió el Senado en la curia, decretó acciones de gracias, y mandó al cónsul por medio de un *senatus-consulto* que licenciase las tropas que habían renovado el juramento militar, exceptuando los soldados navales y las tripulaciones de las naves. Para deliberar acerca de esto, se esperó la llegada de los enviados de Emilio, que se habían hecho preceder por un mensajero. El seis de las kalendas de Octubre, cerca de la hora segunda, entraron los enviados en la ciudad, seguidos por inmensa multitud de ciudadanos que ha-

bían salido á su encuentro; marchando al Foro y penetrando hasta el tribunal. Encontrábase en sesión el Senado y el cónsul introdujo á los enviados. Solamente se les retuvo el tiempo necesario para que diesen á conocer el número de tropas de infantería y caballería, el de muertos y prisioneros, las pérdidas de los romanos, tan insignificantes en comparación de la matanza de enemigos, y en fin, el corto número de soldados que habían acompañado á Perseo en la fuga. «Pensábase, añadieron, que procuraría ganar la isla de Somothraca; la flota estaba dispuesta á perseguirle y no podría escapar por tierra ni por mar.» Llevados en seguida ante el pueblo reunido, los mensajeros dieron los mismos detalles. Entonces estallaron de nuevo los arrebatos de regocijo, y habiendo mandado el cónsul que se abriesen los edificios sagrados, todos dejaron la asamblea, para ir á dar gracias á los dioses, y todos los habitantes de la ciudad, hombres y mujeres, acudieron en tropel á los templos de los dioses inmortales. Convocado de nuevo el Senado, decretó, en agradecimiento por los triunfos de Emilio, cinco días de acciones de gracias delante de todos los altares y la inmolación de víctimas mayores. Al mismo tiempo se dió la orden para poner á seco y colocar de nuevo en los astilleros las naves que estacionaban completamente equipadas en el Tíber, para marchar á Macedonia, si Perseo prolongaba la resistencia. No solamente se licenció á las tropas navales, dándolas el sueldo de un año, y las que habían jurado en manos del cónsul, sino que también á todos los soldados de Coreyra, que estaban en Brindis, cerca del mar superior, ó en la comarca de Larymno. En todos estos puntos se había reunido un ejército con el que, en caso necesario, habría pasado C. Licinio á Macedonia para socorrer á su colega. Notificóse al pueblo por medio de una proclama que las acciones de gracias durarían

cinco días, á partir del quinto de los idus de Octubre inclusive.

Los dos legados C. Licinio Nerva y P. Decio llegaron de Iliria con la noticia de «que el ejército enemigo había sido derrotado, hecho prisionero el rey Gencio y toda la Iliria sometida á los romanos.» Con ocasión de estos triunfos, conseguidos bajo los auspicios y dirección del pretor L. Anicio, el Senado decretó tres días de acciones de gracias, fijándolos en seguida el pretor por un edicto para el cuarto, tercero y segundo días de los idus de Noviembre. Según algunos escritores, los enviados de Rodas no habían podido ser admitidos aún ante el Senado, y solamente después de la victoria y como para burlarse de su ridículo orgullo se les concedió audiencia. Su jefe Agépolis habló de esta manera: «Los rodios habían ofrecido su mediación para restablecer la paz entre los romanos y Perseo, y poner término á una guerra tan funesta y onerosa para toda la Grecia, como costosa y perjudicial para los mismos romanos. Pero daban gracias á la fortuna que, al terminarla sin su intervención, les facilitaba oportunidad para felicitar á los romanos por su victoria.» Tales fueron las palabras de los rodios. El Senado contestó: «Que á los rodios no les había movido ni el interés de la Grecia, ni el deseo de economizar gastos al pueblo romano, sino el de servir á Perseo; que si realmente hubiesen tenido los sentimientos que ostentaban, en la época en que Perseo acababa de entrar con un ejército en Tesalia y durante los dos años que había empleado en reducir las ciudades griegas, unas por fuerza, otras con amenazas de guerra, debieron enviar una legación; pero entonces se guardaron mucho los rodios de hablar de paz; mas cuando supieron que estaban franqueados los desfiladeros, que los romanos habían entrado en Macedonia y que rodeaban á Perseo por todas partes, habían

ofrecido su mediación con el único objeto de librar al rey del peligro que le amenazaba.» Con esta respuesta se despidió á los rodios.

Por estos mismos días, M. Marcelo, que acababa de dejar la provincia de España, después de apoderarse de la importante ciudad de Marcolica, entregó al tesoro público diez libras de oro y un millón de sextercios en plata. Como antes dijimos, el cónsul Paulo Emilio estaba delante de las murallas de Siras, en la Odomántica, donde recibió una carta de Perseo. Había confiado el mensaje á tres hombres oscuros. Dícese que el cónsul no pudo contener las lágrimas al considerar la inestabilidad de las cosas humanas: pensaba en aquel príncipe que, no contento antes con el reino de Macedonia, había llevado sus armas á la Dardania y la Iliria y llamado á los bastarnos en su ayuda, y que ahora, sin ejército, expulsado de su reino, relegado á un islote, reducido á la condición de suplicante, solamente á la santidad del paraje debía una seguridad que sus propias fuerzas no podían darle ya. Pero cuando leyó «El rey Perseo al cónsul Paulo Emilio, salud,» la ceguedad con que Perseo desconocía su situación presente desterró toda conmiseración del ánimo del cónsul. Así, pues, aunque el resto de la carta contenía súplicas indignas de un rey, despidió á los mensajeros sin contestación. Comprendió entonces Perseo que debía renunciar á su título, puesto que estaba vencido, y envió al cónsul otra carta en la que, sin añadir á su nombre título alguno, le rogaba le enviase algunas personas con las que pudiese conferenciar acerca del estado y condición de sus negocios. El cónsul envió á P. Léntulo, A. Postumio Albino y A. Antonio. La entrevista no produjo ningún resultado: Perseo se obstinaba en querer conservar su título de rey, y Paulo Emilio exigía que se entregase, con todo lo que le pertenecía, á merced del pueblo romano.

Entretanto llegaba Cn. Octavio con la flota á Somotracia, y aprovechando el terror que infundía su presencia, empleó sucesivamente promesas y amenazas para impulsar á Perseo á rendirse. Un incidente preparado por él, ó que la casualidad produjo, vino de pronto á secundar sus esfuerzos. L. Atilio, distinguido joven romano, habiendo encontrado al pueblo de Somotracia reunido en la plaza pública, pidió permiso al magistrado para dirigirle la palabra, y habiéndolo obtenido, exclamó: «Somotracios, huéspedes nuestros, ¿es verdad ó mentira que el suelo de esta isla es sagrado, y que todo su territorio es augusto é inviolable, como dice la fama pública?» General clamor de asentimiento confirmó la opinión de la santidad de la isla. «¿Por qué, pues, añadió, permitís que la viole un asesino manchado aún con la sangre del rey Eumeno? ¿Por qué, á pesar de la fórmula de los sacrificios, que alejan del altar á todos los que no tienen puras las manos, permitís que profane el santuario la presencia de un asesino cubierto de sangre?» La fama había propagado por todas las ciudades de Grecia el asesinato que Evandro había intentado en Delfos en la persona del rey Eumeno. Así fué que los somotracios, que por otra parte se veían en poder de los romanos con su isla y su templo, y no podían desconocer la justicia de las reconvenciones de Atilio, enviaron á Theondas, su primer magistrado ó rey, como le llamaban, á notificar á Perseo que el cretense Evandro estaba acusado de asesino; que el tribunal establecido por sus antepasados estaba encargado de juzgar á los que eran acusados de haber puesto manos sacrílegas en el sagrado recinto del templo; que si Evandro, fuerte en su inocencia, podía destruir la acusación capital que pesaba sobre él, era libre para presentarse á defender su causa; si temía la sentencia, debía dejar de profanar el templo con su presencia y atender á su seguridad.» Perseo man-

dó llamar en seguida á Evandro y le aconsejó no correr los riesgos de un juicio, diciéndole «que la justicia de su causa ni su influencia podrían librarle de la condenación.» Temía el rey que, una vez condenado Evandro, le acusase como autor del atentado. «El único partido que le quedaba era darse valerosamente la muerte.» Mostróse Evandro dispuesto á seguir sus consejos, declarando que prefería, para morir, el veneno al hierro; pero secretamente hizo preparativos para asegurarse la fuga. Informado Perseo, y temiendo atraerse el enojo de los somotracios, que le acusarían de haber sustraído el culpable al castigo, mandó matarle. Mas apenas cometido el asesinato, comprendió su imprudencia, porque la mancha que pesaba sobre Evandro iba á caer sobre él; porque si Evandro había herido á Eumeno en Delfos, él acababa de matar á Evandro en Somotracia. De esta manera había derramado dos veces sangre humana y profanado los dos templos más respetables del mundo. Para ocultar aquel odioso crimen ganó á fuerza de oro á Theondas, y consiguió que dijese al pueblo que Evandro se había dado la muerte.

Aquella maldad la cometió Perseo con el único amigo que le quedaba, amigo probado en muchas ocasiones, y tan cobarde atentado le enajenó los ánimos. Todos se apresuraron á pasar al bando de los romanos; y viéndose casi solo el rey, pensó en huir. Llamó á un cretense, de nombre Oroando, que conocía la costa de la Tracia por haber comerciado en aquella comarca, y le pidió que le llevase en una barca al rey Cotys. La barca estaba en el puerto de Demetrio, cerca del promontorio de la isla. Al ponerse el sol llevaron allí todas las cosas necesarias y todo el dinero que fué posible sacar secretamente. A média noche, el mismo rey, acompañado solamente de tres personas, salió por una puerta excusada, bajó á un jardín inmediato á la cá-

mara en que dormía, franqueó la muralla, no sin trabajo, y llegó al fin á orillas del mar. Pero en cuanto estuvo embarcado el dinero, Oroando levó el ancla al obscurer y se dirigió á Creta. No encontrando la nave en el puerto, Perseo vagó algún tiempo por la playa temiendo le descubriese el día, que se acercaba ya, y se ocultó en un rincón obscuro en un lado del templo. Los pajes del rey (llaman así en Macedonia á los jóvenes de las familias más nobles dedicados al servicio del rey) le habían seguido en la fuga, y ni siquiera en aquel momento le abandonaron, cuando Cn. Octavio hizo publicar por medio del pregonero que ofrecía á los pajes del rey y á los demás macedonios que se encontraban entonces en Somotracia, si pasaban al partido de los romanos, la vida, la libertad y el goce de cuanto poseyeran ó hubiesen dejado en Macedonia. En seguida fué general la deserción, y todos acudieron á dar su nombre al tribuno de los soldados C. Postumio. El tesalónico Yon entregó á Cn. Octavio los hijos del rey, niños aún, quedando solamente con Perseo su hijo mayor, llamado Filipo. Entonces se entregó con él á Cn. Octavio, y á pesar de encontrarse en el templo, acusó á la Fortuna y á los dioses por no haber escuchado sus ruegos. Embarcáronle en la nave pretoria, y transportaron también el dinero que le quedaba, tomando en seguida la flota el rumbo de Anfípolís. Desde allí envió Octavio al rey al campamento romano, después de haber escrito al cónsul que se había apoderado de él y se lo enviaba.

La captura del rey valía otra victoria; y con este motivo ofreció Paulo Emilio un sacrificio á los dioses, reunió su consejo, y después de leer las cartas del pretor, envió á Q. Elio Tuberón al encuentro del rey, haciendo que los demás jefes permaneciesen en su tienda. Jamás espectáculo alguno había atraído tanta afluencia. Los antepasados vieron al rey Sifax llevado como

prisionero al campamento romano; pero además de que su fama personal no igualaba á la de Perseo, ni sus númeras valían lo que los macedonios, había desempeñado un papel secundario en la guerra púnica, como Gencio en la de Macedonia. Perseo, por el contrario, era la cabeza de la guerra. No solamente su propia fama, sino la de su padre, la de su abuelo y la de todos los reyes de que descendía, atraían sobre él las miradas, viéndose resplandecer en él la gloria de aquel Filipo y de aquel Alejandro Magno, que dieron á los macedonios el imperio del mundo. Perseo entró en el campamento con ropas de duelo, sin ninguno de los suyos, sin ningún amigo que, compartiendo su infortunio, aumentase la compasión que inspiraba. La multitud, que se agrupaba para verle, le impedía andar; pero el cónsul envió sus lictores para que le abriesen paso hasta la tienda. En cuanto apareció el rey se levantó el cónsul, mandando á los demás que permaneciesen sentados: dió algunos pasos adelante y le presentó la mano. Perseo quiso arrojarse á sus pies, pero Emilio le levantó antes de que pudiese abrazar sus rodillas; le hizo entrar en su tienda y le invitó á sentarse en frente de los jefes reunidos en consejo.

Comenzó Emilio por preguntarle qué queja le había llevado á emprender contra el pueblo romano con tanto encarnizamiento una guerra que á él y á su reino los ponían al borde de su pérdida. Todos esperaban la respuesta; pero Perseo, con los ojos bajos, sólo contestó con sus lágrimas. «Si hubieses ocupado el trono en edad juvenil, continuó diciendo el cónsul, hubiera extrañado menos que ignorases cuán poderoso amigo es el pueblo romano y qué enemigo tan temible; pero después de haber tomado parte en la guerra que nos hizo tu padre, cuando debías recordar el tratado de paz que le siguió y la rigurosa exactitud con que lo observa-

mos, ¿cómo has podido preferir la guerra á la paz con un pueblo cuyas fuerzas en la una había experimentado, así como su fidelidad en la otra?» Perseo no contestó á estas reconvenciones, como no lo hizo á las primeras preguntas. «Sea como quiera, continuó diciendo el cónsul, ya provenga esta conducta de un error propio de la debilidad humana, de la casualidad ó de la voluntad del destino, ten valor. La clemencia del pueblo romano, que tantos reyes y pueblos han experimentado en sus desgracias, debe no solamente darte esperanzas, sino casi la seguridad de mejor porvenir.» Emilio había hablado al rey en lengua griega, y se dirigió al consejo en latín: «Veis, dijo, elocuente ejemplo de las vicisitudes humanas. Jóvenes, á vosotros me dirijo especialmente. Es necesario guardarse mucho en la prosperidad, usar con nadie de violencia y altivez, ó confiar demasiado en la fortuna presente, porque se ignora por la mañana lo que la tarde puede traer. El hombre verdaderamente digno de serlo, no debe enorgullecerse por sus triunfos ni abatirse por sus reveses.» Después de disolver el consejo, confió la custodia del rey á Q. Elio. Aquel día invitó Emilio á Perseo á su mesa y le tributó todos los honores compatibles con su situación.

En seguida pasó el ejército á invernar, marchando la mayor parte á Amfípolis, y el resto á las ciudades inmediatas. Así terminó, después de cuatro años, la guerra entre los romanos y Perseo, y con ella tuvo fin un reino cuya fama había llenado la mayor parte de Europa y toda el Asia. Perseo era el vigésimo primero de los sucesores de Carano, primer rey de Macedonia. Habiendo subido al trono bajo el consulado de Q. Fulvio y L. Manlio, recibió del Senado el título de rey, bajo el de M. Junio y A. Manlio: su reinado duró once años. El nombre de los macedonios se conoció poco hasta Filipo, hijo de Amintas, debiendo á este príncipe el prin-

cipio de su celebridad, que, sin embargo, no traspasó los confines de Europa, quedando concentrada en la Grecia, en parte de la Tracia y la Iliria. En seguida desbordó por el Asia; y Alejandro, durante los trece años de su reinado, subyugó primeramente la inmensa extensión del país que formaba antes el imperio de los persas, y recorrió como vencedor la Arabia, la India y las comarcas más apartadas de la tierra que abraza el mar Rojo. Entonces fueron los macedonios el pueblo más famoso del mundo y su reino el más considerable. Pero á la muerte de Alejandro siguió la división de su imperio en muchos reinos. Sus generales se disputaron sus despojos por la fuerza, y aquella división causó la completa ruina de su imperio, ciento cincuenta años después de la época de su mayor prosperidad.

En cuanto se extendió por el Asia la fama de la victoria de los romanos, Antenor, que se encontraba cerca de Fanes con una flota de naves ligeras, se dirigió apresuradamente á Cassandrea. C. Popilio, que permanecía en Delos para escoltar las naves que iban á Macedonia, enterado de que había terminado la guerra en aquel país, y de que las naves ligeras del enemigo habían abandonado su fondeadero, despidió por su parte las atenienses, y continuó su marcha hacia Egipto, para cumplir la misión de que estaba encargado; queriendo alcanzar á Antioco antes de que llegase delante de las murallas de Alejandría. Siguiendo las costas del Asia, los legados recalaron en Lorima, puerto situado frente á la ciudad de Rodas á poco más de veinte millas de distancia. En seguida los habitantes de Rodas, á quienes también había llegado la noticia, acudieron á su encuentro y les invitaron «á visitar su ciudad, cuyo honor y salvación, decían, estaban interesados en que los legados tomasen por sí mismos conocimiento de lo que habían hecho los rodios y de lo que hacían aún, y

podiesen llevar á Roma, no falsos rumores, sino el resultado de sus propias informaciones.» Después de negarse por mucho tiempo, los legados consintieron al fin en suspender momentáneamente su viaje para la salvación de una ciudad aliada. En cuanto entraron en Rodas, les instaron de la misma manera para que se presentasen ante el pueblo. Pero su presencia aumentó las alarmas de los habitantes en vez de disminuirlas. Popilio les recordó todas las palabras y todos los actos hostiles de que se habían hecho culpables durante la guerra, tanto en particular como en público. Como estaba acostumbrado á no tener consideraciones, aumentaba la dureza de sus reconvenciones con su airado aspecto y acento amenazador. Por esta razón dedujeron los habitantes de aquella animosidad de un senador romano, que no tenía de Rodas ninguna ofensa personal, que las disposiciones de todo el Senado les eran desfavorables. C. Decimio habló con más moderación, reconociendo que la mayor parte de los hechos de que acababa de hablar Popilio, no debían imputarse al pueblo, sino á corto número de agitadores. «Esos hombres, de venal elocuencia, añadió, eran los que habían redactado decretos bajamente aduladores para el rey, y enviado legados que serían para los rodios perpetuo motivo de vergüenza y arrepentimiento. Pero si el pueblo persistía en los mismos sentimientos, el castigo de aquellas ofensas caería sobre la cabeza de los culpables.» Con profundo agrado se escucharon aquellas palabras, porque atenuaban la falta de la multitud y porque la imputaban á sus verdaderos autores. Así fué que cuando los rodios principales contestaron á los legados, no se les agradeció que procurasen disculparse bien ó mal de las censuras de Popilio; apreciándose más la franqueza de los que reconocieron con Decimio la necesidad de castigar á los culpables. En consecuencia de esto, senten-

cióse á muerte en seguida á cuantos se les probase que habían hablado ú obrado en favor de Perseo y en contra del pueblo romano. Algunos culpables habían abandonado la ciudad desde la llegada de Popilio, y otros se habían dado la muerte. Los legados, después de pasar cinco días en Rodas, se pusieron en camino para Alejandría. Su marcha no aplazó la ejecución del decreto que se dió durante su permanencia, y la moderación de Decimio fué razón más para continuar las persecuciones con perseverancia.

Mientras ocurrían estas cosas, Antioco había levantado el sitio de Alejandría, después de inútiles esfuerzos. Dueño del resto del Egipto, dejó en Memfis á Ptolomeo el mayor, á quien fingía querer colocar en el trono, con la secreta intención de volver sus armas contra él, en cuanto le viese vencedor, y llevó su ejército á Siria. Ptolomeo, que había comprendido el proyecto de Antioco, viendo á su hermano menor atormentado por el temor de un sitio, creyó poder aprovechar su miedo para hacerse recibir en Alejandría, con el auxilio de su hermana y el consentimiento de los amigos de su hermano. Por esta razón no cesó de solicitar primeramente á su hermana y después á su hermano y sus consejeros, hasta que se reconcilió con ellos. Había conseguido que sospechasen de Antioco, haciéndoles observar que si le había abandonado el resto del ejército, había dejado fuerte guarnición en Pelusa. «Era evidente, decía, que se reservaba aquella puerta del Egipto para entrar en él con su ejército cuando lo creyese oportuno; además, una guerra intestina con su hermano no podía tener otro resultado que debilitar al vencedor y dejarle en condiciones que no pudiese resistir á Antioco.» Las prudentes reflexiones de Ptolomeo agradaron á su hermano y á los que le rodeaban, contribuyendo Cleopatra poderosamente, tanto con sus ruegos como con sus conse-



jos. Concluyóse, pues, la paz, y Ptolomeo entró en Alejandría sin oposición, ni siquiera por parte del pueblo, que en el curso de la guerra había tenido que sufrir escasez, no solamente durante el sitio, sino después de haberle levantado, porque no llegaban provisiones del Egipto. Antioco hubiese debido ver con gusto aquella reconciliación, si su entrada en Egipto no tenía otro objeto que colocar á Ptolomeo en el trono; pretexto especioso con que había ocultado sus miras ambiciosas en sus cartas á todas las ciudades del Asia y de la Grecia, ó en sus contestaciones á sus legados, pero tanto le irritó por el contrario, que se dispuso á hacer la guerra á los dos hermanos con más furor y encarnizamiento que desplegó contra uno solo. En seguida hizo marchar su flota á Chipre, y él mismo, en los primeros días de la primavera se puso en camino para Egipto con un ejército, avanzando hasta Celesiria. Cerca de Rinocolura se le presentaron los legados de Ptolomeo para darle gracias por el restablecimiento de este rey en el trono de sus antepasados, y suplicarle que no destruyese su propia obra y diese á conocer sus pretensiones más bien que trocar su título de aliado por el de enemigo y adjudicarse por la fuerza de las armas lo que quería. Antioco contestó «que no llamaría la flota ni retiraría el ejército hasta que le cediesen la isla de Chipre entera, Pelusa y su territorio hasta la boca del Nilo.» Al mismo tiempo señaló el plazo en que habían de contestar á estas condiciones.

En cuanto transcurrió el plazo, Antioco mandó á los jefes de sus fuerzas navales, que acompañaban al ejército terrestre, que hiciesen rumbo hacia Pelusa por la desembocadura del río Nilo, entrando él en Egipto por los desiertos de Arabia. Los habitantes de Memfis y de las demás ciudades de Egipto le abrieron sus puertas, unos voluntariamente, otros por temor, y bajó á

cortas jornadas hacia Alejandría. Acababa de pasar el río en Eleusino, pueblo situado á cuatro millas de Alejandría, cuando salieron á su encuentro los legados romanos. Antioco les saludó y tendió la mano á Popilio; pero éste le presentó las tablillas en que estaba escrito el senatus-consulto y le invitó á que se enterase de él en el acto. Después de leerlo, contestó Antioco que deliberaría con su consejo acerca del partido que debía tomar; pero Popilio, fiel á su carácter, trazó un círculo en derredor del rey con la varilla que tenía en la mano. «Antes de salir de este círculo, dijo, has de contestarme lo que debo decir al Senado.» Aturdido por la violencia de aquella orden, Antioco vaciló un momento, contestando en seguida: «Haré lo que exige el Senado.» Entonces solamente tendió Popilio su mano al rey como á un aliado y amigo. En el día convenido salió Antioco de Egipto, y los legados, después de haber cimentado por autoridad propia aquella paz reciente aún entre los dos hermanos, hicieron rumbo á Chipre, desde donde enviaron al rey de Siria su flota, que ya había conseguido un triunfo sobre la de los egipcios. Aquella legación tuvo resonancia en todas las naciones; porque era evidente que había arrancado el Egipto á Antioco, que ya era dueño de él, y que había devuelto al linaje de los Ptolomeos el trono de sus padres. De los dos cónsules de aquel año, si el uno distinguió su consulado con brillante victoria, el otro permaneció en la obscuridad, porque no tuvo ocasión para hacerse notable. En el día que señaló para la reunión de las legiones, entró en el recinto sagrado sin tomar los auspicios; consultados los augures acerca del asunto, declararon que era irregular la convocación. Llegado á la Galia, permaneció acampado en las llanuras Macras, al pie de los montes Sicimino y Papino y tomó en seguida cuarteles de invierno en las inmediaciones de los aliados del

nombre latino. Las legiones romanas permanecieron en Roma, porque no se había convocado al ejército con las formalidades debidas. Los pretores se trasladaron también á sus provincias, exceptuando C. Papirio Carbón, á quien había tocado la Cerdeña. El Senado lo había retenido en Roma para juzgar los litigios entre ciudadanos y extranjeros, porque la suerte le había adjudicado también esta jurisdicción.

La legación de que era jefe Popilio regresó á Roma con la noticia de que habían terminado las querellas de los reyes, y que el ejército de Antioco había evacuado el Egipto para regresar á Siria. En seguida llegaron los legados de los mismos reyes, declarando los de Antioco «que su señor había preferido á toda victoria una paz que el Senado manifestaba desear, y que había obedecido las intimaciones de los enviados romanos como orden de los dioses. En seguida felicitaron al pueblo por su victoria, y añadieron que, si hubiesen puesto su celo á prueba, el rey habría contribuído con todas sus fuerzas.» Los legados de Ptolomeo dieron las gracias en nombre del rey y de Cleopatra, diciendo «que los dos debían más al Senado y pueblo romano que á sus propios padres y á los mismos dioses inmortales. Roma les había librado de un sitio desgraciado y les había devuelto el trono de sus padres que iban á perder.» A los primeros contestaron «que Antioco había demostrado su prudencia y equidad obedeciendo á los legados y que el pueblo romano y el Senado le agradecían su conducta.» A los de los reyes de Egipto, Ptolomeo y Cleopatra, «que el Senado se congratulaba por lo que pudo hacer en su favor y que cuidaría de que siempre encontrasen el apoyo más firme de su trono en la protección del pueblo romano.» Encargóse al pretor C. Papirio hiciese entregar á los legados los regalos de costumbre. En seguida se recibieron cartas de Macedonia que re-

doblaron la alegría de la victoria, anunciando que el rey Perseo estaba en poder del cónsul. Después de los legados de los reyes, oyóse á los enviados de las ciudades de Pisa y de Luna; los pisanos se quejaban de la ocupación de sus tierras por los colonos romanos, y los de Luna aseguraban que el terreno en cuestión se lo asignaron los triunviros. El Senado envió cinco comisarios para reconocer y fijar los límites, Q. Fabio Buteo, P. Cornelio Blasio, T. Sempronio Musca, L. Nevio Balbo y C. Apuleyo Saturnino. Eumeno y sus dos hermanos Atalo y Ateneo enviaron también una legación para felicitar á los romanos. Masgaba, á quien encargó igual comisión su padre el rey Masinissa, encontró al desembarcar en Puteolos al cuestor L. Manlio, encargado de llevarle á Roma á costa de la república. En cuanto llegó, obtuvo audiencia del Senado. Todo lo que tenía que decir el joven era agradable, pero sus palabras le dieron mayor gracia. En primer lugar, recordó el número de peones, jinetes y elefantes que envió su padre á Macedonia, y la cantidad de trigo que había suministrado durante los cuatro años de la guerra; «pero le habían confundido dos cosas, añadió: primera, que el Senado pidiese por medio de legados lo que tenía derecho á exigir; segunda, que hubiese enviado el precio del trigo suministrado. Masinissa no había olvidado que debía su corona al pueblo romano y los sucesivos aumentos de su reino. Satisfecho con el usufructo, sabía que la propiedad era de los donantes. De justicia era, pues, que los romanos tomasen sin pedir ni pagar productos de un territorio regalado por ellos. Siempre había y siempre habría bastante para Masinissa con lo que le dejasen los romanos. Tales eran las instrucciones con que partió; en el camino le alcanzaron los mensajeros que le enviaba su padre para que le anunciaran la sumisión de Macedonia y le encargasen felicitar al

Senado, expresándole la satisfacción que había experimentado Masinissa. Tan profunda era su alegría, que quería ir él mismo á Roma, para ofrecer un sacrificio y acciones de gracias en el Capitolio, á Júpiter Óptimo Máximo, y pedía permiso al Senado para emprender el viaje, si en ello no había inconveniente.»

Contestóse al príncipe de esta manera: «Noble y digno de corazón generoso era dar, como hacía Masinissa, tanto valor á un beneficio que se le debía. En la guerra púnica Masinissa había servido al pueblo romano con valor y fidelidad, y el pueblo romano le había ayudado á reconquistar su reino. Más adelante, en las guerras sostenidas sucesivamente contra tres reyes, su celo no había retrocedido ante ningún deber. Natural era que un rey, que había unido su suerte y la de su reino á la fortuna de la república, se regocijase de la victoria del pueblo romano. Pero debía contentarse con dar gracias á los dioses, en el seno de sus penates, por los triunfos de sus aliados, porque su hijo realizaría sus deseos en Roma. Bastarían las felicitaciones que su hijo dirigía á nombre de su padre y en el suyo propio. El Senado creía inútil que abandonase sus estados y saliese de África, y además aquella ausencia podía perjudicar á los intereses de la república.» Masgaba pidió en seguida que obligasen á los cartagineses á entregar á Hannón, hijo de Amílcar, en el puesto de otro que estuviese en rehenes; pero el Senado contestó «que no le parecía equitativo exigir rehenes á gusto de Masinissa.» Un senatus-consulta puso á disposición del cuestor cien libras de plata para la compra de regalos destinados al príncipe, encargándose también á este magistrado que le acompañase á Puteolos, atendiendo á todos sus gastos mientras se encontrasen en Italia y fletar dos naves para que le trasladasen á África con su comitiva. Todos los que le acompañaban, libres y esclavos, recibieron ropas

y regalos. Poco tiempo después, Misageno, otro hijo de Masinissa, escribió á Roma «que habiéndole despedido para África con sus jinetes L. Paulo, después de la derrota de Perseo, le había asaltado una tempestad que dispersó su flota en el Adriático, obligándole á recalar con tres naves en Brindis, donde se encontraba enfermo.» Enviósele al cuestor L. Stertinio con iguales regalos que los hechos á su hermano y orden de poner á disposición del príncipe alojamiento conveniente, de suministrarle todo lo necesario para el restablecimiento de su salud, de atender generosamente tanto á sus gastos personales como á los de su comitiva, y en fin, disponer naves para que pudiese pasar al África con comodidad y sin peligro. Cada jinete recibió como gratificación una libra de plata y quinientos sextercios. El cónsul C. Licinio presidió los comicios consulares para el año siguiente, siendo nombrados Q. Elio Peto y M. Junio Penno. En seguida crearon pretores á Q. Cassio Longino, M. Juvenio Thalma, Ti. Claudio Nerón, A. Manlio Toreuato, Cn. Fulvio Gilo y C. Licinio Nerva. Aquel mismo año los censores Ti. Sempronio Graco y C. Claudio Pulquer se pusieron al fin de acuerdo en un asunto que había sido objeto de vivos debates entre ellos. Viendo Graco que los libertos habían sido clasificados dos veces ya en las cuatro tribus urbanas, habían conseguido de nuevo distribuirse en las otras tribus, quiso cortar en su raíz un mal que se reproducía sin cesar y excluir del censo á todos los que habían estado en esclavitud. Oponíase fuertemente Claudio y apelaba á las leyes antiguas, que frecuentemente habían querido contener las invasiones de los libertos, sin privarles completamente de los derechos de ciudadanos. Recordaba también el ejemplo de los censores C. Flaminio y L. Emilio, que habían creído deber separarse en cierto modo de la antigua severidad. En aquella época tam-

bién, esta hez del pueblo se había mezclado á todas las tribus, y aunque se consideró necesario restituirla á su primitivo estado, no dejaron de otorgar algunas prerrogativas á algunos individuos de aquella clase.

Estos censores repartieron los hijos de los libertos en las cuatro tribus urbanas, exceptuando aquellos que tenían un hijo menor de cinco años. Un *senatus-consulto* mantuvo á estos últimos en la tribu en que les había colocado el censo anterior; en cuanto á los que poseían por valor de más de treinta mil *sextercios*, se les admitió en las tribus rurales. Como estas disposiciones estaban vigentes, sostenía Claudio «que un censor no podía, sin orden del pueblo, quitar el derecho de sufragio ni á un solo hombre y mucho menos á una clase entera. Que el poder atribuído á los censores de separar á un individuo de su tribu, que equivalía á hacerle pasar de una á otra, no le daba el de excluirle de las treinta y cinco; es decir, despojarle del título de ciudadano y de la libertad.» Después de largos debates convinieron en que se sortearía públicamente en el templo de la Libertad una de las cuatro tribus de la ciudad en la que debían ingresar todos los que habían estado en servidumbre. La suerte designó la Esquilina, y Ti. Graco declaró que quedarían incorporados á ella todos los hijos de libertos. Este acuerdo de los censores les honró mucho en el Senado, que dió gracias á Sempronio por haber perseverado en una idea tan útil y á Claudio por no haber puesto obstáculos. Los censores degradaron más senadores y caballeros que sus antecesores, excluyéndoles de su tribu y reduciéndoles á la clase de contribuyentes, y ninguno de los que tachó un censor encontró apoyo en el otro. Pidieron quince meses de prórroga para poder vigilar, según costumbre, la terminación de las reparaciones de los edificios y examinar el estado de otros trabajos encargados á

contratistas; pero el tribuno Cn. Tremelio, que no les perdonaba no haberle admitido en el Senado, se opuso á la petición. Aquel mismo año C. Cicereyo dedicó sobre el monte Albano un templo que había votado cinco años antes y L. Postumio Albino fué inaugurado sacerdote de Marte.

Los nuevos cónsules Q. Elio y M. Junio pusieron á deliberación el reparto de las provincias. Opinó el Senado dividir otra vez en dos provincias la España, que solamente había formado una durante la guerra de Macedonia, y prorrogó en el mando de Macedonia y de la Iliria á L. Paulo y L. Ancio hasta que sus esfuerzos, secundados por la prudencia de los legados, reparasen los desórdenes causados por la guerra y dar á aquellos dos reinos nueva forma de gobierno. Los cónsules recibieron por provincias Pisa y la Galia, con dos legiones, formadas cada una por cinco mil infantes y trescientos caballeros. En cuanto á los pretores, la suerte les otorgó á Q. Cassio la jurisdicción urbana y á Manio Juvenio Thalma la de los extranjeros. Ti. Claudio Nerón obtuvo la Sicilia, Cn. Fulvio la España citerior, y C. Licinio Nerva la ulterior. La Cerdeña había tocado á A. Manlio Torcuato, pero no pudo trasladarse á su provincia, porque le retuvo en Roma un *senatus-consulto* para hacer una investigación acerca de muchos asuntos que llevaban consigo pena capital. Consultóse en seguida al Senado acerca de los prodigios que acababan de anunciarse. En el monte Velio había caído un rayo sobre el templo de los dioses penates, y en la ciudad de Minervio otro rayo había derribado dos puertas y parte de la muralla. En Anagnia había llovido tierra; en Lanuvio habíase visto en el cielo una antorcha encendida; en fin, en Calacia, en un terreno perteneciente al Estado, el ciudadano romano M. Valerio había visto, según decía, correr sangre de su hogar durante tres días y tres

noches. Con ocasión de este último prodigio especialmente mandóse á los decenviros que consultasen los libros sibilinos; prescribiendo en seguida un día de rogativas y la inmolación de cincuenta cabras en el Foro. Habiendo ocurrido otros prodigios, se mandó otro día de rogativas delante de todos los altares, inmoláronse víctimas mayores y se purificó la ciudad. Quiso en seguida el Senado honrar á los dioses inmortales y decretó «que en agradecimiento á la victoria conseguida sobre los enemigos de Roma, Perseo y Gencio, victoria que había puesto en poder del pueblo romano la Macedonia y la Iliria con sus reyes, los pretores Q. Cassio y Manio Juvencio depositarían en todos los altares igual ofrenda á la que se hizo después de la derrota de Antioco, bajo el consulado de Ap. Claudio y M. Sempronio.»

En seguida fueron designados los legados encargados de arreglar los asuntos de los países conquistados de acuerdo con L. Paulo y L. Ancio, enviándose diez á Macedonia y cinco á Iliria. Á Macedonia fueron A. Postumio Lusco y C. Claudio, que ya habían sido censores, y C. Licinio Crasso, colega de Paulo en el consulado; encontrábase éste entonces en la Galia, cuyo mando le habían prorrogado. Á estos varones consulares se unieron Cn. Domicio Ahenobarbo, Ser. Cornelio Sila, L. Junio, C. Antinio Labeón, T. Numisio Tarquiniense y A. Terencio Varrón. Para la Iliria se nombró á P. Elio Ligo, varón consular; C. Cicereyo y Cn. Bebio Tamfilo, que habían sido pretores, Bebio el año anterior y Cicereyo muchos años antes; P. Terencio Tuscivicano y P. Manlio. Como uno de los cónsules debía reemplazar en la Galia á C. Licinio, designado entre los legados, el Senado invitó á estos magistrados para que se apresurasen á repartirse ó sortear sus provincias. Este último medio fué el preferido. Pisa tocó á M. Junio, pero no marchó á su provincia hasta después de haber presen-

tado al Senado las legaciones que de todas partes acudían á Roma con felicitaciones. Q. Elio obtuvo la Galia. Por lo demás, aunque el carácter muy conocido de los legados permitía esperar que sus consejos impedirían á los generales tomar alguna medida indigna de la clemencia y majestad del pueblo romano, discutióse anticipadamente en el Senado el conjunto de sus instrucciones, con objeto de que los legados pudiesen llevarles de Roma un plan trazado ya.

Decidióse en primer lugar que los macedonios é ilirios serían libres, para que quedase demostrado ante todas las naciones que las armas romanas no llevaban la esclavitud á los hombres libres, sino la libertad á los que eran esclavos. El Senado quería convencer á los pueblos libres ya que gozarían siempre y con seguridad completa de su independencia bajo la protección del pueblo romano, y á los que estaban gobernados por reyes que su suerte iba á mejorar en lo presente y en lo venidero: en lo presente, porque sus señores cuidarían de considerarlos por respeto al pueblo romano; en lo porvenir, atendiendo á que si estallaba la guerra entre el pueblo romano y sus reyes, terminaría para los romanos con la victoria y para ellos con la conquista de su libertad. Decidióse suprimir las tasas en las minas de Macedonia, que constituían renta muy importante, y anular el arrendamiento de los terrenos públicos; porque esta regalía no era posible ejercerla sin la mediación de los publicanos, y recurrir á los publicanos era ó comprometer los intereses del tesoro ó sacrificar la libertad de los aliados. Creyóse que no era prudente encargar la cobranza á los macedonios, porque su interesada administración sería inagotable manantial de turbulencias y debates. Macedonia no tendría asamblea nacional; temiéndose que multitud insolente hiciese degenerar en licencia desastrosa la libertad que el Se-

nado le hubiese concedido para que la usase con saludable moderación. Dividiríase la Macedonia en cuatro provincias, teniendo cada una su administración especial, y pagarían al pueblo romano la mitad de los impuestos que acostumbraban á levantar los reyes. Iguales instrucciones se dieron para la Iliria, dejando lo demás á la prudencia de los generales y legados que, sobre el terreno, podrían apreciar con más seguridad las medidas necesarias.

Entre los muchos legados enviados por los reyes y los pueblos, llamó especialmente la atención de todos los romanos Atalo, hermano del rey Eumeno. Los que fueron sus compañeros de armas durante la guerra, le recibieron con tanto agasajo como hubiese podido desear el mismo Eumeno, de venir él á Roma. Dos motivos igualmente honrosos en apariencia habían traído á Atalo; primeramente felicitar á los romanos por la victoria á que él había contribuído; en segundo lugar, quejarse de los ataques de los galos, quienes con reciente victoria ponían en peligro el reino de su hermano. Uníase á estos motivos la secreta esperanza de recibir del Senado honores y recompensas, que no podía conseguir sino á expensas de su hermano, y hasta encontraba entre los romanos peligrosos consejeros que estimulaban su avidez y le inspiraban culpables pensamientos, diciéndole «que en Roma se distinguía mucho entre Atalo y Eumeno; en el primero se veía un amigo seguro y en el segundo un aliado tan infiel á Perseo como á los romanos. Por esta razón podía lisonjearse de obtener con igual facilidad lo que pidiese para él ó contra su hermano: tan generalmente dispuestos estaban los senadores á concederlo todo al uno y á negarlo al otro.» Como los acontecimientos demostraron, Atalo era de los hombres cuya ambición se fija en todo lo que cree poder conseguir; pero los prudentes conse-

jos de un amigo fiel pusieron freno á una codicia que el éxito estimulaba. Era este amigo un médico llamado Stracio: Eumeno, que no se encontraba tranquilo, le había enviado á Roma precisamente para vigilar la conducta de su hermano y contenerle si le veía extrañarse. El joven había prestado oídos ya á pérfidos consejos y á ellos se abandonaba con imprudencia, cuando Stracio, aprovechando la ocasión favorable, supo robustecer su fidelidad profundamente quebrantada. Representóle que los demás estados habían debido su crecimiento á diferentes causas. «El reino de Pérgamo, añadió, que apenas había nacido y cuya robustez no había consolidado el tiempo, no podía subsistir más que por la concordia entre tres hermanos, de los que uno solo llevaba el título de rey y ceñía la corona, pero reinando todos igualmente. Atalo, el mayor después de Eumeno, ¿no era rey á los ojos de todos? Y no solamente por su fortuna actual, sino por la edad y achaques de Eumeno, le cedería muy pronto el trono, puesto que no tenía hijos legítimos (no había reconocido aún al que reinó después). ¿Por qué obtener con violencia el puesto que muy pronto se le ofrecería? La unión y concordia de los tres príncipes era lo único que podía permitirles hacer frente á la invasión de los galos, nueva tempestad que amenazaba á su reino. Si á los enemigos exteriores se unían disensiones domésticas, la resistencia sería imposible, y si conseguía impedir que Eumeno muriese en el trono, se despojaba él mismo de la próxima esperanza de subir á él. Aunque fuese igualmente glorioso para él conservar el reino á su hermano ó arrancárselo, era más honroso seguir el partido conforme con los sentimientos de la naturaleza. El contrario era execrable atentado y casi un parricidio: ¿cómo podía vacilar? ¿Quería arrebatár á su hermano el reino entero ó solamente una parte? En este último caso, debilitados los

dos por la división de fuerzas, quedarían expuestos á todas las humillaciones que les impusiesen sus vecinos. Si se apoderaba del reino entero, ¿reduciría á su hermano mayor á la condición de simple particular? ¿Le desterraría á pesar de su avanzada edad y sus enfermedades? ¿ó en último caso mandaría matarle? No le recordaría el trágico fin de dos hermanos impíos de que habla la fábula; ¿pero no era para él Perseo ejemplo elocuente? Después de usurpar la corona matando á su hermano, se había visto obligado á ponerla á los pies de un enemigo victorioso, en el templo de Somotracia, como para recibir á presencia de los dioses vengadores el castigo de su delito. Los mismos hombres que le impulsaban al crimen, menos por amistad suya que por odio á Eumeno, aplaudirían su piedad y su constancia, si conservaba hasta el último momento la fidelidad que debía á su hermano.»

Estas observaciones decidieron á Atalo. Admitido en audiencia en el Senado, felicitó á los romanos por su victoria, expuso modestamente los servicios de su hermano y los suyos durante la guerra y dió cuenta del levantamiento de los galos, que acababa de estallar con grave violencia, rogando al Senado les enviase legados cuya autoridad les obligase á deponer las armas. Después de esta petición en interés del reino, solicitó para él mismo Enos y Maronea. Habiendo defraudado de esta manera la esperanza de los que aguardaban verle acusar á su hermano y pedir el reparto de sus estados, salió de la asamblea. Jamás se escuchó con tanto agrado ni con interés tan general á rey ni particular alguno. Colmáronle de honores y de regalos durante su permanencia en Roma y hasta en el momento de su marcha. De las numerosas legaciones del Asia y de Grecia, la de los rodios llamó especialmente la atención pública. Los legados se presentaron primeramente vestidos

de blanco, cual convenía á una legación encargada de felicitar, y que podía temer, al vestir luto, que se creyese deploraba la caída de Perseo. Mientras los legados esperaban en el comicio, el cónsul M. Junio consultó al Senado para saber si se les daba alojamiento, los regalos de costumbre y audiencia. El Senado opinó no concederles ninguno de los honores de la hospitalidad. El cónsul salió de la asamblea, y como los rodios pedían se les admitiese, diciendo que habían venido para felicitar á los romanos por su victoria y justificar á su ciudad de las acusaciones que se le habían dirigido, les dijo «que era costumbre de los romanos tratar á sus aliados y amigos con todos los respetos de la hospitalidad y admitirles en audiencia en el Senado; pero que durante la última guerra, los rodios no se habían conducido de manera que pudiese considerárseles como aliados y amigos.» Al escuchar estas palabras, todos se inclinaron hasta el suelo, rogando al cónsul y á todos los que se encontraban presentes que no atendiesen tanto á recientes y calumniosas acusaciones dirigidas contra los rodios, como á sus antiguos servicios, de los que ellos mismos habían sido testigos. En seguida vistieron traje de suplicantes y fueron de casa en casa á rogar á los senadores principales que les escucharan antes de condenarles.

El pretor M. Juvencio Thalma, cuya jurisdicción versaba sobre los litigios entre ciudadanos y extranjeros, excitaba al pueblo contra los rodios, y hasta le había propuesto «que declarase la guerra á los rodios y eligiese entre los magistrados de aquel año el jefe de la flota que había de enviarse para aquella expedición,» esperando que la elección recayese en él. Los tribunos del pueblo, M. Antonio y M. Pomponio, se opusieron á aquel proyecto de ley; pero el pretor había comenzado por introducir un precedente nuevo y peligroso: sin

consultar al Senado ni prevenir á los cónsules, por su propia autoridad, había preguntado al pueblo «si quería, si ordenaba que se declarase la guerra á los rodios.» Siempre se había acostumbrado pedir su opinión á los senadores, y hasta haber obtenido su consentimiento no someter la consulta al pueblo. Los tribunos, por su parte, cometieron la falta de oponerse, á pesar de la regla seguida hasta entonces de no ejercer este derecho hasta haber dejado á los particulares la facultad de defender ó combatir la ley. Frecuentemente había tenido por resultado esta práctica, que los que no tenían intención de rechazar la ley, reconocían por la discusión defectos que les hacían cambiar de parecer; y que, por el contrario, los que habían acudido á combatirla, se rendían á las razones de los que la defendían. Pero en la ocasión presente, el pretor y los tribunos obraban á porfía contra todas las reglas. Los tribunos, con su oposición prematura, imitaban, censurándola, la precipitación del pretor; sin embargo, aducían para justificarse la necesidad de aplazar la deliberación acerca de los rodios hasta el regreso del general y de los diez legados, que después de maduro examen de documentos, debían dar á conocer por modo terminante los sentimientos de cada república, relativamente á los romanos y á Perseo. Como el pretor persistía en su proyecto, el asunto llegó al extremo de que el tribuno Antonio llevó los legados ante el pueblo, arrancó de la tribuna á Thalma, que había tomado ya la palabra, y dejó así el campo libre á los rodios. Por lo demás, á pesar de que la audaz tenacidad del tribuno había corrido parejas con el turbulento é irreflexivo arrebató del pretor, los rodios no estaban completamente tranquilos. Las disposiciones del Senado no se habían suavizado, y si estaban libres de peligro presente, no se encontraban tranquilos para lo porvenir. Así, pues,

cuando después de largas é insistentes súplicas consiguieron al fin audiencia del Senado, y los presentó el cónsul, se prosternaron y permanecieron largo rato en aquella actitud derramando lágrimas. El cónsul los levantó é invitó á hablar; y entonces Astymedes, después de tomar el aspecto más conducente á inspirar compasión, habló de esta manera:

«Estos trajes de luto que visten hoy á aliados vuestros, tan poderosos antes por vuestra amistad, Padres conscriptos, deben conmover hasta los corazones más irritados contra nosotros. Pero ¿cuánta compasión experimentaréis si os dignáis reflexionar en lo que hay de penoso en nuestra situación, viéndonos obligados á defender en presencia vuestra la causa de una ciudad que casi habéis condenado ya? Ordinariamente la acusación precede al juicio, y no se castiga al culpable hasta después de probado el crimen. Pero es dudoso aún que seamos culpables, y soportamos ya todo el castigo y la vergüenza del crimen. Anteriormente, cuando vinimos á Roma después de las victorias conseguidas sobre los cartagineses, sobre Filipo y sobre Antioco, desde el alojamiento que nos dió la república nos trajeron á presencia vuestra para felicitaros, Padres conscriptos, y desde el Senado fuimos al Capitolio á depositar una ofrenda á los dioses de Roma. Hoy, desde sórdida posada, donde hemos conseguido alojamiento á peso de oro, y después de vernos obligados á instalarnos fuera de la ciudad como enemigos, y, en fin, con estas lúgubres vestiduras nos presentamos ante el Senado, nosotros, que en otro tiempo recibimos de vuestra munificencia la Licia y la Caria; nosotros, á quienes habéis colmado de recompensas y honores. Nos han dicho que dais la libertad á la Iliria y la Macedonia, que eran esclavas antes de guerrear contra vosotros. Y no creáis que hablamos así por envidia de nadie: lejos de esto,

acatamos la clemencia del pueblo romano. Los rodios, cuyo único delito es la manera de neutralidad que han observado en esta guerra, ¿serán en adelante para vosotros enemigos y no aliados? Y sin embargo, sois los mismos romanos, que fundáis en la justicia de vuestras guerras la esperanza de vuestras victorias, y que os gloriáis menos de los triunfos que las terminan que de los motivos que os las hacen emprender. Tomasteis las armas contra los cartagineses porque habían atacado á Mesina en Sicilia, y tratasteis como enemigo á Filipo porque puso sitio á Atenas, amenazaba á la Grecia con la servidumbre y suministraba á Anníbal socorros en tropas y dinero. Antioco también, llamado por vuestros enemigos los etolios, pasó del Asia á Grecia con una flota, y dueño de Demetriades, de Calcis y del desfiladero de las Termópilas, quiso arrancaros vuestro imperio. En cuanto á Perseo, sus empresas contra vuestros aliados, el asesinato de muchos reyes ó jefes de naciones y de pueblos os obligaron á combatirle. Pero en cuanto á nosotros, ¿qué motivo justificará vuestros rigores, si está decidida nuestra pérdida? Y todavía no separo la causa de Rodas de la de Policrates, de Dinón y otros ciudadanos que hemos traído para entregároslos. Aunque todos fuésemos igualmente culpables, ¿cuál ha sido nuestro crimen en esta guerra? Habernos interesado por Perseo y haberle defendido contra vosotros, como os hemos defendido á vosotros mismos contra reyes en las guerras de Antioco y de Filipo. Si queréis saber cómo somos aliados vuestros y qué energía desplegamos en la guerra, interrogad á C. Livio y L. Emilio Regilo, que han mandado vuestras flotas en el Asia. Jamás han combatido vuestras naves sin nosotros. Nuestra flota ha combatido sola dos veces: la primera en Samos, y la segunda en Pamfilia, contra Anníbal. Esta última victoria fué tanto más gloriosa, cuanto

que, después de haber perdido en Samos gran parte de nuestras naves y la flor de nuestros jóvenes, lejos de abatirnos por el descalabro, nos atrevimos á marchar de nuevo al encuentro de la flota real que venía de Siria. No recuerdo estos hechos por vana jactancia: nuestra posición presente nos veda tales pensamientos; solamente he querido que reconozcáis cómo acostumbra los rodios á servir á sus aliados.

»De vosotros recibimos amplia recompensa después de la derrota de Filipo y Antioeo. Si la fortuna hubiese dado la victoria á Perseo, en vez de haberla obtenido vosotros por la bondad de los dioses y vuestro valor, y hubiésemos ido á Macedonia á pedir á aquel rey el precio de nuestros servicios, ¿qué hubiésemos podido decirle? ¿que le habíamos llevado socorros en dinero y trigo? ¿que le habíamos ayudado con nuestras tropas ó nuestras naves? ¿Podíamos alabarnos de haber ocupado algún punto? ¿pretenderíamos haber combatido á las órdenes de sus legados ó de nuestros propios generales? Si nos preguntaba en qué punto se habían reunido con los suyos nuestros soldados ó nuestras naves, ¿qué le hubiésemos contestado? Tal vez habríamos tenido que defendernos ante Perseo victorioso, como lo hacemos delante de vosotros en este momento. En realidad, el resultado de las dos legaciones que hemos enviado para conseguir la paz, es que no podamos alegar como mérito este paso ante ninguno de los dos partidos, y que nos haya valido de una y otra parte acusaciones y peligros. Además, Padres conscriptos, Perseo podría reconvenirnos por lo que no podéis hacerlo vosotros, por no haberos enviado al principio de la guerra legados para ofreceros todos los socorros que necesitarais: como en las guerras anteriores, pusimos á vuestra disposición nuestras naves, nuestras armas y nuestros jóvenes. Si nuestro celo no ha sido puesto á

prueba, es porque no habéis querido, porque habéis tenido motivos para rechazar nuestros ofrecimientos. No hemos cometido ningún acto hostil ni dejado de cumplir los deberes de aliados fieles; pero vosotros rechazasteis nuestros servicios. Pero ¿cómo? ¿Nada ha ocurrido en vuestra ciudad ¡oh rodios! que tengáis que lamentar y de lo que pueda estar ofendido el pueblo romano? No vengo á defender lo que ha ocurrido, no; no soy tan insensato; pero quiero separar la causa del estado de la de los particulares. No hay república que no cuente algunas veces en su seno ciudadanos culpables y contenga siempre ciega multitud. La misma Roma ha visto ambiciosos adular al pueblo para conseguir sus fines, separarse el pueblo del Senado y escapar de vuestras manos las riendas del Estado. Si una ciudad regida por leyes tan sabias no ha podido estar exenta de tales desgracias, ¿cómo extrañar que haya habido en Rodas algunos ambiciosos que por granjearse el favor del rey hayan corrompido á la plebe? ¿Y han conseguido sus maquinaciones otro resultado que el de mantenernos en la inacción? No ocultaré la reconvención más grave que hemos merecido durante esta guerra: hemos enviado á la vez legados á Roma y á Perseo, determinación desgraciada que el arrebató de nuestros legados convirtió en locura, porque hemos sabido que os habló con el mismo tono que Popilio, legado de Roma, al intimar á los reyes Antioco y Ptolomeo la orden de depone las armas. Pero en último caso, arrogancia ó locura, el mismo lenguaje emplearon con Perseo. Las naciones, lo mismo que los individuos, tienen su carácter especial: unos son iracundos, otros audaces; éstos tímidos, aquéllos dados á los placeres de la carne y del vino. Tienen los atenienses reputación de ardientes é impetuosos; los lacedemonios pasan por contemporizadores y circunspectos hasta la exageración. No negaré

que los pueblos del Asia son naturalmente vanos, y que nuestro propio lenguaje no está exento de cierta hinchazón que parece autorizar nuestra superioridad sobre nuestros vecinos, y depende menos de nuestro poder que de las distinciones y lisonjeros testimonios que nos habéis otorgado. Nuestra legación quedó seguramente bastante castigada con la severa respuesta con que la despedisteis; y aunque esta humillación no hubiese sido castigo bastante fuerte, la actitud humilde y suplicante de la legación actual bastaría para expiar una insolencia mucho mayor. Las palabras arrogantes que excitan irritación en los ánimos violentos, solamente merecen el desprecio del sabio, especialmente si proceden del inferior al superior; pero jamás las consideró nadie como crimen merecedor de muerte. Sin duda lo que había que temer era que los rodios fuesen objeto de desprecio para los romanos. Algunas veces se blasfema hasta de los mismos dioses, y sin embargo, jamás hemos oído que lancen el rayo para castigar el delito.

«¿Qué nos queda que justificar, si no habiendo cometido nosotros ningún acto hostil, las altivas palabras de nuestros legados que ofendieron vuestros oídos no merecieron la ruina de nuestra ciudad? Bien sé, Padres conscriptos, que en vuestras conversaciones particulares se toman en cuenta nuestras intenciones y pensamientos ocultos: dícese que nos interesábamos vivamente por Perseo y que hacíamos votos por su victoria; por consecuencia de esto, se quiere hacernos la guerra. Otros, sin dudar de nuestra mala voluntad, no opinan que se empuñen las armas contra nosotros, diciendo que no hay en ningún pueblo ley ó costumbre que permita condenar á muerte á ningún ciudadano que haya deseado la pérdida de su enemigo, sin haber hecho nada para contribuir á ella. Damos gracias á todos aquellos que, considerándonos como culpables, nos eximen de

castigo; pero nosotros pronunciamos esta sentencia contra nosotros mismos. Si todos hemos hecho los votos que se nos suponen, no distinguimos la intención del hecho y queremos que se nos castigue. Si por el contrario, nuestros ciudadanos más notables se han declarado unos por vosotros y otros por Perseo, no os pedimos que perdonéis á los partidarios del rey en consideración de nuestra fidelidad, sino solamente que no nos hagáis perecer por culpa suya. No tenéis más resentimiento contra ellos que la misma Rodas, y como estaban convencidos de esto, la mayor parte huyeron ó se dieron la muerte: otros, condenados ya por nosotros, van á quedar en vuestro poder. El resto de los rodios no ha merecido por su conducta en esta guerra ni recompensa ni castigo. Que la importancia de nuestros servicios pasados recompense el momentáneo olvido de nuestros deberes. Habéis combatido tres reyes en los años que acaban de transcurrir: que nuestra inacción en una de estas guerras no nos sea más funesta que nuestros servicios en las otras dos pudieron sernos favorables ante vosotros. Contad por tres votos en nuestra causa, Antioco, Filipo y Perseo; dos nos absuelven, y el tercero, poniendo las cosas en lo peor, deja dudas acerca de nuestra culpabilidad. Si esos reyes fueran nuestros jueces ya estaríamos condenados. Decidid, Padres conscriptos, si Rodas ha de subsistir aún ó desaparecer de la superficie de la tierra. No hay necesidad, Padres conscriptos, de deliberar acerca de la guerra: podéis declararla, pero no podréis hacerla, porque ningún rodio tomará las armas contra vosotros. Si perseveráis en vuestra cólera, solamente os pediremos el tiempo necesario para ir á dar cuenta á nuestros conciudadanos de esta funesta legación, y cuantas personas hay en Rodas de condición libre, hombres y mujeres, nos embarcaremos con nuestras riquezas para venir á Roma,

y aquí, amontonando en el comicio y en el vestíbulo del Senado todo el oro y la plata que poseen la república y los particulares, nos entregaremos con nuestras esposas y nuestros hijos al castigo que queráis imponernos. Que nuestra ciudad sea saqueada é incendiada lejos de nuestra vista. Roma puede declarar que los rodios son enemigos suyos; pero nosotros, al examinar nuestra conciencia, no veremos jamás que lo hemos sido y cualquiera que sea el rigor de los males que hayamos de sufrir, jamás realizaremos contra vosotros ningún acto hostil.»

Cuando terminó Astymedes su oración, todos los legados se prosternaron de nuevo, y en esta actitud agitaron sus ramos de olivo. Al fin se les hizo levantar y salir de la curia y se comenzó la votación. Los más enconados contra los rodios eran los cónsules, los pretores ó legados que habían tomado parte en la guerra de Macedonia. Pero M. Porcio Catón defendió calurosamente á los rodios, mostrándose en aquella ocasión, á pesar de la rudeza de su carácter, indulgente y benigno. No amonraré con imperfecto extracto la elocuente oración que pronunció entonces, porque se encuentra completa en el libro quinto de sus «Orígenes». Contestóse á los rodios de manera que no podían considerarse como enemigos ni creer que continuaban siendo aliados de Roma. Polícrates y Astymedes eran los jefes de la legación, y convinieron que Filócrates, con parte de los legados, regresaría á Rodas, para dar cuenta del resultado de su misión, quedando los otros en Roma con Astymedes, para seguir la marcha del asunto é informar á sus conciudadanos. Por el momento recibieron los rodios orden de retirar el cuerpo de tropas que tenían en Licia y Caria. Esta noticia, por aflictiva que fuese, no dejó de producir en Rodas profundo regocijo: tan afortunados se creían con haberse librado del temor de un gran mal,

porque creían segura la guerra. Por esta razón se decretó en el acto el envío á Roma de una corona del peso de veinte mil piezas de oro, encargándose de esta misión á Theeteto, jefe de la flota. Llevaba este el encargo de solicitar la alianza de Roma; pero no le autorizaron por decreto ni con instrucciones escritas, con objeto de evitar la humillación de una negativa directa; recibiendo solamente autorización para seguir aquellas negociaciones, sin conferírsela por ningún documento público. Por mucho tiempo habían existido lazos de amistad entre las dos repúblicas, sin tratado alguno de alianza, no habiendo tenido Rodas otra razón para abstenerse de todo compromiso, que no quitar á los reyes la esperanza de su socorro en caso necesario, y no privarse ella misma de los frutos de su generosidad y de parte de su fortuna. Ahora comprendían la necesidad de buscar la alianza de los romanos, no para tener apoyo en contra de otros, porque solamente temían á los romanos, sino para ser menos sospechosos á los romanos mismos. Por el mismo tiempo se sublevaron contra ellos los caunios, y los milasenos se apoderaron de las ciudades que habían pertenecido á los euromenses. No estaban tan abatidos los rodios que no comprendiesen que si Roma les quitaba la Licia y la Caria, las demás comarcas sometidas á su autoridad sacudirían el yugo ó serían presa de sus vecinos, mientras que ellos mismos quedarían encerrados en el estrecho círculo de una isla pequeña y estéril, que no podía alimentar tan numerosa población. Armaron, pues, á los jóvenes, que en seguida redujeron á la obediencia á los caunios, á pesar de los socorros que les habían suministrado los de Cibyra; y vencieron también, en batalla campal cerca de Orthosia á los milasenos y alabandenos, que después de haberse apoderado del territorio euromensio, habían reunido sus fuerzas y marchado contra los rodios.

Mientras ocurrían estas cosas, unas en Macedonia y otras en Roma, L. Anicio, que se había apoderado, como dijimos anteriormente, de la persona de Gencio, puso guarnición en Scodra, capital de los estados de aquel rey, dió el mando á Gabinio y confió á C. Licinio las importantes plazas de Rhizón y Olcinio. Habiendo atendido así á la seguridad de Iliria, tomó el camino de Epiro con el resto de sus tropas. La primera ciudad que le abrió sus puertas fué Fanota, cuyos habitantes salieron á recibirle con cintas de suplicantes. Anicio dejó allí guarnición y pasó á la Molosida, cuyas ciudades se sometieron, exceptuando Passarón, Tecmón, Filaces y Horreo. Primeramente marchó contra Passarón. Los personajes más importantes de la ciudad eran Antinóo y Theodoto, conocidos los dos por su adhesión á Perseo y por su odio á los romanos, habiendo sido ellos los que arrastraron á la revuelta á toda la nación. El convencimiento de su culpa, que no les dejaba esperanza de perdón, les hizo decidir la ruina de su patria, y cerraron las puertas, exhortando al pueblo á que prefiriese la muerte á la esclavitud. Su autoridad imponía silencio á los habitantes. Al fin, otro Theodoto, joven que pertenecía también á una de las familias principales, y que temía más á los romanos que á los dos jefes de la insurrección, se atrevió á decir á sus conciudadanos: «¿Qué rabia os ciega para asociar vuestra ciudad al castigo de dos culpables? Muchas veces he oído decir que ciudadanos nobles han muerto voluntariamente por su patria; pero esos hombres son los primeros que han imaginado sacrificar su patria por ellos. ¿Por qué no abrimos las puertas y nos sometemos á un dominio que el mundo entero ha reconocido?» Viendo Antinóo y Theodoto que la multitud iba á seguirle, se lanzaron á las avanzadas del enemigo, encontrando la muerte que buscaban. La ciudad se rindió en seguida. Céfalo, que mandaba en

Teemón, quiso resistir también, pero le mataron, y la ciudad capituló; Filaces y Horreo se sometieron sin esperar á que las sitiasesen. Cuando Anicio hubo pacificado de esta manera el Epiro y distribuido sus tropas para invernar en las ciudades más cómodas, regresó á Iliria y convocó en Scodra, donde se encontraban los legados venidos de Roma, una asamblea compuesta de los ciudadanos más notables de la provincia. Allí declaró desde su tribunal, con el asentimiento de los legados, «que el Senado y el pueblo romano daban la libertad á los ilirios y retiraban sus tropas de todas las ciudades, fuertes y castillos; que no solamente les concedían la libertad, sino también la exención de todo tributo á los habitantes de Issa, Taulancia, Pirusta, Desaracia, Rhizón y Olcinio, que habían abrazado el partido de los romanos, cuando Gencio no había perdido todavía nada de su poder; que los daorsos disfrutarían de la misma franquicia, porque habían abandonado á Caravancio, para pasar con sus armas á los romanos; que los de Scodra, los desarenses, los selepitanos y los demás ilirios solamente pagarían la mitad de los tributos que habían pagado al rey.» En seguida dividió la Iliria en tres partes: la primera fué la que ya hemos mencionado; la segunda comprendió el territorio de los labeatos, y la tercera el de Agravo, Rhizón, Olcinio y las comarcas inmediatas. Después de establecer esta nueva división de la Iliria, Anicio regresó al Epiro para invernar en Passarón.

Mientras se realizaban estas cosas en Iliria, antes de la llegada de los diez legados, Paulo Emilio había enviado su hijo Q. Máximo, que había regresado ya de Roma, á saquear las ciudades de Agassas y Eginio. La primera, después de abrir sus puertas al cónsul Marcio, y solicitado espontáneamente la alianza del pueblo romano, había vuelto en seguida al partido de Perseo.

Las ofensas de los eginenses eran más recientes; considerando como rumor vano la noticia de la victoria alcanzada por los romanos, habían tratado como á enemigos á algunos soldados que entraron en ella. L. Postumio fué enviado para imponer igual castigo á los enios, que habían permanecido en armas más tiempo que las ciudades vecinas. Acercábase el otoño, y el cónsul quiso emplear el principio de esta estación en recorrer la Grecia y visitar las maravillas que más frecuentemente se admiran por la fama que por el testimonio de los ojos. Dejó el mando del ejército á C. Sulpicio Galo, y partió con escasa comitiva, acompañándoles su hijo Escipión y Ateneo, hermano del rey Eumeno, dirigiéndose por la Tesalia al famoso templo de Delfos. Allí, después de haber ofrecido el sacrificio á Apolo, encontró en el vestíbulo del templo dos columnas desbastadas, que debían sostener las estatuas de Perseo, y como vencedor, las destinó á sostener las suyas. También visitó el templo de Júpiter Trofonio en Lebadea, examinó la abertura del antro por donde descienden los que van á consultar al oráculo, ofreció un sacrificio á Júpiter y á Hercina, que tienen su templo en aquel paraje, y bajó hasta Calcis para gozar del espectáculo del Euripo y del puente que une la isla Eubea al continente. De Calcis pasó á Aulida, famosa ciudad situada á tres millas; su puerto había sido en otro tiempo punto de reunión de las mil naves de la flota de Agamenón, y en el templo de Diana aquel rey de reyes había inmolado á su hija para obtener de los dioses viento favorable y arribar á las playas de Troya. Desde allí marchó á Oropo, ciudad del Ática, donde se honra como á Dios al divino Amfiloco, en un templo antiguo rodeado de frescos arroyos y risueños manantiales. Presentábase en seguida Atenas recuerdos de los tiempos heroicos y las numerosas maravillas que encierra, su fortaleza, sus

puertos, las murallas que reúnen la ciudad con el Pireo, sus arsenales, los monumentos de sus grandes capitanes, las estatuas de los dioses y de los héroes, tan notables por la riqueza y variedad de materias que por la perfección del arte (1).

Después de ofrecer un sacrificio á Minerva, diosa tutelar de la fortaleza, partió de Atenas trasladándose en dos días á Corinto, ciudad muy hermosa en aquella época, en que todavía no había sido destruída. La fortaleza y el istmo llamaron su atención; la fortaleza se alza en el mismo recinto de las murallas á prodigiosa altura y encierra considerable número de manantiales. El istmo es una lengua de tierra que separa dos mares vecinos, el uno á Occidente y á Oriente el otro. En seguida visitó las famosas ciudades de Sicono y Argos; Epidauró, no tan rica, pero célebre por su templo de Esculapio, situado á cinco millas de la ciudad. Hoy apenas ofrece algunos restos de la magnificencia de que la han despojado; pero entonces estaba llena de las ricas ofrendas consagradas al dios por los enfermos, en gratitud de su curación. Desde allí marchó á Lacedemonia, no tan célebre por sus monumentos como por su disciplina é instituciones; después de visitar Palencio y cruzado Megalópolis, subió hasta Olimpia. Allí, entre otras maravillas que le impresionaron, creyó ver á Júpiter en persona, experimentando profunda emoción. Por este motivo mandó preparar un sacrificio más pomposo que de costumbre, como hubiese podido ofrecerlo en el Capitolio. De esta manera re-

(1) Mientras estuvo Paulo Emilio en dicha ciudad pidió á los atenienses su filósofo más notable para instruir á sus hijos y un pintor excelente para que trabajase en la decoración de su triunfo. Los atenienses eligieron á Metrodoro, á quien consideraban eminente para el desempeño de aquella doble tarea, opinión de que muy pronto participó Paulo Emilio.

corrió la Grecia sin averiguar qué sentimientos habían manifestado las ciudades ó los particulares durante la guerra con Perseo, no queriendo inquietar á aquellos pueblos aliados con semejante investigación. Cuando regresaba á Demetriades, encontró en el camino un grupo de etolios vestidos de luto. Sorprendido, les preguntó el motivo y supo que Linico y Tisippo, habiendo rodeado el Senado con soldados romanos enviados por Bebio, prefecto de la guarnición, habían dado muerte á quinientos cincuenta ciudadanos de los principales; que otros habían sido desterrados, y que los bienes de las víctimas y de los proscriptos habían sido el premio de sus acusadores. Paulo Emilio los citó en Amfípolis; pero cuando se reunió con Cn. Octavio en Demetriades, enterado de que los diez legados habían cruzado ya el mar, olvidó los demás asuntos y marchó hasta Apolonia para recibirles. Allí encontró á Perseo que, guardado con mucha negligencia en Amfípolis (esta ciudad dista una milla de Apolonia), había acudido á su encuentro. El cónsul le recibió con bondad; pero en cuanto regresó á su campamento en Amfípolis, dícese que reprendió severamente á C. Sulpicio, primero por haber permitido á Perseo vagar tan lejos de él en la provincia, y además por haber extremado la indulgencia con los soldados hasta consentir que quitasen las tejas de las casas de la ciudad para cubrir sus cuarteles de invierno. En el acto mandó que restituyesen las tejas y restablecer los techos en el estado en que se encontraban antes. Encomendó á A. Postumio la custodia de Perseo y de su hijo mayor Filipo, hizo traer de Somotracia á Amfípolis la hija del rey y su hijo menor y á todos les trató con muchas consideraciones.

En el día señalado para que se reuniesen diez de los ciudadanos principales de cada ciudad en Amfípolis, para la entrega de los documentos repartidos por varios

puntos y del dinero perteneciente al rey, el cónsul ocupó su tribunal con los diez legados, rodeado de inmensa multitud de macedonios, quienes, aunque estaban acostumbrados al brillo de la realeza, no dejaron de contemplar con terror aquel tribunal nuevo para ellos, aquel licitor separando la multitud, aquel pregonero, aquellos ministros: todas estas formas imponentes, que por primera vez veían y escuchaban, eran muy á propósito para asustar á los aliados, y mucho más á enemigos vencidos. Después de imponer silencio por medio del pregonero, Paulo Emilio dió á conocer en latín la voluntad del Senado y sus propias decisiones, de acuerdo con su consejo. El pretor Cn. Octavio, que también se encontraba presente, repetía sus palabras en griego. En primer lugar declaró «que los macedonios serían libres, conservarían sus ciudades y su territorio y elegirían anualmente sus magistrados; que pagarían á los romanos la mitad de los impuestos que pagaban antes á sus reyes; que se dividiría la Macedonia en cuatro regiones, comprendiendo la primera el territorio que se extiende entre Strymón y el Nesso, añadiéndose por el lado de Oriente todos los pueblos, castillos y ciudades que había ocupado Perseo, exceptuando Enos, Maronea y Abdera; además al otro lado del Strymón, por Occidente, la Bisalcia entera con Heraclea Sintica. La segunda la formarían el territorio limitado á Oriente por el Strymón, menos Heraclea Sintica y la Bisalcia, y el que limita á Poniente el río Axio, con la parte Oriental de la Peonia, situada en las orillas del Axio; la tercera la formarían, con el territorio rodeado al Oriente por el río Axio y á Occidente por el Perseo, el país limitado al Norte por el monte Bora; añadíase la parte de la Peonia que se extiende al Occidente, á lo largo del Axio, y las ciudades de Edesa y Berea; la cuarta comenzaría al otro lado del monte Bora, confinando por un lado con

la Iliria y por el otro con el Epiro: las capitales en que se celebrarían las asambleas regionales serían, para la primera Amfipolis; para la segunda Tesalónica; para la tercera Pela, y para la cuarta Pelagonia: en estas ciudades se reunirían los delegados, se entregaría el dinero de los impuestos y se celebraría la elección de magistrados.» Paulo Emilio declaró en seguida «que no se permitiría á nadie casarse, vender ó comprar tierras ni edificios, fuera de su región. Quedaba prohibida la explotación de minas de oro y de plata, permitiéndose la de las de cobre y hierro.» Los concesionarios de minas solamente pagarían la mitad de los derechos que habían pagado al rey. Prohibióse también la importación de sal. Como los dardanos reivindicaban la Peonia, porque ya les había pertenecido y lindaba con su territorio, les contestó el cónsul «que Roma daba la libertad á todos los que habían estado sujetos á Perseo.» Para dulcificar su negativa, Paulo Emilio les permitió comprar sal á los macedonios, dispuso que los de la tercera región la llevasen á Stobas, en Peonia, y fijó el precio. Prohibió á los naturales del país que cortasen ó dejasen cortar á otros maderas propias para construcciones navales; y permitió á las regiones que lindaban con los bárbaros, es decir, á todas menos la tercera, que tuviesen fuerzas armadas en la frontera.

Esta declaración, que se hizo en el primer día de asamblea, causó impresiones diferentes. Regocijábales profundamente la inesperada libertad que les concedían y la disminución de los impuestos anuales; pero al ver su país dividido en regiones y sus relaciones comerciales interrumpidas, se comparaban á un cuerpo dividido en muchos miembros cuya existencia es inseparable: tan cierto era que los mismos macedonios ignoraban cuán grande era su patria, qué fácil de dividir y cómo se bastaba á sí misma cada una de las partes. La pri-

mera región la ocupan los bisaltos, pueblo valiente que habita al otro lado del Nesso, en las inmediaciones del Strymón. Este territorio es fértil en toda clase de productos y rico en minerales: colocada Amfípolis en ventajosa posición, cierra la entrada de Macedonia por el Oriente. La segunda región contiene las populosas ciudades de Tesalónica y Cassandrea, las fértiles y ricas campiñas de Palanes y puertos muy favorablemente situados para el comercio marítimo, unos hacia Torón y el monte Athos (á este último llaman Eneo) y otros hacia la isla de Eubea y el Helesponto. La tercera región comprende las importantes ciudades de Edessa, Berea y Pela, el belicoso pueblo de los vecienos y considerable número de colonos galos é ilirios, laboriosos cultivadores. Habitan la cuarta los cordeos, lincestos y pelagones; conteniendo también la Alintania, la Stimpalida y la Elimiotida, países fríos, ásperos é incultos, pareciéndose el carácter de los habitantes á la naturaleza del terreno. Su carácter rudo lo es mucho más á causa de la vecindad de los bárbaros, que ó les hostigan, ó les comunican sus costumbres en las relaciones de la paz. De esta manera, después de ofrecer Emilio dar leyes á Macedonia, la dividió en cuatro partes, que solamente tenían de común la forma general de gobierno.

En seguida se mandó comparecer á los etolios. En esta investigación antes se atendió á averiguar quién había favorecido más á Roma ó al rey, que á distinguir los culpables de las víctimas; los asesinos quedaron absueltos, no se repatrió á los desterrados y los muertos quedaron sin venganza. Solamente se condenó á A. Bebio por haber hecho servir á los soldados romanos para aquellas ejecuciones. Este resultado de la causa de los etolios inspiró intolerable orgullo á todas las naciones y pueblos de la Grecia que habían seguido el partido de los romanos, é hizo que se inclinasen ante ellos

todos los que podían ser sospechosos de haber favorecido al rey. Los principales habitantes de las ciudades estaban divididos en tres clases: las dos primeras, adulando el poder de los romanos y captándose la amistad de los reyes, fundaban su fortuna particular en la opresión de su patria; la tercera, opuesta á las otras dos, defendía la libertad y las leyes; por lo que, si ganaba en el afecto de sus compatriotas, perdía la influencia en el exterior. Orgullosos con el triunfo de los romanos, los partidarios de Roma eran los únicos que desempeñaban las magistraturas y legaciones, habiendo acudido en tropel al Peloponeso, de la Beocia y otras comarcas de Grecia. Con sus quejas aturdieron á los diez legados, diciendo que «los que por vanidad se habían declarado públicamente huéspedes y amigos de Perseo, no eran los únicos que le habían favorecido; otros muchos también le habían ayudado secretamente. Los demás, so pretexto de defender la libertad, habían trabajado en los consejos en contra de los romanos. El único medio de mantener aquellos pueblos en su deber era destruir su partido y aumentar y robustecer la influencia de los que solamente atendían á los intereses de Roma.» En seguida nombraron las personas, siendo llamados por el general muchos habitantes de la Etolia, Acarnania y Beocia, á los cuales se les mandó seguirle á Roma para defenderse. Los legados C. Claudio y Cn. Domicio marcharon á la Acaya para publicar esta orden por medio de un edicto. Dos motivos impulsaron á dictar esta medida: por una parte creíase que los aqueos confiaban más en sí mismos, y por consiguiente estaban más dispuestos á desobedecer, y se temía que corriese tal vez algún peligro Calicrates y los demás acusadores y delatores; y por otro, el haber encontrado entre los papeles del rey cartas de los jefes principales de las otras ciudades; pero en cuanto á los aqueos no

se tenía ningún dato seguro ni se había encontrado ninguna carta. Despedidos los etolios, se mandó comparecer á los acarnanios. En nada se cambió su organización, limitándose á separar Lancada de la confederación acarnania. La investigación acerca de las personas que habían servido al rey públicamente ó como simples particulares, se llevó más lejos, propagándola hasta el Asia. Envióse Labeón á la isla de Lesbos para destruir Antissa y trasladar sus habitantes á Methysuno, porque habían abierto su puerto y suministrado víveres á Antenor, legado del rey, cuando cruzaba con sus naves en las inmediaciones de Lesbos. Decapitóse á dos varones distinguidos, el etolio Andrónico, hijo de Andrónico, por haber seguido á su padre y tomado con él las armas contra el pueblo romano, y el tebano Naón, por cuyos consejos se aliaron los tebanos con Perseo.

Cuando estuvieron terminadas estas investigaciones acerca de los extranjeros, convocóse otra asamblea de macedonios, para declarar que «para lo concerniente á Macedonia, se elegirían senadores llamados synedros, á los que se encargaría la gestión de los asuntos públicos.» En seguida se designó nominalmente á los macedonios principales que debían preceder á los legados en Italia con sus hijos mayores de quince años. Al principio pareció cruel esta medida á los macedonios, pero poco después la encontraron conforme con los intereses de su libertad, porque todos los designados eran amigos y cortesanos del rey, capitanes de su ejército, jefes de la flota, prefectos de las ciudades, acostumbrados á servir humildemente al rey y á mandar á los otros con altivez; unos inmensamente ricos, otros igualando en suntuosidad á los que no podían igualar en riquezas. Todos vivían con lujo regio y ninguno era capaz de cumplir los deberes de ciudadano, de soportar el yugo de las leyes, la libertad y la igualdad. Todos los que habían

desempeñado algún cargo cerca del rey, que habían desempeñado algún oficio, por pequeño que fuese, recibieron orden de salir de Macedonia y marchar á Italia, incurriendo en pena de muerte el que desobedeciese. Emilio dictó leyes á los macedonios con tanta diligencia, que no parecían hechas para enemigos vencidos, sino para aliados que hubiesen prestado importantes servicios. Tales eran, que durante muchos años pudieron resistir la prueba del tiempo, único reformador de las leyes. De los asuntos graves se pasó á los juegos. Hacía mucho tiempo que Emilio había preparado una fiesta; había mandado anunciarla á las repúblicas y á los reyes del Asia, y él mismo invitó á los jefes principales de Grecia, cuando recorría aquel país. Con extraordinario aparato se celebró en Anfípolis, donde se habían reunido de todas las partes del mundo los actores más hábiles, atletas y caballos famosos. Los legados se presentaron con víctimas y toda la pompa que despliega la Grecia en sus grandes fiestas, para honrar á los dioses y á los hombres. Admiróse en aquellos juegos, con los que no estaban familiarizados aún los romanos, no solamente la magnificencia, sino el buen gusto; los banquetes ofrecidos á los legados fueron también espléndidos y elegantes; recordándose aquellas palabras de Emilio que «el que sabe vencer en la guerra debe saber también ordenar festines y disponer fiestas.»

Cuando terminaron los juegos, el general mandó embarcar los escudos de bronce; reunir en montón todas las demás armas, y después de invocar á Marte y Minerva, la diosa Lua y demás divinidades á quienes se acostumbraba dedicar los trofeos del enemigo, él mismo las puso fuego con una antorcha. Los tribunos de los soldados que le rodeaban hicieron otro tanto á su vez. En aquella especie de reunión de Europa y Asia en medio de aquel concurso de gentes, venidas de to-

das partes, ora para felicitar al vencedor, ora para asistir al espectáculo de los juegos, y á pesar de la presencia de tantas tropas de tierra y mar, reinó tal abundancia y tan baratos estuvieron los víveres, que Emilio pudo prodigarlos á los particulares, á las ciudades y á los pueblos, no solamente para sus necesidades perentorias, sino también para las de su viaje. La multitud admiró, más aún que los juegos escénicos, más que las luchas de los atletas y las carreras de caballos, el botín cogido á los macedonios. Veíanse expuestas estatuas, cuadros, tapices, vasos de oro, de plata, de bronce, de marfil, y todas aquellas obras maestras encontradas en el palacio del rey de Macedonia, no servían solamente para deslumbrar un momento los ojos, como las que llenaban el palacio de Alejandría, sino que estaban destinadas á uso diario. Hicieron embarcar aquellos tesoros y se encargó á Octavio que los llevase á Roma. Paulo, después de despedir cortésmente á los legados, pasó el Strymón y acampó á una milla de Amfípolis, partiendo en seguida y llegando en cinco días á Pela. Sin parar en la ciudad, siguió adelante, deteniéndose dos días después en un paraje llamado Speleo, desde donde envió á P. Nasica y á su hijo Q. Máximo con fuerzas para talar el territorio de los ilirios que habían ayudado á Perseo y recibieron orden de reunírsele en Orico. Por su parte se dirigió al Epiro y llegó en quince días á Passarón.

El campamento de Anicio estaba cerca de allí; y Emilio, para evitar los movimientos á que su presencia podía dar lugar, le previno por medio de un mensajero «que el Senado había concedido al ejército el saqueo de las ciudades del Epiro que habían seguido el partido de Perseo.» Envió también centuriones á cada ciudad, con orden de declarar que iban para retirar las guarniciones, para que los epirotas fuesen libres como los

macedonios. Llamó á diez de los habitantes más notables y les mandó entregar al tesoro público el oro y la plata que poseían, y en seguida envió sus cohortes á diferentes ciudades. Las que debían marchar á los puntos más lejanos, salieron antes que las otras, con objeto de que todas llegasen el mismo día á su destino. Los tribunos y centuriones llevaban instrucciones precisas. Al amanecer presentaron todo el oro y la plata; á la hora cuarta se dió á los soldados la señal de saqueo, y, tan considerable fué el botín, que se repartió á razón de cuatrocientos dineros por caballero, doscientos para cada peón, y se llevaron ciento cincuenta mil esclavos. Después del saqueo, arrasaron las murallas de más de setenta ciudades. Vendióse todo el botín, y el producto se repartió á los soldados. Paulo descendió hacia Orico, en las orillas del mar, pero no había satisfecho, como creía, la avidez de sus huestes, que se encontraban irritadas porque no habían participado de los despojos del rey como si no hubiesen hecho la guerra de Macedonia. En Orico encontró las fuerzas que había destacado á las órdenes de Escipión Nasica y de su hijo Máximo, embarcó su ejército y pasó á Italia. Pocos días después reunió Anicio al resto de los epirotas y de los acarnanios, intimó á los principales, cuya causa había reservado, que le acompañasen á Italia, esperó el regreso de las naves que habían servido para trasladar al ejército de Macedonia y partió. Cuando acababan de realizarse estas cosas en Macedonia y el Epiro, los legados enviados con Atalo para poner fin á la guerra entre los galos y el rey Eumeno, llegaron al Asia. Aprovechando una tregua ajustada durante el invierno, los galos habían regresado á su país, el rey había establecido sus cuarteles de invierno en Pérgamo y allí había caído gravemente enfermo. El regreso de la primavera les hizo salir de la invernada, y ya habían llegado los ga-

los á Synnada y Eumeno reunido sus fuerzas en Sardes. En Synnada celebraron los romanos una entrevista con Solovecio, jefe de los galos. Atalo les había acompañado, pero no juzgaron conveniente dejarle entrar en el campamento de los galos por temor de agriar la discusión. P. Licinio entró en negociaciones con el jefe de los galos y observó que los ruegos solamente sirvieron para irritarles; podría notarse que la intervención de los legados romanos que tanta influencia tuvo con reyes tan poderosos como Antioco y Ptolomeo, no ejerció ninguna sobre los galos.

En cuanto llegaron á Roma los reyes cautivos, Perseo y Gencio fueron encerrados con sus hijos en una prisión. Encarcelaron en seguida la multitud de prisioneros, así como también los macedonios y jefes de Grecia llamados á Roma; porque se había intimado orden de presentarse á los que se encontraban en Grecia, y aun se había escrito, con este objeto, hasta á los que, según decían, estaban en legación cerca de los reyes. Pocos días después se acercó Paulo Emilio á Roma remontando el Tiber en una nave del rey. Aquella nave, extraordinariamente grande, la movían diez y seis filas de remos y estaba adornada con los despojos de los macedonios, armas magníficas y preciosas telas arrebatadas del palacio de Perseo. Anicio y Octavio le siguieron de cerca con la flota. El Senado les concedió el triunfo á los tres, y el pretor Q. Canio quedó encargado de rogar á los tribunos, en nombre del Senado, que presentasen al pueblo una ley que mantuviese á aquellos generales en sus mandos el día en que entrasen triunfalmente. La envidia no ataca á las medianías, sino que se dirige á lo más alto. El triunfo de Anicio y el de Octavio no encontraron obstáculos, pero Paulo Emilio, á quien no hubiesen osado compararse sin rubor aquellos dos generales, fué blanco de la calumnia. Había restablecido

en su ejército la antigua disciplina, y había distribuído á sus soldados parte menor de la que esperaban de los despojos de Macedonia; porque si hubiese atendido á su avidez, no habría reservado nada para el tesoro público. El ejército de Macedonia debía mostrarse mal dispuesto para prestar su apoyo á Paulo Emilio en los comicios en que iban á proponer la ley (1); pero Ser. Sulpicio Galba, que había servido en Macedonia como tribuno de la segunda legión, y que era enemigo personal del general, había intrigado y movido á los soldados de su legión para que acudiesen todos á la asamblea, diciéndoles «que debían vengarse del orgullo y de la dureza de su general, haciendo rechazar la proposición relativa á su triunfo. El pueblo votaría con los soldados. El general no había podido darles dinero, añadía; ¿le concederían ellos honores? No debía esperar agradecimiento, puesto que no había sabido merecerlo.»

Irritados con esto los soldados, cuando el tribuno del pueblo Ti. Sempronio presentó en el Capitolio la proposición, como se concedía la palabra á los ciudadanos según la ley, y nadie se presentaba para apoyar una proposición cuya adopción no parecía dudosa, adelantóse de pronto Ser. Galba y pidió á los tribunos «que se dignasen aplazar para el día siguiente y dejar la deliberación para la mañana, atendiendo á que era ya la hora octava y no le quedaba tiempo bastante para exponer las razones que tenían los soldados para oponerse al triunfo de Paulo Emilio; necesitando, dijo, un día entero para desarrollarlas.» Intimándole el tribuno para que hablase en el acto, si algo tenía que decir, Galba ganó tiempo y prolongó la oración hasta la noche; acusando al general «de haber exigido con excesivo rigor el cum-

(1) Después de la derrota de Perseo, Paulo Emilio hizo aplastar bajo los pies de los elefantes á todos los italianos que encontró en el ejército macedónico.

plimiento de los deberes militares, de haber impuesto á los soldados más fatigas y peligros que exigían las circunstancias, y de haberse mostrado, sin embargo, avaro de recompensas y distinciones. Si á tales generales, dijo, se les trataba con favor, el servicio en tiempo de guerra se hacía muy penoso y duro, sin remunerar, después de la victoria, con ventajas y honores. La suerte de los macedonios era preferible á la de los soldados romanos; y si el ejército acudía en masa á la mañana siguiente para oponerse á la ley, los grandes comprenderían que no dependía todo del general; que los soldados tienen también algún poder.» Excitados por estas recriminaciones, los soldados se reunieron al día siguiente en el Capitolio, en número tan considerable que nadie pudo penetrar, excepto ellos, para emitir su voto. Las primeras tribus llamadas para votar rechazaron la ley y en seguida los varones más distinguidos de Roma se lanzaron en grupo al Capitolio, exclamando «que era una indignidad privar del triunfo á un general que había terminado felizmente una guerra tan importante. Esto era sacrificar los generales á la licencia y avidez de los soldados, cuyos favores se solicitaban ya con demasiada frecuencia por medio de complacencias culpables. ¿Qué ocurriría si los generales quedaban colocados bajo la dependencia de sus tropas?» Todos abrumaban á Galba con reconvenciones. En fin, cuando se calmó el tumulto, M. Servilio, que había sido cónsul y jefe de los caballeros, pidió á los tribunos que pusieran el asunto á deliberación y que le permitiesen arengar al pueblo. Los tribunos se retiraron para deliberar, y vencidos por la autoridad de los ciudadanos principales, declararon que iban á abrir de nuevo la discusión y á llamar á las mismas tribus, cuando M. Servilio y los demás ciudadanos que quisieran tomar la palabra, hubiesen arengado al pueblo.

Entonces dijo Servilio: «Ciudadanos, si no hubieseis tenido otra ocasión de apreciar los talentos militares de L. Emilio, bastaría para juzgar á tan eminente general la consideración de que teniendo en su campamento soldados tan levantiscos y prontos á la sedición, y un enemigo personal tan ilustre y emprendedor, cuya elocuencia es tan á propósito para sublevar á la multitud, no ha tenido en su ejército ninguna sublevación. La severidad, contra la que se alzan ahora, les ha contenido en el deber. Han estado sometidos al yugo de la antigua disciplina y hoy quieren sacudirlo. En cuanto á Ser. Galba, si trataba de ensayar sus fuerzas acusando á Paulo Emilio y darnos muestra de su elocuencia, debía, al menos, no haberse opuesto á su triunfo, cuya justicia había reconocido el Senado. Y al día siguiente de la solemnidad, cuando Paulo Emilio no hubiese sido ya más que un simple ciudadano, hubiese podido acusarle é interrogarle á nombre de las leyes, ó también podía esperar á ser él mismo magistrado y citar entonces á su enemigo ante el pueblo. De esta manera, Paulo Emilio habría conseguido con su triunfo el justo premio de la habilidad con que había dirigido la guerra sin librarse del castigo, si había empañado el brillo de sus glorias pasadas y presentes; pero Galba ha querido calumniar la gloria de aquel contra quien no podía formular ninguna acusación, ningún acto deshonesto. Ayer pedía un día entero para acusar á Paulo Emilio, y empleó cuatro horas, es decir, todo lo que quedaba del día, en dirigirle recriminaciones. ¿Qué acusado fué jamás tan culpable para que no bastasen tantas horas para la enumeración de sus crímenes? ¿Que ha censurado á Paulo Emilio que este general quisiese negar en el caso de que pensara defenderse? Supongamos por un momento dos asambleas, una de los soldados que han hecho la guerra de Macedonia, otra imparcial, íntegra, sin com-

placencias ni prevenciones, y el pueblo romano entero constituido en tribunal. Que el acusado comparezca primeramente ante la asamblea de ciudadanos. ¿Qué dirías tú, Ser. Galba, delante de los ciudadanos reunidos? No podrías entonces decir: Has vigilado los puestos con atención y severidad; has rondado con cuidado y rigor; has impuesto á los soldados más trabajos de los acostumbrados, y á la vez dabas la orden y el ejemplo; en el mismo día has hecho larga marcha y librado combate; ni después de la victoria les has concedido un momento de descanso, y en el acto les has llevado en persecución del enemigo; pudo enriquecerlos repartiéndoles el botín, pero consideró mejor guardar el dinero del rey para llevarlo en su triunfo y entregarlo en seguida en el tesoro público. Estas reconvenciones pueden irritar el ánimo del soldado, á quien parece no se ha satisfecho bastante su licencia ó su codicia, pero no producirían impresión alguna sobre el pueblo romano. Los romanos han podido olvidar los acontecimientos antiguos que conocieron de boca de sus padres, las derrotas sufridas por culpable debilidad de los generales y las victorias debidas á la severidad del mando; pero recuerdan seguramente lo ocurrido durante la segunda guerra púnica entre M. Minucio, jefe de los caballeros, y el dictador Q. Fabio Máximo. El acusador, dirían, podía saberlo, y la justificación de Paulo Emilio sería inútil. Pasemos ahora á la otra asamblea. No os llamaré ciudadanos, sino soldados, si es que este nombre puede inspiraros algún pudor y haceros temer faltar al respeto que debéis á vuestro general.

»Y á la verdad, al pensar que voy á dirigirme á mi ejército, experimento sentimientos muy diferentes de los que me animaban hace pocos momentos cuando hablaba al pueblo romano. ¿Qué tenéis que decir, soldados? ¿Hay alguien en Roma, fuera de Perseo, que no

quiera que se triunfe de los macedonios, y no le despedzáis con las mismas manos que le habéis vencido? Sin duda os habría impedido vencer si hubiese podido, puesto que no quiere que entréis triunfantes en Roma. Error es, soldados, creer que la gloria del triunfo es solamente para el general y que no pertenecé también al soldado y al pueblo entero. No, el triunfo no será para Paulo Emilio solo. Muchos generales á los que el Senado ha rehusado el triunfo lo han celebrado en el monte Albano. Tan imposible es arrebatár á Paulo Emilio la gloria de haber terminado la guerra de Macedonia, como á C. Léntulo y á P. Cornelio haber puesto fin, el uno á la primera y el otro á la segunda guerra púnica, y quitar, á los que han triunfado ya, el mérito de sus hazañas. El triunfo no puede quitar ni añadir nada á la gloria militar de Paulo Emilio, y más bien se trata del honor de los soldados y de todo el pueblo romano. Guardaos de manifestar que no sentís hacia los ciudadanos más distinguidos otra cosa que odio é ingratitud, y de imitar en esto al pueblo de Atenas, que perseguía por envidia á los personajes principales de la república. Bastante hay con la injusticia que cometieron vuestros antepasados con Camilo, injusticia que cayó sobre él antes que reconquistase Roma del poder de los galos; y bastante hay con la que vosotros habéis cometido con P. Escipión el Africano. ¡El vencedor de Africa tuvo que retirarse á Literno, y allí se muestra su tumba! ¡Qué vergüenza para nosotros, si al que rivaliza en gloria con aquellos hombres, Paulo Emilio, le tratamos con igual ingratitud! Evitemos esa infamia, que si para otras naciones sería mancha, para nosotros tendría funestas consecuencias. Porque ¿quién querría parecerse al Africano ó á Paulo Emilio en una ciudad ingrata, que solamente tiene envidia para los hombres eminentes? Y aunque no tuviésemos que temer ningun-

na infamia, aunque no se tratase más que de la gloria, ¿qué triunfo hay cuyo honor no se extienda á todo el nombre romano? Tantos triunfos sobre los galos, los españoles, los cartagineses, ¿son títulos de gloria para los generales sólo y no para el pueblo romano? Como no se triunfaba solamente de Pirro, de Anníbal y de Filipo, sino de los epirotas y cartagineses, no fueron únicamente Manio Curio, P. Cornelio y T. Quinceio los que triunfaron, sino que también los romanos. Este honor es verdaderamente de los soldados, que coronados de laureles, adornado cada uno con las recompensas que ha merecido, entran en la ciudad lanzando triunfales exclamaciones y cantando sus alabanzas con las de su general. Si ocurre que no traen á los soldados de su provincia para asistir al triunfo, murmuran; y sin embargo, por ausentes que estén creen triunfar, porque sus manos consiguieron la victoria. Si se os preguntase, soldados, por qué os han traído á Italia, en vez de licenciarnos en seguida que terminó la guerra; por qué habéis acudido en masa á Roma sin abandonar vuestras enseñas; por qué permanecéis aquí en vez de marchar cada uno á su hogar, ¿no contestaríais que queríais figurar en el triunfo? Seguramente queréis haceros ver en la pompa de la victoria.

»Recientemente se ha triunfado de Filipo, padre de Perseo y de Antioco. Los dos ocupaban el trono en la época del triunfo. ¿Y no habrá de triunfarse de Perseo prisionero, traído á Roma con sus hijos? Suponed que Paulo Emilio, vuelto á la condición privada y confundido con la multitud de los ciudadanos, vea á L. Anicio y Cn. Octavio, brillantes de oro y púrpura, subir al Capitolio en su carro y que él les dice: L. Anicio, Cn. Octavio, ¿os creéis más dignos que yo del triunfo? Sin duda le cederían en el acto su carro, y por pudor le entregarían sus insignias. Y vosotros, ciudadanos, ¿preferís ver mar-

char á Gencio que á Perseo delante del carro triunfal? ¿recompensaréis con el triunfo una expedición secundaria, más bien que la guerra principal? ¿Las legiones de Iliria y los soldados navales entrarán en Roma coronados de laureles, y las legiones que han vencido en Macedonia, privadas del triunfo que merecen, presenciarán el de las otras? ¿Y qué será de ese rico botín, de esos ricos despojos, frutos de la victoria? Y las estatuas de oro, de mármol, de marfil; los vasos de plata y de oro, todas esas riquezas del rey, ¿se llevarán al tesoro público durante la noche como si fuesen productos de robo? Y ese espectáculo tan imponente, ese rey tan famoso, que es prisionero vuestro, ¿cuándo lo presentarán á la vista del pueblo vencedor? Casi ninguno de nosotros deja de recordar el innumerable concurso que atrajo Sifax prisionero, aunque no era más que enemigo secundario en la guerra púnica. ¿Y nos privarán de ver á Perseo cautivo, á sus hijos, Filipo y Alejandro, que llevan nombres tan famosos? Todos los ojos están ávidos por ver á Paulo Emilio, el mismo que ha sido cónsul dos veces, que sometió la Grecia, entrar en Roma en su carro triunfal. Le hemos elevado al consulado, para que terminase una guerra que duraba ya cuatro años, con vergüenza nuestra. Cuando la suerte le designó la Macedonia, cuando partió, nuestros presentimientos le anunciaron la victoria y el triunfo: ¿regresará vencedor y le prohibiremos triunfar? No se trata en esto de los hombres solamente; se trata también de los dioses: ¿nos atreveremos á privarles de un honor que les pertenece? Porque el triunfo se les debe tanto como á los hombres. ¿Acometieron alguna vez vuestros antepasados una empresa grande sin invocar á los dioses al comenzarla y adorarles al finalizar? El cónsul ó el pretor, en el momento de partir para la provincia á la guerra, sube al Capitolio con la clámide y los lictores á ofre-

cer sus votos. Después de terminar felizmente la guerra, al Capitolio también vuelve triunfante, llevando las ofrendas del pueblo romano á los dioses que había invocado. No son el ornamento más pequeño del triunfo esas vítimas que abren la marcha y demuestran que el general vencedor da gracias á los dioses por las victorias que han otorgado á la república. Repartíos esas vítimas que Paulo Emilio ha cuidado de reunir para su triunfo, y que cada uno de vosotros sacrifique una. ¿Interrumpiréis, por instigaciones de Ser. Galba, los preparativos para el banquete del Senado, que no puede celebrarse en ningún paraje profano, público ni particular, sino en el Capitolio, y que no tiene por objeto la satisfacción de los hombres solos, sino de los hombres y los dioses? ¿Quedarán cerradas las puertas de Roma para el triunfo de Paulo Emilio? ¿Dejaréis al otro lado del río al rey de los macedonios, con sus hijos, á la multitud de cautivos que le acompañan y los despojos de la Macedonia? ¿Irá Paulo Emilio desde las puertas de la ciudad á su casa como simple particular que regresa del campo? Pero vosotros, centuriones y soldados, no debéis vacilar entre un decreto del Senado en favor de vuestro general Paulo Emilio y las vanas palabras de Galba. Escuchadme y despreciad lo que os ha dicho. Ese hombre ha estudiado el arte de la palabra y solamente para emplearla como instrumento de maledicencia y perfidia. Yo, desafiado por el enemigo, he sostenido veintitrés combates singulares y he recogido los despojos de todos aquellos con quienes he peleado. Mi cuerpo está cubierto de gloriosas cicatrices, todas por delante.» Dícese que después de esta oración, se descubrió el pecho y refirió en qué guerras había recibido las heridas. Mientras hacía esto, sus ropas bajaron demasiado y dejaron descubierto un tumor que tenía en una ingle, lo que movió á risa á los que estaban próximos.

«Esto de que os reís, dijo, lo tengo á consecuencia de haber permanecido á caballo noche y día y no me avergüenza; no lo deploro más que mis cicatrices, puesto que jamás me ha impedido servir á la república, así en la paz como en la guerra. Viejo soldado, frecuentemente he mostrado á los jóvenes este cuerpo mutilado por el hierro: que Galba descubra el suyo y se le verá íntegro y sin heridas. Tribunus, si lo consideráis conveniente, llamad las tribus á votar: por mi parte, soldados, voy á mezclarme con vosotros; seguiré á cada uno cuando vaya á emitir su voto y señalaré los malvados é ingratos, que negándose á que les dirija su general, creen que debe ser esclavo de sus caprichos para conseguir su favor.» Estas severas palabras de tal manera cambiaron el ánimo de los soldados, que llamadas las tribus, votaron por unanimidad el triunfo. Vencedor por este medio de la malevolencia y envidia de sus enemigos, Paulo Emilio triunfó del rey Perseo y de los macedonios durante tres días, el cuatro, el tres y el dos de las kalendas de Diciembre. Por la grandeza del rey vencido, por la riqueza de los despojos y la cantidad de dinero cogido (1), este triunfo sobrepujó en aparato y esplendor á todos los que se habían visto hasta entonces. El pueblo, vestido con togas blancas, se colocó para ver el cortejo, en gradas levantadas en el Foro y otros puntos de la ciudad por donde había de pasar. Abriéronse todos los templos adornados con guirnaldas; hu-

(1) Paulo Emilio ni siquiera quiso ver aquellos inmensos tesoros que hizo entregar al cuestor para el del Estado. Solamente permitió á sus hijos, que eran amantes del estudio, conservar para ellos los libros de la biblioteca de Perseo. Al distribuir los premios al valor, no dió á su yerno Taberón más que una copa de plata, de cinco libras de peso, siendo este el primer objeto de este metal que entró en la familia de los Elios. De todos los tesoros de Perseo no entró en casa de Paulo Emilio más que gloria inmortal para su nombre y virtud.

meaba el incienso en todos los altares; los liectores y satélites, separando del centro de las calles la multitud que por todas partes se agrupaba, abrían ancho y libre paso. Como ya se ha dicho, habíase ordenado la pompa del espectáculo de manera que durase tres días: el primero apenas bastó para la traslación de las estatuas y cuadros procedentes del botín y que habían colocado en doscientos cincuenta carros. En el siguiente desfiló considerable número de carros cargados con armas macedónicas, las más hermosas y magníficas, cuyo acero ó bronce, recientemente pulido, lanzaba brillantes reflejos; habiéndolas colocado de tal manera, que antes parecían amontonadas que dispuestas con arte, dándoles extraordinario aspecto aquella confusión estudiada, que parecía efecto de la casualidad. Cascos mezclados con escudos, corazas con botines, escudos escotados, mazas con los escudos cuadrados de los tracios, carcaxes con frenos de caballos, espadas desenvainadas, presentando hacia adelante las amenazadoras puntas y por los costados los agudos hierros de las sarisas. Todas estas armas iban sujetas con correas bastante flojas, y cuando se entrechocaban en la marcha producían marcial y terrible ruido, que estremecía á los mismos vencedores. Venían en seguida tres mil hombres trayendo setecientos cincuenta vasos llenos de monedas. Cada vaso, sostenido por cuatro hombres, contenía tres talentos; llevaban otros cráteres de plata, copas de formas diferentes, dispuestas con simetría y notables por su tamaño, peso y admirables cinceladuras. En la mañana del tercer día abrieron la marcha las trompetas, que en vez de entonar los alegres sonidos de las fiestas solemnes, tocaron ataque como si se tratase de marchar al enemigo. En seguida desfilaban ciento veinte bueyes cebados, con los cuernos dorados y cubiertos de cintas y guirnaldas. Guiábanlos jóvenes ceñidos con bandas borda-

das maravillosamente y acompañados de niños que llevaban en las manos copas de oro y plata. Detrás de ellos venían soldados llevando el oro acuñado en setenta y siete vasos, de los que cada uno contenía tres talentos, como aquellos en que se trasladó la plata. Después traían una copa sagrada, cuyo peso era de diez talentos de oro, incrustada de piedras preciosas, construída por orden de Paulo Emilio; después las antigónidas, seléucidas, therídeas (1) y otras copas de oro que adornaban la mesa de Perseo, decoradas con sus armas y diademas. Seguía la multitud de cautivos, entre ellos Bitys, hijo del rey Cotys, á quien su padre había enviado en rehenes á Macedonia, habiéndole cogido los romanos con los hijos de Perseo; estos jóvenes venían acompañados por sus ayos, que tendían hacia la multitud manos suplicantes y enseñaban á sus discípulos á implorar humildemente la compasión del pueblo vencedor. Estos eran tres, dos varones y una niña, impresionando su aspecto tanto más á los espectadores, cuanto que su edad no les permitía apreciar bien la extensión de su desgracia. Por esta razón no pudieron contener las lágrimas la mayor parte de los que les vieron, sintiéndose todos dominados por profunda tristeza, no pudiendo regocijarse por completo mientras tuvieron aquellos niños á la vista. Detrás de sus hijos marchaba Perseo con su esposa, vestido de luto y calzado con el coturno griego; su aspecto era el de hombre aturdido á quien la magnitud de su desgracia hubiese quitado la sensibilidad. Seguíanle sus amigos y cortesanos en nú-

(1) De estas tres especies de vasos para beber, las dos primeras tomaron nombre de los reyes Antigono y Seleuco y la tercera de un alfarero llamado Therides, que los hacía en barro, imitándolos después en oro, plata y hasta en madera. El therideo tenía forma acampanada con dos asas pequeñas como el *cylix*.

mero considerable, llevando todos en el rostro la expresión de profundo dolor, y cuyos ojos, constantemente fijos en su señor, é inundado de lágrimas el semblante, demostraban que prescindían de sus propios sufrimientos para no pensar más que en los de aquél. Había querido Perseo librarse de aquella ignominia y había hecho rogar á su vencedor que le permitiese no presentarse en su triunfo. Paulo Emilio contestó burlándose de su cobardía: «Cosa es esa que siempre ha estado y sigue estando en su poder.» Que era lo mismo que decirle que evitase con valerosa muerte la humillación que temía. Pero el ánimo de Perseo fué demasiado débil para tomar enérgica resolución, y sostenido por inexplicable esperanza, prefirió figurar entre los ornamentos del triunfo. Detrás del rey llevaban cuarenta coronas de oro, que casi todas las ciudades de Grecia y Asia habían ofrecido á Paulo Emilio por medio de legados, para felicitarle por su victoria. Consideradas en sí mismas valían mucho sin duda aquellas coronas, pero solamente eran un accesorio en las inmensas riquezas que se habían presentado en aquel triunfo.

Dice Valerio Ancias que el oro y la plata que formaban parte del botín que se ostentó en el triunfo, ascendía á la cantidad de ciento veinte millones de sextercios. Pero á juzgar por el número de carros y la masa de oro y plata que él mismo enumera, la cantidad debió ser mucho mayor. Asegúrase que Perseo había reunido cantidad tan considerable para los preparativos de la guerra ó durante su fuga á Somotracia; pero lo más asombroso es que pudiese, en los treinta años que siguieron á la guerra de Filipo con los romanos, sacar tanto dinero de la explotación de las minas ó de las otras rentas del Estado. Por esta razón comenzó la guerra con los romanos disponiendo de inmensos recursos, mientras que su padre solamente pudo contar con cor-

tas cantidades. Al fin se presentó el mismo Paulo Emilio montado en su carro. Sus blancos cabellos realzaban su aspecto naturalmente digno. Detrás de su carro, entre otros varones ilustres, venían sus dos hijos Q. Máximo y P. Escipión; después las turmas de caballería y las cohortes de infantería, ordenadamente dispuestas. Dióse cien dineros á cada infante, el doble á cada centurión y el triple á cada caballero. Créese que el general habría triplicado la cantidad con que gratificó á cada infante, si no se hubiesen opuesto á su triunfo ó si hubiesen mostrado su agradecimiento con aclamaciones. Llevado Perseo, cargado de cadenas, delante del carro del vencedor, no fué el único ejemplo de las vicisitudes humanas. El mismo Paulo Emilio, rodeado del esplendor del oro y la púrpura, no quedó al abrigo de la adversidad. Había dado dos hijos suyos en adopción; de los otros dos que había guardado consigo como herederos de su nombre, de sus dioses y caudal, el menor, de edad de doce años, murió cinco días antes del triunfo, y el mayor, de edad de catorce años, tres días después. Los dos debían presentarse en el espectáculo, sentados á los lados de su padre y vestidos con la pre-texta, como para preludiar aquellos honores. Pocos días después, el tribuno M. Antonio, habiendo convocado una asamblea del pueblo, Paulo Emilio, á ejemplo de los demás generales, dió cuenta de su conducta, pronunciando memorable oración, digna de un gran ciudadano romano.

«Creo que no ignoráis, ¡oh romanos!, con cuánta prosperidad administré los negocios de la república durante mi consulado, y los dos rayos que han caído en estos últimos días sobre mi casa: sucesivamente habéis presenciado mi triunfo y los funerales de mis hijos. Permitted que compare, sin embargo, con los sentimientos que deben embargarme, mi fortuna particular y la

prosperidad pública. Cuando dejé la Italia, me embarqué en Brindis al salir el sol, hacia la hora novena abordé á Corcyra con toda la flota. Cinco días después estaba en Delfos, donde ofrecí un sacrificio á Apolo por vuestras tropas de tierra y mar y por vuestro general. Después de tomar allí el mando del ejército y corregido algunos abusos que podían ser graves obstáculos para la victoria, marché contra el enemigo; pero viendo que era imposible tomar su campamento y obligar al rey á combatir, me abrí paso á través de sus puestos para penetrar hasta Petra, obligando á Perseo á combatir, y le vencí en batalla campal. De esta manera puse la Macedonia en poder del pueblo romano, y esta guerra, que cuatro cónsules habían dirigido antes que yo, y que cada año tomaba carácter más grave, la terminé en quince días. Este primer triunfo dió lugar en cierto modo á todos los que le siguieron: sometieronse todas las ciudades de Macedonia; los tesoros del rey cayeron en nuestras manos: entregado Perseo por los mismos dioses, digámoslo así, quedó prisionero con sus hijos en el templo de Somotracia. Desde entonces me pareció demasiado grande mi fortuna y me inspiró desconfianza, comenzando á temer los peligros del mar para el transporte de tantas riquezas y el de un ejército victorioso. Cuando ví toda mi flota felizmente desembarcada en Italia, nada tuve ya que desear. Solamente formaba un voto, y era, que si la fortuna, según costumbre, nos hacía experimentar bruscamente algún revés, sus golpes cayeran sobre mi familia antes que sobre la república. Espero que las desgracias que me abruman hayan servido para preservar al Estado. Mi triunfo, colocado entre los funerales de mis dos hijos, habrá bastado á los crueles juegos de la fortuna. Tanto Perseo como yo somos elocuente ejemplo de la inconstancia de la suerte. Sin embargo, Perseo ha visto en su cautividad á sus

hijos cautivos marchar delante de él: al menos goza de su presencia. Y yo, que he triunfado de él, he dejado los funerales del uno para subir al Capitolio, y desde el Capitolio he ido á ver morir al otro. De tan numerosa posteridad no quedani un sólo heredero del nombre de Paulo Emilio. Confiando demasiado en el número de mis hijos, he hecho pasar dos por adopción á las familias Cornelia y Fabia. Paulo Emilio queda reducido al aislamiento en su casa; pero el bien público y la felicidad del Estado me consuelan de mis desgracias particulares.»

Todo esto lo dijo con tanta grandeza de ánimo, que impresionó más al pueblo que si hubiese deplorado su infortunio con las palabras más tiernas. En las kalendas de Diciembre, Cn. Octavio recibió los honores del triunfo naval; en este triunfo no se vieron cautivos ni despojos. A cada soldado de su flota dió setenta y cinco dineros, doble á los pilotos y cuádruple á los jefes de las naves. Convocóse en seguida al Senado, decidiendo que Q. Cassio llevaría al rey Perseo, con su hijo Alejandro, á la ciudad de Alba (1) para que les guardasen

(1) De los tres hijos de Perseo, dos, su hija y Filippo, que era el mayor, murieron poco después del triunfo. El tercero, Alejandro, se ganó al principio la vida en el oficio de tornero. Habiendo aprendido después la lengua latina y adquirido habilidad en la caligrafía, se le nombró escribiente de los magistrados de la ciudad de Alba.

El rey de Macedonia fué cargado de cadenas y arrojado á un calabozo subterráneo, en medio de inmundicias y de los insectos más repugnantes. Allí permaneció siete días con los criminales destinados al último suplicio, privado de todo socorro y hasta de las cosas más necesarias para la vida, y hubiese muerto de hambre si sus compañeros de prisión, al considerar aquel inmenso cambio de fortuna, no hubiesen compartido con él su alimento.

También se compadeció de él Paulo Emilio; habló al Senado en su favor y consiguió atenuación de su suplicio. Lleváronle á

allí, con las personas de su séquito, con el dinero, los tesoros y los bagajes. Bithys, hijo del rey de Tracia, fué enviado con los demás rehenes á la ciudad de Carseolos. A los demás cautivos que figuraron en el cortejo triunfal los encerraron en prisiones. Pocos días después llegaron legados de Cotys, rey de Tracia, trayendo dinero para rescatar al príncipe y demás rehenes. Presentados en el Senado, dieron por excusa que si Cotys había ayudado á Perseo en la guerra, había sido contra su voluntad y por la necesidad en que se encontraba de entregar rehenes; rogando al Senado se dignase fijar el precio del rescate. Contestáronles que el pueblo romano recordaba la amistad que le unía á Cotys, á sus antepasados y á la nación de los tracios. «Los rehenes que había entregado, añadieron, era su crimen, lejos de servir para justificarle. Ni durante la paz era temible Perseo para los tracios, y menos aún cuando tenía que luchar con los romanos. Por lo demás, aunque Cotys hubiese preferido el favor de Perseo á la amistad del pueblo romano, el Senado atendía antes á su dignidad que á su justo enojo, devolviendo al rey su hijo y los rehenes. Los beneficios del pueblo romano eran gratuitos; prefiriendo dejar sus servicios en el recuerdo de los que los recibían á hacérselos pagar.» Nombráronse tres legados para llevar los rehenes á Tracia, y éstos fueron C. Quinccio Flaminio, C. Licinio Nerva y M. Caninio Rebiolo. A cada tracio se le regalaron dos mil ases; llamóse á Bithys de Carseolos con los otros rehenes, y regresó,

una prisión menos horrible, y allí le hicieron morir de un modo menos espantoso quizá, pero con inaudito refinamiento de crueldad. Los soldados que le guardaban tenían orden de no ejercer sobre él ninguna violencia, pero si impedirle dormir y tenerle constantemente despierto, sin duda para que no pudiese eximirse ni por un momento al sentimiento de su desgracia. El suplicio duró hasta que murió de insomnio y fatiga.

con los legados, al lado de su padre. Las naves del rey cogidas en las costas de Macedonia, y que eran extraordinariamente grandes (1), quedaron depositadas en el campo de Marte.

Todavía estaba presente el triunfo de Paulo Emilio, no solamente al recuerdo, sino casi á la vista de los romanos, cuando triunfó Anicio en las fiestas Quirinales de Gencio y de los ilirios. En esta ceremonia todo fué semejante á la primera, pero sin igualarla. El general no era tan ilustre, ora se comparase por la nobleza Anicio á Paulo Emilio, ó por la autoridad un pretor á un cónsul. Tampoco podía establecerse comparación entre Gencio y Perseo, entre los ilirios y los macedonios, entre los despojos de los dos Estados, las cantidades de dinero obtenidas y las gratificaciones que se hicieron á cada ejército. Pero aunque el primer triunfo eclipsaba al segundo, considerando en sí mismo al general, veíase que no carecía de mérito. En pocos días había dominado á los ilirios, nación temible por tierra y mar, y que tenía su seguridad en sus plazas fuertes, y había hecho prisionero al rey con toda su familia. En su triunfo llevaron considerable cantidad de enseñas, así como otros despojos y los muebles del palacio del rey, veintisiete libras de oro y diez y siete de plata, tres mil dineros y ciento veinte mil monedas de plata de Iliria. Llevóse el rey Gencio delante del carro del vencedor con su esposa y sus hijos, su hermano Caravancio y algunos nobles ilirios. Anicio dió del botín cuarenta y cinco dineros á cada soldado, doble á cada centurión y triple á cada caballero. Los aliados del nombre latino recibieron igual gratificación que los ciudadanos, y las tropas de la flota de los aliados la misma que los soldados. El

(1) Esto era para los romanos, porque Hierón tenía una galera de veinte filas de remos, Ptolomeo Filadelfio dos de treinta, y Ptolomeo Filopátor una de cuarenta.

ejército siguió este triunfo con profundo regocijo, celebrando con cánticos las hazañas del general. Valerio Anicias asegura que se obtuvieron del botín veinte millones de sextercios, además del oro y la plata que se entregaron al Tesoro. Como parece poco probable que pudiese reunirse tal cantidad, me limito á citar el historiador sin asegurar el hecho. Un senatus-consulta relegó á Spoleto al rey Gencio con su esposa, sus hijos y su hermano; los demás cautivos quedaron encarcelados en Roma. Pero habiéndose negado los habitantes de Spoleto á encargarse de la custodia de la familia real, la trasladaron á Iguvium. El resto del botín de Iliria lo componían doscientas barcas, tomadas al rey Gencio; encargándose á Q. Cassio, por decreto del Senado, que las distribuyese á los habitantes de Coreyra, Apolonia y Dirraquio.

Aquel año se limitaron los cónsules á talar el territorio de los ligurios; y como el enemigo evitó constantemente su presencia, regresaron á Roma sin haberse distinguido por ninguna hazaña. Tenía por objeto su regreso la elección de magistrados. En los primeros días de los comicios proclamaron cónsules á M. Claudio Marcelo y C. Sulpicio Galo; nombrando pretores al día siguiente á L. Julio, L. Apuleyo Saturnino, A. Licinio Nerva, P. Rutilio Calvo, P. Quintilio Varo y M. Fonteyo. Asignése á estos pretores las dos jurisdicciones de la ciudad, las dos Españas, la Sicilia y la Cerdeña. En este año hubo que intercalar un mes, que comenzó al día siguiente de las terminales. En este año también murió el augur C. Claudio, dándole sus colegas por sucesor á T. Quincio Flaminio. También murió el flamín quirinal Q. Fabio Pictor. El rey Prusias vino á Roma con su hijo Nicomedes, entrando en la ciudad con numeroso cortejo, marchando directamente al Foro, al tribunal de Q. Cassio; allí, en presencia de la multitud que había

acudido de todas partes, declaró que había venido á presentar sus homenajes á los dioses de Roma, al Senado y al pueblo romano, y á felicitarles por sus victorias sobre los reyes Perseo y Gencio y por el aumento que daba á su imperio el dominio de la Macedonia y la Iliria. Habiéndole contestado el pretor que aquel mismo día le presentaría al Senado, si Prusias lo deseaba, pidió éste dos días de plazo para visitar los templos de los dioses, la ciudad, á sus huéspedes y amigos. Diéronle por guía al cuestor L. Cornelio Escipión, á quien antes enviaron á su encuentro á Capua, y se alquilaron moradas para el rey y su comitiva. Tres días después recibió audiencia, felicitó al Senado por su victoria, recordó los servicios que le había prestado en la guerra, y pidió permiso «para cumplir un voto inmolando diez víctimas mayores en el Capitolio de Roma, y en Prenesto una en el templo de la Fortuna. Este voto lo había hecho, según decía, por la victoria del pueblo romano. Solicitó además la renovación de la alianza ajustada con él y la cesión del territorio confiscado á Antioco, no habiendo dispuesto todavía de él los romanos y habiendo caído en poder de los galos.» Al fin recomendó á su hijo Nicomedes al Senado. Todos los generales que habían mandado en Macedonia apoyaron sus peticiones, por lo que accedieron á todas menos á la cesión del territorio; respondiéndole en cuanto á esto: «que enviarían legados para que examinasen el asunto; que si el territorio pertenecía al pueblo romano, y no se había dispuesto de él en favor de nadie, se lo cederían á Prusias, que también había merecido aquel regalo; pero que si no había pertenecido al rey Antioco, no era probable que hubiese caído en poder del pueblo romano, ó que si se había dado á los galos, Prusias debía excusar á los romanos si no le hacían concesiones con perjuicio de tercero; porque jamás podría inspirar agradecimien-

to un beneficio cuando se sabía que el bienhechor podría despojar de él á su antojo; que el Senado tomaba con gusto á Nicomedes bajo su protección; que Ptolomeo, rey de Egipto, era prueba del interés que el pueblo romano tenía por los hijos de los reyes amigos.» Tal fué la contestación que se dió á Prusias. Regáronsele... sextercios y vajilla de plata de cincuenta libras de peso. Su hijo Nicomedes recibió una cantidad igual á la que se dió á Masgaba, hijo del rey Masinissa. Las víctimas y demás objetos necesarios para los sacrificios que habían de hacerse en Roma y Prenesto las dió la república al rey, como las suministraba á los magistrados romanos. Destináronse veinte naves largas de la flota, que se encontraba en Brindis, para trasladar al rey hasta la flota que le habían regalado. L. Cornelio Escipión tenía orden de no abandonarle y de atender á los gastos personales de Prusias y su comitiva hasta que estuviesen embarcados. Dícese que el rey quedó maravillado de las consideraciones que con él tuvo el pueblo romano, y aunque rehusó personalmente todo regalo, ordenó á su hijo que aceptase los que le estaban destinados. Esto dicen de Prusias los escritores romanos. Polibio refiere que este príncipe, deshonorando la majestad real, salía siempre al encuentro de los legados, con el gorro de liberto y la cabeza rasurada, diciendo que era liberto del pueblo romano y que, como tal, llevaba las insignias de su condición. Añade que en Roma también, cuando se presentó ante el Senado, se arrodilló, besó el suelo de la curia, llamó á los senadores sus dioses tutelares, y pronunció una oración menos adolorada aún para su auditorio que deshonorosa para él mismo. Después de permanecer treinta días ó más en la ciudad, regresó á su reino.

APÉNDICE.

Hasta aquí alcanza lo que el tiempo ha conservado de la historia de Tito Livio. Más adelante del libro XLV solamente quedan algunos fragmentos, de los que uno solo es algo importante, y el Epítome. Con el auxilio de estos débiles é inseguros restos, la crítica ha reconstruído de la siguiente manera el admirable monumento del historiador romano.

LIBRO XLVI.

El rey Eumeno viene á Roma. Su neutralidad durante la guerra de Macedonia había sido sospechosa; prohibirle la entrada en Roma era declararle enemigo; permitírsela era disculparle; para evitar lo uno y lo otro se dictó una ley general que prohibía á todos los reyes entrar en la ciudad. Los cónsules Claudio Marcello y C. Sulpicio Galo someten, el uno á los galos alpinos y el otro á los ligurios. Legados del rey Prusias vinieron á quejarse de Eumeno, que talaba sus fronteras y le acusan de haber conspirado con Antioco contra el pueblo romano. Ajústase tratado de alianza con los rodios, que lo solicitaron. Los censores cierran el lustro, arrojando el censo trescientos veintisiete mil veintidós ciudadanos. Elígese príncipe del Senado á M. Emilio Lépido. Arrojado del trono de Egipto Ptolomeo por su hermano menor, le restablecen los legados romanos. A la muerte de Ariaratho, rey de Capadocia, le sucede en el trono su hijo Ariaratho, y envía legados para renovar la alianza con el pueblo romano. Guerras con los li-

guriós, los corsos y los lusitanios, en las que alternan victorias y reveses; turbulencias en Siria á la muerte de Antioco, que dejaba un hijo del mismo nombre y de corta edad. Demetrio, hijo de Selenio, que había sido enviado en rehenes á Roma, y que los romanos querían conservar, hace matar secretamente al niño Antioco y á su tutor Lycias, y se sienta en el trono. Muerte de L. Emilio Paulo, vencedor de Perseo. Tal fué el desinterés del que recogió en España y Macedonia riquezas inmensas, que la venta de sus bienes no bastó para pagar el dote de su esposa. El cónsul Cornelio Cethego, á quien tocó la provincia, deseca las lagunas Pontinas y las convierte en tierras de labor.

LIBRO XLVII.

Condénase á multa al tribuno del pueblo Cn. Tremelio por haberse mostrado insolente en una discusión con el pontífice máximo M. Emilio Lépidó, siendo el derecho de la religión más fuerte que el de la magistratura. Clausura del lustro, arrojando el censo trescientos treinta y ocho mil trescientos catorce ciudadanos. Nómbrase príncipe del Senado á Emilio Lépidó. Los Ptolomeos ponen fin á sus controversias por medio de un tratado que asegura al uno el Egipto y al otro el reino de Cirene. El Senado restablece en el trono á Ariaratho, expulsado de su reino por las intrigas y las armas de Demetrio, rey de Siria. Envíanse legados para decidir una cuestión de territorio entre Masinissa y los cartagineses. El cónsul C. Marcio, después de sufrir al principio algunos reveses, consigue al fin una victoria sobre los dálmatas. Este pueblo, que se había atraído la guerra por talar las tierras de los ilirios, quedó sometido por el cónsul Cornelio Nasica. El cónsul Q. Opimio subyuga á los ligurios transalpinos que saqueaban y talaban el territorio de Antibes y Niza, ciudades de los masilienses. Ocurren en seguida los acontecimientos de España con mal resultado, bajo diferentes jefes. El año 598 de la fundación de Roma entran por primera vez en cargo los cónsules, inmediatamente después de la disolución de los comicios y la creación de cónsules

para el año siguiente. La sublevación de los españoles produce este cambio en la manera de celebrar los comicios. Los legados enviados para resolver la cuestión entre Masinissa y los cartagineses, refieren que han visto en Cartago considerables acopios para construcciones navales. Condénase á muchos pretores acusados de exacción por las provincias.

LIBRO XLVIII.

Cierran el lustro los censores, quedando inscritos trescientos veinticuatro mil ciudadanos. A la noticia de que numeroso ejército de númidas, á las órdenes de Ariobarzano, nieto de Sifax, estaba reunido en las fronteras cartaginesas, pide M. Porcio Catón que se declare la guerra á los cartagineses, por haber llamado á Ariobarzano á su territorio, aparentemente contra Masinissa, pero en realidad contra los romanos. Opinando lo contrario P. Cornelio Nasica, envíanse legados para que examinen el estado de las cosas. Después de reconvenir severamente al Senado de Cartago por el ejército y el material marítimo que habían reunido en contra del tratado, los legados procuraron restablecer la paz entre los cartagineses y Masinissa, que consiente en ceder el terreno en litigio. El Senado había declarado que se sometía al arbitraje de los legados, cuando Giscón, hijo de Hamílcar, varón turbulento, de tal manera excitó con sus discursos la animosidad de sus conciudadanos contra los romanos, que los legados, solamente con la fuga, escaparon á la violencia. Esta noticia aumentó las disposiciones hostiles en que se encontraba ya el Senado con relación á los cartagineses. M. Porcio Catón no puede, en su pobreza, tributar á su hijo, muerto en la pretura, más que los honores más modestos. Envían á Roma á Andrisco, que se decía, con la mayor seguridad, hijo de Perseo, antiguo rey de Macedonia. M. Emilio Lépidio, que por sexta vez habían nombrado los censores príncipe del Senado, antes de morir manda á sus hijos que no usen lino ni púrpura para cubrir el lecho en que lleven su cuerpo á la pira; que no dediquen al resto de sus funerales más que cantidad

muy módica, porque no es el lujo, sino las imágenes de los antepasados lo que da brillo á los funerales de los grandes hombres. Investigación acerca de envenenamientos. Publicia y Licinia, damas de la nobleza, acusadas de haber dado muerte á sus esposos, varones consulares, son condenadas á muerte por juicio de familia, después de instruir el proceso y haber dado ellas caución al pretor. Gulussa, hijo de Masinissa, denuncia el levantamiento de tropas que se hace en Cartago, el armamento de una flota y los preparativos de guerra que no dejan ya dudas. Catón pide que se declare la guerra. P. Cornelio Nasica no quiere que se haga nada precipitadamente, y se decide enviar diez legados para asegurarse de la verdad. Los cónsules L. Licinio y A. Postumio Albino despliegan notable rigor en el alistamiento de tropas, y no conceden gracia á nadie. Los tribunos del pueblo, no pudiendo conseguir exención para sus amigos, ponen presos á los cónsules. La guerra de España, adversa en muchos puntos, de tal manera perturba los ánimos, que no se encuentra quien quiera marchar allí como tribuno militar ó legado. Adelántase entonces P. Cornelio Emiliano, y declara que se encuentra dispuesto á aceptar cualquier cargo militar que se le imponga. Su ejemplo reanima el ardor de todos por la guerra. Todos los pueblos de la Celtiberia parecían preparados para un ataque general, cuando el cónsul L. Lúculo, que había sucedido á M. Claudio Marcelo, somete á los vaccenses, los cántabros y otros pueblos desconocidos de España. En esta guerra fué cuando P. Cornelio Africano Escipión Emiliano, hijo de L. Paulo, y nieto, por adopción, del Africano, siendo entonces tribuno militar, mató por su mano á un bárbaro que le había provocado al combate; mayor peligro aún arrostra en el sitio de la ciudad de Interacia, siendo el primero que asaltó la muralla. El pretor Ser. Sulpicio Galba queda derrotado en un combate con los lusitanos. Regresan de Africa los legados con los embajadores cartagineses y Gulussa, hijo de Masinissa, dando cuenta de que han visto en Cartago un ejército y una flota. Delibérase acerca de esto en el Senado. Catón y otros senadores principales quieren que inmediatamente pase un ejército al Africa; pero oponiéndose P. Cornelio Nasica, que no encuentra todavía justificado motivo para la ruptura, se decide que no se recurrirá á las armas si

los cartagineses queman su flota y disuelven su ejército; de lo contrario, los nuevos cónsules informarán acerca de la guerra púnica. Los censores habían adjudicado un teatro y lo estaban construyendo, cuando un *senatus-consulto* que se dió á propuesta de P. Cornelio Nasica mandó destruirlo como inútil y contrario á las costumbres públicas: durante algún tiempo aún, el pueblo asistió de pie á los juegos. Masinissa, que tenía noventa y dos años de edad, y que no se alimentaba nada más que de pan seco, derrota á los cartagineses, que le habían declarado la guerra, violando el tratado, por cuyo motivo se atraieron la guerra romana.

LIBRO XLIX.

Tercera guerra púnica comenzada en el año 601 de la fundación de Roma y terminada á los cinco años. Trábase debate entre M. Catón y Escipión Nasica, considerado el primero como el ciudadano más sensato de Roma y considerado el otro, por juicio del Senado, como el más honrado. Catón quería la guerra, quería abatir y destruir á Cartago; Nasica opinaba de otro modo. Decídese, sin embargo, que se declare la guerra á los cartagineses por haber construído naves con violación del tratado, por haber pasado las fronteras con un ejército, por haber hecho guerra á Masinissa, amigo y aliado del pueblo romano, y por haberse negado á recibir en su ciudad á Gulussa, hijo de Masinissa, que acompañaba á los legados romanos. Antes de embarcar tropas, llegan á Roma legados de Utica presentando incondicional sumisión de sus personas y bienes. Esta legación, aceptada como presagio feliz, fué tan agradable á los romanos como amarga para los cartagineses. Conforme disponían los libros sibilinos, celebróse sobre el Terento, en honor de Plutón, los juegos que se dieron cien años antes, durante la primera guerra púnica, el año 501 de la fundación de Roma. Llegan á Roma treinta legados trayendo la sumisión de los cartagineses. Catón hace triunfar su opinión de que se mantenga el decreto y se ordene á los cónsules que entren en campaña lo más pronto posible. Pasan éstos al Africa y se

hacen entregar primeramente trescientos rehenes y todas las armas y aparatos de guerra que hay en Cartago; pero cuando, en conformidad con las órdenes del Senado, intiman á los cartagineses la traslación de su ciudad á otro punto que diste del mar diez millas por lo menos, lo terrible de la sentencia exaspera á los cartagineses y les decide á la guerra. Los cónsules L. Marcio y M. Manlio comienzan el sitio y ataque de Cartago. En este ataque, dos tribunos que se lanzaron temerariamente con sus cohortes sobre una parte de la muralla, negligentemente custodiada, se encontraban en grave peligro, cuando les saca de él Escipión el Africano. Ayudado por algunos caballeros salva también un fuerte romano, del que iban á apoderarse de noche, y también se le atribuye el honor principal de haber libertado el campamento romano, sitiado por los cartagineses, que habían hecho una salida general con todas sus fuerzas. Durante la ausencia de su colega, llamado por los cónsules á Roma, viendo inútiles sus esfuerzos, el cónsul levanta el sitio y lleva sus fuerzas contra Ascrúbal que se había situado con un cuerpo de tropas en un desfiladero escarpado. Escipión disuade primeramente al cónsul de trabar combate en terreno tan desfavorable; pero venciendo la opinión del mayor número, envidiosos de su destreza y valor, penetra con los demás en el desfiladero y se realizan sus predicciones; el ejército romano queda derrotado y fugitivo, viéndose sitiadas dos cohortes por el enemigo. Entonces penetra de nuevo en el desfiladero con algunas turmas de caballería, liberta las cohortes y protege su retirada. El mismo Catón admira su valor, á pesar de su predisposición á la censura, llegando á decir en el Senado que todos los que servían en Africa no eran más que sombras; que el único vigoroso era Escipión. De tal manera conquistó el favor del pueblo romano, que en los comicios casi todas las tribus escribieron su nombre para el consulado, aunque no tenía la edad necesaria para esta magistratura. Habiendo propuesto una ley L. Scribonio, tribuno del pueblo, para devolver la libertad á los lusitanos que se habían entregado á la buena fe del pueblo romano y que Ser. Galba había mandado vender en España, se ve ardientemente apoyado por Catón, cuyo discurso se conserva en sus anales. Q. Fulvio Nobilior, que muchas veces había sido

objeto de los ataques de Catón en el Senado, responde por Galba; y el mismo Galba, viéndose á punto de que le condenasen, abraza á sus dos hijos, vestidos con la pretexta, y al hijo de Sulpicio Galba su pupilo, y se defiende con términos tan patéticos, que se rechaza la ley. Existen tres oraciones de Galba, dos relativas á los lusitanos contra el tribuno del pueblo Libon y su proyecto de ley; otra contra L. Cornelio Cethego, en la que declara haber mandado degollar á los lusitanos que tenían su campamento cerca del suyo, porque había adquirido el convencimiento de que, después de haber inmolado un caballo con su jinete, según su costumbre, querían, mostrando intenciones pacíficas, asaltar su ejército. Un tal Andrisco, hombre de baja ralea, que se decía hijo del rey Perseo, y había cambiado su nombre por el de Filippo, se escapó secretamente de Roma, donde Demetrio, rey de Siria, le había enviado á causa de su impostura. Encontrando aquella fábula tanto crédito como la verdad, acudió en torno suyo baste gente para formar un ejército, y muy pronto las armas ó el beneplácito de la nación le hicieron dueño de toda la Macedonia. La historia que inventó es la siguiente: Nacido de Perseo, una de sus concubinas lo entregó para su educación á un cretense, para que en los azares de la guerra que sostenía entonces el rey con los romanos sobreviviese algún retoño del tronco real. Después de la muerte de Perseo, lo enviaron á Adramyta hasta la edad de doce años, ignorando su nacimiento y creyéndose hijo del que lo educaba. Habiendo caído éste enfermo y viendo acercarse su último momento, le reveló su origen y confió á la que pasaba por madre suya un escrito autorizado con el sello de Perseo, que debería entregarle cuando llegase á la pubertad, rogándola por lo más sagrado que todo lo mantuviese secreto hasta que llegase el momento. Cuando llegó á la pubertad, le entregaron aquel escrito, en el que se decía que su padre le dejaba dos tesoros; y entonces la mujer que conocía el secreto de la sustitución, le descubrió su verdadero origen, que ignoraba, y le rogó, si quería evitar la muerte, que abandonase aquellos parajes antes de que se enterase Eumeno, enemigo de Perseo. Aterrado, marchó á Siria, donde esperaba que Demetrio le auxiliaría, y allí fué donde, por primera vez, se atrevió á revelar su condición.

«Hay tres opiniones acerca del año en que se celebraron los cuartos juegos seculares. Valerio Ancias, Varrón y Tito Livio dicen que se celebraron bajo el consulado de L. Marcio Censorino y de Manio Manilio, 605 años después de la fundación de Roma.»

(CENSORINO, *De Die Natali.*)

LIBRO L.

La Tesalia, que Pseudo Filipo quería invadir y ocupar á mano armada, la protegen los aqueos, á quienes los legados romanos habían llamado á la defensa de aquel país. Prusias, rey de Bithinia, que se encontraba dominado por los vicios más degradantes, es asesinado por su hijo Nicomedes, secundándole Atalo, rey de Pérgamo. Tenía otro hijo, que se decía haber nacido con la mandíbula superior formada de un solo hueso. De los tres legados que Roma envió para reconciliar á Nicomedes con Prusias, uno tenía la cabeza llena de cicatrices, otro las piernas inútiles, y el tercero pasaba por idiota, por lo que dijo Catón que aquella embajada no tenía cabeza ni pies, ni corazón. Tenía entonces la Siria un rey de igual origen que el de Macedonia y que igualaba á Prusias en malicia y cobardía. Permaneciendo constantemente en los parajes de desorden, dejaba reinar á Ammonio, que hizo perecer á todos los amigos del rey, á la reina Laodica y á Antígono, hijo de Demetrio. Masinissa, rey de Numidia, aquel varón extraordinario, muere á la edad de noventa y dos años. Tal vigor conservaba en la vejez, que entre otros actos propios de edad menos avanzada que realizó en sus últimos días, puede citarse el nacimiento de un hijo, que tuvo á los ochenta y seis años. Tenía tres hijos: Micipsa, el mayor, Gulussa y Mastanabal, que conocía hasta la literatura griega. Dejóles el reino en común, mandándoles que adoptasen como árbitro de la distribución á Escipión Emiliano, que dividió entre ellos el mando. Fameas Hamilcon, jefe de la caballería cartaginesa, hombre valiente y el principal recurso de los cartagineses, se pasó á los romanos con sus tropas, por instigaciones de Esci-

pión. Una tempestad sumergió en el mar á Claudio Marcelo, uno de los tres legados enviados á Masinissa. Los cartagineses matan en medio del Senado á su pretor Asdrúbal, nieto de Masinissa, suponiéndole traidor á causa de su parentesco con Gulussa, auxiliar de los romanos. Escipión Emiliano, que solicitaba la edilidad, es elegido por el pueblo para el consulado. Como no tenía la edad necesaria, se le exime de las leyes, y después de alguna oposición por parte del Senado, se le nombra cónsul por el unánime voto de los plebeyos. M. Manilio toma por asalto muchas ciudades situadas en los alrededores de Cartago. En Macedonia, Pseudo Filipo derrota al pretor P. Juvencio, pero Q. Cecilio le derrota á su vez y le coge prisionero, volviendo la Macedonia al poder de los romanos.

LIBRO LI.

Cartago, cuyo recinto era de veintitrés mil pasos, es tomada en detalle después de largo y penoso sitio, primeramente por el legado Manicio, después por el cónsul Escipión, á quien se había dado la provincia de Africa, directamente y sin sorteo. Los cartagineses habían conseguido construir otro puerto (estando guardadas por Escipión todas las salidas del antiguo), y á reunir secretamente en muy poco tiempo inmensa flota; pero no fueron más afortunados por mar que por tierra. Escipión destruye, con el ejército que encerraba, el campamento de Asdrúbal, colocado en posición casi inaccesible cerca de la ciudad de Neferino, apoderándose al fin de la ciudad el año 700 de su fundación. La mayor parte del botín lo restituyó á los sicilianos, de quienes procedía. En el último momento de la existencia de Cartago, vino Asdrúbal á presentarse á Escipión, pero su esposa, que pocos días antes no había podido conseguir de su marido se entregase como tráfuga al vencedor, se arrojó desde lo alto de una torre con sus dos hijos, en medio de las llamas que devoraban la ciudad. A ejemplo de su hermano natural Paulo Emilio, el vencedor de Macedonia, Escipión dió juegos públicos y arrojó á las fieras los tráfugas y fugitivos. Origen de la guerra aquea;

violencias que los aqueos ejercen sobre los legados del pueblo romano, enviados á Corinto para separar de la liga aquea las ciudades que habían estado bajo la dominación de Filipo.

LIBRO LII.

Combate cerca de las Termópilas entre Q. Cecilio Metelo y los aqueos, á quienes auxiliaban los beocios y salcidios. Quedan vencidos los aqueos y se envenena su jefe Critolaus. Diceo, instigador de la guerra, nombrado general en reemplazo de Critolaus, queda derrotado cerca del istmo por el cónsul L. Mummio, que recibe toda la Acaya á discreción, y destruye á Corinto, en virtud de un senatus-consulto, que le castigaba de esta manera por el ultraje inferido á los legados romanos. Tebas y Calcis, que habían socorrido á los aqueos, sufren la misma suerte. L. Mummio dió en aquella ocasión notable ejemplo de desinterés: de cuantas riquezas y ornamentos encerraba Corinto, nada llevó á su casa. Q. Cecilio Metelo triunfa de Andrisco, P. Cornelio Africano Emiliano Escipión, de Cartago y de Asdrúbal. En España, Viriato, primeramente pastor, cazador después, de cazador bandolero y poco más adelante jefe de verdadero ejército, se apodera de toda la Lusitania. Queda prisionero el pretor M. Vetilio y derrotado su ejército: no es más afortunado que él su sucesor en la pretura M. Plaucio; y muy pronto llega á tal punto el terror que infunde aquel enemigo, que es necesario emplear contra él un ejército y jefe consulares. Turbulencias en la Siria y guerra entre los reyes. Alejandro, hombre desconocido y de baja estofa, reinaba en Siria, después de haber dado muerte á Demetrio, como ya se dijo. El hijo de Demetrio, á quien su padre envió en otro tiempo á Cnidos, para ponerle á cubierto de los azares de la guerra, ayudado por Ptolomeo, rey de Egipto, con cuya hija Cleopatra se había casado, despreciando la molicie y cobardía de Alejandro, le atacó y le mató. Ptolomeo, herido gravemente en la cabeza, muere mientras los médicos le hacían la operación del trépano; sucediéndole su hermano menor, que reinaba en

Cyrenas. Las crueldades y torturas que Demetrio ejercía sobre los suyos, sublevan á Diodato, súbdito suyo, que reivindicó el trono para el hijo de Alejandro, que apenas tenía dos años. Vencido Demetrio en un combate, huye á Seleucia. L. Mummio triunfa de los aqueos y hace llevar en su triunfo cuadros pintados y estatuas de bronce y de mármol.

LIBRO LIII.

El cónsul Ap. Claudio subyuga á los salassos, pueblos de los Alpes. El cuestor L. Tremelio destrona en Macedonia á otro Pseudo-Filipo con su ejército. El procónsul Q. Cecilio Metelo deshace á los celtíberos. El procónsul Q. Fabio toma por asalto muchas ciudades y somete á gran parte de la Lusitania. El senador C. Julio escribe en griego la historia romana.

LIBRO LIV.

En España el cónsul Q. Pompeyo somete á los termestinos, ajustando con éstos y los numantinos una paz vergonzosa. Los censores cierran el lustro, arrojando el censo trescientos veintiocho mil cuatrocientos cuarenta y dos ciudadanos. Legados de Macedonia vienen á quejarse del pretor D. Junio Silano, porque después de haber recibido dinero, había realizado toda clase de despojos en la provincia. El Senado quería abrir proceso acerca de aquellas quejas; pero T. Manlio Torcuato, padre de Silano, pidió y obtuvo se le encargase la información, condenó á su hijo y lo desheredó. Poniendo éste fin á sus días, ahorcándose, el padre ni siquiera asistió á los funerales, sino que permaneció en su casa como de ordinario, dando audiencia á los que venían á consultarle. El procónsul Q. Fabio deshonoró sus hazañas en España, tratando de igual á igual con Viriato. Traidores pagados por Servilio Cepión asesinan á aquel capitán, deplorando profundamente el ejército aquella

muerte y haciéndole magníficos funerales. Fué grande hombre y gran general, casi siempre vencedor durante los catorce años que sostuvo la guerra con los romanos.

LIBRO LV.

Los cónsules P. Cornelio Nasica, aquel á quien el tribuno del pueblo Curiacio había denominado por burla Serapión, y D. Junio Bruto, proceden al levantamiento de tropas y dan en presencia de los alistados saludable ejemplo: C. Macieno, acusado ante el tribunal del pueblo de haber desertado del ejército de España y condenado, fué por largo rato azotado bajo la horca y en seguida vendido á vil precio. No pudiendo conseguir los tribunos del pueblo la exención del servicio que solicitaban para diez soldados, hacen llevar á los cónsules á las prisiones. En España, el cónsul Junio Bruto da á los que habían servido bajo Viriato tierras y una ciudad llamada Valencia. El Senado anula el tratado ajustado con los numantinos, quienes derrotan y ponen en fuga á M. Popilio. Mientras celebraba un sacrificio el cónsul C. Hostilio Mancino, los pollos se escapan de la jaula. Además, en el momento en que se embarcaba para España, oyóse una voz que decía: «¡Detente, Mancino!»; presagios siniestros. Como después se vió vencido por los numantinos, arrojado de su campamento, sin esperanza de salvar su ejército, ajustó con ellos paz ignominiosa, que el Senado no quiso ratificar. Treinta mil romanos habían sido vencidos por cuatro mil numantinos. D. Junio Bruto toma por asalto treinta ciudades y somete toda la Lusitania hasta Poniente y el Océano. Sus soldados se negaban á cruzar el río Oblio, arranca una enseña de manos del signífero, cruza el río y de este modo consigue que le siga el ejército. El rey de Siria, hijo de Alejandro (Balas), de diez años de edad, es asesinado traidoramente por su tutor Diodoto, llamado Trifón. Este había corrompido á los médicos, que hicieron creer al pueblo que el joven príncipe padecía mal de piedra y le mataron operándole.

LIBRO LVI.

En la España ulterior D. Junio Bruto consigue una victoria sobre los galecos. Menos afortunado en un combate con los vacenses, el procónsul M. Emilio Lépi-do renueva el desastre numantino. Para desligar al pueblo romano de la fe debida al tratado concluído por Mancino, entregan su autor á los numantinos, que no quieren recibirlo. Los censores cierran el lustro, quedando inscritos trescientos veintitrés mil novecientos veintitrés ciudadanos. El cónsul Fulvio Flaco somete á los vardeenos, pueblo de Iliria. El pretor M. Cosconio deshace á los scordiscos, en la Tracia. Para poner término á la vergonzosa guerra de los numantinos, prolongada por la impericia de los generales, el Senado y el pueblo romano entregan espontáneamente el consulado á Escipión el Africano. Como no podía tomarlo sin infringir la ley que prohibía nombrar dos veces cónsul al mismo, se le exceptuó de las leyes, como en su primer consulado. La guerra de los esclavos, que había comenzado en Sicilia, no habiendo podido ahogarla los pretores, quedó á cargo del cónsul C. Fulvio. El promotor de esta guerra fué un esclavo llamado Euno, sirio de nacimiento, que comenzó reuniendo algunos esclavos del campo, abrió los ergástulos y llegó á formar un ejército. Otro esclavo, llamado Cleón, reunió hasta setenta mil hombres y uniéndose todas las fuerzas, comenzaron larga guerra contra el pueblo romano y sus ejércitos.

«Dícese que Q. Pompeyo pretextó una enfermedad, temiendo que su presencia, en el momento en que fuese entregado Mancino, irritase á los numantinos.»

(PRISCIANO.)

LIBRO LVII.

Escipión el Africano pone sitio á Numancia y restablece la disciplina militar más severa en el ejército, corrompido por la licencia y la ociosidad. Prohíbe todo

objeto de lujo y de placer y expulsa del campamento dos mil prostitutas: diariamente ocupa á los soldados en trabajos y les obliga á llevar siete estacas y víveres para treinta días. Un soldado llevaba la carga de mala gana: «Cuando sepas hacerte una barrera con tu espada, le dijo, cesarás de llevar materiales de fortificación.» Si uno manejaba fácilmente un escudo pequeño, le hacía llevar otro más grande; sin embargo, no le reconvenía por servirse mejor del escudo que de la espada. Al sorprendido fuera de las filas se le azotaba con sarmientos si era romano, con palo si era extranjero. Rechaza frecuentemente con éxito las salidas del enemigo. Los vacenses, sitiados por todas partes, se matan sobre los cadáveres de sus esposas é hijos. Antioco, rey de Siria, envía á Escipión magníficos regalos. En contra de la costumbre de otros generales, que recibían en secreto los regalos de los reyes, Escipión declara que los aceptará en su tribunal, y manda al cuestor que los anote en los registros públicos; de allí tomará para recompensar á los más valientes. Había conseguido encerrar á Numancia por tres lados y veía á los sitiados presa del hambre: entonces prohibió matar á los que saliesen á forrajear. «Cuanto mayor sea su número, dijo, más pronto consumirán los víveres que les queden.»

LIBRO LVIII.

Á pesar de la oposición del Senado y de los caballeros, Ti. Sempronio Graco, tribuno del pueblo, propone una ley agraria que prohíbe poseer más de quinientas yugadas de terrenos públicos. Entrégase á tales excesos, que hace abrogar por medio de una ley el poder de su colega M. Octavio, sostenido por el partido contrario, y se nombra á sí mismo, á su hermano Graco y á su suegro Ap. Claudio triunviros para la repartición de terrenos. Promulga otra ley agraria, cuyas disposiciones son más latas, y que permitían á los mismos triunviros decidir si tal ó cual terreno pertenecía al dominio público ó al particular. Después, como no había bastantes tierras para que se pudiese hacer distribución satisfactoria hasta para los plebeyos, cuya avidez estaba ex-

traordinariamente excitada, anunció que iba á promulgar una ley para distribuir el dinero procedente del rey Atalo á todos aquellos que, según la ley Sempronia, debían recibir tierras. En efecto, Atalo, hijo de Eumeno, había instituído heredero suyo al pueblo romano. Estos escándalos promovieron la indignación de los senadores, y sobre todo la de T. Annio, varón consular, que después de haber hablado contra Graco en el Senado, arrastrado por éste ante el pueblo y denunciado á los plebeyos, sube á la tribuna y le acusa otra vez. Quería Graco hacerse nombrar tribuno del pueblo por segunda vez, cuando los patricios, excitados por P. Cornelio Nasica, rompieron los bancos, le hieren y matan en el Capitolio; quedando su cuerpo privado de sepultura y confundido con los de las otras víctimas de aquella sedición, lo arrojaron al río. En seguida venía el relato de los diferentes acontecimientos de la guerra de los esclavos en Sicilia.

LIBRO LIX.

Reducidos al último extremo por el hambre los numantinos, se rinden sucesivamente y se dan la muerte por su propia mano. Escipión el Africano destruye la ciudad y triunfa catorce años después de la ruina de Cartago. El cónsul P. Rupilio termina la guerra de los esclavos en Sicilia. Aristónico, hijo del rey Eumeno, se apodera del Asia Menor, que debía ser libre, habiéndola dejado Atalo en su testamento como herencia al pueblo romano. P. Licinio Crasso, cónsul y pontífice máximo (cosa que no había ocurrido antes), sale de Italia para combatir á Aristónico, siendo vencido y muerto. El cónsul M. Perpena destroza á Aristónico, que se rinde á discreción. Los censores Q. Pompeyo y Q. Metelo, elegidos los dos por primera vez entre los plebeyos, cierran el lustro, arrojando el censo trescientos siete mil ochocientos veintitrés ciudadanos, y además las viudas y pupilos. El censor Q. Metelo propone que se obligue á todos los ciudadanos á casarse para que tengan hijos. La oración que pronunció con este objeto se conserva aún, y César Augusto, cuando se ocupó de

promover el matrimonio en los diferentes órdenes del Estado, la leyó en el Senado porque parecía hecha para aquellas circunstancias. El tribuno del pueblo C. Atinio Labeón quiere hacer arrojar por la roca Tarpeya al censor Q. Metelo, que le había omitido en la lista del Senado; la intervención de otros tribunos se lo impiden. El tribuno del pueblo Carbón presenta una proposición para que el pueblo pueda nombrar al mismo tribuno cuantas veces quiera. Escipión el Africano se levanta contra aquella proposición, pronunciando elocuente discurso, en el que dijo que la muerte de Ti. Graco fué merecida. Graco defiende la petición, pero triunfa el parecer de Escipión. Guerras entre Antioco, rey de Siria y Graates, rey de los parthos. No se encuentra en situación tranquila el Egipto. Ptolomeo Evergetes, odioso á los suyos por su excesiva crueldad, ve al pueblo incendiar su palacio y huye á Chipre. Cleopatra, su hermana y su esposa, á la que había repudiado para casarse con la hija de aquélla, es elevada al trono por el pueblo. Irritado Ptolomeo, hace dar muerte en Chipre al hijo que tenía de ella y envía á la madre la cabeza, las manos y los pies de su hijo. Turbulencias promovidas por Fulvio Flaco, C. Graco y C. Papirio Carbón, triunviro nombrados para la repartición de terrenos. P. Escipión el Africano, que se había presentado como adversario de éstos, aparece muerto en su lecho, habiendo entrado la víspera en su casa en pleno vigor y completa salud. Sospéchase que le haya envenenado su esposa Sempronía, principalmente porque era hermana de los Gracos, enemigos de los Escipiones. Pero aquella muerte no es objeto de ninguna investigación. Muerto Escipión, comenzaron de nuevo y con más violencia las sediciones triunvirales. Los yapidos hacen sufrir al cónsul Sempronio un revés, reparado en seguida por una victoria, debida especialmente al valor de D. Junio Bruto, el mismo que había sometido la Lusitania.

LIBRO LX.

El cónsul L. Aurelio reduce á los sardos sublevados. M. Fulvio Flaco, enviado en socorro de los masilienses,

cuyo territorio devastaban los galos salmicenos, es el primero que somete por las armas á los ligurios de la Galia transalpina. El pretor L. Opimio recibe á discreción á los fregelanos sublevados y destruye á Fregelas. Peste en Africa, producida, según se dice, por nubes de langostas, que exterminan y cuyos restos quedan sobre el suelo. Los censores cierran el lustro, quedando inscritos en el censo trescientos noventa y siete mil setecientos treinta y seis ciudadanos. El tribuno del pueblo C. Graco, hermano de Tiberio y más elocuente que él, hace aprobar muchas leyes perniciosas; entre otras, una frumentaria, que concede á los plebeyos cinco sextos de modio de trigo; la ley agraria, que su hermano había presentado, y otra, además, para atraerse el orden de los caballeros, que entonces hacía causa común con el Senado. Disponía esta ley que se elegirían seiscientos caballeros para el Senado; y como en aquella época solamente había trescientos senadores, se añadirían los seiscientos caballeros, con lo que se les daba las dos terceras partes de los votos en el Senado. Conservándole en el tribunado para el año siguiente, hizo aprobar muchas leyes agrarias, que fundaban numerosas colonias en Italia, y otra en el terreno en que había existido Cartago, llevando él mismo esta colonia en calidad de triunviro. Relato de la expedición de Q. Metelo contra los habitantes de las islas Baleares. Los griegos llaman Gymnesias á estas islas, porque sus habitantes pasan desnudos el verano. El nombre de Baleares procede de la acción de lanzar los dardos ó de Balaus, compañero de Hércules, á quien el héroe abandonó en aquellos parajes cuando se hizo á la vela en busca de Geryón. Relato de las turbulencias de la Siria. Indignada Cleopatra porque su esposo Demetrio, después de matar á su padre, había ceñido la diadema sin su consentimiento, le hace matar con su hijo Seleuco.

LIBRO LXI.

El procónsul C. Sextio, después de vencer á los saluvianos, funda la colonia de *Aque Sextice*, llamada así del

nombre de su fundador y de la abundancia de sus manantiales de aguas calientes y frías. El procónsul Cn. Domicio alcanza cerca de Vindalio una victoria sobre los alobroges, que se habían atraído aquella guerra por haber recibido en su fuga y ayudado por todos los medios á Teutomalio, rey de los saluvianos, y por haber talado el territorio de los edues, aliados del pueblo romano. Al terminar su sedicioso tribunado, C. Graco ocupa el Aventino con multitud armada. El cónsul L. Opimio, al frente del pueblo, llamado á las armas por un senatus-consulta, le arroja y mata, así como á Fulvio Flaco, varón consular y cómplice de sus furores. El cónsul Q. Fabio Máximo, nieto de Paulo Emilio, consigue una victoria sobre los alobroges y Bituito, rey de los avernos, siendo destrozados ciento veinte mil hombres del ejército de Bituito. Partiendo él mismo á Roma para obedecer las órdenes del Senado, quedó detenido y vigilado en Alba porque se creía peligroso su regreso á la Galia. Mandóse también por un decreto apoderarse de su hijo Congenciato y enviarlo á Roma. Ríndense á discreción los alobroges. Acusado ante el pueblo L. Opimio por el tribuno Q. Decio, por haber aprisionado sin condenación á ciudadanos, quedó absuelto.

LIBRO LXII.

El cónsul Q. Marcio subyuga los stenios, pueblo de los Alpes. Micipsa, rey de los númidas, muere y deja su reino á sus tres hijos Adherbal, Hiempsal y Yugurta, hijos de su hermano y que él había adoptado. L. Cecilio Metelo somete á los dálmatas. Yugurta ataca á su hermano Hiempsal, lo derrota y mata; arroja de su reino á Adherbal y lo restablece el Senado. Los censores L. Cecilio Metelo y Cn. Domicio excluyen del Senado á treinta y dos senadores. Guerras intestinas entre los reyes de Siria.

LIBRO LXIII.

Fracaso del cónsul Porcio Catón en Tracia contra los scordiscos. Los censores cierran el lustro, quedando inscriptos en el censo trescientos noventa y cuatro mil trescientos treinta y seis ciudadanos. Son condenadas por incesto las vestales Emilia Licina y Marcia. Refiérense en este libro todas las circunstancias del crimen, su descubrimiento y castigo. Los cimbrios, nación vagabunda, llevan la desolación á Iliria y ponen en fuga al cónsul Papirio Carbón con su ejército. El cónsul Livio Druso consigue una victoria en Tracia sobre los scordiscos, pueblo originario de la Galia.

LIBRO LXIV.

Yugurta persigue con sus armas á Adherbal, lo sitia en Cirta y manda matarle, á pesar de las órdenes que le había intimado el Senado. Como consecuencia de esto, se declara la guerra á Yugurta; el cónsul Capurnio Bestia, encargado de dirigirla, hace la paz con el nómida sin orden del Senado ni del pueblo. Intimado Yugurta, á nombre de la fe pública, para que dé á conocer aquellos cuyos consejos ha seguido, y acusado además de haber sobornado con regalos á muchos miembros del Senado, viene á Roma, donde hace matar á un reyezuelo llamado Massiva, porque procuraba aprovechar las malas disposiciones del pueblo romano contra Yugurta para desposeerlo de su trono. Como este asesinato le pone en peligro y se ve objeto de acusación capital, huye secretamente y sale de Roma exclamando, según se dice: «¡Oh ciudad venal, que perecería muy pronto si encontrase comprador!» El legado A. Postumio, derrotado en un combate contra Yugurta, añade á este descalabro la vergüenza de una paz ignominiosa, que el Senado se niega á ratificar.

LIBRO LXV.

El cónsul Q. Cecilio Metelo derrota á Yugurta en dos combates y devasta toda la Numidia. El cónsul M. Junio Silano queda vencido en un combate con los cimbrios. Sus legados vienen á pedir tregua y tierras donde puedan establecerse; el Senado se las niega. El procónsul M. Minucio consigue una victoria sobre los tracios. El cónsul L. Cassio queda destrozado con su ejército en las fronteras de los alobroges por los galos tigurinos, pueblo helvético que se había separado del cuerpo de la nación. Los soldados que escaparon del desastre entran en arreglo con el enemigo y consiguen la vida, entregando rehenes y la mitad de cuanto poseen.

LIBRO LXVI.

El cónsul C. Mario arroja á Yugurta de la Numidia, socorriendo á éste Boccus, rey de los moros. Las tropas de este rey quedan destrozadas á su vez. Renunciando entonces á continuar una guerra comenzada bajo tan malos auspicios, manda cargar de cadenas á Yugurta y lo entrega á Mario. Este resultado se debe primeramente á la habilidad de L. Cornelio Sila, cuestor de Mario.

LIBRO LXVII.

M. Aurelio Scauro, legado del cónsul, queda derrotado por los cimbrios y cae en su poder. Llamado por ellos á consejo, se esfuerza en disuadirles de su proyecto de pasar los Alpes y penetrar en Italia, diciéndoles que los romanos no pueden ser vencidos. Mátales el rey Boissix, joven arrogante y orgulloso. Los mismos enemigos vencen cerca de Orange al cónsul Cn. Manlio y al procónsul Q. Servilio Cepión, y se apoderan de sus campamentos. En la derrota perecen ochenta mil soldados y

cuarenta mil siervos del ejército. Es condenado Cepión por haber sido causa de la derrota por su temeridad, y se pronuncia contra él, por primera vez después de la ley Tarquinia, la pena de confiscación de bienes, siendo depuesto del mando. Triunfo de Mario. Yugurta marcha con sus dos hijos delante del carro del triunfador, siendo muerto en seguida en la prisión. Mario entra en el Senado con el traje triunfal; lo que nadie había hecho hasta entonces. Los temores que inspiraba la guerra cimbría hacen que se le matenga por muchos años en el consulado. Elígesele por segunda y tercera vez á pesar de su ausencia. Trabaja en secreto por el cuarto consulado y lo obtiene. Por votación del pueblo queda nombrado pontífice máximo Cn. Domicio. Los cimbrios devastan todo el país que se extiende entre el Ródano y los Pirineos; penetran en España por un desfiladero, y realizan grandes estragos. Derrotados por los celtíberos, regresan á la Galia y se reúnen con otro pueblo belicoso, los teutones.

LIBRO LXVIII.

El pretor M. Anternio persigue á los piratas hasta en Cilicia. El cónsul C. Mario se defiende en su campamento sitiado vigorosamente por los teutones y ambrosos. En seguida gana sobre ellos dos grandes batallas en las cercanías de *Aqua Sertia*, quedando muertos doscientos mil enemigos y prisioneros noventa mil. A pesar de su ausencia, se nombra cónsul á Mario por quinta vez. Se le ofrece el triunfo y lo rehusa hasta que haya vencido á los cimbrios. Los cimbrios derrotan al prócónsul Q. Cátulo, que guardaba los desfiladeros de los Alpes, y se retira sobre el Adige, atrincherándose en un castillo. Los cimbrios le obligan á abandonar también aquella posición. Después de abrirse de esta manera paso con su valor, penetran en Italia persiguiendo al cónsul y su ejército. Pero Cátulo y C. Mario consiguen reunirse; libran batalla y la ganan. Quedan en el campo, según se dice, ciento cuarenta mil enemigos y caen prisioneros sesenta mil. La ciudad recibe con grandes aplausos á Mario y se le ofrecen dos triunfos, pero

se contenta con uno solo. Los nobles, que al principio no pudieron ver sin desagrado á un hombre nuevo elevado á tan altos honores, confiesan que ha salvado la república. Publicio Maleolo, asesino de su madre, es cosido en un saco y arrojado al mar. Este es el primer ejemplo de este género de suplicio. Antes de terminar la guerra cimbría, dícese que los ancilos se agitan mucho. Este libro contiene además el relato de las guerras que estallaron entre los reyes de Siria.

LIBRO LXIX.

L. Apuleyo Saturnino, apoyado en la influencia de C. Mario, hace matar por medio de soldados á su competidor A. Nonio, y de esta manera se hace elegir tribuno del pueblo, ejerciendo el tribunado, como lo había conseguido, con violencia. Después de haber hecho aprobar por los mismos medios una ley agraria, demanda á Metelo Numídico que se negaba á jurar obediencia á esta ley. Viendo éste á todos los buenos ciudadanos dispuestos á defenderle, se destierra voluntariamente por no ser causa de una guerra civil. Retírase á Rodas y allí se consuela con el estudio y conversación de los grandes hombres. Después de su marcha, C. Mario, autor de la sedición y que había comprado el sexto consulado, distribuyendo dinero en las tribus, le hace prohibir el agua y el fuego. El mismo Apuleyo Saturnino, tribuno del pueblo, mata á C. Memmio, candidato al consulado, temiendo su oposición á sus proyectos contra los patricios. Estas violencias sublevan al fin al Senado; C. Mario, hombre de carácter variable y que giraba á merced de los acontecimientos, se decide por la causa de este orden, cuando ve que le es imposible salvar á Saturnino; ármanse contra éste; queda vencido y perece á consecuencia de una como guerra civil, con el pretor Glaucia y los demás cómplices de sus fueros. Q. Cecilio Metelo regresa del destierro, produciendo en toda la ciudad grandes demostraciones de regocijo. El procónsul Manio Aquilio termina en Sicilia una guerra de esclavos.

LIBRO LXX.

Acusado de concusión Manio Aquilio, se niega á rogar él mismo á sus jueces. M. Antonio, encargado de defenderle, rasga la túnica de su cliente para mostrar las honrosas cicatrices de que está cubierto su pecho. Esto le hace absolver sin vacilación; este hecho se apoya solamente en el testimonio de Cicerón. El procónsul T. Didio obtiene algunas ventajas sobre los celtiberos. Ptolomeo, denominado Apión, rey de Cyrene, instituye por heredero, al morir, al pueblo romano; el Senado concede la libertad á las ciudades que formaban parte de su reino. L. Cornelio Sila restablece á Ariobarzanes en el trono de la Capadocia. Legados parthos, enviados por su rey Arsaces, vienen en busca de Sila para pedir la amistad del pueblo romano. Habiéndose atraído P. Rutilo el enojo del orden ecuestre, en el que residía el poder judicial, porque se había opuesto en Asia á la injusticia de los publicanos, siendo legado del procónsul Q. Mucio, es condenado como culpable de concusión, á pesar de su extraordinaria probidad, y desterrado. El pretor C. Sencio no es afortunado en su expedición contra los tracios. Cansado el Senado de los excesos á que se entregaban los caballeros en el ejercicio del poder judicial, comienza á hacer esfuerzos para que se le entregue este poder. El tribuno del pueblo M. Livio Druso apoya los designios del Senado. Para aumentar su poder emplea un medio peligroso, excitando al pueblo con la esperanza de regalos. En este libro se habla además de las guerras de los reyes de Siria.

LIBRO LXXI.

El tribuno del pueblo M. Livio Druso, con objeto de adquirir mayores fuerzas para defender la causa del Senado, de que se había encargado, gana con el aliciente del derecho de ciudadanía los aliados y pueblos de Italia. Con su apoyo hace aprobar con violencia leyes para la distribución de tierras y trigo. En seguida hace

votar otra acerca de la administración de justicia. En virtud de esta ley, el poder judicial «debe pertenecer por iguales partes al Senado y al orden ecuestre.» Druso no puede cumplir la promesa que había hecho á los italianos de hacerles conseguir el derecho de ciudadanía, é irritados éstos, meditan una defección. Reuniones celebradas por los italianos; ligas formadas por estos pueblos; discursos de los jefes en las asambleas. Estos acontecimientos hacen que Druso venga á ser odioso hasta al Senado, que le considera como causa de la guerra social. Mántanle en su casa sin saberse quién.

LIBRO LXXII.

Defección de los pueblos de Italia; los picencios comienzan la guerra; imitanles los vestinos, los marsos, los pelignos, los marrucinos, los samnitas y los lucanios. Asesinan al procónsul Q. Servilio en Asculum, con todos los ciudadanos romanos que se encuentran en aquella plaza. Servio Galba cae en poder de los lucanios, debiendo la libertad á la abnegación de una mujer en cuya casa se alojaba. Los italianos sitian las colonias de Alba y Esernia. Socorros enviados al pueblo romano por los aliados del nombre latino y pueblos extranjeros. Operaciones militares de los dos partidos; ciudades tomadas por unos y otros.

LIBRO LXXIII.

El cónsul L. Julio César traba con los samnitas un combate cuyo resultado no es feliz. La colonia de Nola cae en poder de los samnitas, con el pretor L. Postumio, á quien matan. Numerosos pueblos se unen á los enemigos. Los marsos derrotan al cónsul P. Rutilio, que perece en el combate, pero en otra batalla su legado C. Mario repara el descalabro. Servio Sulpicio deshace á los pelignos. Q. Cepión, legado de Rutilio, sitiado por el enemigo, hace una salida afortunada. Con este triun-

fo consigue poder igual al de C. Mario; pero haciéndose temerario, cae en un lazo que le tienden; queda deshecho su ejército y perece. El cónsul L. Julio César gana una batalla contra los samnitas. A causa de esta victoria, el pueblo deja el *Sagum*, pero como si quisiera la fortuna que se equilibrasen los triunfos en esta guerra, la colonia de Esernia cae con M. Marcelo en poder de los samnitas. C. Mario deshace á los marsos; Herio Asinio, pretor de los marrucinos, perece en el combate. C. Cecilio vence en la Galia transalpina á los saluvianos sublevados.

LIBRO LXXIV.

Cn. Pompeyo derrota á los picentinos y los mantiene sitiados. A causa de esta victoria, toman en Roma la pretexta y demás insignias de las magistraturas. C. Mario libra un combate á los marsos, cuyo resultado es dudoso. Primer ejemplo de alistamiento de libertos. El legado A. Plocio deshace á los ombrianos, y el pretor L. Porcio á los marsos; estos dos pueblos se habían sublevado. Nicomedes, rey de Bithinia, y Ariobarzanes, rey de Capadocia, quedan restablecidos en sus tronos. El cónsul Cn. Pompeyo vence á los marsos en batalla campal. Encontrándose abrumada la ciudad por las deudas, los usureros matan en el Foro al pretor A. Sempronio Uselio, que sentenciaba en favor de los deudores. Este libro contenía además el relato de las incursiones y estragos de los tracios en la Macedonia.

LIBRO LXXV.

Su ejército mata al legado A. Postumio Albino, á quien la voz pública acusaba de traición. El legado L. Cornelio Sila gana una batalla á los samnitas y les toma dos campamentos. Cn. Pompeyo recibe la sumisión de los vestinos. Triunfos del cónsul L. Porcio; derrota á los marsos en muchos combates y muere en el

instante en que se apodera del campamento. En aquel combate, su muerte da la victoria al enemigo. Cosconio y Luceyo derrotan á los samnitas en batalla campal; muerte de Mario Equecio, su general más famoso; ríndense muchas ciudades suyas. L. Sila consigue dominar á los hirpinos; vence repetidas veces á los samnitas y recibe la sumisión de muchos pueblos. Después de ilustrarse con hazañas que anteriormente pocos generales habían igualado antes de su consulado, marcha á Roma para solicitar esta magistratura.

LIBRO LXXVI.

El legado A. Gabinio consigue triunfos sobre los lucanos; les toma muchas ciudades y perece sitiando su campamento. El legado Sulpicio deshace á los marrucinos y recobra todo aquel país. El procónsul Cn. Pompeyo recibe la sumisión de los vestinos y pelignos. Los legados L. Murena y Cecilio Pinna derrotan en muchos combates á los marsos, que piden la paz. El legado Mam. Emilio destroza á los italianos. En el combate perece Silo Pompeyo, instigador de esta guerra. Mitrídates, rey del Ponto, arroja de sus estados á Ariobarzanes, rey de Capadocia, y á Nicomedes, rey de Bithinia. Incursiones y estragos de los tracios en Macedonia.

LIBRO LXXVII.

Por instigaciones de C. Mario, el tribuno del pueblo P. Sulpicio hace aprobar muchas leyes perniciosas, que disponían la repatriación de los desterrados, la inscripción en las tribus de nuevos ciudadanos y libertos y el nombramiento de C. Mario para el mando de la guerra contra Mitrídates. En su oposición á los cónsules Q. Pompeyo y L. Sila, ejerce violencias y hace matar á Q. Pompeyo, hijo del cónsul y yerno de Sila. El cónsul L. Sila viene á Roma con su ejército, y dentro de la ciudad libra un combate al partido de Sulpicio y de Mario, con-

siguiendo expulsarlo. El Senado declara enemigos públicos á doce hombres de este partido, entre ellos á C. Mario y su hijo. Un esclavo denuncia, á P. Sulpicio, que estaba oculto en una casa de campo, y le dan muerte. Manumítense al esclavo para cumplir la promesa hecha al denunciador; pero le precipitan por la roca Tarpeya por haber hecho traición á su amo. C. Mario, el hijo, pasa al Africa. C. Mario, el padre, se oculta en las lagunas de Minturno, de donde le sacan los habitantes de esta ciudad: un esclavo, galo de nación, enviado para matarle, retrocede impresionado por la majestad de aquel grande hombre. Embárcase C. Mario á expensas de la ciudad y le trasladan al Africa. L. Sila restablece el orden en el estado y funda colonias. El cónsul Q. Pompeyo marcha á tomar el mando del ejército del procónsul Cn. Pompeyo. Mátanle por instigación de éste. Mitrídates, rey del Ponto, se apodera de la Capadocia y la Bithinia, penetrando con numeroso ejército en la provincia romana de Frigia, de la que arroja al legado Aquilio.

LIBRO LXXVIII.

Mitrídates se apodera de toda el Asia: hace prisioneros al procónsul Q. Oppio y al legado Aquilio. Por orden suya son muertos en el mismo día todos los ciudadanos romanos que se encuentran en Asia. Pone sitio á la ciudad de Rodas, que era la única que había permanecido fiel; pero resulta vencido en algunos combates navales y se retira. Su legado Arquelao pasa á Grecia con un ejército y se apodera de Atenas. Apresuramiento de las ciudades é islas para declararse, unas por Mitrídates y otras por el pueblo romano.

LIBRO LXXIX.

L. Cornelio Cinna presenta leyes perniciosas y se esfuerza en hacerlas aprobar por la violencia y las armas.

Su colega Cn. Octavio le arroja de la ciudad con seis tribunos del pueblo: retíranle su autoridad, pero gana el ejército de Ap. Claudio, se hace dueño de él y avanza contra Roma después de hacer venir de Africa á C. Mario y los otros desterrados. En esta guerra, dos hermanos, el uno en el ejército de Pompeyo y el otro en el de Cinna, combaten uno contra otro sin saberlo. El vencedor, al despojar al enemigo que acaba de matar, reconoce á su hermano; prorrumpe en sollozos, le forma una pira, se mata sobre ella y las mismas llamas le consumen. Cinna pudo ser derrotado desde el principio; pero la traición de Cn. Pompeyo, que favorece á la vez á los dos partidos, le da fuerzas. Este general no acude en socorro de los grandes hasta que sus negocios están desesperados. Su lentitud da tiempo á Cinna y á Mario para rodear la ciudad con cuatro ejércitos, mandando dos de éstos Q. Sertorio y Carbón. Mario se apodera de la colonia de Ostia y la saquea cruelmente.

LIBRO LXXX.

El Senado concede á los italianos el derecho de ciudadanía. Los samnitas, que son los únicos que continúan las hostilidades, se reúnen á Cinna y Mario, derrotando á Plaucio con su ejército. Cinna y Mario, reunidos con Carbón y Sertorio, se apoderan del Janículo. El cónsul Octavio les rechaza. Mario devasta las colonias de Anzio, Aricia y Lanuvio. Desesperando al fin de resistir más, paralizados por la inercia y traición de los jefes y de los soldados que rehusan combatir ó pasan al enemigo, los nobles abren las puertas de Roma á Cinna y Mario. Los vencedores la tratan como ciudad conquistada, la entregan al asesinato y al saqueo, matan al cónsul M. Octavio y á todos los nobles del partido contrario. Entre las víctimas se encuentra M. Antonio, orador elocuente, Lucio y Cayo César, cuyas cabezas quedan expuestas en los Rostros. Crasso, el hijo, cae bajo los golpes de los caballeros de Fimbria. Crasso, el padre, para escapar á un tratamiento indigno de su virtud, se traspasa con la espada. Sin convocar los comicios Cinna y Mario se declaran cónsules para el año si-

guiente; y el mismo día en que entran en funciones, Mario hace precipitar por la roca Tarpeya al senador Licinio. Al fin, manchado con todos los crímenes, muere en los idus de Enero. Si se comparan las virtudes y vicios de este hombre, será difícil decir si hizo más bien á su patria como soldado, que daño como ciudadano; porque si como general salvó la república, como ciudadano causó su ruina, primeramente con toda clase de intrigas y después con la guerra civil.

LIBRO LXXXI.

Sila pone sitio á Atenas, en la que se había encerrado Arquelao, general de Mitrídates, y se apodera de ella después de grandes esfuerzos. Devuelve la libertad á la ciudad y el goce de sus bienes á los habitantes. Magnesia, la única ciudad del Asia que permanece fiel á los romanos, opone á Mitrídates valerosa resistencia. IncurSIONES de los tracios en Macedonia.

LIBRO LXXXII.

Las tropas de Mitrídates, después de someter la Macedonia, habían entrado en la Tesalia. Sila consigue sobre ellas una victoria, mata cien mil hombres y se apodera del campamento. Muy pronto comienza de nuevo la guerra, y el ejército del rey queda derrotado por segunda vez. Arquelao se entrega á Sila con la flota del rey. A pesar de esto, envían al cónsul L. Valerio Flaco, colega de Cinna, para que reemplace á Sila; pero habiéndose hecho odioso por su avaricia al ejército, lo asesina su legado C. Fimbria, hombre excesivamente emprendedor, que se apodera del mando. Mitrídates se hace dueño de muchas ciudades del Asia y saquea cruelmente esta provincia. Los tracios hacen una incursión en Macedonia.

LIBRO LXXXIII.

C. Fimbria entra en Asia y consigue ventajas sobre algunos capitanes de Mitrídates, toma la ciudad de Pérgamo, sitia al rey y falta poco para que se apodere de su persona. Toma y destruye la ciudad de Ilión, que esperaba á Sila para reconocer su autoridad, y somete considerable parte del Asia. Sila destroza á los tracios en diferentes combates. L. Cinna y Cn. Papirio Carbón, después de haberse nombrado por sí mismos cónsules durante dos años, hacen contra él preparativos de guerra. Pero L. Valerio Flaco, príncipe del Senado, dirige una oración á los senadores, y con auxilio de todos los que deseaban la tranquilidad pública, consigue que se envíen legados á Sila para tratar con él de la paz. Sus mismas tropas matan á Cinna, cuando las embarcaban contra su gusto para oponerlas á Sila. Carbón queda solo encargado del consulado. Habiendo pasado Sila al Asia, ajusta la paz con Mitrídates, á condición de que éste evacuará las provincias del Asia, Bithinia y Capadocia. Fimbria, abandonado por sus tropas, que habían pasado á Sila, se ve reducido á darse la muerte, presenta la cabeza á su esclavo y le manda matarle.

LIBRO LXXXIV.

Sila contesta á los legados que le envían, que reconocerá la autoridad del Senado á condición de que se llame á los ciudadanos que, desterrados por Cinna, se han refugiado á su lado. El Senado cree que se debe aceptar la condición, pero Carbón y su bando, que esperan más ventajas de la guerra, se oponen á todo acuerdo. El mismo Carbón, queriendo obtener rehenes de todas las ciudades y colonias de Italia, para asegurarse de sus disposiciones contra Sila, el Senado se opone unánimemente á esta medida. Un senatus-consulta concede el derecho de sufragio á nuevos ciudadanos. Q. Metelo Pío, partidario de la aristocracia, habiendo tomado las armas en Africa, es derrotado por el pretor C. Fabio, y

una orden del Senado, conseguida por el partido de Carbón y de Mario, dispone el licenciamiento general de las tropas. Distribución de los libertos en las treinta y cinco tribus. Preparativos de guerra contra Sila.

LIBRO LXXXV.

Sila pasa á Italia con su ejército. Los legados que envía para tratar de la paz reciben insultos del cónsul C. Norbano, al que hace sufrir una derrota. Después de intentar inútilmente muchos esfuerzos con el otro cónsul L. Escipión para ajustar con él un tratado de paz, se dispone para atacar su campamento, cuando el ejército del cónsul, ganado por los emisarios de Sila, se pasa entero á su partido. Pudiendo quitar la vida á Escipión, le devuelve la libertad. Cn. Pompeyo, hijo de aquel Cneo que tomó Aúsculo, levanta un cuerpo de voluntarios y lleva tres legiones á Sila. Muy pronto se reúne la nobleza en masa con este general. Abandónase la ciudad para acudir á su campamento. La Italia entera es teatro de expediciones de uno y otro bando.

LIBRO LXXXVI.

C. Mario, el hijo, se hace dar por violencia el consulado antes de los veinte años, según otros antes de los veintisiete. Habiéndose hecho odioso en Africa C. Fabio por su avaricia y crueldad, lo queman vivo en su pretorio. L. Filipo, legado de Sila, se apodera de Cerdeña después de la derrota y muerte del pretor Q. Antonio. Sila, para quitar á los italianos el temor de que viene á privarles de los derechos de ciudadanía y de sufragio, que recientemente habían conquistado, ajusta con ellos un tratado. De tal manera confía en la victoria, que despide á los litigantes que se le presentan pidiendo aplazamiento para comparecer en Roma, de la que todavía eran dueños sus enemigos. Por orden de C. Mario, el pretor L. Damasippo convoca al Senado y mata

á todos los nobles que permanecían aún en la ciudad. Entre estos desgraciados se encontraba el pontífice máximo Q. Mucio Scévola, que al huir es inmolado en el vestibulo del templo de Vesta. En Asia comienza de nuevo la guerra entre L. Murena y Mitrídates.

LIBRO LXXXVII.

Sila consigue en Sacriporto sangrienta victoria sobre el ejército de Mario y le sitia en Prenesto. Recobra á Roma de sus enemigos. Mario intenta una salida y le rechazan. Los legados de Sila combaten por todas partes con igual éxito.

LIBRO LXXXVIII.

Sila marcha contra Carbón, derrota su ejército cerca de Clusio, le destroza cerca de Fidencia y le obliga á salir de Italia. De todos los italianos, los samnitas eran los únicos que no habían depuesto todavía las armas; cerca de la puerta Colina, bajo las murallas de Roma, los deshace. Sila, dueño de la república, mancha la victoria más hermosa con los excesos de inaudita crueldad. Mata en una finca perteneciente al Estado ocho mil ciudadanos que se habían sometido; publica listas de proscripción é inunda de sangre Roma y toda la Italia. Hace degollar á todos los prenestinos desarmados; condena á muerte al senador Mario, después de hacerle romper los miembros, cortar las orejas y sacar los ojos. Sitiado en Prenesto C. Mario por Lucrecio Ofela, partidario de Sila, habiendo tratado de escapar por una mina y encontrando todas las salidas ocupadas por el enemigo, se mata. Encontrábase en la mina con Poncio Telecino que le acompañaba en la fuga, y viendo imposible la salvación, los dos sacaron las espadas y se lanzaron uno contra otro: Poncio quedó muerto, y Mario herido, mandó á su esclavo que lo rematase.

LIBRO LXXXIX.

Por orden de Cn. Papirio Carbón, que había arribado á Cossura, M. Bruto marcha á Lilibea en una barca de pescador, para informarse de si Pompeyo se encuentra en Sicilia. Envuelto por las naves que había enviado Pompeyo, se da la muerte apoyando el pomo de la espada contra el banco de los remeros y arrojándose sobre la punta con todo el peso del cuerpo. Pompeyo, enviado por el Senado á Sicilia con un mando, hace prender y dar muerte á Cn. Carbón, quien en sus últimos momentos llora y tiembla como una mujer. Sila, nombrado dictador, se hace preceder de veinticuatro lictores, lo que ningún magistrado había hecho antes. Con el establecimiento de leyes nuevas, robustece la república, debilita el tribunado y le quita toda su fuerza legislativa. Eleva á quince el número del colegio de sacerdotes y de augures; provee las vacantes del Senado haciendo entrar caballeros; priva á los hijos de los proscritos del derecho de aspirar á los honores, vende sus bienes y se enriquece con sus despojos. Estas ventas producen trescientos cincuenta millones de sextercios. Habiendo osado contra su voluntad presentarse candidato al consulado Q. Lucrecio Ofela, hace que le maten en medio del Foro. El pueblo se conmueve, pero el dictador convoca la asamblea y declara que aquel homicidio se ha realizado por orden suya. Pompeyo pasa al Africa, donde el proscrito Cn. Domicio y el rey de los númeridas Hiarbas habían tomado las armas. Derrótales y les mata; así, pues, á la edad de veinticuatro años, no siendo todavía más que caballero romano, triunfa del Africa, honor desconocido hasta entonces. El proscrito C. Norbano, que había sido cónsul, viéndose detenido en Rodas, se da la muerte. Otro proscrito, llamado Mutilo, se presenta secretamente con la cabeza cubierta, detrás de la morada de su esposa, llamada Bastia, quien le rechaza diciendo que Mutilo está proscrito. Entonces el desgraciado se mata regando con su sangre la puerta de la casa de su esposa. Sila toma á los samnitas la ciudad de Nola; lleva cuarenta y siete legiones á las tierras confiscadas y se las reparte. La ciudad de Volaterra, que se defiende aún, queda sitiada y se rinde

á discreción. Por otro lado Mitilena, la única ciudad del Asia que después de la derrota de Mitridates no había depuesto las armas, cae y queda destruída.

LIBRO XC.

Muerte de Sila. Para honrar su memoria, el Senado le hace enterrar en el Campo de Marte. Queriendo M. Emilio Lépidio abolir las leyes de Sila, enciende la guerra. Su colega Cátulo le arroja de Italia y va á morir á Cerdeña después de intentar vanos esfuerzos para reproducir las hostilidades. Cn. Pompeyo mata á M. Bruto, que mandaba la Galia cisalpina. Proscripto Sertorio, hace temibles sus armas en la España ulterior. El cuestor Herculeyo derrota al procónsul L. Manlio y al legado M. Domicio. Expedición del procónsul P. Servilio contra la Cilicia.

LIBRO XCI.

Envíase contra Sertorio á Pompeyo, que no era más que caballero, investido con autoridad consular. Sertorio se apodera de algunas ciudades y somete considerable número á su autoridad. El procónsul Ap. Claudio consigue muchas ventajas contra los tracios. El procónsul Q. Metelo destruye á Herculeyo, legado de Sertorio, con todo su ejército.

FRAGMENTO ENCONTRADO EN UN MANUSCRITO DEL VATICANO.

«Para colmo de males, los contrebios iban á verse reducidos á todos los apuros del hambre, cuando después de numerosos é inútiles esfuerzos para rechazar de sus murallas al enemigo, consiguieron producir estragos en las obras de Sertorio, lanzando antorchas encendidas desde lo alto de las murallas. Una torre de madera, que dominaba por su altura todos los edificios de la ciudad,

fué pasto de las llamas, y se derrumbó con terrible estrépito. Pero á la noche siguiente se alzaba otra torre en el mismo paraje, bajo la vigilante mirada de Sertorio, y al amanecer el día siguiente la vieron con espanto los sitiados. Al mismo tiempo, una torre de la ciudad, su defensa más fuerte, minada en los cimientos, presentó grandes grietas, rodeándola muy pronto las llamas que encendieron los sitiadores. Temiendo que les alcanzase el incendio ó que les arrastrase la ruina de la torre, los contrebios abandonaron precipitadamente la muralla, pidiendo todos á una voz que enviasen legados para tratar de la capitulación. Su valerosa resistencia, que había irritado á los sitiadores, sirvió para que encontrasen vencedores acomodaticios. Sertorio se contentó con recibir rehenes, exigió corta cantidad de dinero y recogió todas las armas que se encontraban en la ciudad. Mandó también á los habitantes que le presentasen todos los desertores de condición libre, y les obligó á que matasen ellos mismos á todos los esclavos fugitivos, que eran muchos más. Estos fueron degollados y precipitados desde lo alto de las murallas. Sertorio había perdido mucha gente en aquel sitio, que duró cuarenta y cuatro días: dejó en Contrebia á L. Insteyo con fuerte guarnición, y él mismo llevó su ejército á las orillas del Ebro, donde mandó construir barracas para pasar el invierno cerca de la ciudad llamada *Castra Elia*. Había establecido su residencia en el campamento y durante el día celebraba en la ciudad asambleas de los pueblos aliados. Por orden suya todos los pueblos de la provincia habían tenido que construir armas, cada cual en proporción de sus fuerzas. Cuando las inspeccionó, mandó á los soldados que presentasen las que las marchas continuas, sitios y combates habían inutilizado, y dispuso que los centuriones les distribuyesen otras nuevas. También se proveyó de nuevas armas á la caballería, recibiendo además ropas confeccionadas de antemano y el sueldo. De todas partes se habían reunido obreros escogidos en talleres públicos donde se sabía exactamente lo que podían hacer al día. De esta manera se acopiaban con igual rapidez todas las provisiones de guerra. Gracias á los apresurados preparativos de las ciudades, ni faltaban materiales á los obreros ni obreros al trabajo. Sertorio convocó entonces los legados de todas las ciudades y pueblos: comenzó dándoles gra-

cias por haberle suministrado todo lo que necesitaba para sus peones; en seguida expuso todo lo que había hecho para proteger á los aliados y apoderarse de las ciudades enemigas, y les exhortó á continuar la guerra con constancia, haciéndoles comprender en pocas palabras la importancia del triunfo de su partido para la provincia de España; en seguida disolvió la asamblea, recomendando á todos la confianza y que regresasen á sus ciudades. Al comenzar la primavera, envió á M. Perpena con veinte mil infantes y mil quinientos caballos al territorio de los ircaones, para defender las costas de aquel país, dándole instrucciones acerca del camino que debía seguir, tanto para proteger las ciudades aliadas que pudiese sitiarse Pompeyo, como para atacar de improviso al ejército enemigo. Al mismo tiempo escribió á Herenuleyo, que se encontraba en el mismo territorio, y á L. Hirtuleyo, que mandaba en la otra provincia, para darle á conocer cómo debía hacerse la guerra, recomendándoles especialmente que protegiesen las ciudades aliadas, pero sin trabar combate con Metelo, que reunía más influencia personal y tropas más numerosas. Tampoco intentaba él marchar contra Pompeyo, que por su parte, no parecía decidido á librar batalla. Si se prolongaba la guerra, el enemigo, dueño del mar y de todas las provincias que tenía á la espalda, podría recibir provisiones de todas partes por medio de sus naves, mientras que él, después de haber consumido todas las provisiones del verano anterior, se encontraría absolutamente sin recursos. Había dado á Perpena el mando de las provincias marítimas para que pudiese proteger lo que había quedado al abrigo de los ataques del enemigo y sorprenderle cuando se presentase ocasión. Por su parte, marcharía con su ejército contra los berones y antrigones. Sabía que durante el invierno, mientras sitiaba las ciudades celtibéricas, estos pueblos habían implorado frecuentemente el auxilio de Pompeyo, que habían enviado guías al ejército romano, y que sus jinetes habían hostigado muchas veces á sus soldados, cuando, durante el sitio de Contrebia, se alejaban del campamento para forrajear ó recoger provisiones de trigo, habiendo intentado también atraerse á los aravacos. Después de comenzar de este modo la guerra, decidiría contra qué enemigo y hacia qué lado llevaría primeramente las armas, vacilando aún entre marchar á la cos-

ta para rechazar á Pompeyo de la Ilercaonia y de la Contestania, cuyos habitantes eran aliados suyos, ó marchar contra Metelo y la Lusitania. Ocupado en estos proyectos, Sertorio remontó el Ebro con su ejército, atravesando pacíficos campos, sin que le inquietasen ni cometer daños. Desde allí se dirigió al territorio de los bursaones, de los cascantinos y de los gracuritanos, talándolo todo, destruyendo las mieses, y llegó á Calagurris Nasica, ciudad aliada, cerca de la cual atravesó el río por un puente que mandó construir, acampando su ejército en aquel paraje. A la mañana siguiente envió al cuestor M. Mario al territorio de los aravacos y los cerindones para hacer levas y recoger trigo, llevando orden de enviarlo en seguida á Contrebia, llamada por otro nombre Leucada, cuya excelente posición la permitía al salir del país de los berones, llevar su ejército hacia donde quisiese. Envió también á C. Insteyo, jefe de su caballería, á Segovia, y á los vacceenses, para que reclutase jinetes con los que iría á esperarle en Contrebia. Después de su partida, él mismo se puso en marcha, llevó su ejército al territorio de los vascones y acampó en las fronteras de los berones. Al día siguiente se adelantó con la caballería, para reconocer el camino, y siguiéndole la infantería, que marchaba en cuadro, llegó á Vareya, la ciudad más fuerte de la comarca. Aunque llegó de noche, no sorprendió á los habitantes, porque habían llamado en su socorro toda la caballería del país y la de los antrigones.»

«Este fué el primer combate que trabaron Pompeyo y Sertorio. Tito Livio dice que Pompeyo perdió diez mil hombres y todos los bagajes.»

(FRONTINO.)

LIBRO XCII.

Pompeyo combate con Sertorio, pero la victoria queda indecisa, por que por cada lado consigue un ala la ventaja. Q. Metelo derrota los dos ejércitos de Sertorio y de Perpena: Pompeyo quiere tener parte en esta vic-

toria pero no le favorece la fortuna. Sitiado en seguida Sertorio en Clunia, con sus frecuentes salidas ocasiona grandes pérdidas á los sitiadores. Expedición del procónsul Curión á Tracia contra los dardanios. Numerosos actos de crueldad de Sertorio con los suyos. Acusa de traición y condena á muerte á muchos amigos suyos y compañeros de proscripción.

LIBRO XCIII.

El procónsul P. Servilio derrota á los isaurienos en Cilicia y arrebatata muchas ciudades á los piratas. Nicomedes, rey de Bithinia, instituye, al morir, al pueblo romano por heredero, quedando reducido su reino á provincia romana. Mitrídates, después de ajustar alianza con Sertorio, entra en guerra con el pueblo romano. Grandes preparativos del rey por mar y tierra. Entrada de los romanos en Bithinia. Victoria del rey sobre el cónsul M. Aurelio Cotta cerca de Calcedonia. Operaciones de Pompeyo y de Metelo contra Sertorio, que despliega tanto talento militar como éstos. Estos dos generales fracasan delante de Calaguris y se ven obligados á separarse y batirse en retirada, Metelo á la España citerior y Pompeyo á la Galia.

LIBRO XCIV.

El cónsul L. Licinio Lúculo consigue ventajas sobre Mitrídates en muchos combates de caballería y termina felizmente algunas expediciones. Apacigua á sus soldados, que piden combatir y están á punto de sublevarse. Deyorato, tetrarca de la Galo-Grecia, destroza á los generales de Mitrídates que habían comenzado la guerra en Frigia. Triunfos de Cn. Pompeyo sobre Sertorio en España.

«En el libro noventa y cuatro de sus Historias, Tito Livio coloca Inarima en la Meonia, donde en cincuenta

y cuatro millas de extensión el suelo está abrasado por el fuego, y pretende que Homero hizo también esta observación.»

(SERVIO.)

LIBRO XCV.

El procónsul C. Curión subyuga á los dardanios en la Tracia. En Capua, setenta y cuatro gladiadores pertenecientes á un tal Léntulo huyen, y reuniendo multitud de esclavos libres ó encarcelados, entran en campaña á las órdenes de Crixo y Spartaco y derrotan en un combate al legado Claudio Pulquer y al pretor P. Varinio. El procónsul L. Lúculo destruye por el hambre y el hambre el ejército de Mitrídates, cerca de la ciudad de Cirico. Arrojado el rey de la Bithinia, sufre varias derrotas y naufragios, viéndose obligado á huir al Ponto.

LIBRO XCVI.

El pretor Q. Arrio destroza á veinte mil esclavos rebeldes con Criso, su jefe. Spartaco vence al cónsul Cn. Léntulo y deshace también á Arrio y al cónsul L. Gelio. M. Antonio, M. Perpena y otros conjurados asesinan á Sertorio en un festín. Sertorio había ejercido el mando durante ocho años. Este gran capitán, que había tenido que combatir con dos generales decorados con el título de *imperator*, sucumbe al fin víctima de la traición. Entrégase á Perpena el mando del partido. Pompeyo le derrota, le hace prisionero, le mata y somete la España á la dominación romana después de diez años de tregua. Spartaco vence al procónsul C. Casio y al pretor Cn. Manlio. Encárgase al pretor M. Craso la dirección de esta guerra.

LIBRO XCVII.

Crasso consigue una victoria sobre el ejército de esclavos, compuesto de galos y germanos, quedando sobre el campo treinta y cinco mil hombres con su jefe Gennico. Crasso derrota en seguida las fuerzas de Spartaco, que perece con sesenta mil de los suyos. El pretor M. Antonio fracasa en una expedición contra los cretenses, que termina con su muerte. El procónsul M. Lúculo somete á los tracios. L. Licinio deshace á Mitrídates en el Ponto, y le mata más de sesenta mil hombres. Otórgase el consulado á M. Crasso y Cn. Pompeyo, aunque este último no había sido cuestor aún, siendo solamente caballero. Restablece el tribunado en todo su poder, y por otra parte el pretor L. Aurelio Cotta concede á los caballeros el derecho de administrar justicia. Desesperando Mitrídates de triunfar, huye al lado de Tigrano, rey de Armenia.

«Según Tito Livio, treinta y cinco mil hombres, de los esclavos vencidos por Cassio, perecieron en este combate con sus jefes, recobrándose cinco águilas romanas y veintiséis enseñas; en el inmenso botín que se recogió se encontraron haces con hachas.»

(FRONTINO.)

LIBRO XCVIII.

Lúculo admite en la amistad del pueblo romano á Maccara, hijo de Mitrídates y rey del Bósforo. Cn. Léntulo y L. Gélio desempeñan con severidad su cargo de censores y borran de la lista á sesenta y cuatro senadores. Cierran el lustro, quedando inscritos cuatrocientos cincuenta mil ciudadanos. El pretor L. Metelo combate afortunadamente en Sicilia con los piratas. Q. Cátulo dedica el templo de Júpiter Capitolino, que había sido incendiado y reconstruido. Lúculo derrota muchas veces en Armenia á Mitrídates y Tigrano con sus nume-

rosos ejércitos. El procónsul Q. Metelo, encargado de la guerra contra los cretenses, pone sitio á la ciudad de Cydonia. C. Triario, legado de Lúculo queda derrotado en un combate con Mitrídates. Lúculo quiere perseguir á Mitrídates y Tigrano y terminar su conquista; pero se lo impide la sublevación de sus soldados, que se niegan á seguirle, y especialmente las legiones valerias, que pretenden haber cumplido su tiempo de servicio y abandonan á su general.

LIBRO XCIX.

El procónsul Q. Metelo se apodera de Gnossa, Licto, Cidonia y otras ciudades. L. Roscio, tribuno del pueblo, propone una ley destinando á los caballeros romanos catorce gradas en el teatro por encima de las de los senadores. Una ley sometida al pueblo, encarga á Pompeyo la persecución de los piratas que habian interceptado los convoyes de trigo. En cuarenta días limpia completamente el mar; después termina la guerra con ellos por la sumisión de Cilicia, y habiéndoles recibido á discreción les da tierras y ciudades. Expedición de Q. Metelo contra los cretenses. Cambio de cartas entre Metelo y Pompeyo. Metelo se queja de que Pompeyo, que había enviado á Creta un legado para recibir la sumisión de las ciudades, le arrebatara la gloria de sus conquistas; Pompeyo le contesta que ha debido obrar así.

«Creta tuvo al principio cien ciudades, por lo que se la llamó Hecatópolis; pero Tito Livio habla de mayor número, sitiadas y tomadas por Metelo.»

(Servio ad Virg.)

LIBRO C.

C. Manlio, tribuno del pueblo, promueve grave indignación en la aristocracia, proponiendo una ley que encarga á Pompeyo la dirección de la guerra contra Mitrí-

dates. Bello discurso del tribuno. Metelo somete la Creta y da leyes á esta isla, que hasta entonces habia sido libre. Marcha Pompeyo para hacer la guerra á Mitrídates, y renueva sus relaciones de amistad con Fraato, rey de los parthos. Derrota á Mitrídates en un combate. Guerra entre Fraato, rey de los parthos, y Tigrano, rey de Armenia; después, entre Tigrano el hijo y su padre.

LIBRO CI.

Cn. Pompeyo, vencedor del rey del Ponto en un combate nocturno, le obliga á huir al Bósforo. Tigrano se entrega á discreción al general romano, que le quita la Siria, la Fenicia, la Cilicia y le devuelve el reino de Armenia. Algunos ciudadanos que habian sido condenados por sobornos en sus candidaturas al consulado, traman matar á los cónsules, pero fracasa la conspiración. Persiguiendo á Mitrídates Cn. Pompeyo, penetra en lejanas y desconocidas comarcas. Deshace á los iberos y albanos, que le disputan el paso. Fuga de Mitrídates á la Colquida y Hemoquia. Sus operaciones en el Bósforo.

LIBRO CII.

Cn. Pompeyo reduce el Ponto á provincia romana. Farnaces, hijo de Mitrídates, declara la guerra á su padre. Sitiado por él en su palacio, se envenena. Como el veneno no produce el efecto que esperaba, implora el auxilio de un soldado galo llamado Bitelo, que le da la muerte. Cn. Pompeyo somete á los judíos; se apodera de su templo de Jerusalén, que hasta entonces habia permanecido puro de toda profanación. L. Catilina, rechazado dos veces en su candidatura al consulado, forma con el pretor Léntulo Cethego y otros muchos una conspiración, cuyo objeto es matar á los cónsules y senadores, incendiar la ciudad y destruir la república. Levanta un ejército en Etruria. El celo de M. T. Cicerón hace fracasar los culpables proyectos.

Catilina es expulsado de la ciudad. Condénase á muerte á los demás conjurados.

«Cuando Pompeyó se apoderó de Jerusalén, después de tres meses de sitio, el día del ayuno, en la Olimpiada 179, bajo el consulado de C. Antonio y de M. Tulio Cicerón, el enemigo, habiendo forzado la entrada del templo, degolló á todos los que se encontraban en él; y sin embargo, los ministros del culto no dejaban de celebrar las ceremonias religiosas, sin que nadie pudiese obligarles á huir; ni el temor de la muerte, ni la multitud de cadáveres que llenaban el templo, persuadidos de que debían sufrirlo todo al pie de los altares, antes que faltar á un solo mandato de sus antiguas leyes. No es esto fábula inventada para exaltar falsa piedad, es un hecho cuya verdad atestiguan todos los que han transmitido á la posteridad los hechos de Pompeyo, entre los cuales podemos citar á Strabón y Nicolás, y además á Tito Livio, que escribió la Historia romana.»

(JOSEFO.)

LIBRO CIII.

Derrotado Catilina por el procónsul C. Antonio, queda destrozado con su ejército. Acusado P. Clodio de haber entrado disfrazado de mujer en un santuario reservado á las mujeres, y de haber deshonrado la esposa del pontífice máximo, queda absuelto. El pretor C. Pontinio vence cerca de Solona á los alobroges, que se habían sublevado. P. Clodio pasa al orden de los plebeyos. C. César somete á los lusitanios, se presenta candidato al consulado y aspira á dominar el Estado. Asóciense los tres ciudadanos más importantes, Pompeyo, Crasso y César. Elegido cónsul, propone César una ley agraria, que hace aprobar después de una lucha muy viva, y á pesar de la oposición del Senado y del otro cónsul M. Bibulo. El procónsul C. Antonio experimenta un descalabro en la Tracia. En virtud de una ley propuesta por Llodio, tribuno del pueblo, es desterrado Cicerón por haber mandado matar ciudadanos sin someterlos á juicio. Marcha César á la Galia, que se le de-

signa por provincia, y subyuga á los helvecianos, nación errante que, buscando dónde establecerse, quiere atravesar la provincia de César para marchar á la narbonesa. Destrucción de los galos. Pompeyo triunfa de los hijos de Mitrídates, de Tigrano y de su hijo; el pueblo le saluda unánimemente con el título de grande.

LIBRO CIV.

Comienza este libro con la exposición de la situación y costumbres de la Germania. Los germanos habían pasado á la Galia bajo la dirección de Ariovisto. César hace marchar su ejército contra ellos, por ruegos de los eudos y secuanos, cuyos territorios estaban invadidos. El temor de estos nuevos enemigos hace temblar á los soldados romanos. La elocuencia de César reanima su valor. Los germanos quedan vencidos y arrojados de la Galia. Gracias á los discursos de Pompeyo y de algunos otros ciudadanos y á las activas gestiones de T. Annio Milón, tribuno del pueblo, llámase del destierro á Cicerón, con mucho regocijo del Senado y de toda la Italia. Encárgase á Pompeyo por cinco años el aprovisionamiento de trigo. César queda vencedor de los abianos, de los suedones, de los veronanduanos y de los atrebatos, pueblos de Bélgica, que formaban inmensa población. Después de recibir en sumisión, sostiene ruda guerra contra un pueblo solo, los nervianos, y los extermina. Estos habían continuado las hostilidades hasta que, de sesenta mil combatientes, solamente quedaban trescientos y sus seiscientos senadores estaban reducidos á tres. Habiéndose dado una ley para la reducción de la isla de Chipre á provincia romana, y la confiscación de los tesoros del rey, M. Catón quedó encargado de ejecutarla. Ptolomeo, rey de Egipto, arrojado de su reino por sus súbditos, á los que agobiaba con tratamientos injustos, se refugia en Roma. César consigue una victoria naval sobre los Vénetos, pueblos de las orillas del Océano. Sus legados combaten también con éxito.

LIBRO CV.

Habiendo impedido la oposición del tribuno del pueblo C. Catón las elecciones de los comicios, el Senado viste luto. M. Catón solicita la pretura: se le rechaza, prefiriéndose á Vatinió. Como en seguida se oponía á la ley que aseguraba por cinco años á los cónsules sus gobiernos, á Pompeyo la España, á Crasso la Siria y la guerra de los parthos, á César la Galia y la Germania, C. Trebonio, tribuno del pueblo, que había propuesto la ley, le hace aprisionar. El procónsul A. Gabinio reemplaza á Ptolomeo en el trono de Egipto, después de derribar á Arquelao, á quien los egipcios habían elegido por rey. Habiendo vencido y destrozado César á los germanos en la Galia, pasa el Rhin y somete las comarcas inmediatas á este río. En seguida cruza el Océano y pasa á Bretaña. Al principio sufre descalabros: el mal tiempo maltrata sus naves; pero en otra expedición consigue mejor éxito: mata multitud de enemigos y somete parte de la isla.

«Nuestros dos historiadores más elocuentes, Tito Livio entre los antiguos y Fabio Rústico entre los modernos, han comparado la Bretaña á un trapecio ó á un hacha de dos filos.»

(TÁCITO.)

LIBRO CVI.

Muerte de Julia, hija de César y esposa de Pompeyo. El pueblo le concede el honor de la sepultura en el campo de Marte. Algunos pueblos de las Galias, teniendo á su frente á Ambiosix, jefe de los eburones, se sublevan y matan en una emboscada á Cotta y Titorio, legados de César, con las tropas que mandaban. Atacan también en sus campamentos á otras legiones, que se defienden con trabajo; por ejemplo, las de Q. Cicerón en el territorio de los nervianos. El mismo César ataca al enemigo

y lo derrota. M. Crasso pasa el Eufrates para hacer la guerra á los parthos. Después de una derrota en la que perece su hijo, se retira con el resto del ejército á una colina. Invitado por el enemigo, que mandaba Surena, á una entrevista, como para tratar de la paz, le cogen y matan, cuando se defendía para no caer vivo en sus manos.

LIBRO CVII.

Después de haber vencido César á los treviro en la Galia, pasa por segunda vez á la Germania. No encontrando enemigos que combatir, regresa á la Galia, deshace á los eburones y otros pueblos que se habían coligado contra él, y persigue á Ambrosio, que se le escapa por la fuga. Milón, candidato al consulado, mata á Clodio en la vía Appia, cerca de Bovila, y la multitud quema su cadáver en el palacio del Senado. Los candidatos al consulado, Hipsso, Escipión y Milón, suscitan incesantemente turbulencias y se libran entre sí combates sangrientos, el Senado encarga á Pompeyo la represión de aquellos desórdenes, y á pesar de su ausencia, le nombra cónsul por tercera vez, y cónsul único, distinción sin ejemplo hasta entonces. Acusado Milón por la muerte de Clodio, es condenado á destierro. Dase una ley que decide que se tendrá en cuenta á César ausente para la elección al consulado: inútilmente se opondrá con energía Catón. Operaciones de César contra los galos sublevados casi todos á la voz de Vercingetorix, jefe de los averneses. Muchas ciudades á que pone sitio, le resisten vigorosamente, entre otras, Avárico de los biterigos y Gergovia de los averneses.

LIBRO CVIII.

César derrota á los galos bajo las murallas de Alesias, y todas las ciudades de la Galia que habían tomado las armas se sometieron. C. Cassio, cuestor de Crasso,

deshace á los parthos que habían invadido la Siria. Catón solicita el consulado; se le rechaza y resultan nombrados Servilio y M. Marcelo. César subyuga los belovacos y otros pueblos de la Galia. Discusiones entre los cónsules acerca del envío de sucesor á César. El cónsul Marcelo sostiene en el Senado que César debe venir á Roma para solicitar el consulado, puesto que, según la ley, no debe conservar el mando de las provincias más allá del tiempo de su consulado. Operaciones de M. Bíbulo en Siria.

LIBRO CIX.

Exposición de las causas y comienzos de la guerra civil. Contestación acerca del llamamiento de César, que se niega á licenciar sus tropas si Pompeyo no licencia al mismo tiempo las suyas. C. Curión, tribuno del pueblo, habla primeramente contra César y después en su favor. Habiendo dispuesto el Senado, por decreto, que se enviase sucesor á César, son expulsados de Roma los tribunos del pueblo M. Antonio y Q. Casio, que se oponían á esta medida. El Senado manda á los cónsules y á Pompeyo que velen por la tranquilidad pública. Obligado César á someter á sus enemigos por las armas, marcha á Italia al frente de su ejército, apodérase de Cortinio y caen en su poder L. Domicio y P. Léntulo, pero les devuelve la libertad. Pompeyo y todos sus partidarios son arrojados de Italia.

«El año 700 de la fundación de Roma un incendio devoró catorce calles de la ciudad, ignorándose de qué procedió. Jamás, dice Tito Livio, devastó á Roma desastre semejante; y muchos años después, César Augusto tuvo que sacar grandes cantidades del tesoro público para reparar los estragos del fuego.

»Atravesado el Rubicón, César llegó en seguida á Arimino, y allí expuso sus designios á las cinco cohortes que componían entonces su ejército, y con las cuales, como dice Tito Livio, marchó á la conquista del mundo.»

(PAULO OROSIO.)

LIBRO CX.

César pone sitio á Marsella, que le había cerrado sus puertas; y dejando delante de aquella ciudad á sus legados C. Trebonio y D. Bruto, parte para España, donde obliga, cerca de Ilerda, á los legados de Cn. Pompeyo, L. Afranio y M. Petreyo, á que se entreguen con siete legiones. Los perdona á todos y somete también á Varrón, legado de Pompeyo, con su ejército. Concede el derecho de ciudadanía á los habitantes de Cádiz. Los marselleses, después de dos derrotas, se entregan á discreción. C. Antonio, legado de César, queda vencido y prisionero en Iliria por los pompeyanos. En esta guerra, soldados de Opitergio, ciudad de la Transpadana, auxiliares de César, viendo su balsa rodeada por las naves enemigas, se acometen unos á otros antes que rendirse. C. Curión, legado de César en Africa, después de haber conseguido victorias contra Varo, general del partido de Pompeyo, queda derrotado por Yuba, rey de la Mauritania.

LIBRO CXI.

Queriendo provocar turbulencias en Roma el pretor M. Celio Rufo, subleva la multitud, haciéndola esperar una ley acerca de las deudas. Suspéndesele en sus funciones, y poco después se ve obligado á salir de Roma, marchando á incorporarse al ejército de fugitivos que había reunido el proscrito Milón. Los dos perecen en medio de sus tentativas de guerra. Ptolomeo arroja á su hermana Cleopatra del trono de Egipto. Cansados de la avaricia y crueldad del pretor Q. Cassio, los habitantes de Córdoba, en España, abandonan el partido de César con las dos legiones de Varrón. Cn. Pompeyo, sitiado en Dirraquio por César, fuerza las líneas enemigas después de un combate muy sangriento por ambos lados, y traslada la guerra á Tesalia. Queda vencido en Farsalia. Cicerón, poco acostumbrado al oficio de las armas, permanece en el campamento de Dirraquio. Cé-

sar perdona á todos los enemigos que se someten al vencedor.

«El nuevo primipilario C. Crastino fué el que hirió al primer enemigo.

»El paduano C. Cornelio, hombre versado en la ciencia de los augures, conciudadano y pariente del historiador Tito Livio, se ocupaba por casualidad en el mismo momento en consultar los auspicios; y de pronto, siguiendo el relato de Tito Livio, reconoció el momento de la batalla (la de Farsalia), y anunció á los presentes que se trababa el combate y que los jefes venían á las manos. Y cuando hubo consultado de nuevo los auspicios y vió las señales, arrebatado por el entusiasmo, se lanzó gritando: «¡Triunfas, César!» Y como todos los presentes quedaron estupefactos, se quitó la corona, jurando que nunca volvería á ponérsela si los hechos no correspondían á sus vaticinios. Tito Livio asegura la verdad del suceso.»

(PLUTARCO, *Vida de César.*)

LIBRO CXII.

Los restos del partido vencido huyen y se difunden casi por todo el mundo. Pompeyo marcha á Egipto, donde su pupilo, el rey Ptolomeo, cediendo á los consejos de Pothino y de su profesor Theodoto, que tenía sobre él mucha influencia, manda matarle. Aquilas, encargado de este crimen, le asesina en una barca antes de que saltase en tierra. Cornelia, su esposa, y su hijo Sex. Pompeyo se refugian en la isla de Chipre. César, habiéndose puesto en persecución de Pompeyo tres días después de su victoria, se indigna y llora cuando Theodoto le presenta la cabeza y el anillo de su enemigo. No sin peligro entra en Alejandría, cuya población estaba amotinada. Creado dictador, hace recobrar á Cleopatra el trono de Egipto; y habiéndole declarado la guerra Ptolomeo, por consejo de los mismos hombres que le habían llevado al asesinato de Pompeyo, le derrota después de correr graves peligros. Ptolomeo huye en una barca, que se sumerge en el Nilo. Marcha penosa

de M. Catón y sus legiones por los desiertos de Africa. Guerra desgraciada de Cn. Domicio contra Farnaces.

«En Alejandria devoraron las llamas cuatrocientos mil volúmenes, magnífico monumento de la opulencia real. Tito Livio lo alaba diciendo que era la obra más perfecta del gusto y solicitud de los reyes.»

(SÉNECA.)

LIBRO CXIII.

El partido de Pompeyo se fortifica en África y reconoce por jefe á P. Escipión, á quien Catón cede el mando que se le ofrecía compartir. Delibérase acerca de la destrucción de Utica, cuyos habitantes se habían declarado por César. Opónese Catón á aquella medida que aconsejaba Yuba. Recibe encargo de guardar y defender aquella ciudad. Cneo, hijo de Pompeyo, reúne en España tropas, cuyo mando se niegan á tomar Afranio y Petreyo, y comienza de nuevo la guerra contra César. Farnaces, rey del Ponto, hijo de Mitrídates, queda vencido con extraordinaria rapidez. P. Dolabela, tribuno del pueblo, provoca disturbios en Roma, proponiendo una ley sobre las deudas. El populacho comete grandes excesos. M. Antonio, jefe de los caballeros, introduce entonces las tropas en Roma y resultan muertos ochocientos plebeyos. Estalla una sedición entre los veteranos que piden la licencia. César se la concede. Pasa al Africa y corre graves peligros combatiendo las tropas de Yuba.

LIBRO CXIV.

Cecilio Basso, caballero romano del partido de Pompeyo, hace la guerra en Siria, después de haber atraído á sus enseñas una legión que abandona y mata á Sex. César. El dictador deshace en Thapso al pretor Escipión, Afranio y Yuba, y queda dueño del campo. Al recibir en Utica la noticia, Catón se atraviesa con su

espada. Llega su hijo y le presta sus cuidados; pero mientras acuden en derredor suyo, se rasga la herida y muere. Petreyo mata á Yuba y en seguida se da la muerte. P. Escipión, termina su vida de un modo honroso y con palabras dignas de su muerte. Los enemigos gritan: «¿Dónde está el general?» Y contesta: «El general está en seguridad.» Fausto y Afranio son condenados á muerte. Clemencia de César con el hijo de Catón. Victoria conseguida en la Galia por Bruto, legado de César, sobre los belovacos sublevados.

«Esto es lo que muchos refieren de Basso; pero Tito Livio dice que hizo la guerra bajo los auspicios de Pompeyo; que después de la derrota de éste, se retiró á la vida privada en Tyro, y que corrompió algunos legionarios, que le tomaron por jefe, después de matar á Sexto.»

(APPIANO.)

LIBRO CXV.

César triunfa cuatro veces por sus victorias en la Galia, Egipto, el Ponto y Africa. Da banquetes públicos y toda clase de espectáculos. Por ruegos del Senado consiente el regreso de Marcelo, varón consular; pero Marcelo no puede disfrutar de su beneficio, porque le asesina en Atenas su cliente Cn. Magio Cilón. El dictador hace un censo en el que quedan inscriptos ciento cincuenta mil ciudadanos. Parte para España con objeto de hacer la guerra á Cn. Pompeyo, y después de muchos combates y de algunas ciudades tomadas, consigue cerca de Munda decisiva victoria, en la que corre graves peligros. Sexto Pompeyo consigue escapar.

LIBRO CXVI.

César triunfa por quinta vez después de su expedición á España. El Senado le prodiga los honores más grandes: le concede el título de padre de la patria, le

proclama inviolable y dictador perpetuo. Pero diferentes motivos le atraen la indignación de los romanos. En primer lugar, un día en que los senadores le otorgaban estos honores, y estaba sentado delante del templo de Venus Genitrix, les recibió sin levantarse. Después, en la fiesta de las lupercales, habiéndole puesto la diadema en la cabeza su colega Marco Antonio, la colocó sobre su asiento. En fin, denunciado á la indignación pública por los tribunos del pueblo Epidio Marulo y Cesecio Flavo, como aspirante á la realeza, les privó de sus cargos. Estos motivos dieron lugar á una conjuración, cuyos jefes fueron Bruto y Cassio. Asesínanle en la curia de Pompeyo y cae muerto de veintitrés puñaladas. Sus asesinos se apoderan del Capitolio. Habiendo decretado en seguida el Senado el perdón de los asesinos, entregándoles como rehenes los hijos de Antonio y de Lépidio, los conjurados bajan del Capitolio. En virtud del testamento de César, Octavio, nieto de su hermana, se encuentra instituído heredero por mitad y llamado por adopción á llevar su nombre. Cuando llevaban el cuerpo de César al Campo de Marte, el pueblo lo quema al pie de la tribuna de las arenas. Queda abolida para siempre la dictadura. Ejecución de C. Amancio, hombre de baja estofa, que pretendía ser hijo de Mario y excitaba turbulencias en la crédula multitud.

«Según refiere Tito Livio, un senatus-consulto había dispuesto que la casa de César se adornase con un frontón para honrarla. Calpurnia creyó en un sueño que veía caer aquel frontón y le pareció que ella misma lloraba y se lamentaba. Por esta razón, al amanecer rogó á César que no se presentase en público, si le era posible y que aplazase la reunión del Senado para otro día.»

(PLUTARCO, *Vida de César.*)

«Mal presagio es que el Etna, montaña de Sicilia, arroje en vez de humo globos de fuego. Tito Livio refiere que antes de la muerte de César brotó de la montaña tal cantidad de llamas, que sintieron su influencia no solamente las ciudades inmediatas, sino Reggio, que se encuentra muy distante.»

(*Servio ad Virg.*)

«Puede decirse de los vientos lo que en otro tiempo se decía de César, y lo que el mismo Tito Livio se preguntaba: si hubiese sido mejor para la república que naciese ó que no naciese.»

(SÉNECA, *Cuestiones Naturales.*)

LIBRO CXVII.

Octavio, que se encontraba en Epiro, donde César le había enviado de antemano, cuando se disponía á hacer la guerra en Macedonia, regresa á Roma, donde se le recibe con favorables auspicios y toma el nombre de César. En medio de la confusión y trastorno general, Lépido se apodera de la dignidad de pontífice máximo. El cónsul M. Antonio ejerce poder despótico; hace aprobar por violencia una ley que cambia el gobierno de las provincias, y cuando César Octavio le pide su auxilio contra los asesinos de su tío, le colma de injurias. Disponiéndose César á armarse contra él, tanto por causa propia como por la república, llama á los veteranos enviados á formar las colonias. Por otra parte, la legión marcia y la cuarta se pasan de Antonio á Octavio. La crueldad de Antonio, que degüella en su campamento á todos los que le son sospechosos, produce considerable número de deserciones. Décimo Bruto para resistir á Antonio, que le reclama el mando de la Galia Cisalpina, se encierra en Módena con su ejército. Movimientos de los dos partidos para apoderarse de las provincias. Preparativos de guerra.

LIBRO CXVIII.

En Grecia, M. Bruto, so pretexto de defender la república y de hacer la guerra á Antonio, hace pasar á sus órdenes el ejército que mandaba Vatinio y la provincia. El Senado reviste con la dignidad de propretor, las insignias del consulado y el título de senador al joven César, que es el primero que toma las armas por la re-

pública. M. Antonio sitia á D. Bruto en Módena. Los legados que le envía el Senado para tratar de la paz, fracasan en su misión. El pueblo romano viste el sagum. En Epiro M. Bruto somete á su obediencia al pretor C. Antonio y su ejército.

LIBRO CXIX.

Dolabela hace matar con perfidia en Asia á C. Trebonio. Por este crimen, el Senado le declara enemigo público. Habiendo sido derrotado el cónsul Pansa por su colega Antonio, acude con sus tropas A. Hircio, pone en fuga el ejército de Antonio y equilibra las condiciones de los dos partidos. Vencido en seguida por Hircio y César, Antonio huye á la Galia y decide á M. Lépido y las legiones que mandaba á que se reuniesen con él. El Senado le declara enemigo público y á todos los que le ayudan. A. Hircio, que después de una victoria había sido muerto en el mismo campamento enemigo, y C. Pansa, que había sucumbido por consecuencia de una herida recibida en su derrota, fueron sepultados en el Campo de Marte. El Senado se muestra poco agradecido con César, único superviviente de los tres generales. Después de conceder los honores del triunfo á D. Bruto, á quien César libertó, cuando se encontraba sitiado en Módena, solamente concede á César y sus soldados mención poco satisfactoria. Por esta razón, habiéndose reconciliado César con M. Antonio, por mediación de M. Lépido, viene á Roma, y en medio de la consternación que su llegada produce á sus enemigos, se hace nombrar cónsul á los diez y nueve años.

LIBRO CXX.

Hecho cónsul César, hace aprobar una ley para procesar á los asesinos de su padre; en virtud de esta ley se cita á M. Bruto, C. Cassio y D. Bruto, siendo condenados aunque ausentes. Aumentan las fuerzas de M. Antonio con los ejércitos de Asinio Polión y Munacio

Planco. Décimo Bruto, á quien el Senado había encargado perseguir á Antonio, queda abandonado por sus legiones y huye. Cae en manos de M. Antonio y éste le hace matar. César hace la paz con Antonio y Lépido. Los tres se dan por cinco años el título de triunviros, encargados de constituir la república, y convienen en que cada uno de los tres proscriba á sus enemigos. En estas proscripciones quedan envueltos multitud de caballeros romanos y ciento treinta senadores, entre los que se encuentran L. Paulo, hermano de M. Lépido; L. César, tío de Antonio, y Cicerón. A éste le asesina Popilio, soldado legionario, á la edad de sesenta y tres años, y su cabeza y mano derecha quedan expuestas en los Rostros. Este libro contenía además las operaciones de M. Bruto en Grecia.

«Al acercarse los triunviros, Cicerón había salido de Roma, persuadido, y con razón, de que no podía esperar más gracia de Antonio, que Bruto y Cassio de Octavio. Primeramente se refugió en su quinta de Túsculo; desde allí, por caminos de travesía, pasó á la de Formiano, con propósito de embarcarse en Cayeta; durante algún tiempo hizo vela hacia la alta mar, pero rechazándole vientos contrarios y no pudiendo soportar el balanceo de la nave ni la agitación de las olas, se apoderó el tedio de él. Igualmente cansado de vivir y de huir, regresó á su primera casa de campo, que distaba del mar unos mil pasos.

»Moriré, dijo, en esta patria que tantas veces he salvado.» Cierta es que sus esclavos estaban dispuestos á combatir valerosamente y con constancia. Pero mandó parar la litera y les ordenó que se sometiesen tranquilamente á los decretos de la suerte, por inicuos que fuesen. Entonces se inclinó fuera de la litera y presentó su cabeza inmóvil á los asesinos, que se la cortaron. No bastó esto á la estúpida ferocidad de los soldados, sino que le cortaron también las manos, culpables, decían, de haber escrito contra Antonio. Llevada la cabeza al triunviro, por orden suya fué expuesta entre las dos manos en aquella tribuna de las arengas, en la que como cónsul y frecuentemente como varón consular aquel mismo año, en sus oraciones contra Antonio, había excitado la admiración con una fuerza de palabra que ninguna voz humana igualó jamás.

»Cicerón vivió sesenta y tres años, y de no ser violenta su muerte, hubiese podido no parecer prematura. Genio afortunado por sus trabajos y su recompensa, la fortuna le fué por mucho tiempo favorable; y en el curso de su larga prosperidad, algunas veces fué cruelmente herido; pero de todos sus reveses, el destierro, la ruina de su partido, el fallecimiento de su hija, aquel fin triste y sangriento, la muerte, fué el único que soportó con viril entereza. Y aquella misma muerte, bien examinada, será menos repulsiva si se considera que no podía recibir de su enemigo vencedor tratamiento más cruel que el que él mismo le reservaba en igualdad de circunstancias. Si se comparan sus virtudes y defectos, se encontrará en él un genio superior, un espíritu ardiente, un hombre cuyo recuerdo debe conservarse y que no podría alabarse dignamente sino por boca del mismo Cicerón.»

(M. SÉNECA.)

LIBRO CXXI.

C. Cassio, á quien el Senado había encargado combatir á Dolabela, declarado enemigo público, se sirve de la autoridad con que le había revestido la república para tomar posesión de la Siria y de los tres ejércitos que se encontraban en aquella provincia. Mantiene á Dolabela encerrado en la ciudad de Laodicea y le obliga á darse la muerte. C. Antonio, hermano de M. Antonio, queda prisionero y recibe la muerte por orden de M. Bruto.

LIBRO CXXII.

M. Bruto pelea con fortuna contra los tracios. C. Cassio y él someten á su autoridad todas las provincias y todos los ejércitos del otro lado del mar, y se reúnen en Smirna para convenir el plan de la guerra que preparaban. En consideración á su hermano Messala, per-

donan de común acuerdo á Poplicola, convicto de traición.

LIBRO CXXIII.

Sexto, hijo del Gran Pompeyo, recluta en Epiro proscriptos y esclavos fugitivos, y después de haber ejercido bandidaje al frente de aquel ejército por el mar, sin fijarse en ninguna parte, se apodera primeramente de Mesina, y en seguida de toda la Sicilia. Mata á A. Pompeyo, propretor de Bithinia, y consigue una victoria naval sobre Q. Salvidieno, legado de César. Antonio y César pasan á Grecia con sus tropas, para combatir á Bruto y Cassio. L. Cornificio deshace en Africa á T. Sextio, general del partido de Cassio.

LIBRO CXXIV.

César y Antonio combaten en Filipos con Bruto y Cassio, quedando indeciso el resultado: por ambos lados quedan victoriosas las alas derechas; por ambos lados toman un campamento los vencedores; pero la muerte de Cassio inclina la balanza. Colocado en el ala derrotada y creyendo que el desastre es general, se da la muerte. En seguida se traba segunda batalla, en la que es vencido y muerto Bruto también, después de haber rogado á Stratón, que le acompañaba en la fuga, que le atravesase con la espada. Lo mismo hacen cuarenta de los ciudadanos más distinguidos de Roma, entre ellos Q. Hortensio.

LIBRO CXXV.

Dejando César á Antonio en las comarcas ultramarinas, cuyo gobierno se le había asignado según la nueva

distribución de las provincias, regresa á Italia y reparte tierras á los veteranos. Los soldados ganados por Fulvia, esposa de Antonio, provocan desórdenes. Los calma, exponiéndose á graves peligros. El cónsul L. Antonio, hermano de M. Antonio, cediendo á los consejos de la misma Fulvia, declara la guerra á César. Gana á su partido los pueblos cuyas tierras habían sido repartidas á los veteranos; bate á M. Lépidó, encargado con sus tropas de la guarda de Roma, y entra en la ciudad con las armas en la mano.

LIBRO CXXVI.

César, á la edad de veintitrés años, sitia en Perusa á Antonio, que intenta muchas salidas; es rechazado y se ve reducido por hambre á capitular. El vencedor le perdona y á todas las tropas. Arruina á Perusa, y después de someter á su autoridad todos los ejércitos del partido enemigo, termina la guerra sin efusión de sangre.

LIBRO CXXVII.

Los parthos, guiados por Labieno, antiguo partidario de Pompeyo, invaden la Siria, y después de haber vencido á Decidio Saxa, legado de M. Antonio, se apodera de toda aquella provincia. Habiendo perdido M. Antonio á su esposa Fulvia, que le excitaba á hacer la guerra á César, se decide, para no ser obstáculo á la buena inteligencia de los jefes, á ajustar la paz con César y á casarse con su hermana Octavia. Denuncia los trabajos criminales de Salvidieno contra César, y declarado culpable este general, se da voluntariamente la muerte. P. Ventidio, legado de Antonio, deshace á los parthos y les arroja de la Siria, después de matar á su general Labieno. César y Antonio piden la paz á Sexto Pompeyo, cuya proximidad inquietaba la Italia, interceptando los convoyes de trigo desde Sicilia, de la que era dueño, y ajustan con él un tratado que le asegura la posesión

de aquella isla. Este libro relataba además los acontecimientos de la guerra civil en Africa.

«Como existían aún disensiones entre Augusto y Antonio, Cocceyo Nerva, bisabuelo del que fué después emperador de Roma, escribió á Augusto que enviase personas con plenos poderes. Fueron enviados Mecenas y Agripa, y reunieron los dos ejércitos en el mismo campamento, como refiere Tito Livio en el libro 127. Habiendo enviado Antonio á Fonteyo, Augusto envió á Mecenas y á los otros al mismo punto.»

(ACRÓN.)

«Habiendo sobrevenido discordias entre Augusto César y Antonio, Cocceyo Nerva, abuelo del que después reinó en Roma, rogó á César que enviase alguno á Terracina para tratar de los negocios. Mecenas, y después Agripa, entraron en negociaciones, y habiéndose dado mutuamente garantías de buena fe, reunieron en un mismo campamento las enseñas de los dos ejércitos. Así lo refiere Tito Livio en el libro 127, aunque sin mencionar á Capitón.»

(PORFIRIÓN.)

LIBRO CXXVIII.

Volviendo Sex. Pompeyo á desolar los mares con sus bandidajes y no observando la paz convenida, obligado César á declararle la guerra, le da batallas navales de éxito dudoso. P. Ventidio, legado de M. Antonio, triunfa de los parthos en Siria y mata á su rey. Los legados de Antonio someten también á los judíos. Preparativos para la guerra de Sicilia.

LIBRO CXXIX.

Líbranse con Sex. Pompeyo dos batallas navales con resultados equilibrados. Dos de las flotas de César: la mandada por Agripa queda victoriosa; la que iba á las órdenes del mismo Octavio queda destrozada, y las tropas que había desembarcado corren graves peligros. Poco después queda vencido Sexto y huye á Sicilia. Lépido, que había acudido de Africa como para ayudar en la guerra que César iba á hacer á Sexto, vuelve también sus armas contra su colega. Abandónale su ejército; se le despoja del triunvirato, pero se le perdona la vida. Agripa recibe de César una corona naval, honroso distintivo, que todavía no se había concedido á nadie.

LIBRO CXXX.

M. Antonio, entregándose á los placeres con Cleopatra, entra, después de grandes retrasos, en la Media y declara la guerra á los parthos, al frente de diez y ocho legiones y de diez y seis mil caballos. Pierde dos legiones, sufre muchos descalabros y se bate en retirada, persiguiéndole de cerca los parthos. En fin, después de experimentar con todo su ejército terribles alarmas y de correr graves peligros, entra en Armenia, y en aquella retirada de veintiún días recorre trescientas millas. Los rigores de la estación le hacen perder cerca de ocho mil hombres. Estos funestos desastres, añadidos á la desgraciada expedición contra los parthos, se le deben imputar por completo, porque no quería invernar en Armenia, arrastrándole el deseo de reunirse con Cleopatra.

LIBRO CXXXI.

Sexto Pompeyo, aunque deseando colocarse bajo la protección de Antonio, en Asia, se dispone para hacerle la guerra, pero le deshacen los legados del triunviro y le dan la muerte. César reprime una funesta sedición que había estallado entre los veteranos. Somete á los yapides, los dálmatas y los panonios. Habiendo atraído Antonio, empeñando su palabra, al rey de Armenia Artavesades, le encadena, y coloca en el trono de su país á un hijo que había tenido con Cleopatra. Apasionado desde mucho tiempo de aquella princesa, acababa por reconocerla como esposa.

LIBRO CXXXII.

César subyuga á los dálmatas en Iliria. M. Antonio, dominado por su amor á Cleopatra, de la que tenía dos hijos, Filadelfo y Alejandro, rehusa ir á Roma y abdicar el triunvirato, aunque había expirado el tiempo. Prepárase para declarar la guerra á Roma é Italia; reúne con este objeto fuerzas considerables, tanto navales como terrestres, y envía la declaración de su divorcio á Octavia, hermana de César. Este pasa al Epiro con un ejército. Combates en el mar y luchas de caballería, quedando por César la ventaja.

LIBRO CXXXIII.

Vencido M. Antonio en el mar, cerca de Accio, huye á Alejandría, donde le sitia César. Viendo su posición completamente desamparada, y decidido especialmente por la falsa noticia de la muerte de Cleopatra, se atraviesa con su espada. César se apodera de Alejandría, y Cleopatra, para no caer en poder del vencedor, se da la muerte. A su regreso á Roma, Octavio celebra tres

triumfos, por la Iliria, por la victoria de Accio y el tercero por Cleopatra. De esta manera terminan las guerras civiles, que habían durado veinte años. M. Lépido, hijo del antiguo triunviro, forma una conjuración y toma las armas contra César. Queda derrotado y muerto.

LIBRO CXXXIV.

César, después de haber asegurado la paz del imperio y arreglado la organización de las provincias, recibe también el título de Augusto, y en honor suyo se da su nombre al mes Sextilis. Preside una conferencia en Narbona y hace practicar el censo de las tres divisiones de las Galias conquistadas por su padre. Guerra de M. Crasso contra los bastarnos, los mesios y otros pueblos.

LIBRO CXXXV.

Guerra de M. Crasso contra los tracios y de César contra los españoles. Sumisión de los salasos, pueblo de los Alpes.

LIBRO CXXXVI.

Conquista de la Recia por Tiberio Nerón y Druso, yernos de César. Muerte de su yerno Agripa. Censo practicado por Druso.

«En el mismo año celebró César con grande aparato los juegos seculares, que se acostumbran celebrar en cada año centenario, porque es el que termina el siglo.»

(CENSORINO.)

LIBRO CXXXVII.

Druso ataca á los pueblos de la Germania, situados en las dos orillas del Rhin. Cálmase la sublevación general que el censo produce en la Germania. En la confluencia del Saona y del Ródano se consagra un altar á César. Créase pontífice á C. Julio Vercunelor Eudeno de las orillas del Doubs.

LIBRO CXXXVIII.

C. Pisón domina á los tracios, los queruscos, los teuceros, los cattsos y otros pueblos germanos del otro lado del Rhin. Muerte de Octavia, hermana de Augusto. Antes había perdido á su hijo Marcelo, cuya memoria y nombre conservan un teatro y su pórtico, como si él los hubiese dedicado.

LIBRO CXXXIX.

Guerra de Druso contra los pueblos transrhenanos. En esta guerra se distinguen en primer término Senecio y Aneccio, tribunos militares de la nación de los nervienos. Nerón, hermano de Druso, reduce á los dálmatas y á los panonios. Ajústase la paz con los parthos y su rey devuelve las enseñas arrebatadas á Crasso y después á Antonio.

LIBRO CXL.

Guerra de Druso contra los pueblos transrhenanos de la Germania. El general muere al cabo de treinta días, de la fractura de un muslo, á consecuencia de una

caída del caballo. Su hermano Nerón, que se había apresurado á acudir al tener noticia del desgraciado suceso, lleva su cuerpo á Roma, donde queda depositado en la tumba de Julio César. Su suegro, César Augusto, pronuncia su elogio y se le tributan grandes honores en sus funerales.

FIN DEL LIBRO CXL Y DEL TOMO VII Y ÚLTIMO.



ÍNDICE DEL TOMO SÉPTIMO.

LIBRO XL.

Filipo manda buscar y matar á los hijos de los nobles que tenía prisioneros.—Heroísmo de Theoxena.—Odio y debates entre los hijos de Filippo, Perseo y Demetrio. Acusado Demetrio, es envenenado como amigo de los romanos.—Victorias de los romanos en Liguria, España y sobre los celtíberos.—Encuéntranse en el Janículo los libros de Numa Pompilio.—El pretor declara que no pueden leerse ni conservarse sin peligro del Estado. Quémanlos en la plaza de los comicios.—Colonia llevada á Aquilea.—Dolor de Filippo, que reconoce la inocencia de Demetrio; sus proyectos para la sucesión al trono; su muerte..... **Página 5.**

LIBRO XLI.

Extinción del fuego sagrado en el templo de Vesta.—Ti. Sempronio Graco vence á los celtíberos.—Fundada en España la ciudad de Graccuris.—El procónsul Albino reduce á los vecenos y lusitanos.—Triunfo de éstos.—Antioco, hijo de Antioco el Grande, regresa á Siria para ocupar el trono.—Templos que construye este príncipe.—Clausura del lustrum.—Ley que prohíbe instituir heredera á la mujer.—Apóyala M. Catón.—Ventajas sobre los ligurios, instrios, sardos y celtíberos.—Principio de la guerra de Macedonia.—Intrigas de Perseo. **Página 79.**

LIBRO XLII.

El censor Q. Fulvio Flaco despoja el templo de Juno Licinia.—Senatus-consulto que le obliga á la restitución.—Quejas del rey Eumeno.—Declaración de guerra á Perseo.—Pasa á Mace-

donia el cónsul P. Licinio Crasso.—Legaciones á las ciudades y reyes aliados.—Vacilaciones de los rodios.—Clausura del lustro.—Ventajas sobre los corsos y ligurios. **Página 131.**

LIBRO XLIII.

Condenación de los pretores culpables de exacciones y crueldades.—El procónsul P. Licinio Crasso se apodera de muchas ciudades de Grecia y las saquea.—Decreto del Senado devolviendo la libertad á los cautivados por este general.—Violencias ejercidas sobre los aliados.—Ventajas de Perseo en Tracia; sus conquistas en Iliria.—Muerte de Olonico y pacificación de España.—Los censores nombran á Emilio Lépidio príncipe del Senado..... **Página 215.**

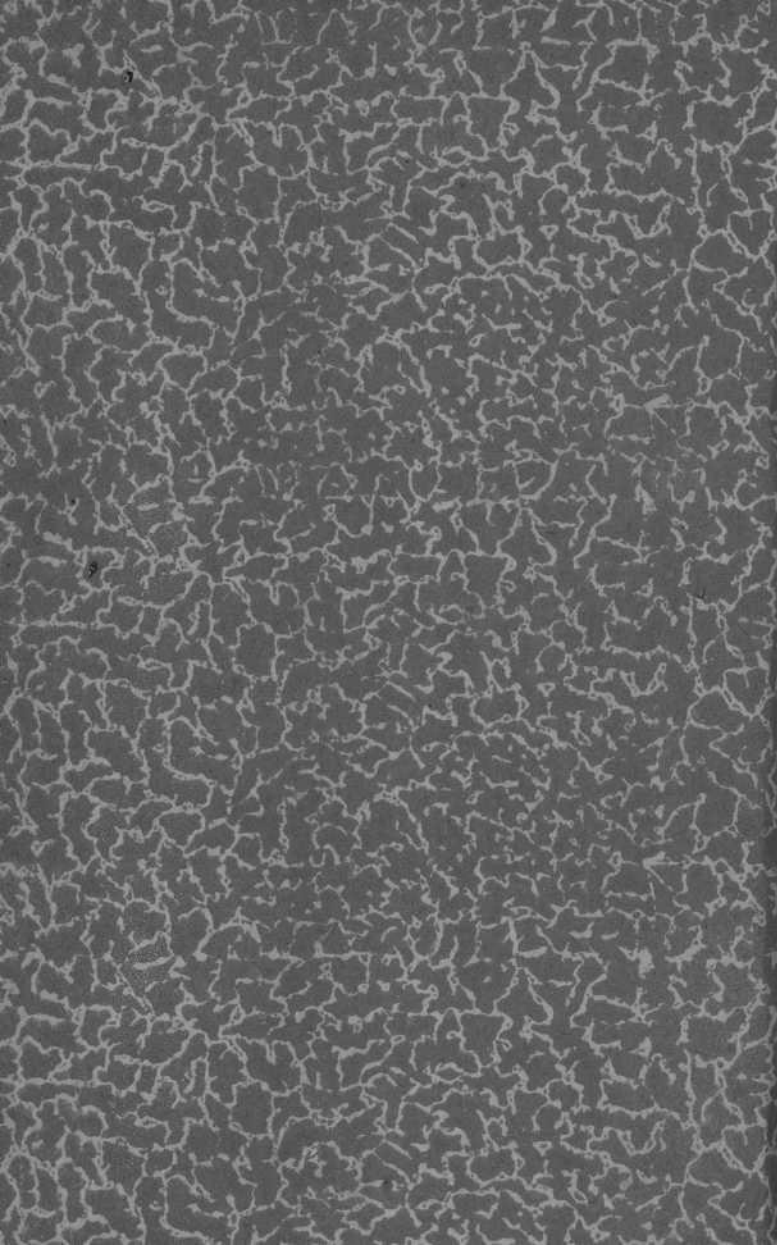
LIBRO XLIV.

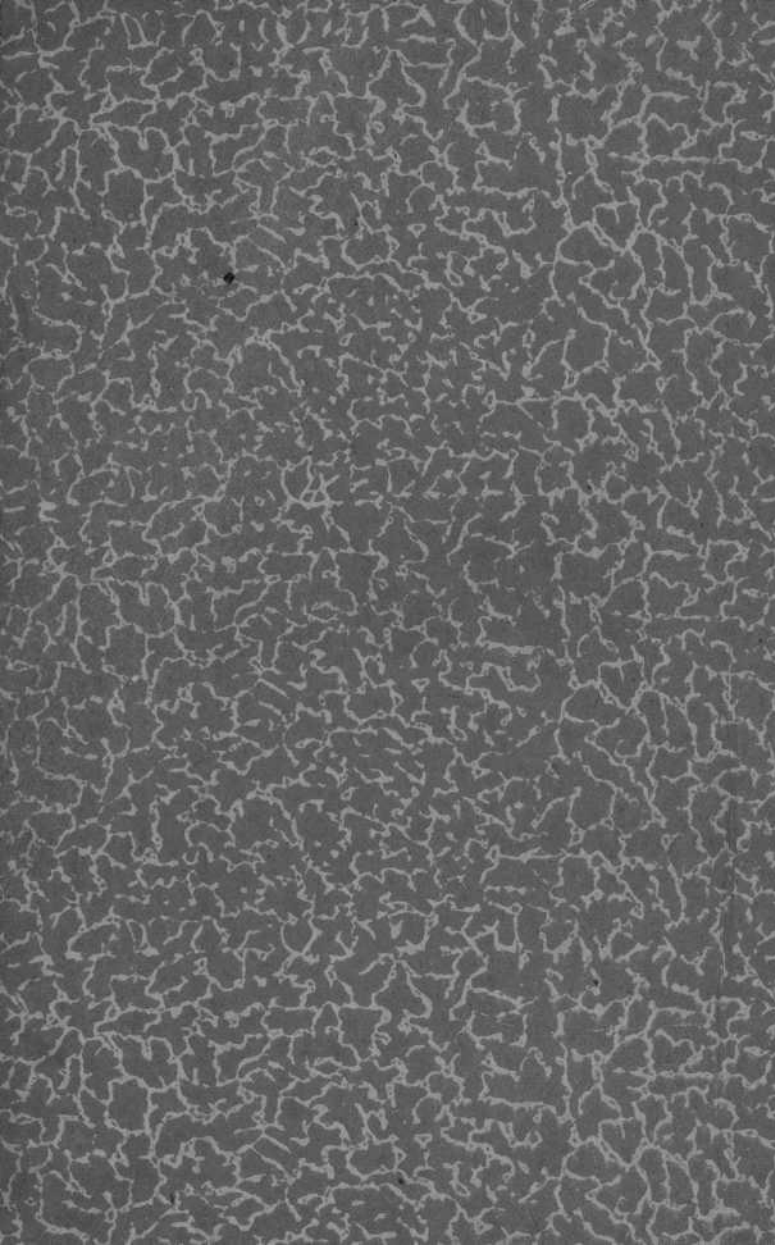
Q. Marcio Filipo penetra en Macedonia.—Legación de los rodios.—Encárgase la guerra á Paulo Emilio: su ruego á los dioses; su marcha á Macedonia y victoria sobre Perseo.—Hostilidades de Gencio, rey de Iliria.—Su derrota y prisión con toda su familia.—Legación del rey Ptolomeo y Cleopatra.—Tentativas de Perseo cerca de Eumeno y Gencio. **Página 249.**

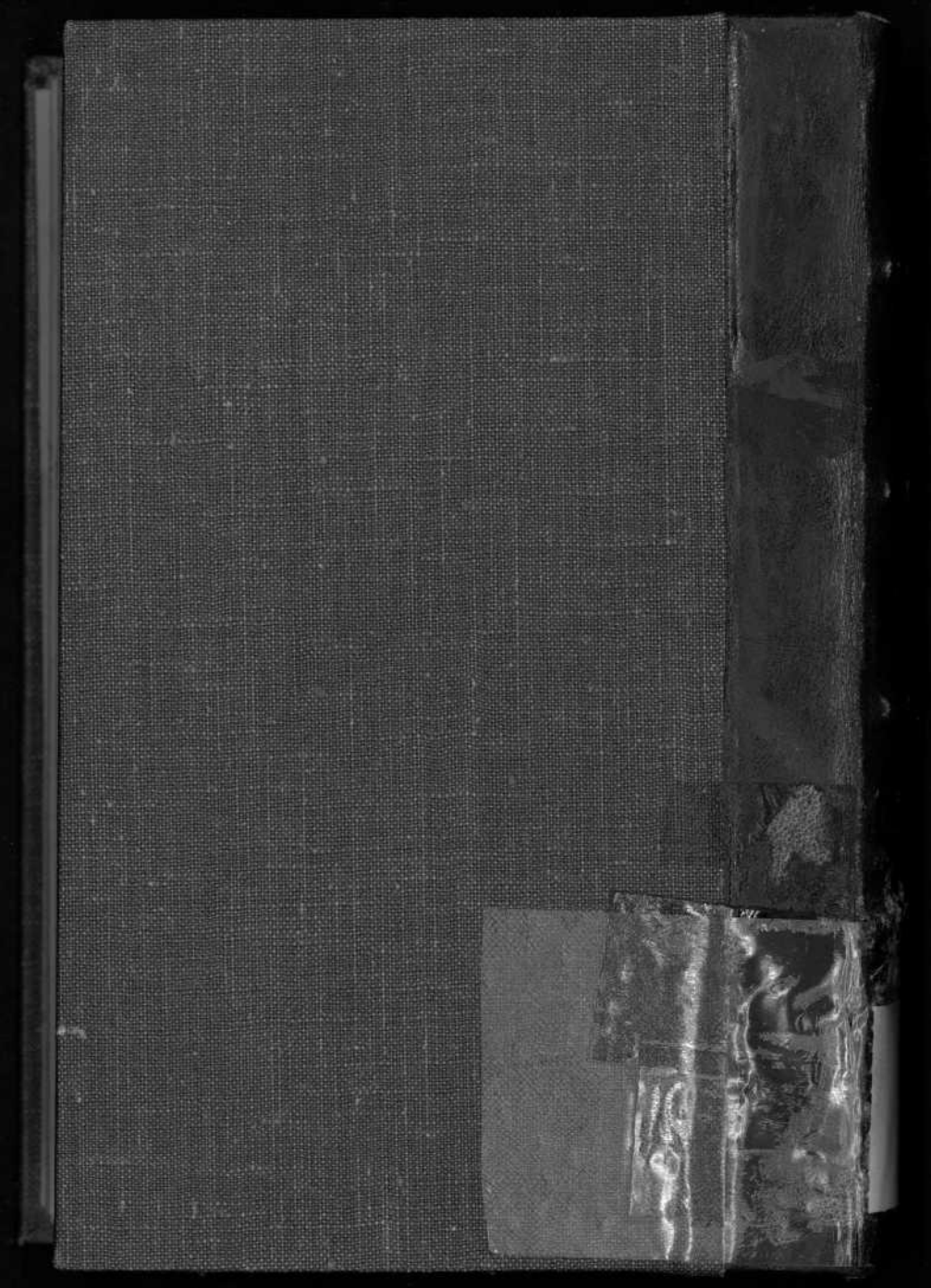
LIBRO LXV.

Prisión de Perseo.—Sitio de Alejandría por Antioco.—Los legados romanos le mandan levantarlo.—El rey obedece.—El Senado recibe legaciones de pueblos y reyes que le felicitan.—Los legados de Rodas: su defensa en el Senado.—Macedonia provincia romana.—Triunfo de Emilio Paulo.—Muerte de dos hijos del vencedor.—Clausura del lustro.—Llegada á Roma de Prusias, rey de Bithinia.—Su acusación..... **Página 317.**
 APÉNDICE..... **Página 357.**









TIBO LIVIO

HISTORIA
ROMANA

VII

D-1
173